

ALI KNIGHT

**YA NO
SÉ QUIÉN
ERES**



se

La noche en que su marido llega a casa borracho, cubierto de sangre y murmurando que ha matado algo —o a alguien—, la serenidad de Kate Forman comienza a resquebrajarse. A la mañana siguiente, Paul afirma no recordar nada; pero pocos días después aparece el cadáver de una atractiva mujer que trabajaba para él.

Las sospechas acerca de lo que ha ocurrido en realidad conducirán a Kate a una búsqueda desesperada de una verdad que amenaza con destruir para siempre su envidiable y maravillosa vida. Hacer lo correcto debería ser obvio, pero al tiempo que las mentiras se multiplican, Kate se da cuenta de que para encontrar respuestas antes debe plantearse una pregunta:

¿Conoces realmente a la persona con la que compartes tu vida?



Ali Knight

Ya no sé quién eres

ePub r1.1
sleepwithghosts 19.05.16

Título original: *Wink Murder*
Ali Knight, 2011
Traducción: Teresa Camprodón Alberca

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.2



Para Stephen, con amor

1

De repente abro los ojos en la oscuridad con la sensación de que algo no va bien. La habitación me resulta enseguida familiar, se va perfilando poco a poco con la ayuda de la luz de la calle que se filtra a través de los estores. En las paredes cuelgan elegantes grabados, enfrente los sillones hacen guardia a cada lado de la chimenea; en uno se levanta una montaña de ropa desordenada de Paul, en el otro descansa mi bata pulcramente doblada. Estoy en nuestra habitación, un lugar seguro, un remanso de paz en el que refugiarse de las tormentas de la vida. El otro lado de mi cama de matrimonio está vacío, la almohada intacta. Paul no está en casa. Contengo la respiración porque vuelvo a oír el ruido, un trasiego de pisadas de alguien arrastrando los pies, que viene de todas partes y de ninguna. Me va a estallar el corazón. El reloj marca las 3.32 de la madrugada cuando oigo un estruendo en el piso de abajo. Debe de haber despertado a los niños, y la mera idea me obliga a abandonar la cómoda calidez del edredón de plumas. Soy madre; el primer punto en la descripción del puesto de trabajo es protegerlos, a cualquier coste. Me muevo despacio y con cautela, como si tratara de armarme de valor para lo que estoy a punto de hacer. Cojo el móvil y giro la manilla de la puerta con decisión, para asegurarme de que se abre sin hacer ruido. Alguien gime en el vestíbulo y no parece que sea Paul.

He ensayado mentalmente muchas veces lo que pasa a continuación, porque el trabajo de Paul lo obliga a estar fuera de casa muy a menudo, y me parece crucial saber cómo defender la única cosa que me importa de verdad: mi familia. Me gusta estar preparada. Así que, como si fuera un bombero en acción, lo pongo todo en práctica. Respiro hondo, marco el 999 en el teclado, pero no aprieto el botón verde, enciendo la luz y corro hacia la escalera rompiendo el silencio de la noche gritando a pleno pulmón: «¡Fuera de mi casa!», con el teléfono en ristre cual espada flamígera.

Bajo armando tanto escándalo como puedo y, con el impulso que llevo, tomo la curva que traza el remate de la barandilla de la escalera de caracol mientras una forma se mueve pesadamente por la cocina, al fondo del pasillo. «¡Largo, largo de aquí! ¡La policía está fuera!» Inundo todo mi mundo de luz apretando un interruptor, y el bulto oscuro se cae ruidosamente al suelo con silla incluida. Agarro un bate de críquet del perchero, noto su reconfortante peso en la palma de la mano y, en un segundo, entro en la cocina, con el arma muy cerca del pecho. «¡Fuera de mi casa!» El hombre tiene la cara pegada a las baldosas de la cocina, pero al levantar el bate, la forma se vuelve hacia mí, y veo a mi marido, que me mira con ojos atónitos desde el suelo.

Es mi marido, pero nunca lo había visto así. Está llorando, toma grandes bocanadas de aire y

le caen los mocos hasta la boca. Pongo el teléfono sobre la mesa y dejo caer el bate al suelo.

—Paul, ¿qué demonios ha ocurrido?

No me responde porque no puede. Me mira, y el temor se convierte en una profunda preocupación por él. Intento ponerlo en pie tirando de él, pero es como un peso muerto en mis brazos; se desmorona hasta quedarse en cuclillas, su porte se ha transformado. Por eso de espaldas no lo reconocía, no es el hombre que suele ser.

—¿Qué ha pasado?

Paul se da puñetazos en la sien y vuelve a gemir.

—Kate, Kate...

—¡Ay, Dios mío!, ¿qué está pasando?

Se pone de rodillas temblando y deja la llave del coche en el suelo. Paul es un hombre grande, alto, con manos anchas y una espalda sobre la que puedes quedarte dormida, ese es uno de los muchos motivos por los que me enamoré de él hace un buen puñado de años. Con él me sentía protegida.

—Kate, ¡oh!, ayúdame...

Tiene las manos llenas de sangre.

—¡Estás sangrando!

Se mira las manos con asco. Se pone en pie tambaleándose y yo tiro de su abrigo con suavidad; debe de tener un corte en alguna parte, debajo de la gruesa lana.

—¿Estás herido?

—Yo... yo... ¡Oh, Dios! Haber llegado a esto...

—¿Qué? —Paul cierra los ojos y solloza, dando tumbos—. ¿Qué ha ocurrido?

Paul sacude la cabeza mientras se arrastra hasta el lavabo de la planta baja y empieza a lavarse las manos, remolinos de sangre y agua marrón se van por el desagüe.

—¡Paul!

Se enjuga el rostro con el hombro y asiente con la cabeza.

—La he matado...

Se sacude el agua de las manos y yo le propino una fuerte bofetada.

—¡Dime qué está pasando!

Mi marido me mira, con sus arrebatadores ojos castaños enrojecidos de tanto llorar.

—¡Qué desastre, que estúpido pedazo de...! —Paul suspira desde lo más hondo de su ser—. ¡Joder, Kate, te quiero tanto!

Y diciendo esto, se desploma justo delante de mí en el suelo del pasillo, en tal estado de letargo que no hay Dios que lo despierte, por muchos empujones, codazos o gritos que le propine.

Al menos algo me ha quedado claro: Paul está jodido. Debe de estar completamente borracho. Seguro que hay muchas cosas que debería hacer en este momento, pero antes tengo que hacer pis. Me siento en el váter y contemplo el gran corpachón de mi marido desmayado en el suelo, con los pies hacia dentro y las palmas de las manos hacia arriba, como si estuviera practicando una extraña postura de yoga. Tiemblo de rabia al pensar que ha cogido el coche y conducido hasta casa en semejante estado. Lo sacudo por los hombros, pero no se mueve. No soy una persona espontánea, necesito planear las cosas, pensar; nunca he imaginado una situación semejante y estoy perdida, paralizada ante todo lo que se me avecina. Tras una larga serie de empujones y tirones, consigo poner a Paul boca arriba y abrirle el abrigo para comprobar por todas partes si

tiene alguna herida. No encuentro ninguna y me siento patéticamente agradecida: la sangre me marea. Me pongo en cuclillas y lo observo fijamente. Los angulosos rasgos de su atractivo rostro se han desdibujado y transformado en una masa fofa, la fuerte mandíbula le cuelga flácida hasta el cuello. Paul ronca, su pecho sube y baja rítmicamente. En la casa reina el silencio, mis hijos duermen ajenos a todo esto. El reloj de la cocina nos acompaña con su cadencioso tictac. Se oye el zumbido de la nevera y el golpeteo de la ventana. La casa vuelve a su ritmo nocturno. A las 3.50 me pongo en pie, me asaltan oleadas de cansancio. No se me ocurre nada mejor que irme a la cama. Tarde o temprano, Paul acabará levantándose.

2

Al cabo de lo que parece un segundo, una mano pequeña me da golpecitos en el estómago.

—¡Ava! ¡Basta ya! —Mi hija está retorciéndose encima de mí en la cama.

—Mami, déjame meterme —suplica, dejando que entren ráfagas de aire frío en el cálido microclima de debajo de las sábanas.

Normalmente el hecho de que mi hija de cuatro años se acurruque conmigo en la cama de madrugada es uno de mis mayores placeres. Su suave e inmaculada piel tan cerca, los piececillos fríos apretándome la espalda. Pero son las siete y diez de la mañana, me duele la cabeza y me pican los ojos. Paul no está aquí, y el fugaz recuerdo de la noche anterior me obliga a incorporarme de un brinco, con el corazón desbocado en el pecho.

—Mami, tengo frío, mami...

No puedo creer que me haya dormido, que haya podido dejar a mi marido tirado en el suelo en semejante estado. Imágenes horribles de Josh tropezando sin querer con su cadáver de camino a encender la tele para ver los dibujos animados me hacen salir disparada de la cama...

—... papi está en el sofá escondido debajo de una manta.

Me levanto con torpeza de la cama, me pongo la bata. Ava se rasca la rubia cabecita.

—Mami, ¿puede venir Phoebe a jugar a casa?

Sin prestarle atención, me dirijo hacia la puerta del dormitorio. Es hora de saber la verdad sobre lo de anoche.

Paul no está en el salón. Lo encuentro en la cocina apoyado contra la encimera, con una taza de té en una mano y una rebanada de pan tostado en la otra. Se ha vestido y afeitado y conversa con Josh, que está encorvado sobre un cuenco de cereales. Mi marido tiene un aspecto de lo más normal.

—Toma, te he preparado uno.

Paul sostiene una taza humeante y sonrío. No le devuelvo la sonrisa sino que me cruzo de brazos con un gesto de «tú ponme a prueba y verás». Paul deja la taza de té en la encimera y se traga su sonrisa.

—¿Qué pasó anoche...?

—Nada.

—¿A eso lo llamas nada?

—Me emborraché y me entró llorera, eso es todo. —Paul se encoge de hombros como si

intentara restarle importancia.

Entorno los ojos con escepticismo e incredulidad.

—Pero decías que la... —Los dos observamos la cabeza de Josh para comprobar si se mueve.

No tengo por qué usar la palabra. Ni siquiera estoy segura de que pueda pronunciar «mataste», parece muy rara y melodramática cuando el sol brilla por la ventana y la radio habla de la congestión en la M25.

—No seas boba.

—Entonces, ¿qué pasó?

—¡Nada!

—¿De quién estabas hablando?

Josh empieza a notar algo distinto a la rutina de cada mañana y, como si de una tortuga se tratase, sale de una larga hibernación, levanta la cabeza del cuenco y parpadea delante de sus padres.

Paul me está mirando.

—De nadie.

Levanto las manos y las muevo ante él en un gesto de sarcasmo. Sabe que me refiero a la sangre.

—Atropellé a un perro.

—¿Qué quiere decir «atropellar»? —Ava se cuele en la cocina con una gorra de policía.

—¡No puedo creer que condujeras en ese estado!

—¡Kate, por favor! Ya estoy bastante arrepentido, tengo una resaca horrorosa. —Nos miramos a los ojos.

—¿Cereales o tostadas, Ava? —pregunto de manera seca, avanzando hacia el armario.

—Krispies. Quiero Krispies.

Cojo un cuenco y una cuchara.

—¿Un perro?

—Sí. Sentí que tenía que apartarlo y me puse perdido de..., ya sabes.

Sangre. Tus manos estaban cubiertas de sangre, Paul, eso es lo que quiero decir, pero me contengo.

—¿Qué clase de perro?

—¿Qué?

—¿Qué clase de perro era?

—Un cruce de labrador, creo. —Paul se mira los pies—. Tuve que arrastrarlo, me afectó mucho.

Observo a mi marido, ahí de pie en la cocina, el corazón palpitante de nuestro hogar, con sus hijos alrededor. Lo conozco mejor que él mismo. Paul suele decírmelo. Y sé que cuando se mira los pies está mintiendo.

—Sabes la raza, pero no sabes el sexo. —Paul se queda perplejo—. Anoche ese perro era «la». Esta mañana es solo un perro.

Se encoge de hombros, sin que su rostro revele nada.

—Anoche todo parecía más real, supongo. Los perros pueden parecer personas cuando están heridos. —Apura el resto de té y se quita las migas del traje—. Tengo que irme.

Se acerca y me da un largo y fuerte abrazo, meciéndome despacio de un lado a otro y

plantándome un cariñoso beso en la frente

—¡Huevito, siempre pensando en mi bienestar...!

Tengo una frente muy despejada, cosa que siempre he odiado. Y nada más empezar a salir con Paul y su peña, cuando yo estaba perdidamente enamorada de él y me sentía algo intimidada, para mi mortificación él hacía reír a sus amigos llamándome Cabezahuevo^[1]. Pero a medida que pasaban los meses y empecé a soñar que él también se estaba enamorando de mí, me convertí en Huevito, y de todas las expresiones cariñosas esa es la que más me gusta. Me sonrío débilmente mientras caminamos del brazo hasta la puerta principal. Lo ayudo a ponerse el abrigo y él busca su bufanda y su cartera del trabajo.

—¡Mamá, Ava ha derramado la leche encima de mi cómic! —dicen los gritos y quejas procedentes de la cocina.

—Será mejor que vayas —dice Paul, abriendo la puerta.

—¿Te encuentras bien? —Me reclino sobre él un rato más, intentando borrar el descontento de mi interrogatorio sin resolver. Paul asiente y me aparta los brazos—. ¿Estás seguro?

—Nunca me he encontrado mejor —afirma, pero parece triste y se aleja por el camino.

—¡Mamá!

Entro sin prisas en la sala de estar, los gritos de Ava son algo más agudos. Veo la manta arrugada bajo la que Paul ha pasado la noche, aún puedo distinguir los huecos que su cuerpo ha dejado en los almohadones. Debe de haberse levantado temprano para limpiar las secuelas de la noche anterior. Cuando hablamos, hubo algo que no me atreví a preguntarle, como si estuviera demasiado asustada para levantar la tapadera de esa caja de emociones. ¿Qué pudo hacerlo llorar de aquella manera en el suelo de la cocina? Hace cinco años, el padre de Paul murió de un derrame cerebral. Nunca pensé que un hombre pudiera demostrar tanto dolor, hasta anoche.

3

Me llamo Kate Forman y soy muy afortunada. Mis amigos y mi familia me lo dicen con frecuencia, y realmente estoy convencida de que es así. Mis éxitos son muchos: llevo ocho años casada con el hombre más maravilloso de la tierra, tenemos dos hijos guapos y sanos y una casa más grande y lujosa de lo que nunca habría imaginado. Tengo treinta y siete años, no me veo obligada a teñirme el pelo y aún puedo ponerme prendas de vestir que compré antes de que Ava naciera (aunque las que compré antes de tener a Josh ya no me sirven; la maternidad tiene su precio para todas, por mucho que finjamos lo contrario). Casualidad, empeño, trabajo duro o suerte, en realidad no me importa; soy feliz y también lo es Paul, y eso es lo que cuenta.

Sé que Paul es feliz porque hace poco admitió que me quería más que a nuestros hijos. Me preguntó si creía que eso era malo, yo me eché a reír y le dije que no con la cabeza. A veces pienso que no me merezco a Paul. Él procede de una familia de un nivel social superior al de la mía, fue a un colegio de pago de lo mejorcito, su madre vive en una casa señorial en el campo en un lugar precioso, creció en una casa que tenía una pista de tenis, rodeado de montones de hermanos y hermanas, primeras ediciones en las estanterías y cuadros que podrían ser o no ser valiosos, pero ni lo sabían ni a nadie parecía importarle. Todo es mucho más impresionante y romántico que la cajita de cerillas de mi madre y mi padrastro en una zona residencial, con fotos de mi graduación y la de mi hermana Lynda colgadas orgullosamente de las paredes de la salita de la tele.

Conocí a Paul el primer día de universidad. Yo era entonces Katy Brown. En realidad fue la primera persona que conocí después de salir de mi casa. Llegué a la estación en bici; mamá me traería las cosas en el coche y se encontraría conmigo en el campus. Paul era el estudiante de tercer año que conducía la furgoneta que transportaba a los extraviados y a los ciclistas hasta nuestro alojamiento. Yo fui la única que recogió en aquel viaje, y me enamoré de él al instante. Estaba muy bronceado y exageradamente en forma después de unas largas vacaciones de verano en alguna parte de Europa. Conducía con una sola mano, asomando el codo por la ventanilla bajada, y el calor de los últimos meses de verano daba al trayecto un agradable aire de ensoñación. Mientras circulábamos a toda velocidad por las enormes rotondas y acelerábamos en la autovía de una ciudad grande y desconocida, sentí auténtico placer ante lo que la vida podía ofrecer, unas emociones difíciles de recuperar desde entonces. Paul tenía dos años más que yo y me tomaba el pelo, sin mala intención, por ser una estudiante de primero. Flirteaba conmigo y yo

estaba encantada. Tenía unos grandes ojos castaños y un cabello oscuro y rebelde cuyos mechones se acariciaba distraídamente. Aún hoy conserva esa frondosa cabellera. Mientras Paul sacaba la bici de la parte trasera de la furgoneta, yo no podía creer que la universidad estuviera llena de hombres tan guapos y excitantes. No hace falta decir que no lo estaba. Las siguientes semanas lo busqué en el campus, pero solo lo vi fugazmente. Me saludó con la mano un par de veces, siempre rodeado de gente, y la cosa no pasó de ahí. Hice nuevos amigos, me metí de pleno en la vida universitaria de primero y me distrajeran otras relaciones. Vine a Londres después de licenciarme, sin apenas pensar en él. Al cabo de cinco años, mi amiga Jessie empezó a salir con Pug, quien, además de llevar el ridículo nombre de Pug, andaba mucho con Paul.

Por aquel entonces, Paul estaba casado con Eloide. Al principio pensé que Paul había dicho Eloise, pero no, hasta su nombre tenía que ser diferente y difícil. Era una rubia natural. No me siento orgullosa de lo que ocurrió un año más tarde, pero no tenían niños, gracias a Dios, lo que hizo las cosas mucho más fáciles. Había algo entre nosotros que no podíamos negar. La primera noche que pasamos juntos fue uno de los momentos más sublimes de mi vida. No es necesario que diga que el sexo fue...; no tengo palabras para describir cómo fue debido a la intensidad, la sinceridad de aquella relación. Me quedé embarazada dos meses después de que le concedieran el divorcio.

Pero nuestra historia no acaba ahí, sino que cada vez es mejor. Paul me propuso que nos casáramos un fin de semana en París, cuando yo estaba de siete meses, y cuando Josh había cumplido un año, nos casamos. El niño estaba tan mono en nuestra boda, revoloteando con su traje de marinerito blanco con ribetes azules. Mi madre lo estuvo zarandeando durante toda la misa, que se celebró en una preciosa iglesia rural. Después lloró y me dijo que lo había hecho muy bien.

Nos hemos mudado de casa tres veces desde que estamos juntos; del apartamento a una bonita casa pareada victoriana, de ahí a una imponente casa de tres plantas cerca del parque. Paul dirige una productora de televisión y ha cosechado numerosos éxitos. Hemos ido cambiando a casas mejores a medida que aumentaban nuestros ingresos. Si las cosas siguen como hasta ahora, quién sabe lo que podremos comprarnos; o tal vez Paul pueda retirarse pronto. Yo ya no trabajo a jornada completa. Antes de conocer a Paul, trabajaba en investigación de mercados analizando el comportamiento del consumidor —«metemos las narices en las costumbres de la gente y encima nos pagan por ello», solíamos decir en torno a la fuente de agua potable—, pero después de tener a Josh mis intereses se amoldaron a los de Paul e hice mi debut como documentalista de televisión, que es lo que he estado haciendo desde entonces. Ahora trabajo en *Crime Time*, un programa semanal, tipo telebasura, que se basa en el metraje de las cámaras de videovigilancia y los vídeos grabados por los móviles de los espectadores para atrapar criminales, desde ladrones de poca monta hasta asesinos. Aunque trabajo tres días a la semana, Paul sigue diciendo que yo «hago mis pinitos». Aunque a veces me molesta, es justo decir que mi esfera es el hogar, la de Paul, su trabajo, y nos encontramos en el medio, como en un perfecto diagrama de Venn.

Esta sería una mañana como cualquier otra, pienso mientras envuelvo los almuerzos antes de meter prisa a Josh y a Ava para que vayan al colegio. Normalmente me tomo casi todo con mucha calma, pero hoy las disputas de los niños me tocan la vena irritable. Hay leche derramada por toda la mesa y la silla de la cocina, Josh está sacudiendo una revista empapada y las salpicaduras están manchando la pintura. Mis hijos son unos malcriados, y me siento culpable por maleducarlos, por compensarlos en exceso de las carencias de mi propia infancia, pero a Paul no

le importa, él es muy indulgente.

Atravieso el caos de la cocina, cojo el bate de críquet de Paul, al que su hijo poco deportista no hace ningún caso, y lo devuelvo a su sitio en el pasillo. De repente soy consciente de lo cerca que he estado de golpearlo con él, y Paul ni siquiera se ha enterado. Pasamos a las doce y media: almuerzo con Jessie. Hoy voy a tomar vino.

4

No es que Jessie sea mi amiga más antigua, pero sí la más divertida. Hemos quedado en encontrarnos en Trafalgar Square, supongo que porque quiere dar un paseo por la National Gallery, pero cuando empiezo a subir las escaleras, da media vuelta, sin mostrar ningún interés por ver a los maestros impresionistas ni a los turistas que se abren paso a codazos para llegar hasta las postales de la tienda.

—Vamos a almorzar fuera, será divertido.

—¿Fuera?

—Sí, hagamos un picnic y comamos al lado de los leones.

—¿Estás loca? Pero si el día está horrible.

—¿Dónde queda tu espíritu aventurero? Vamos, yo invito.

Jessie sonrío con frescura. Hemos quedado a almorzar porque hace poco vendió un cuadro en una exposición, y me invita a comer para celebrarlo.

Hacemos cola en una bocadillería ruidosa y nos jugamos la vida cruzando por en medio de la calle entre el tráfico rugiente, luego nos sentamos en el borde de una de las fuentes. Las ráfagas de viento hacen aletear el papel encerado, mientras nos zampamos los sándwiches y bebemos vino en vasos de plástico.

—Bueno, ¿cómo estás? —pregunto, sacando el tomate de mi triángulo de beicon—. ¿Qué tal el trabajo?

Muevo la cabeza de un lado a otro, sin dejar de masticar.

—Me he entrevistado con algunos clientes potenciales. Tal vez salga algo positivo de estas reuniones. Siento que estoy a punto de vivir algo emocionante.

—Eso es genial.

—O puede que simplemente esté escuchando un montón de bobadas.

—Bueno, eso es el destino del artista, ¿no crees?

—Ese es mi oficio, en cualquier caso.

Jessie ha tenido un solo amor en su vida: el arte. Ha trabajado en bares y clubes nocturnos para pagarse la escuela de arte, ha vivido de ocupa para poder pagarse los lienzos, aún hoy tiene que trabajar para pagarse el alquiler del estudio y los materiales. Y cuando tiene un momento libre lo dedica a pintar.

—¿Qué hora es?

Me subo la manga para ver el reloj.

—Casi la una. ¿Por qué?

No responde, pero busca con los ojos a su alrededor.

—¡Vaya, a ese lo conozco yo! —Jessie saluda a los dos jóvenes que se sientan un poco más lejos en la fuente—. No mires, pero el de la izquierda que está detrás de ti es un tío con el que... más o menos... estoy saliendo.

Miro por encima con disimulo, para descubrir a un hombre con aspecto de veinteañero y perilla.

—Tiene diecinueve años.

—¡Deberían arrestarte! —exclamo, fingiendo escandalizarme.

Jessie se ha enrollado con un millón de hombres en todos los años que hace que la conozco, y los ha plantado y la han plantado a ella. Dudo que cupieran en la National Gallery, mientras que mis antiguos amantes a duras penas llegarían a intimar en mi cuarto de baño. En su vida ha habido muchas pasiones, en la mía solo una.

Los jovencitos nos saludan con la mano.

—¿Vienen hacia aquí?

—Tal vez.

Me encojo de hombros, desconcertada. Las palomas descienden en picado y andan como patos, la gente se apiña en corrillos. Todo parece normal, pero algo no funciona.

—¿Estás bien, Jessie?

Jessie está leyendo los mensajes del móvil.

—Nunca he estado mejor. ¿Cómo está Paul? —dice, sonriendo.

Pues ya que lo preguntas, precisamente hoy no me ha subido el ánimo como de costumbre.

—Está bien. Quizá un poco estresado. Sus programas van bien, supongo. *Crime Time* está subiendo puestos en los índices de audiencia.

—¿Ah sí?

—La participación del público es un elemento que se ha puesto de moda. Los espectadores cogen los móviles y escriben mogollón de mensajes.

—¿Qué interesante! —dice Jessie, mordiendo un bocado de mozzarella y rúcula—. Tal vez tenga que hablar con él para que emitan mi mensaje. Paul sabe realmente cómo destacar entre la multitud. ¿Qué hora es?

—La una. ¿Por qué?, ¿qué más te da? —Se limpia una pizca de mayonesa de la comisura de la boca. El rumor del tráfico resulta súbitamente amortiguado por una fuerte música. No sé decir de dónde procede—. ¿Qué es eso?

Jessie se pone en pie y se sacude las migas de los tejanos.

—¿Tienes tu iPhone? —Y cuando yo asiento, Jessie añade—: ¿Serías tan amable de sacarlo?

Un ritmo grave resuena en toda la plaza y una pareja empieza a bailar no lejos de allí. Es imposible no mover los hombros al ritmo de la pegadiza cancioncilla, y ahora ya hay cuatro personas bailando en fila cerca de ellos.

—Te veo en un minuto —dice Jessie. Y sale corriendo hacia donde un grupo de dieciséis personas baila en dos hileras. El novio de Jessie y su amigo se han unido al grupo, sumándose al creciente cuadrante de bailarines.

Las palomas se desperdigán por entre el gentío bullicioso. Estoy desorientada, un grupo

cambiante de personas forma extrañas pero hermosas figuras delante de mí. Los paseantes se quedan estupefactos, como hipnotizados. Llegan bailarines de todos los tipos y tamaños, algunos deben de tener unos trece años como mucho, otros deben de ser jubilados. Hay amas de casa, mujeres con tacones altos de aguja, un hombre con bigote.

Es obvio que han ensayado los movimientos, y ahora hay más de ciento cincuenta personas bailando de manera parecida. Jessie me ha traído a una *flashmob* y, al igual que cualquier otro espectador, saco el teléfono móvil y empiezo a grabarla en vídeo. Me invade una gozosa sensación de espontaneidad; me muevo de un lado a otro, es imposible resistirse al ritmo de la canción y es imposible ignorar lo absurdo de esta representación que tiene lugar bajo la columna de Nelson. No puedo ni imaginar lo que habría pensado el almirante de todo esto.

Ahora la música ha cambiado a un tempo moderno y de compás débil, los bailarines giran en un estilo más libre y con más energía que antes. Sé que alguien debe de estar grabándolo en vídeo para subirlo a YouTube minutos después de que este espectáculo acabe. Me quedo de pie junto al murete que hay bajo la fuente y veo a un hombre con una potente cámara de vídeo subido a uno de los enormes leones.

La escalinata de la galería, donde tanto arte, otrora innovador, cuelga tras mamparas de vidrio, está llena de curiosos.

Jessie mueve las manos, cantando en voz alta. La música se eleva en un crescendo, los espectadores se sonríen entre sí, alguien aplaude. Con una floritura final los bailarines realizan su movimiento más difícil, y la mitad de ellos salta a los brazos del vecino con los brazos abiertos.

Y con la misma rapidez que empezó, la música cesa y los bailarines se confunden entre la gente como si nada hubiera ocurrido. Dos policías, con un rostro que oscila entre el desconcierto y la cautela, se quedan aislados en mitad de la explanada ahora medio vacía. En la escalinata de la galería, la multitud aplaude y vitorea.

Jessie se desploma en mis brazos en un estallido de risas.

—No podía contártelo, ¡la expresión de tu cara no tenía precio!

—¡Ha sido genial! ¿Cómo demonios te has metido en una cosa así?

—Lo organizamos a través de Facebook, ensayamos una vez en un almacén de Clapton y luego simplemente vinimos y lo hicimos. ¡Dios, estoy tan emocionada!

—Mira. —Los policías están tratando de hablar con el hombre que ha grabado el vídeo desde el león—. Lo más probable es que salgas en las noticias de la noche.

—Esto es lo más cerca de la fama que estaré en mi vida.

—Bueno..., yo he depositado grandes esperanzas en ti, Jessie.

—Vamos a buscar otra bebida —dice, enlazándome por el brazo.

—¿Puedo conocer al nuevo? —Miro a mi alrededor en busca del joven.

—¡Bah!, en realidad no importa. —Tira de mí, alejándome—. Lo cierto es que quien me gusta es ese hombre casado con el que estoy saliendo. Creo que nos estamos metiendo en un lío cada vez mayor y todo se está desmadrando un poco. —Me mira detenidamente—. Si lo desaprobases me lo dirías, ¿verdad?

—¿Cómo iba yo a decirte una cosa así? Recuerda que Paul estaba casado cuando...

Jessie hace un gesto desdenoso con la mano.

—Paul era demasiado joven, eso no cuenta.

—Sí cuenta, había hecho esos votos a otra persona, recuerdas.

—Hasta que la muerte nos separe —dice mientras empezamos a subir por Charing Cross Road—. Es un buen título para un cuadro. —Sus ojos la llevan a alguna otra parte durante un segundo o dos—. Los grupos de personas son tan poderosos, ¿no crees?

—Sí señora. Organízalos y harán las cosas más asombrosas.

—Cuando formas parte de ellos, puedes decir o creer cualquier cosa.

—Esa es la primera lección de la historia. Las masas son fáciles de manipular.

—¡Aún me va el corazón a mil por hora! —Jessie tiene la mano en el pecho y le brillan los ojos.

—¿Quién es ese hombre casado?

—Chiiiss. —Se lleva un dedo a los labios—. No quiero que se estropee. Al fin y al cabo, el sexo es asombroso, ¡creo que moriría por él!

—¡No me digas! —Estoy sorprendida. Jessie no suele hablar así, hablar en serio sobre su vida amorosa—. ¡Uau, qué suerte!

Nuestra conversación se marchita. No dice nada, e inesperadamente noto cómo me corroen los celos.

—¿Por qué morirías tú?

—Esto... —Me encojo de hombros—. Por Paul y mis hijos, supongo.

—¿Y por qué serías capaz de matar?

—¡Jessie!

—¡Vamos! —Se apoya en mi brazo.

—Por mi familia. Solo por mi familia.

Jessie arruga la nariz.

—¿Qué predecible y sensiblera! —Aún tiene la marcha del baile que se ha marcado en público, abre bien los brazos y gira sobre el pavimento—. Yo mataría por una exposición en Nueva York, por la portada de *Art Monthly*, por unas botas nuevas... ¿Te encuentras bien?

Jessie me mira porque me he quedado parada como una muerta en la calle. Mientras ella cotorreaba, me ha asaltado una idea: ¿por qué sería capaz de matar Paul? Yo creía saber que su respuesta sería una copia de la mía: por su familia. Solía enorgullecernos el hecho de no tener secretos el uno para el otro... hasta anoche. Simplemente no creo que se llegara a preocupar de tal manera por un perro. Pero si la sangre no era de un animal, entonces, ¿de quién era? Durante un segundo pienso en contarle a Jessie lo que ha ocurrido, pero rechazo la idea al cabo de un momento. Dudo que alguna vez en mi vida le cuente a alguien lo que ocurrió anoche. Seguirá siendo un secreto entre Paul y yo, hasta que la muerte nos separe, y más allá.

5

Paul telefona más tarde para decir que no hace falta que prepare nada para cenar porque ha pedido curry para todos y lo recogerá de camino a casa. Sospecho que la iniciativa se debe a los efectos de la resaca en sus papilas gustativas, de la que ahora todos saldremos beneficiados. Pongo la mesa con la vana esperanza de que Josh me ayude, pero su única contribución es rascarse un sobaco y bostezar.

Ava salta a los brazos de su padre en cuanto entra por la puerta, y el asalto casi hace caer la bolsa del curry al suelo.

—¡Ay, monito! —grita, cogiéndola con un brazo y fingiendo que está a punto de caerse. Ava chilla mientras Paul se tambalea y va rebotando contra las paredes hasta la cocina, con el curry en una mano y la niña en la otra.

—Y la niña va a la silla..., ¡la comida está en la mesa! ¡Ufff! —Tras una rápida media vuelta me sorprende con un fuerte y amoroso abrazo—. ¡Qué bien estar en casa!

Me escabullo de su abrazo, las imágenes de la noche anterior están demasiado frescas en mi memoria como para jugar a la familia feliz. Paul me sirve en un plato el pollo, las espinacas y los garbanzos con una cuchara.

—¿Arroz, chicas? —me pregunta levantando la voz por encima de los gritos de Ava cuando esta derrama el zumo de manzana.

—¡Mamá! ¡Me ha puesto perdido! —Josh arroja su *papadam* sobre la mesa y propina un empujón a su hermana mientras yo profiero los consabidos sonidos aplacadores.

Ava toma la bocanada de aire necesaria para emitir un fuerte aullido, pero Paul rodea la mesa volando, la coge en brazos, la sienta en sus rodillas e intenta comer con la cabeza de la niña tapándole la visión.

—¡Está todo empapado! —El tenedor de Josh repiquetea contra el suelo.

Paul alza su vaso de agua hacia mí.

—Bienvenida a la cena con los Forman —dice sonriéndome.

—Mami, ¿tú tienes veintisiete años? —pregunta Ava masticando un palito de pan.

—No, querida, tengo muchos más.

—¿Tienes veintiuno?

La miro con indulgencia.

—No, tengo treinta y siete.

—Eso es muuuy vieja, mami —dice Josh con la cabeza apoyada en una mano mientras se lleva el arroz a la boca con los dedos. Intento captar la mirada de Paul, pero está mirando fijamente hacia la mesa.

—Hoy he visto a Jessie. Me llevó a una *flashmob* en Trafalgar Square.

Ahora sí he conseguido captar su atención.

—¿En serio?

—Sí, ella participaba. Ha sido asombroso. He grabado un trozo con el teléfono.

—La televisión sigue los pasos del móvil y de internet ahora. —Sacude la cabeza—. Si no tengo cuidado, me voy a quedar anticuado.

—Jessie tiene otro..., ya sabes. —Lo miro con expresión elocuente. Paul puede descifrar un lenguaje a prueba de niños.

—¿Y quién es este nuevo?

—Está casado.

Paul emite un gruñido.

—Pobre capullo.

—¡Paul! Esto no viene a cuento. Además, es de su mujer de quien deberías sentir lástima. Es ella la que tiene que sufrir la crisis de la mediana edad de su marido. —Su respuesta es bajar la nariz hasta la cabeza de Ava y respirar hondo. Me quedo parada con la bolsa del curry sobre el hueco del cubo de basura, mirando fijamente a mi marido—. ¿Te encuentras bien?

Paul vuelve otra vez con nosotros desde una dimensión muy lejana.

—Sí, sí...

—¿Qué pasó anoche, Paul?

Paul rehúye mi mirada.

—No pasó nada.

—¿Por qué volviste tan tarde? —Estoy llevando a cabo una investigación bastante aceptable, mientras barro algunos restos de arroz con la palma de la mano.

—Salí con algunas personas del trabajo.

—¿Qué personas?

Me mira.

—¿Me estás interrogando?

—Quiero ayudarte. Estoy aquí para ayudarte, Paul.

Lo digo con voz suave. Quiero que sepa que somos un equipo, su problema es mi problema y podemos solucionarlo juntos. Coge a Ava en brazos y la deja en una silla a su lado, para poder levantarse y meter los cubiertos en el lavaplatos.

—No necesito tu ayuda, todo está bien.

Paul pasea en círculo por la cocina con andares distraídos, levantando cosas y mirando por debajo de ellas, ha cambiado de sitio su cartera del trabajo dos veces. Nuestra conversación languidece mientras le oigo abrir el armario de debajo de la escalera y hurgar en su interior.

—¿Qué estás buscando?

—Nada. —Paul vuelve a entrar en la cocina.

—¿Y con quién saliste hasta tan tarde?

—Lex y yo acabamos en un bar de la ciudad.

Asiento con cautela. No es ninguna sorpresa. Lex es el socio de Paul, a quien no hay nada que

le guste más que beber, salir de juerga y comportarse como un adolescente. Nuestra interacción más frecuente es del tipo:

Yo: ¡A ver si creces de una vez!

Lex: ¡Vamos! ¿Qué daño hago?

Paul pone los ojos en blanco y guarda silencio.

Lex y yo no somos precisamente los mejores amigos del mundo. Si alguna vez ha supuesto un problema para Paul durante los años que llevan siendo socios, lo ha disimulado muy bien.

—¿A qué hora salisteis?

—No me acuerdo.

—No sabía que Lex pudiera hacer que te preocuparas de ese modo. —Acabo de decir la frase equivocada y Paul me fulmina con una mirada que me quita la respiración—. ¿Dónde chocaste con el perro?

—Atropellaste, querrás decir. —Se encoge de hombros y sacude la cabeza—. Cerca del aparcamiento que hay junto al puente. —Se mira un buen rato los zapatos—. No quiero hablar más de esto, Kate. Todo este asunto me afecta mucho.

—¡Te afecta mucho!

—¡Deja de acribillarme a preguntas!

Me invade la tristeza cuando huye hasta la sala y se vuelve hacia la tele. Me ha dejado plantada en mitad de la conversación. Josh eructa y Ava suelta una risita, abriendo tanto la boca que se le caen unas pasas de chocolate a medio masticar sobre la mesa. La regaña con más severidad de la que ella esperaba y empieza a llorar, lo cual me hace sentir culpable, lo cual a su vez me hace enfadarme conmigo misma, lo cual a su vez me pone furiosa contra Paul por ponerme de tan mal humor y hacerme gritar. La maternidad: una espiral interminable de frustración y culpabilidad.

Unas horas más tarde estoy en la cama muy quieta notando el cuerpo de Paul arrellanarse en el colchón. No puedo quitarme de la cabeza lo ocurrido ayer. Su desolación y su pánico me dan ardor de estómago, como la comida de un restaurante malo. Ninguna de las explicaciones que he conjeturado es un trago agradable. ¿Se hubiera alterado Paul de esa manera por un perro? No lo creo, pero no me queda más remedio que creerlo, las alternativas son bastante más horribles. El fantasma de otra mujer, otra pasión que lo desestabilizara, planea de manera sombría en la oscuridad. Llevamos casados ocho años. ¿Me he perdido algo? Siempre he pensado que si Paul me fuera infiel alguna vez, lo sabría, sabría reconocer los signos. Soy muy observadora. Mi padre dejó a mi madre cuando yo tenía diez años. Lynda y yo oímos los gritos y la trifulca desde el piso de abajo, oímos el portazo. Mi padre nunca se despidió de nosotras. He visto a mi padre cuatro veces en mi vida desde aquella noche; no lo invité a mi boda y no conoce a mis hijos. Josh cumplirá diez años el año que viene. La idea de que Paul lo abandone a la edad en que me abandonaron a mí me resulta impensable, sencillamente inimaginable. Mamá solía decir que fue como un rayo caído del cielo, que no tenía ni idea de que papá tuviera un lío con su secretaria. Me he asegurado de que mis relaciones nunca fueran como la de mi madre, engañada y sin ningún atisbo de que estaba siendo engañada. Ahora mamá está con Dale, un bebedor de cabeza embotada que le hace «compañía». Lynda nunca se ha casado ni ha tenido niños, pero, a diferencia de Jessie, yo no creo que sea feliz. Lynda tenía quince años cuando papá nos dejó, y le resulta un problema confiar en los hombres.

Odio a mi padre. Ya veis, incluso alguien tan afortunado como yo tiene su cruz.

Me acurruco contra Paul mientras él se queda dormido, engarzo un pie en su pantorrilla peluda y poso la mejilla en la hendidura de sus omoplatos. Encajamos a la perfección, somos marido y mujer.

A todo el mundo le gusta Paul. Es guapo, amable y, sin embargo —y creo que es la guinda del pastel—, no es un tío soso. Sabe chistes divertidos, gana la carrera de los padres el día de los deportes en el colegio de Josh, le da buenos consejos a Jessie cuando le rompen el corazón. A veces la gente me dice: «¡Oh, ese hombre es una joya!», y yo pienso: bien. Nunca deja de sorprenderme; Paul nunca me hace la vida aburrida, y el aburrimiento significa la muerte de cualquier matrimonio. También es un triunfador. Hace dos años, la famosa CPTV, una compañía de medios de comunicación que se encuentra entre los cien principales valores de la Bolsa londinense, compró Forwood TV —el nombre es una combinación de los apellidos de Paul y de Lex (Lex se apellida Wood)—. Bromeábamos con que tendríamos que ir a las veladas de Downing Street y probablemente conoceríamos a Elton John, pero eso no ha ocurrido. Mis hijos tendrán que luchar por ganarse la atención, los favores y las oportunidades, aunque tal vez no les costará tanto como a Lynda y a mí. El aura de «especial» aún queda bastante lejos.

Fue difícil conservar la calma cuando Paul y Lex estaban vendiendo la compañía. Realmente fue una hazaña sorprendente que los emocionó y les provocó mucho estrés. ¿Cómo se supone que debes sentirte cuando haces realidad tus sueños antes de cumplir los cuarenta?

Paul se mueve en un mundo cosmopolita, glamuroso y temerario, que avanza a un ritmo vertiginoso. Da empleo a cincuenta y cinco personas, según el último recuento, de las cuales una gran proporción son mujeres más jóvenes, más listas y más guapas que yo. No caigáis en el error de pensar que estoy amargada por la belleza que me ha tocado en suerte o que estoy paranoica por la competencia; la vida siempre ha sido así conmigo, no soy ningún bellezón y tengo una personalidad muy normalita, pero soy resultona. Luzco una media melena castaña, ni rizada ni lisa; unos ojos de color avellana, parece ser que salpicados de fascinantes motas, y una sonrisa amable. Los hombres se suelen sentir atraídos por chicas como Jessie, rubias de bote con tetas prominentes, mujeres de fuerte personalidad, que saben un montón de anécdotas divertidas; sin embargo, de entre todas mis coetáneas, soy yo quien se llevó el premio gordo: un matrimonio y una vida con Paul. Y me lo llevé yo porque soy muy obstinada. Cuando creo que algo vale la pena, y Paul valía la pena, no hay nada que consiga apartarme de mi objetivo. Me lo curré mucho, antepuse sus necesidades a las mías, viví mi vida a la sombra de la de Paul. Me hice imprescindible para él, hice que le resultara imposible vivir sin mí. Claro que nunca le he contado esto a nadie, me haría parecer una mujer que ha renunciado a sí misma, y en realidad no es eso. Pero después de diez años y dos hijos, estoy notando un cambio. Es hora de salir de esa sombra. No voy a claudicar y hacer como si aquí no hubiera pasado nada después de ver a mi marido tirado en el suelo, sollozando y farfullando que ha matado a sabe Dios qué. Tarde o temprano descubriré lo que ocurrió anoche, y luego trabajaré sin descanso para enmendarlo.

6

El glamour que tiene la televisión en directo contrasta con la cutrez de las oficinas donde se produce *Crime Time*. Para ir a trabajar me cuelo entre grandes camiones que escupen gravilla mientras pasan volando hacia el centro de Londres, y cuando llego allí, nunca me entretengo debajo del porche de los años sesenta que ha perdido pedazos de cemento, como si algún animal salvaje se hubiera adaptado por completo al entorno urbano y hubiera empezado a comérselo. El interior no es mejor: bajo mi escritorio, los bordes de la alfombra se enrollan hacia arriba como un bocadillo rancio, y manchas que parecen de sangre salpican el suelo.

Enciendo el ordenador y saludo a Shaheena con la mano, una colega investigadora que se sienta enfrente de mí. Solemos bromear entre nosotras con que la cutrez del entorno está a la altura de los temas que tratamos cada día. Hay una bolsa de basura apoyada contra mi escritorio. Antes de que me dé tiempo a preguntar qué es, Shaheena se acerca y me susurra al oído:

—La ha dejado caer Nube Negra.

Me siento y me doy la vuelta para ver a Livvy, la productora, discrepando con alguien a través del móvil mientras nos saluda desde la otra punta de la oficina. No llevo tanto tiempo trabajando en *Crime Time* como para conocer a todo el mundo, pero Livvy ciertamente me ha causado una gran impresión. Acaba la llamada y arroja el teléfono sobre mi despacho, refunfuñando.

—Deduzco que no es un buen día.

Livvy resopla.

—Son todos unos cretinos y unos imbéciles.

Veo a Shaheena reprimir una sonrisa. Llamamos Nube Negra a Livvy porque es una pesimista acabada, ve el desastre acechando en cada esquina.

—Creía que los números estaban mejorando.

Livvy no sonrío. Se sienta sobre mi mesa y sacude de un lado a otro su larga cola de caballo.

—Y lo estaban. —Esta fantástica noticia no es suficiente para Livvy, simplemente le da más pie para creer que las cosas pueden empeorar: «engordar para morir»—. Pero eso no es motivo para volverse complaciente. —Y añade, señalando la bolsa de basura negra—: Han llegado más vídeos de los espectadores. Esto es solo una muestra. Tienes que examinarlos y encontrar las historias más estremecedoras, el metraje que realmente muestre a los malvados sinvergüenzas entre los que vivimos.

Y señala mi ordenador con el dedo como para darle más énfasis.

—No hay problema —respondo.

Livvy hace lo posible para esparcir por todas partes su mal humor.

—No te emociones demasiado. Es un trabajo de mierda.

Nada de lo que yo diga convencerá a Livvy de que realmente me gusta mi trabajo. Lo que ella considera una aburrida y reiterativa labor de criba y compilación, a mí me parece una fascinante ventana abierta a los dramas, las vidas y los problemas del público. El hecho de que podamos emitir esos vídeos por la televisión para millones de personas, ayudar a apresar individuos que están aterrorizando casas, y mejorar la vida de la gente, hace que me guste mi trabajo.

—Y hay más afuera, al fondo. Te enseñaré dónde están y luego puedes arrastrarlos todos hasta aquí.

—¿Qué otra cosa revela la información del programa? —pregunta Shaheena.

—Marika es un exitazo, al menos algo va bien.

—¡Ah, la gran Marika Cochran! —No puedo evitar deshacerme en elogios.

—No me digáis que no es la mejor.

A pesar de que el humor de Livvy tiende a ser negro, ni siquiera ella puede resistir la atracción que produce Marika.

—Está a años luz del programa de baile que presentaba al principio, tiene una actitud tan joven y fresca que realmente mola —añado.

—¡Dios, fue una jugada maestra contratarla! ¡Fue idea de Paul, claro!

Sonríó con la más dulce de mis sonrisas, que puede ser de auténtica sacarina a veces. Marika fue idea mía.

Livvy ha sido feliz durante demasiado tiempo, de modo que vuelve a fruncir el ceño con renovado vigor.

—Sí, el programa va muy bien, como se puede comprobar, pero aun así debo «recortar», «recortar gastos». ¡Dios, cómo echo de menos los noventa, cuando se podía gastar a espuestas! ¡Mirad a qué ratonera llaman oficina!

Las tres miramos sin demasiado entusiasmo a nuestro alrededor, y yo me atrevo a pensar que la principal razón por la que me contrataron es porque salía barata.

—¿Por qué estamos en esta oficina? —pregunta Shaheena.

—¡Eso es una descripción educada! Algún mamón de Forwood se olvidó de renovar los contratos de arrendamiento. —Se levanta y de inmediato muestra pánico—. ¿Dónde está mi teléfono? Kate, las cintas —añade cuando se lo doy.

Shaheena me mira con cara de apiadarse de mí mientras sigo a Livvy por el cochambroso pasillo. Tira de una pesada puerta y nos transportamos al estudio de *Crime Time*. Livvy desfila por el decorado de una gran sala de estar con un sillón y un sofá de piel detrás de una mesa de café de cristal. Aquí es donde Marika se rodea de admiradores durante la emisión de *Crime Time*, pero hoy el estudio está abandonado y silencioso. El programa solicita la ayuda del público para resolver toda clase de crímenes, desde asesinatos hasta violaciones y delitos criminales, y utiliza el teléfono y la votación telefónica para recaudar dinero destinado a campañas comunitarias: una cámara de circuito cerrado en un oscuro rincón de una urbanización, cerraduras nuevas en las puertas de los pensionistas...

A un lado del plató se asienta una hilera de mesas desde las que los documentalistas reciben llamadas, textos y mensajes electrónicos del público, y desde las que, cada semana, organizamos

la votación del público. Es un programa populista y no se avergüenza de serlo.

Livvy entra con estrépito por una puerta lateral y de allí pasa a una plataforma de entrega donde empieza a hurgar en una bolsa de basura negra apilada junto a una montaña de cajas de cartón.

—Me siento como una de esas personas que acaban en nuestro programa —digo.

Livvy refunfuña.

—¿Quién será el idiota que las ha puesto aquí afuera?

Abro una bolsa y veo cientos de sobres y paquetes, cada uno contiene una carta sincera que describe los horrores con los que conviven los autores de las mismas y, la mayoría de las veces, la acompaña un vídeo.

—Esto sí que es un crimen de pies a cabeza.

—El mundo está lleno de mentirosos y timadores —añade Livvy con entusiasmo—. Vamos, coge de un lado y yo cogeré del otro.

—¿Sabes?, cuando hice el curso de técnicas de interrogatorio...

—¿Que hiciste qué?

Livvy me mira sorprendida y me doy cuenta, con un atisbo de vergüenza, que no leyó mi currículum cuando me presenté al puesto de trabajo. No es la primera vez que sospecho que ser la esposa de Paul me facilitó más las cosas de lo debido.

—Un curso sobre cómo interrogar a sospechosos cuando se sospecha que mienten, ese tipo de cosas. Lo hice con un montón de policías (todos eran hombres entonces) e investigadores privados con problema de sobrepeso.

—¿Y por qué demonios...?

—Cuando trabajé en investigación de mercados... —Livvy me mira asombrada—. Antes de ser documentalista de televisión, trabajé en investigación de mercados. Yo diseñaba cuestionarios y entrevistaba a personas para comprobar sus reacciones ante productos de consumo: tabletas de chocolate, detergente para la lavadora o lo que fuera. El problema era que muchas veces creía que los resultados no servían para nada, porque me parecía que las personas estaban mintiendo. Por ejemplo, cuando le preguntas a un ama de casa cuántas horas al día ve la televisión, tiende a asegurar que ninguna, pero cuando le preguntas qué opina de Jeremy Kyle, critica sus temas cada mañana. Así que convencí a mi jefe de que me enviara a hacer un curso de interrogatorios, ya sabes, un curso de esos de «¿está mintiendo esta persona?», para ver si podría aplicar las técnicas policiales a la investigación comercial. Así que me pagaron por estudiar a tiempo parcial.

Cogemos cada una de un lado de la bolsa y nos dirigimos hacia el estudio.

—¿Y pudiste aplicarlas?

—Mmm, eso creo. Aún no estoy segura, o tal vez no era demasiado buena interpretando a la gente. —Livvy asiente—. Pero aprendí algunas cosas interesantes. ¿Sabías que el setenta por ciento de los principales sospechosos acaban confesando? Si las personas que han escrito estas cartas y correos electrónicos —señalo con la cabeza la montaña de sobres que tengo en los brazos— creen que su socio o su vecino no es trigo limpio, es porque probablemente no lo sea.

Livvy asiente.

—Como mi jodido ex —añade con acritud. Dejamos la bolsa al lado de su gemela que se encuentra junto a mi escritorio. Se queda con la mirada perdida un momento y se toma su tiempo para reflexionar—. Supongo que la investigación de mercado te diría que mi amor por ese Twix

—señala el tentempié que me he traído para almorzar— se debe a que mi novio no me quería lo suficiente.

—No. Es porque te gusta un montón el chocolate.

Livvy en realidad relincha. Es un sonido tan sorprendente que al cabo de un segundo estamos las dos rugiendo. Shaheena regresa del lavabo y se queda de pie boquiabierta.

—Pensándolo bien, una cosa que aprendí en todas aquellas clases nocturnas fue que los criminales son en verdad un poco estúpidos. Los inteligentes son muy escasos.

—O simplemente se salen con la suya.

—Tal vez. Quizá un motivo sea que los grupos se pueden dominar con una facilidad sorprendente. La gente es fácil de manipular, pero todos creemos que somos inmunes a la manipulación o lo bastante conscientes para percibirla.

Los ojos de Livvy brillan de anhelo.

—El maestro criminal. Me encantaría atrapar a uno de estos.

—Y a mí. —No tiene ni idea de lo en serio que lo digo.

Una vibración corta el efímero buen humor de Livvy.

—¿Dónde está mi teléfono? —Se palpa los bolsillos, alarmada, hasta que lo cojo de mi mesa y se lo doy. Escucha durante un segundo y luego vuelve a fruncir el ceño—. Dile que el cabeza hueca que haya hecho eso lo devuelva a contabilidad. Se acomoda el cabello con un movimiento rápido de la cabeza y se marcha.

—¿Es un destello de plata lo que detecto en esa nube? —pregunta Shaheena.

7

El miércoles por la noche se celebra una cena de trabajo, otro alto en el recorrido socializador que es Forwood Television. Una de las series de la compañía (ideada y puesta en antena por Paul, obviamente) acaba de emitirse y ha causado un enorme revuelo. *Inside-Out* es un documental, tipo *reality*, sobre Gerry Bonacorsi, que hace treinta años estranguló a su esposa porque, según parece, «le estaba poniendo los cuernos». Nadie se acordaría de Bonacorsi de no ser por el hecho de que, como nunca expresó ningún remordimiento por haber cometido ese crimen y, por tanto, nunca lo soltaron, detenta el honor de ser uno de los condenados a cadena perpetua más veteranos de Gran Bretaña. Ahora tiene setenta años, e *Inside-Out* ha logrado que la Junta de Libertad Condicional permita la entrada de cámaras en sus vistas y en la cárcel en la que está Bonacorsi, para ilustrar cómo se toman las decisiones relativas a dejar o no en libertad condicional a presos como él. Al principio de la serie, no sabíamos si Bonacorsi conseguiría salir o no. Hace un mes, lo consiguió. En mi opinión debería haberse podrido en la cárcel hasta el día de su muerte, pero vaya, yo soy solo una esposa y parte del público de a pie, de modo que ¿quién soy yo para decirlo? Según Paul, tengo una visión de la vida muy propia de la telebasura, a lo cual le contesto que todo el mundo es liberal hasta que es víctima de un crimen violento.

De modo que esta noche va de asesinos y mojitos; no sé si combinan bien. El secretario de Paul, Sergei, ha alquilado el local de moda de la ciudad y ha organizado una cena para unas ciento cincuenta personas. Es una manera estupenda de fomentar la camaradería, el mirarse el ombligo y el lameculismo entre los empleados a expensas de otro. Se trata de una velada importante porque asistirá el fundador de CPTV, Raiph Spencer, junto con otros peces gordos, y Paul está deseando impresionarlo. He comprado un vestido nuevo y me he teñido el pelo para que brille y se mueva en oleadas perfectas al mover la cabeza.

—¿Qué os parece?

Me doy media vuelta despacio, haciendo crepitar la seda de la falda hacia Ava y Luciana, la canguro. Ava está sentada en las rodillas de Luciana mientras esta la peina. Sonríen y hacen carantoñas. Luciana es la *au pair* brasileña de unos amigos y hace de canguro en sus horas libres. Está obsesionada con Ava y juega a muñecas y a «colegios» con ella durante horas, mientras que Josh está libre para ver la tele sin interrupción.

—¡Ah, mami está preciosa!, ¿verdad? —dice Luciana, mirando a Ava.

—Estás muy graciosa, mami —dice Ava.

—Es todo un halago viniendo de una niña que viste de amarillo, rojo y violeta —respondo.

Ava se limpia los mocos en el traje de Alicia en el País de las Maravillas, mirándome con grandes ojos abiertos mientras balancea la cabeza hacia delante y hacia atrás marcándose un tango con el peine. Josh ni siquiera aparta la mirada de la televisión.

—Te has hecho un color muy bonito —dice Luciana—. Paul se sentirá muy orgulloso de ir contigo esta noche.

—¡Uau! —sonrío algo azorada.

Luciana se encoge de hombros, delgados por cierto.

—Paul es un hombre muy sexy. Debes estar siempre bella, o si no... —Se corta y suspira con afectación teatral. Me advierte moviendo el dedo índice—: O si no, los hombres son todos iguales.

Luciana tiene veinte pero aparenta diecisiete. ¿Cómo puede alguien tan joven y hermoso haber aprendido a ser tan cínica con respecto a los hombres? No quiero ni pensarlo.

—Siempre das en el clavo, Luciana... Me parece. —Sonrío—. Coge lo que quieras de la nevera, no dejes que se acuesten muy tarde. —Luciana asiente. La misma vieja rutina para salir de la casa. Me suena el móvil, el taxi está fuera—. Bueno, ya me voy, hasta luego.

Josh no responde, la televisión parpadea. Compruebo el interior de mi bolso y me examino los dientes en el espejo del recibidor. Aún los tengo todos.

Como me he calzado unos tacones de aguja, me concedo el lujo de tomar un taxi hasta la ciudad. Dejamos atrás tiendas y casas y veo a una anciana subir pesadamente la cuesta, balanceando el cuerpo de un lado a otro por el esfuerzo de transportar la pesada bolsa de la compra. Me siento culpable de lo mimada que estoy, de que la buena suerte haya salido a mi encuentro. Me pregunto si tal vez he empezado a considerarla como algo normal. Estoy intentando decidir si constituye un problema, cuando noto que me vibra el móvil con la entrada de un mensaje de Jessie: «¡Acabo de tener la mejor experiencia sexual de mi vida! Lláname. Bs». Vuelvo a guardar el teléfono en el bolso y reclino la cabeza hacia atrás en el asiento. Debo de tener un centenar de mensajes de texto de Jessie diciendo justo eso mismo. No es precisamente el colmo de la coherencia. «Paul puede sentirse orgulloso de ti». Es bonito oírlo. Y yo me siento orgulloso de él, ¿o no? Sus sollozos del lunes retumban en mi cabeza. De repente noto el asiento pegajoso, y el aire que entra por la ventanilla, frío. Ninguna explicación me ha proporcionado tranquilidad; incómodos pensamientos renuevan su viaje por mi mente. Paul y yo tenemos que hablar. Yo me muero por un poco de claridad y por poder regresar a mi adorable vida normal. El taxi se acerca a una parada y tengo que pellizcarme para recomponerme. Soy la mujer del jefe, tengo que representar un papel y quiero hacerlo bien.

8

Me encontraré con Paul dentro porque ha tenido una reunión que sabía que se alargaría. Normalmente no tiene ninguna importancia, pero esta noche necesito de veras un brazo en el que apoyarme, o esconderme. Espero de pie, sin demasiado entusiasmo, en la cola para llegar a la puerta, y un gorila me pregunta quién soy. El bar es un hervidero de gente vociferante a la que no conozco, y mi circuito finaliza demasiado pronto. Me quedo apartada junto a la guardarropea.

—¡Kate! ¡Me alegro mucho de verte!

Me rescata Sergei, un ruso de aspecto serio de casi treinta años, que viste traje negro, camisa negra y corbata negra. A Sergei le gusta el negro. Es increíblemente bueno en su trabajo y guarda a Paul como un pitbull guarda a un traficante de drogas del East End. Me planta un beso formal en cada mejilla y pregunta por los niños por su nombre de pila mientras llega Astrid.

—¡Hola! ¿Eres la esposa de Paul?

Yo asiento y sonrío, ya he pasado por esta rutina con Astrid dos veces. Lex tiene dos secretarias, una de ellas es Astrid. Paul y yo solemos bromear con que Lex tiene dos secretarias porque ninguna de las dos es lo bastante buena como para hacer el trabajo ella sola. Lex pretende hacernos creer que hay un método en su locura: contrata a aspirantes a salir en la tele y afirma que las mejores ideas las saca de sus «adláteres».

—Soy Kate —digo, sonriendo.

—¡Oh, mierda, eso es, nunca me acuerdo de los nombres! —Astrid es australiana. Finge dar puñetazos al pétreo estómago de Sergei, su top plateado con la espalda al descubierto va anunciando que es lo bastante joven como para salir sin sujetador—. ¡Démonos un morreo! —Me abraza fuerte, aprieta una rolliza y fragante mejilla contra la mía y me coge de la mano mientras caminamos hacia la parte principal del edificio.

Sus secretarios son un claro reflejo de las personalidades de Paul y de Lex. Paul contrató a Sergei porque no quería las erupciones de chicas monas y tontas que Lex ha tenido que capear en el curso de los años. «No puedo soportar que me encasillen en un cliché —opina Paul—. ¿Quién quiere ir a trabajar y que te distraiga la idea de querer follarte a tu secretaria?»

Mi padre, por ejemplo, pero cambiemos de tema.

—¿Sabes, Kate, que este edificio era un matadero? —dice Sergei.

—Eso he oído. Es un lugar sorprendente. —Ambos levantamos la vista hacia la preciosa bóveda artesonada.

—Yo creo que es como una catedral —añade la voz de un hombre. Me doy la vuelta para descubrir a John mirando hacia arriba, su nuez proyecta una afilada sombra a lo largo de su cuello.

—Hola, John —dijo—. ¿Va bien todo? Tienes un aspecto estupendo.

Lo beso en la mejilla hundida, tiene la piel grisácea.

John asiente y me dedica una mirada triste y lejana. Muestra el vaso de zumo de fruta por encima de mi cabeza.

—Mira, por encima de la barra aún tienen los viejos ganchos de metal.

Astrid profiere una exclamación de asco. Paul me ha contado lo duro que le ha resultado a su hermano permanecer limpio todos estos años, librar esa batalla diaria con sus demonios y sus adicciones. He oído hablar de su fuerza de voluntad y su determinación. Respeto a John, pero no estoy segura de que me guste. Es como si hubiera una película de derrota entre él y yo, entre él y el mundo. Paul está de acuerdo conmigo, pero a pesar de todo es su familia y punto. Lleva asuntos jurídicos de Forwood televisión, Paul lo sacó del arroyo del fracaso, lo secó y le dio un empleo. Pocos habrían hecho una cosa así, pocas personas habrían corrido el riesgo o perdido el tiempo, pero Paul no es como la mayoría. Le dio empleo a su hermano mayor después de la venta, no para fregar el suelo ni para el papeleo insignificante, sino para revisar contratos de vital importancia. «Dale la responsabilidad y responderá, no puede soportar la piedad», dijo Paul. Me avergüenza decir que estuve totalmente en desacuerdo con él, le dije en términos contundentes que sería un desastre, que su compañía corría peligro, pero él no me hizo caso. Dos años más tarde se ha demostrado que estaba equivocada. Las farras de whisky y cocaína se han esfumado, junto con su esposa, su fortuna, su antigua carrera como abogado de anuncios publicitarios y su sentido del humor, y han sido sustituidos por reuniones semanales en Alcohólicos y Narcóticos Anónimos, el gimnasio y los cigarrillos. Miro los ganchos de la carne, sus curvos pesos están iluminados por cientos de apliques de techo, difusores y lámparas de pie, y entonces veo a John estudiándome. Paul insiste en que nunca le ha contado a John lo que yo opinaba, pero, cuando me mira así, sospecho que sí lo ha hecho. Los lazos de sangre son los más fuertes.

—Creí que sería el marco adecuado para mostrar el éxito de Forwood —dice Sergei.

—Bueno, ciertamente lo merecías después de *Inside-Out*. La respuesta que ha tenido el programa ha sido espectacular.

—¡Es la hostia! —dice Astrid. Su entusiasmo es contagioso y todos nos ponemos a reír.

—¿Sabes dónde está Paul? —le pregunto a Sergei.

—¿Ya te ha abandonado? —Sergei mira hacia atrás.

—¡Oh no! Hemos venido cada uno por su cuenta. Paul tenía una reunión que iba a acabar tarde, así que he venido sola.

Noto que Sergei frunce durante un segundo su lisa frente.

—¡Ah! —Hace una pausa—. Bueno, veamos si podemos encontrártelo, lo he visto hará menos de cinco minutos. Estaba con unos peces gordos de CPTV.

—¡Ahí está! —grita Astrid.

Astrid es alta, con unas piernas de cervatillo, y hace un barrido por encima de las cabezas buscándome. Sonríe y saluda por encima de mi hombro mientras Paul se acerca y me estampa un besazo en la mejilla.

—¡Mi esposa! —Me agarra por la cintura como si no quisiera o no debiera dejarme marchar

—. ¿Dónde está tu copa? ¡Vamos, champán para Kate!

Consigue un camarero y le coge una copa alta de champán de la bandeja. Paul viste de esmoquin. Rebosa salud y parece pletórico y exaltado, sus ojos negros centellean. Le da una palmada en un hombro a un tipo, otro hombre lo felicita, o eso parece. Paul me presenta a personas muy importantes de la industria y yo me desvivo por hacer que se sientan a gusto. Parece ser que es algo que hago bien, a juzgar por los comentarios que oigo. No estoy segura de que mi lista de talentos sea muy larga. Mientras hacemos cola para ocupar nuestros asientos, Paul es el centro de atención, el hombre clave sobre el que se centra la noche, los allí reunidos y sus carreras.

Al cabo de media hora nos sentamos a cenar. Estoy sentada a la mesa con todos los peces gordos, aunque durante este tipo de veladas me siento tan importante como una nevera en el polo norte. Paul me presenta a Raiph Spencer. He oído hablar tanto de él en el curso de los años y he visto su foto en los periódicos tantas veces que me resulta familiar a pesar de que es la primera vez que lo veo en persona.

—Es un honor —digo, con más efusión de la debida mientras le estrecho la mano.

—Cuando acabe la noche es probable que le parezca una maldición —responde, dibujando una sonrisa con sus ojos azules. Tiene la cara salpicada de enormes pecas de tanto sol caribeño o mediterráneo, y es más bajo y delgado de lo que parece en la tele.

—¿Te ha dado tiempo de ver *Inside-Out*? —le pregunto de manera educada.

—Sí, busqué el tiempo para poder verlo —responde Raiph—. ¿Sabes que fui al colegio con Gerry?, aunque él era un poco mayor que yo. El programa me pareció fascinante.

—Lo que me parece fascinante es cómo la vida de dos personas puede seguir senderos tan distintos.

Raiph suelta una risita.

—Creo que es justo decir que él y yo somos las personas más famosas que ha dado Donegal en más de una generación.

Raiph hace gala de su encanto con suma facilidad y gracia, lo cual está reñido con la reputación que tiene de ser un velociraptor en el mundo de los negocios. Retira la silla para mí, y Paul sonrío abiertamente mientras me mira.

—Será más bien mala fama, ¿verdad? —La trayectoria de Raiph, de hijo de un carnicero irlandés a protagonista de *El aprendiz*, es una historia que se ha contado muchas veces.

—¿Te refieres a Gerry y a mí o solo a mí?

Sonrío.

—No estoy segura de que haya mucha diferencia entre los dos. Aunque sería más divertido tener mala fama, ¿no crees? Parece bastante más emocionante.

Raiph pondera mis palabras durante más tiempo del que me gustaría. Está pensando a conciencia su respuesta.

—Ya he tenido bastantes emociones en mi vida, por decirlo de alguna manera, pienso en alguna más y creo que mi pobre corazón no lo resistiría. —Se agarra la solapa de su carísimo traje y pone los ojos en blanco—. Eso de tener mala fama se lo dejo a los chicos de Forwood.

Lex se nos une al final de la conversación.

—Convertir a un asesino en una celebridad ha sido mi mayor reto —añade.

—No puedes negar que la cámara lo adora —añade Paul—. No puedes dejar de verlo. Era tan

distinto de lo que la gente esperaba, y eso queda magnífico en televisión.

—Por la magnífica televisión —dice Lex, levantando la copa.

—Por la magnífica televisión —brindamos todos juntos.

Sergei ha diseñado bien la disposición de los comensales: mientras doy buena cuenta de los entrantes, escucho a un hombre vehemente llamado Jethro contar una divertida historia sobre cómo fotografiar armiños, y la mujer que se sienta a su lado repite un cotilleo muy indiscreto sobre una estrella del rock, que oyó en una sala de edición, ¡oh, cómo reímos! Estoy a punto de intentar animar a un «pingüino» muy tieso que se sienta dos asientos más allá, pero noto que Lex se abre camino entre las mesas para salir. Adivino que sale a fumar un pitillo. Me disculpo y me dirijo hacia la puerta. Al salir lo encuentro con Astrid y un grupo de personas a las que no conozco. Me ve y mueve la cabeza indicándome por señas que me acerque.

—¿Te puedo gorrear un cigarrillo? Intento dejarlo, pero estoy fracasando estrepitosamente. — En realidad hace años que no fumo.

—Claro. Tú y yo, los dos.

Sujeta el encendedor para mí de una manera muy sexy y sugerente. Me resulta difícil precisar por qué no me gusta Lex. Me refiero a que aunque sea obvio que es arrogante, vano y egoísta, eso no le impide ser inmensamente popular, sobre todo entre las mujeres jóvenes. No lo consigo y me pregunto si mi malestar es miedo, miedo a no estar de acuerdo con la mayoría o a no estar de acuerdo con Paul; miedo a haberme perdido algo.

Lex sonríe con socarronería, me presenta a todo el mundo y yo lo miro agradecida.

—Me he enterado de que el lunes tuvisteis una noche movidita...

Exhala un anillo de humo y sonríe.

—No puedo dar ningún dato, Kate, es el código de la carretera.

De todas las expresiones que resumen la industria de la televisión, esta es la que más odio. La confabulación entre colegas y autónomos cuando ruedan exteriores, las mentiras a las esposas y las parejas que sufren por lo que realmente sucedió en aquella casa de Ibiza o aquel complejo hotelero de Rusia, o en aquella caravana en Irlanda durante un rodaje de seis semanas (quiero decir durante una fiesta de seis semanas). Hay empleos que exigen un duro trabajo y hay empleos como las localizaciones de televisión, si es que las historias que he oído son dignas de crédito. ¿Cuántos secretos quedan sellados en el trabajo porque yo soy una esposa y nunca podré sacarlos a la luz?

Alguien sofoca una risita y me doy la vuelta bruscamente. Tranqui, Kate, me digo a mí misma. Me sujeto un codo con la otra mano, el cigarrillo cerca de la oreja.

—¿Qué aburrida es esa expresión del mundillo de la tele! Yo tengo una mejor del mundo de la música. —Me inclino hacia Lex—. El arte por el arte, pero el éxito es para follar.

Lex se ríe y el grupo se relaja. La nicotina fluye por mi cuerpo y me provoca cierto mareo.

—¡Oh, yo sé una! —dice Astrid, restregando el zapato sobre el cigarrillo—. La amiga de una amiga mía estaba trabajando en la recepción de una compañía de música y entró Sting y se acercó directamente al mostrador. Así que ella va y le dice: «No te acerques tanto»^[2].

Todo el mundo se echa a reír. Me habría parecido divertido de no estar tan desesperada por saber la verdad, por conocer todos esos detalles que Lex no está dispuesto a contarme. ¿Cómo puedo averiguar lo que realmente sucedió el lunes? La cabeza me da vueltas de una manera muy desagradable.

Al cabo de cinco minutos de cháchara superficial, Lex dispara la colilla con un movimiento combinado del índice y el pulgar y acierta en el desagüe.

—A este paso ya me veo de protagonista en un *Crime Time*, ahora que has aterrizado en el programa.

Hace un gesto defensivo exagerado y yo le dirijo una sonrisa asesina.

Otra vez en el interior, el calor es agobiante y la comida sigue llegando. Tenía que ser una cena agradable, una validación de todo lo que Paul ha conquistado, pero por primera vez en la vida estoy examinando la sala en busca de mujeres hacia las que Paul pudiera sentirse atraído. Es una tarea deprimente y me ventilo la copa de vino. En un momento dado, Sergei pasa y me da una palmadita en el hombro, un gesto que interpreto como de consuelo. Pienso en el momento anterior en que frunció brevemente el ceño, cómo intentaba disimular su sorpresa cuando dije que Paul estaba en una reunión. Dentro de mí empiezan a arremolinarse amargas sensaciones de duda.

Un golpecito en el brazo aparta de mi cabeza esas venenosas ideas. Portia Wetherall, la presidenta de CPTV, se inclina sobre los respaldos de los asientos para saludarme, y me alegro tanto de que me distraiga de mis pensamientos que me levanto y me abrazo a ella, sujetándola torpemente en mi axila.

—Te doy un penique si me dices lo que estás pensando —dice.

—¡Oh, solo estoy cansada, eso es todo! Tengo un montón de cosas de las que ocuparme. —Me doy una palmada en la frente—. Lo siento, sé que eso debe de parecerse ridículo.

—En absoluto —repite, apretándome la mano—. No creas que por tener un cargo importante en una gran compañía deba estar más estresada que tú. Tal vez no sea así. Soy muy buena delegando. —Portia sonrío y, levantando un dedo de una manicura perfecta, añade—: Además no tengo hijos que cuidar.

Portia es la mujer más joven que haya dirigido jamás una compañía que cotice entre los cien principales valores de la Bolsa londinense. Cuando se mueve, puedo oír cómo se machacan las barreras que impiden a las mujeres ascender en el mundo de los negocios. Portia es mayor que yo, pero no podría decir cuánto. Lleva el cabello peinado en un conservador casco rubio al estilo mujer madura, y un traje carísimo e intemporal de color caramelo. Dirige una de las compañías más grandes de Gran Bretaña, y apuesto a que no ha cumplido aún los cincuenta. La imagino llevando una vida como la de Jessie si no tuviera una propia, pero Portia es tan exótica e indescifrable como una india del Amazonas o una pastora de cabras tibetanas, algo ante lo que te maravillarías en unas vacaciones o que te dejaría boquiabierto en un documental.

—Creo que estás siendo muy generosa. Dime, ¿con qué frecuencia asistes a este tipo de actos?

—Pues, una vez por semana, diría yo, aunque este es, por supuesto, el más interesante. Los eventos de Forwood son realmente notables. Creo que es porque Paul y Lex son una compañía muy buena, aquí todo va viento en popa.

Nos sonreímos.

—Pero cuanto más hables conmigo menos fascinante te va a parecer la velada.

—¡Venga, para ya! —Me aprieta la mano—. Pero entre tú y yo —dice inclinándose hacia mí—, si supieras cómo son algunas de las recepciones a las que debo asistir, te darías cuenta de lo interesante que es tu compañía.

Me siento reconfortada, y no precisamente por el vino. Portia tiene el raro don de hacerme sentir especial, como si fuera la única persona de la sala. Probablemente ese era uno de los

muchos talentos que la han ayudado a alcanzar la cima.

—Hablando de personas interesantes, el otro día conocí a una amiga tuya. Jessica Booth.

—¡Jessie! ¿Y cómo fue?

—Raiph quiere encargarse de un retrato. —Señala con la cabeza al fundador—. Me lo mencionó e insistí en que mi consejero artístico le hiciera una lista de posibles artistas, y Jessica se encontraba entre ellos.

—¡Bueno, eso es un notición! Creo que tiene mucho talento.

Portia asiente.

—La semana pasada estaba en el East End y pasamos por la sala donde expone, para conocerla. Me gustó, y también su trabajo.

—Se merece una plataforma más grande.

—Es sorprendente cómo el genio suele permanecer oculto para el mundo. —Portia frunce el ceño—. ¿No es triste?

—Sobre todo es muy común.

—¡Qué triste! Me gustaría que tu amiga tuviera suerte.

Y aunque me da la sensación de que Portia quiere seguir hablando conmigo, nos interrumpe un «pingüino» que se inmiscuye en la conversación.

Al cabo de una hora veo que Lex se dirige hacia los lavabos, es la segunda vez en veinte minutos. Me sorprende a mí misma porque, para no ser una persona espontánea, tomo una decisión repentina y me pongo a seguirlo. Observo en el reloj cómo pasa todo un minuto moviendo el pie con impaciencia, delante de la puerta del lavabo de caballeros antes de abrirla. Hay dos hombres frente a los urinarios, pero, tal como yo sospechaba, Lex no es ninguno de ellos. Me miran boquiabiertos y se apresuran a subirse la bragueta. Entro en el cubículo contiguo al de Lex y me subo a la taza del váter, pero como sigo sin poder ver lo que pasa al otro lado, me encaramo a la cisterna con mis tacones de aguja y echo un vistazo.

Lex se está preparando una gruesa línea de coca sobre la porcelana. Casi deja caer el billete de veinte libras al verme.

—¡Kate! ¡Joder!, ¿qué estás haciendo aquí, quiero decir, ahí arriba? —Se recupera por un momento—. ¿Quieres una? ¡Oh, no, lo siento, no quería decir eso!

Su incomodidad es palpable.

—¿A qué hora dejaste a Paul el lunes? —Lex se limpia la nariz, retorciéndosela un poco—. Piensa con cuidado lo que me vas a contestar. Esta noche es la noche de Forwood, Lex; a Paul le amargarías la velada si se enterase de esto, y si creo que me mientes, se enterará.

Lex se queda en silencio, enrollando el billete de veinte libras entre los dedos hasta que forma un fino tubo.

—Lo dejé a las nueve y veinte. Solo tomamos unas copas.

—¿Adónde fue Paul?

Lex se inclina desafiante y esnifa la coca.

—No lo sé. Dijo que se iba a casa. Tú estás casada con él, es tu funeral. —Levanta la mirada con gesto insolente—. ¿Estás segura de que no quieres una rayita?

Si hubiera estado en el mismo cuartucho, le hubiera dado una bofetada, me vuelvo muy rebelde cuando estoy borracha. Me habría acercado a sus mejillas encarnadas por el ardor de la fiesta y la adulación y habría intentado transferir un poco de mi angustia a su jeta tan pagada de sí misma.

Pero no estoy allí abajo entre el pis y la lejía, ahora he sido transportada a un lugar mucho más incómodo.

—¡Oh, joder! —exclamo.

Vuelvo a la cena y me encuentro con que Paul está en mitad de su discurso, micrófono en ristre, acaparando la atención de ciento y pico invitados. Se vuelve y sonrío.

—No quiero robaros más tiempo, pero quiero hablar del programa más polémico que Forwood TV ha hecho jamás. *Inside-Out* ha estado en vuestras pantallas todo el invierno y acabó precisamente el mes pasado. Ha provocado reacciones muy fuertes en las personas y ha suscitado el debate tanto en el Parlamento como en las páginas del *Sun*. Eso es lo que hacen los mejores programas de televisión, y creo que este es el mejor. —Alguien aplaude y Paul levanta la mano—. Este documental nos muestra la vida real, con todas sus contradicciones y matices. Gerry Bonacorsi no es un hombre simpático. Es un asesino convicto que estranguló a su esposa y que ha pasado treinta años en la cárcel por ese crimen. La decisión de liberarlo o no cuando él no ha expresado ningún remordimiento no depende, gracias a Dios, ni de vosotros ni de mí. Nuestro trabajo era mostraros las decisiones que se tomaban con respecto a Gerry, «en tiempo real» — otro aplauso—, y dar al espectador la más intensa experiencia de lo que significa estar condenado a cadena perpetua y luego ser un hombre libre.

»*Inside-Out* muestra que la telerrealidad, que es el pan de cada día de esta empresa tan denostada por algunos comentaristas, es un formato que puede generar programas que susciten la reflexión más profunda. *Inside-Out* abre un horizonte totalmente nuevo en la producción de documentales televisivos, y quiero aprovechar esta oportunidad para dar las gracias al equipo que tuvo la clarividencia de concebir este proyecto, y a Channel 4 por correr el riesgo de exhibirlo sin saber cómo acabaría. —Se oyen algunos aplausos—. Así que gracias a todos por vuestro duro trabajo. —Los aplausos resuenan en la sala de techo alto y Paul extiende su largo brazo y me señala—. Pero antes de que por fin me siente y os deje disfrutar del resto de la velada, hay alguien más a quien debo dar las gracias, porque ha hecho el duro e incesante trabajo de aguantarme. — Alguien se echa a reír—. Quiero que todos os levantéis y alcéis vuestras copas para brindar por mi maravillosa esposa y compañera de crimen, Kate, sin la que nada de esto habría sido posible.

Oigo cientos de patas de sillas que se arrastran, manos que aplauden como un batir de alas. Los aplausos resuenan en mis oídos. Paul abre los brazos, esperando atraparme en su abrazo.

Mi marido es un sucio mentiroso de mierda.

Me quedo clavada en el sitio, lo único que deseo es darle a Paul una sarta de bofetadas, una por cada hora que ha pasado entre que dejó a Lex y volvió a casa conmigo, pero soy una mujer convencional y reservada, encorsetada por el estatus y por las apariencias. No me veréis provocando situaciones incómodas. El matadero aguarda, Paul mueve los dedos hacia mí. Me siento mareada, en la sala falta oxígeno.

—¿Cariño?

Fuerzo mi sonrisa más deslumbrante, entro en ese abrazo y corro el pestillo de la jaula de nuestro matrimonio.

9

El ambiente en el taxi que nos lleva a casa es glacial. Paul me suplica que le diga cuál es el problema. Mi temor reprime mi ira, y todo está a punto de desbordarse.

—Cuéntame exactamente qué ocurrió el lunes por la noche —le susurro, no quiero que el taxista tenga la menor posibilidad de oírlo.

Paul pone los ojos en blanco.

—Salí y me quedé hasta muy tarde, quizá demasiado, lo siento...

—¿A qué hora se fue Lex?

Me mira de repente.

—Has hablado con él, ¿verdad? Estás intentando pillarme.

—¡Me dijiste que estuvo contigo toda la noche!

—¡Yo no te dije eso!

—Chisst.

Paul frunce el ceño.

—¿Qué tengo que callarme?

—¿Dónde estuviste?

—Salí por mi cuenta, fui a algunos bares, quería estar solo...

—¿Solo?

Mi pregunta se queda flotando en el aire desoladoramente. En lo que respecta a las relaciones, Paul siempre se asegura de poner un pie antes de levantar el otro. Si no recuerdo mal, no ha estado soltero desde que tenía dieciséis años. Paul no reconoce el concepto de exceso de juergas ni la palabra «demasiado». Cuando se va de viaje, lo oigo por el móvil organizar una cena para doce, un concurso entre algunos colegas para ver quién bebe más; sería capaz de conducir dos horas desde su hotel para encontrarse con un viejo amigo del colegio, solo para salir por ahí y ponerse al día. Si alguna vez su vuelo se retrasa en el aeropuerto, me llama por teléfono sin parar, rellenando los vacíos con conversaciones que mantiene conmigo. Paul no tolera estar solo.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—A veces... No sé..., solo quería una noche de esas.

—¿Tienes una aventura?

—¡Kate! ¿Cómo puedes preguntarlo siquiera?

Ahora mismo no sé si miente, sencillamente no puedo decirlo y eso me desespera. Siempre he supuesto que lo sabría, que me lo revelaría una mirada, una costumbre o un comentario, pero estoy a oscuras, buscando a tientas.

—¿Has..., Paul, has herido a alguien? —Aún no consigo pronunciar la palabra que él mismo empleó.

Paul recula en el asiento de atrás.

—¿De qué estás hablando?

—Dijiste que habías hecho cosas terribles aquella noche...

—Estaba borracho...

—Aun así, me preocupas.

—No me crees. —Me observa con cuidado, es imposible interpretar su expresión.

—Un perro... No sé, parece extraño. ¡Venga, Paul, por favor, dime la verdad...!

—Espera un minuto —susurra con la mirada fija—. ¿Estás diciendo que crees que he matado a alguien?

—Paul, por favor, no puedo ayudarte...

—¡Eres una jodida loca! —Escupe las palabras entre dientes, su boca casi me aprieta la oreja.

Rompo a llorar, liberando horas de rabia reprimida y estrés.

—¡Dios, Paul, por favor, déjame ayudarte! Soy tu esposa, puedes contarme lo que sea, puedes contármelo todo.

Lo agarro de las solapas, escrutando su cara en busca de una señal o una pista.

Me aparta y mira por la ventana.

—No pasó nada, Kate —dice con voz inexpresiva y fría. Hay un tono de amenaza que no había oído jamás en la voz de mi marido—. Déjalo. Es un aburrimiento.

Cuando el taxi se detiene delante de nuestra casa, me trago las lágrimas y emprendemos la subida, muy tiesos y separados, por el camino de la entrada.

10

A la mañana siguiente, Paul se va a trabajar después de plantarme un lacónico beso en la mejilla, y yo me paso el día comiéndome el coco, dando vueltas a ideas delirantes. Voy a recoger a Ava al colegio y llevo a Josh al ensayo con su banda. Sonrío lánguidamente a unas cincuenta madres y a un padre, alegrándome de que nadie intente dirigirme la palabra; hoy la menor tontería podría sacarme de quicio.

—Venga, Kate, espabila, Ava puede coger hoy las maracas, y Phoebe, la pandereta.

Sarah me da una palmadita en la espalda con un irónico gesto de urgencia, mientras cruzamos el patio de recreo tirando de nuestras hijas. Hoy toca grupo musical, una actividad extraescolar para niños de guardería y parvulario, que no es más que una excusa para que las madres pasen una hora cotilleando y quejándose mientras beben algo caliente. Sarah trabaja media jornada como asesora parlamentaria, alterna un grupo de niños con otro, como ella siempre dice.

No tengo ningunas ganas de ir, la verdad, pero me cuesta muchísimo decir que no. Me dejo arrastrar por la corriente; no sé si me explico. Compongo una sonrisa mientras llevamos a las niñas calle abajo. Me está entrando un horrible dolor de cabeza por la tensión.

Al cabo de diez minutos estoy sentada con las piernas cruzadas en el suelo de una salita donde doce niños aporrean al unísono una selección de cachivaches chillones, sin intentar siquiera seguir el compás del profesor hiperactivo que toca la guitarra española. Tengo a Sara a un lado y, en el otro, a Cassidy, que en un desinteresado acto de generosidad ha cedido su casa para este caos semanal. Me resbalo lentamente hacia delante por la alfombra mientras el perro de Becca, una especie de salchicha pequeña y con una lengua muy larga, intenta lamerme. Becca no se ha dado cuenta, o quizá sí, pero le da palo hacer algo al respecto. Está demasiado cansada por su prematura maternidad como para hacer algo más que quejarse. Está tumbada en el sofá, luchando por quitarse de encima a un diablillo de dos años. Becca, en realidad, se llama Rebecca, pero dejó caer las dos primeras letras. Puede que estuviera demasiado cansada como para recogerlas. Canturreo con desgana una cancioncilla tras otra hasta que termina la sesión.

—Gracias a Dios —dice Sarah en voz baja mientras estira las piernas—. Esto ha sido mi penitencia del día. —Hago un ruido que indica que sé a qué se refiere—. ¿Te encuentras bien? Estás un poco paliducha.

Veo sus amables ojos interrogantes, preparados para ofrecerme consuelo y apoyo. Le sonrío como si nada.

—¿Qué pasa si atropellas a un perro? O sea, ¿se debe seguir algún protocolo?

Sarah se encoge de hombros.

—¿Llamar a la protectora de animales?

Nuestra conversación llega a oídos de Becca, que se incorpora con un sobresalto, indignada.

—¿Atropellar a un perro? Rezar..., eso es lo que haría yo. Va en serio, yo lloraría la pérdida de Maxie.

Capto la atención de Sarah mientras una larga lengua, áspera de tantas golosinas para perros, me raspa la barbilla y está a punto de rozarme el labio inferior. Es hora de ponerse en pie.

—¿Por qué lo preguntas? —dice Sarah, liberando un plástico del férreo control de Phoebe.

—Dicen que han encontrado un perro cerca del aparcamiento que hay junto al puente.

Becca hace una mueca y vuelve a desinflarse sobre los cojines.

—¡Pobrecito!

Recogemos triángulos y xilófonos, llueven felicitaciones sobre el guitarrista. Pero las palabras que necesito desesperadamente oír, «era un perro así y así», no llegan. Nadie tiene ni idea. En este vecindario pequeño y chismoso nadie ha oído una palabra.

Hablamos del colegio y de alguno de los comités de Sarah; menciona algo sobre el ayuntamiento y un grupo de presión.

—Los belgas deberían haberte dejado a ti el Congo, lo habrías hecho mejor que ellos —le digo.

Ava aprieta los botones de la tele, que cobra vida. Oigo la sintonía de las noticias mientras Ava se interna en el pasillo. Debería apagarla, pero me da mucha pereza moverme.

—¡Oh, déjala! —dice Sarah—, ya se han divertido lo suyo.

Vemos un escándalo gubernamental, acompañado de gritos provenientes del piso de arriba, una noticia sobre Irán que solo pilla a medias mientras nos despedimos del guitarrista y acepto agradecida la taza de té que me ofrecen.

—¡Mamá!

Los chillidos de Ava me llevan al pasillo. Ava intenta quitarle un patinete a otro niño. Cuando regreso a la salita, la foto de una rubia sonriente ocupa la pantalla, pero al momento queda tapada por las patas de Maxie cuando Becca lo coge en brazos. Apenas alcanzo a ver a unos policías con trajes blancos de criminalística, oigo declaraciones del vecindario que dicen que la mujer trabajaba en la tele, que ha sido apuñalada...

Sarah cambia de canal. Algo escapa de mi garganta cuando le quito el mando a distancia y aprieto el botón con furia, pero se han perdido unos segundos preciosos. Cuando consigo llegar al canal original, la noticia ha terminado. De pronto me doy cuenta de que la habitación está en silencio, y cinco madres, expectantes.

Retrocedo hacia el único refugio posible: el baño. Me encuentro tan mal que tengo que abrir la ventana. No sé cuándo..., no puedo decir la palabra, ni siquiera a mí misma. No sé cuándo ha ocurrido «esto». Es una gran ciudad, y una zona de apenas unos kilómetros puede significar cientos de miles de personas entre ese suceso y mi vida, entre ese suceso y nuestras vidas. Pero su cara... Las lágrimas me escuecen en los ojos y tengo que apoyarme en el lavabo, porque temo que voy a vomitar. La conozco. No mucho, pero nos hemos visto alguna vez. Trabajó en *Inside-Out* y, lo que es más importante, concibió el formato de *Crime Time*. Paul nos presentó. Paul compró su idea y luchó para producirla; Paul se reunió muchas veces con ella, hablaba mucho de ella. Que si

Melody esto, que si Melody aquello. Paul decía que era una estrella emergente, una mujer que había que tener en cuenta, un nombre que había que recordar. Melody Graham. Paul la conocía muy bien.

Melody Graham, tu estrella se ha apagado.

Nunca me había dado cuenta, pero sus rasgos, vistos ahora sin cuerpo en una pantalla, guardan un sorprendente parecido con un rostro que me ha perseguido en sueños desagradables durante las incontables noches en que me comía el coco dándole vueltas a los restos de una relación de la que nunca podría librarme. Apoyo la frente en la fría porcelana del lavabo porque Melody se parece a Eloide, la primera esposa de mi marido.

Mi fascinación por Eloide fue instantánea. Pug nos había invitado a Jessie y a mí a una fiesta en un viejo caserón, y merodeando por la cocina, me enganché la manga en el botón del abrigo de marca de Eloide. Hice unos cuantos chistes malos sobre el hecho de haberme quedado pillada con ella; ella dijo que me había enredado. Y en cierto modo lo hizo; era mucho más sofisticada y elegante que yo y me pareció extraordinariamente distante. Eloide escribía artículos para una revista de moda, su madre era francesa, se compraba la ropa en París, parte de su familia paterna pertenecía a la mafia, según se rumoreaba. Para rematar, conocerla me ayudó a quitarme a Paul de la cabeza durante un tiempo. Mis fantasías de que Paul sintiera algo por mí no eran más que eso: fantasías. Eloide tenía una piel perfecta, con unos poros diminutos, y un suave cabello rubio que se movía como en un anuncio... Me gustaba mirar en secreto a alguien tan hermoso, era mi manera de estudiar a la mitad de la pareja perfecta que por entonces parecía venir a demostrarnos, a los erráticos y vacilantes veinteañeros, que el amor juvenil podía, en verdad, durar para siempre.

Qué equivocados estábamos todos.

Su final fue turbulento, doloroso y prolongado. Yo perdí muchos más amigos que Paul... Me sentí afortunada de que no me lapidara ninguna de mis antiguas amigas. Ahora ya lo tengo superado, pero no salí ilesa. Una herida abierta sigue dándome la lata, nunca conseguirá cicatrizar. Paul se empeñó en conservar la amistad con Eloide, y diez años después todavía sigue metida en su vida (y por lo tanto en la mía). Su trabajo consiste en asistir a fiestas y en escribir sobre ellas para una gruesa y satinada revista de moda y salir retratada al lado de tal o cual celebridad. Tiene el trabajo perfecto, para el que le guste ese tipo de cosas. Tiene un cuadernillo negro por el que algunos matarían, si esa es tu definición del éxito. Paul y Eloide comen en restaurantes en los que la gente corriente jamás conseguiría mesa; a veces se van de copas a bares en los que te puedes encontrar a Madonna o a Robert de Niro, o a los dos a la vez.

Eloide y yo solo nos vemos durante las grandes ocasiones, en las que sus tacones de aguja y su firme figura se me clavan como un cuchillo en lo más hondo de mi autoestima. Eloide vive con un representante de jugadores de fútbol en una casa modernista a la última, en el sur de Londres. Es un decir, porque no estoy muy segura de que, en una casa como esa, alguien pueda hacer algo tan mundano como vivir; lo más probable es que residan, habiten o moren. A pesar de los años que llevamos juntos, de haber aumentado la familia, de todo lo que Paul y yo compartimos, me corroe no saber de qué va su relación, y el paso de los años no afloja la dentellada de los celos en mis entrañas.

A Paul no le cuento nada de esto. La envidia bulle en silencio en mi interior, oculta bajo una

aparente calma exterior, como una olla a presión solo liberada en diatribas que lanzo a Jessie o a mi hermana. Gané, pero a veces tengo la impresión de que salí perdiendo. Puede sonar duro, incluso malvado, pero soy tan competitiva como la que más, las victorias parciales no me satisfacen, y hay momentos en los que estoy segura de que pillaré a Paul pensando en lo que ha renunciado por mí. Sea en un pueblecito francés o en una abarrotada calle de ciudad, si una rubia de caderas estrechas pasa por delante, Paul vuelve la cabeza y la mira. Lo hace sin darse cuenta; si le llamara la atención, enarcaría esas cejas oscuras y declarararía su inocencia diciendo: «Kate, estás de coña, ¿no?». Jamás se le ha pasado por la cabeza que su gusto por un tipo físico en particular haya sido moldeado por Eloide.

¡Amigos! A pesar de su éxito y popularidad, Paul es muy ingenuo en lo referente a la profundidad de las emociones humanas. Es materialmente imposible que yo siguiera siendo amiga de Paul si me dejara por otra. De-ninguna-manera.

Antes me resultaba entrañable que políticos y estrellas de cine tuvieran aventuras amorosas con mujeres que se parecían a sus esposas, pero diez años más jóvenes. Me hacían pensar en cuánto debía de haberles gustado la primera versión. Pero ahora me pregunto: ¿Melody es parte de una cadena de la que yo, con mi pelo oscuro, mi piel pecosa y mis piernas robustas, soy la aberración?

—¿Te encuentras bien? —grita Cassidy, llamando a la puerta—. A ver si he estado sirviendo galletitas con salmonela...

Hago algún comentario vago, me echo agua en la cara. En cinco minutos podré irme, regresar a la seguridad y a la intimidad de mi propia casa.

De vuelta a la salita, las madres se arremolinan en torno a una mesa y engullen carbohidratos. Becca habla de la infección cutánea de su criatura.

—Así que tuve que coger un alfiler y reventárselo...

—Oye, deja eso para *Oprah*. —Cassidy se tapa la cara con la mano, haciendo ascos—. Oye, ¿cómo está Paul? Lo vi en la tele el otro día. ¡Estaba armando mucha polémica!

—Bueno... Ya sabes cómo es. Está bien, sí, muy bien.

Asiento con entusiasmo ante sus miradas atentas. Cuando Paul vendió la empresa, se produjo un cambio entre mis amigos y vecinos. Sutil pero perceptible, como el día que por fin te acabas de recuperar del todo de un catarro. Recibíamos más invitaciones, no me ignoraban en la puerta del colegio, Becca venía maquillada. El éxito tiene un aroma fascinante y Paul los había embriagado.

—Cuéntanos lo del divorcio de Lori-Anne —le dice Sarah a Cassidy, y todas se disponen a escuchar entusiasmadas.

—¡Madre mía! —replica Cassidy, extendiendo los dedos para darle énfasis. Lori-Anne es una amiga de Cassidy a la que no he tenido ocasión de conocer. Se está divorciando a lo grande, a lo descarado, a lo carero. Típico californiano, y nunca tenemos bastante. Antes me encantaba enterarme de las infidelidades de los demás, de la destrucción de sus fortalezas domésticas. Eran historias de terror que no me afectaban, protagonizadas por gente a la que no conocía. Cómo me reía cuando algún marido decía que se largaba con una veinteañera que «lo entendía de verdad». Eran chismes para pasar el rato, una manera de dar gracias de que Paul y yo no fuéramos así. Hasta ahora. El dinero y el éxito son una combinación tóxica. Miro a mi alrededor y, en lugar de

ver aliadas del alma y madres, con todos sus grandes y agradables defectos y manías, veo rivales, competidoras haciendo cola para destronarme y sustituirme. Seré la segunda esposa con la que Paul se cruzó en su camino hacia lo más alto, desbancada por una modelo más joven, más rubia y más despampanante que yo—. ¡Él no piensa mudarse! Por recomendación de su abogado, claro.

Sarah sacude la cabeza.

—¿Pero la amante dónde está?

—¡Viviendo en la casita de la piscina! Lori-Anne ha empezado a usar la frase de esa película de Michael Douglas en la que su esposa le pide el divorcio y dice: «Me despierto cada mañana y no te puedo ver ni en pintura».

—En mi casa, eso es una expresión de cariño —dice Sarah, sonriendo.

—¡He visto esa peli! —dice Becca—. ¿No es esa en la que ella intenta atropellarlo?

—¡Esa misma, pero Lori-Anne aún no ha llegado a esos extremos! ¡Dice que si pudiera averiguar dónde tiene él aparcado el todoterreno, le pasaría por encima! Lo que yo os diga, si no sentís deseos de atropellar a vuestro marido con un todoterreno, aún os queda matrimonio —dice Cassidy.

—Tierra llamando a Kate, Tierra llamando a Kate. —Becca chasquea los dedos delante de mi cara, como hacía mi madre. Becca no me cae bien.

—Los hombres se largan si tienen el dinero suficiente como para que no les importe. Por eso los hombres de éxito suelen tener varias esposas —dice Sarah.

Becca asiente y me mira como si yo debiera prestar atención.

—Os juro que si Mike me hiciera algo así, le haría lo de la escena de *Psicosis* —dice Cassidy, sacudiendo la cabeza muy convencida.

Becca hace la mímica de apuñalarme y se echa a reír. Recorro a mis enormes reservas de autocontrol para no darle un puñetazo en la cara.

11

Cuando por fin llego a casa, dejo a Ava delante de una película de vídeo, a Josh frente al ordenador, y me leo dieciocho artículos en internet sobre el asesinato de Melody. Tenía veintiséis años, estaba considerada una persona de mucho talento y vivía con sus padres. Fue estrangulada y apuñalada en el corazón en una discreta zona boscosa a pocos kilómetros de distancia. Encuentro una declaración de su tía, sus padres están demasiado afectados para hablar con la prensa. Intento telefonar a Paul, pero comunica; en el número de Sergei me salta directamente el contestador automático. La noticia habrá desbordado Forwood TV como una riada. Amplío la imagen hasta que sus rasgos se convierten en grandes cuadrados pixelados. Si pudiera meterme en su imagen lo haría. Ahora se parece menos a Eloide, pero su cabello rubio tiene el mismo tono, y su boca, una forma similar. La policía busca testigos o a cualquiera que pudiera haberla visto pasar en la bici que encontraron abandonada por allí cerca. Buscan un coche de color oscuro que fue visto en la zona.

El coche. En un instante salgo por la puerta y abro con el mando las puertas del coche, color: azul *prestige*, si no recuerdo mal. Ocupo el asiento del conductor con las manos en el volante, tomando de repente conciencia de mí misma. Me pueden ver todos los vecinos. Los pedales me quedan muy lejos, Paul tiene las piernas más largas que yo. No sé qué estoy haciendo o buscando. Reviso el volante, las manillas de las puertas y los indicadores en busca de sangre, pero no hay nada. Una búsqueda bajo los asientos saca a la luz un corazón de manzana arrugado y la página arrancada de un cómic.

Casi me siento decepcionada. En los dramas policíacos de la tele parecen descubrir milagrosamente un pendiente de la víctima cada dos por tres, como si las mujeres fueran dejándolos caer por todas partes. Me imagino encontrando unas bragas sucias con la palabra «lunes» estampada y me dan ganas de reír.

Doy la vuelta alrededor del frontal del coche y examino de cerca el parachoques. Sorpresa, sorpresa, no se ve ni rastro de mujer arrollada. Aparece el señor de la puerta de al lado y nos saludamos como buenos vecinos; finjo estar inspeccionando mis plantas. La calle está tranquila y alegre; esa debería ser la realidad de mi vida, pero ni siquiera las luces del atardecer pueden purificarme de mis góticos pensamientos. ¿He confundido la familiaridad con la intimidad? ¿Conozco en realidad a mi marido?

Estoy de pie en la acera, mirando hacia mi casa, cuando caigo en la cuenta. El hecho de

comprenderlo me parte el corazón. Paul y yo la compramos hecha una ruina y la restauramos con mucho amor; convertimos aquel laberinto de cuartuchos en un elegante y acogedor hogar. El amplio jardín delantero era un desierto de cemento agrietado y plagado de hierbajos, que sustituimos por una plaza de aparcamiento embaldosada de granito y con muchas plantas. Después de oír las exclamaciones embelesadas de nuestros vecinos, tuvimos que admitir que habíamos cometido un error: la plaza de aparcamiento era demasiado pequeña. El espacio entre los muros del jardín es muy estrecho, y uno necesita de toda su maña para meter el coche marcha atrás. Yo me concentro en los retrovisores, que sobresalen orgullosos de la carrocería. Hay que estar muy atento para meterse ahí. Paul aparcó aquella noche y nadie ha vuelto a usar el coche desde entonces. Su maniobra fue milimétricamente perfecta.

Nuestra conversación me viene a la cabeza con una claridad que me deja sin aliento. «¿Pero cuánto has bebido?» Paul dio un traspié, pero no contestó, dejó que mi imaginación rellenara los huecos. Creo que Paul estaba sobrio, frío y calculadoramente sobrio. ¿Fingió desmayarse delante de mí?

Subo los escalones de dos en dos, con renovada determinación. Paul es desordenado, brillante pero caótico. Con los años, hemos tenido muchas broncas por eso, nuestros amigos se han entretenido hasta aburrirse con mis historias sobre su legendario desaliño: el abrigo tirado en el pasillo; los zapatos, como una trampa, en medio de la escalera; una vez me encontré las escrituras de la casa en una pila de papeles que había dejado junto a la chimenea para quemarlos. Pero todos esos años de ir detrás de él han merecido la pena: ahora sé dónde está todo. Reviso la cesta de la ropa sucia, nada. Registro cada uno de sus pantalones, examino las suelas de sus zapatos, me entusiasmo cuando encuentro su cartera del trabajo, pero una inspección forense no revela más que facturas, un contrato, unas tiritas y un viejo paquete de chicles. Cojo su abrigo negro de lana; hoy hacía calor y se ha llevado el impermeable. Lo examino buscando pelos, sangre, manchas, una vida de la que no formo parte. Lo huelo. Nada. Me concentro en aquella noche, cuando volvió a casa. Hay algo que no puedo determinar, algún detalle que se me escapa. Afuera, un rayo de sol rasga las nubes e inunda la salita. Aquella noche hacía frío, como si aún estuviéramos en pleno invierno. Paul es friolero. No encuentro su bufanda.

Inicio la búsqueda por la casa con la certeza del que no puede perder. Conozco tan bien este lugar, hasta el último agujero, cada muesca, la inclinación de cada baldosa y cómo ruedan los juguetes por encima, los rincones que acumulan polvo, por dónde entran las hormigas... Si ha escondido algo, lo tiene crudo. Hora y media después, con la penumbra del atardecer, tengo que adentrarme en territorio enemigo y empiezo por el cobertizo. Está meticulosamente ordenado, en sordo contraste con el caos que despliega al otro lado del jardín, en casa, conmigo. Cojo con cuidado los ovillos de cordel para las plantas, abro la cortadora de césped, limpia y preparada para el invierno. Puede comportarse de forma muy diferente si se lo propone. La idea no me reconforta. Mientras tiro de un rastrillo, oigo que alguien me llama por mi nombre.

Por detrás de nuestro jardín corre un canal, con un camino de sirga en la otra orilla. A Paul le encantó ese canal cuando vimos la casa por primera vez, encajaba perfectamente con sus fantasías de infancias ideales; enseñaría a pescar a Josh, observaría las libélulas, tendría una barca. A mí la casa me gustó, pero el agua me da miedo y no me inspiraba confianza la idea de tener un amarradero justo al otro lado de la valla trasera. Pero Paul se salió con la suya y compramos la casa. Tiene gracia cómo cambian las cosas, porque ahora es a mí a quien le encanta el canal..., la

embarcación que navega arriba y abajo, transportando bidones de plástico y arrastrando hierbajos, los hombres barbudos en sus barcas que se detienen unos días antes de seguir viaje por las viejas arterias de transporte de Inglaterra, el ciclista ocasional que saluda desde el camino de sirga.

Salgo del cobertizo, sacudiéndome restos de césped de los hombros.

—Hola, Marcus.

Seis meses después de comprar la casa, compramos los derechos de amarre, y Paul encontró una vieja barcaza en Worcester. Desde entonces, la *Marie Rose* flota al fondo del jardín; en su momento sirvió como despacho auxiliar de Forwood y ahora la tenemos alquilada a Max y Marcus, unos estudiantes amigos de unos amigos. Paul y yo estuvimos especulando durante semanas si eran gays, pero Jessie nos sacó de dudas acostándose con Max nada más conocerlo en una barbacoa que celebramos en nuestro jardín. A la mañana siguiente se presentó en nuestra cocina mostrando una perfecta combinación de picardía y rubor. Mientras sorbía café cargado para aliviar el martilleo de su cabeza, bautizó a Max y a Marcus como los M&Ms, «porque están para comérselos».

Marcus levanta una mano y saluda, con un pie que parece brotar de una maceta y el otro de una vieja rueda de bicicleta.

—¿Se te ha perdido algo?

—¿Mi vida? —Su sonrisa juvenil me ilumina por un momento antes de apoyarme en la valla, repentinamente agotada—. ¿Qué tal va todo?

Marcus se rasca el pecho por encima de la camiseta, que lleva el nombre de una banda que no conozco.

—Bien, muy bien, de coña. Hemos estado en una fiesta que ha durado dos días..., no, espera..., puede que tres. Ha sido... Imagínate. —Se encoge de hombros, haciéndome sonreír.

El tiempo, menuda preocupación de padres... y de esposas desconfiadas. Caigo en la cuenta de que él no estuvo aquí para poder ver a Paul tirar la bufanda... o un arma.

—¿Está Max ahí contigo? —Como respuesta, una cabeza emerge del camarote, seguida de un largo cuerpo. Se frota los ojos adormecidos—. Recién levantado, ¿no?

Bosteza, y un cariño maternal hacia mis inquilinos ideales me sube la moral. Max y Marcus son lo que cualquier veinteañero debería ser: guapos, despreocupados, atraídos por lo bucólico... y serviciales. Debían de llevar unas dos semanas en la barcaza cuando Paul necesitó ayuda para talar un pino, y entre los tres consiguieron estrellarlo en nuestro césped mientras los niños y yo nos encogíamos de miedo en casa. Josh se quedó prendado allí mismo. Max es el único capaz de alejar a Josh del ordenador; jugaba a pelota con él durante horas, sentado en una silla vieja sobre la cubierta, mientras Josh correteaba arriba y abajo como un perrito recuperando la pelota que le lanzaba.

Cassidy se quedó horrorizada cuando le hablé de los adorables jóvenes que vivían cerca de la valla de atrás.

—Tener que maquillarte para salir a tu propio jardín es un rollazo —dijo. Pero Cassidy no entendía que Max y Marcus cumplieran una función mucho más provechosa... Me hacían sentir joven otra vez.

—¿Necesitas algo de ahí dentro? —pregunta Marcus. Se refiere a mi trajo en el cobertizo.

—He perdido la bufanda —contesto.

—Yo tengo una. Si quieres te la dejo.

Refunfuño cortésmente.

—Pero si debo tener unas diez ahí dentro. —Señalo hacia mi casa, atestada de bienes materiales, y me da vergüenza. ¿Nos hemos visto Paul y yo alguna vez así de despreocupados, solo con lo imprescindible para vivir?

Mientras camino por el jardín, la sombra de nuestra alta casa tapa los últimos rayos de sol.

Al cabo de una hora estoy sacando bolsas de basura del contenedor gris con ruedas, removiendo entre el suministro semanal de huesos de pollo y bolsitas de té, cajas de curry y tarros de yogur, y mi frustración no hace más que aumentar. No tengo nada, la bufanda no aparece por ningún sitio. Suelto un rugido incoherente y rompo a llorar.

Me lavo las manos, restregando con esmero para eliminar el olor a basura podrida. Me entra un dolor de cabeza tremendo. Paul se lavó la sangre en este lavabo hace apenas unos días. Saco el detergente y froto el esmalte con tanta fuerza que me duelen los dedos. Echo lejía por el desagüe. Me tiemblan las manos. Contrólate, Kate, contrólate.

12

La claridad de una mente desconfiada es espantosa. Paul vuelve de trabajar y me abraza con fuerza durante mucho tiempo. La tarde ha sido agotadora a medida que la noticia de la muerte de Melody se ha ido propagando de mesa en mesa..., como el fuego en la hojarasca marchita. Le digo que lo siento y me abraza más fuerte. Los ojos se me llenan de lágrimas inesperadas, y Paul solo me suelta cuando Ava nos interrumpe. Sirve dos generosas copas de vino y contemplo cómo acerca una silla y ataca con apetito la cena que he preparado.

Durante un rato mastica en silencio.

—Esto está bueno. Estoy muerto de hambre, ¿queda más?

Asiento con la cabeza y vacío un plato mientras él se inclina hacia delante para coger el agua. Detecto el perfil de su móvil en el bolsillo del pantalón. Lo examino como si tuviera rayos X en los ojos.

—Cuéntame algo cotidiano, algo agradable y... normal. ¿Qué has hecho hoy, cariño?

Se me ocurre responder con un «darme cuenta de que es posible que hayas asesinado a tu amante», pero en vez de eso me encojo de hombros, evasiva. Me he pasado toda la tarde ensayando lo que iba a decirle, pero en cuanto ha entrado en casa, me he quedado como atontada, sin palabras para hacerle frente.

—Max y Marcus se han corrido una juerga de tres días.

Paul sonrío.

—Será porque ya llega el verano. ¿Has renovado el seguro de viaje?

Escucho cómo rebaña el plato, lo miro limpiarse la boca con la servilleta, quitarse algo de la uña. Se acurruca amparado en la seguridad del hogar. Hablaremos sobre qué podadora comprar, o de la luz de la nevera, que se ha fundido; los inocuos, banales detalles sobre los que se sustenta una relación a lo largo de los años. Me gusta la vida así.

Si no voy con cuidado, esto será un drama, y debo estar segura, muy segura, así que escucho y observo. Escucho con atención los pasos de Paul por la casa. Se pone a leerle un cuento a Ava y yo me quedo en el pasillo debajo de ellos, escuchando el crujido de las tablas del suelo. Se sienta en su cama. Le habla a Josh de los gladiadores, le dice que un día lo llevará al Coliseo. El futuro. Soy incapaz de imaginar nada que no sea este momento de búsqueda implacable de pistas e indicios. ¿Fingiste estar borracho aquella noche? ¿Simulaste el desmayo? Y de ser así, ¿por qué lo hiciste? Oigo cómo abre el armario de Josh. Lo que buscas no está ahí, Paul.

Entro a darle las buenas noches a Ava, me siento sobre el edredón de Cenicienta, me inclino para darle un beso, me envuelve su olor a galletas recién hechas y noto algo duro en la pierna. Es el móvil de Paul, se le ha caído del bolsillo mientras leía *Angelina Bailarina*. Confianza. Supongo que es lo contrario de la sospecha. Cuesta años aprender a confiar, Paul, y puede irse al garete en un instante, en el momento que te desplomaste en el suelo de la cocina, para ser exactos. Mi sudor moja el metal cuando cojo el teléfono. ¿Confías en mí, Paul? Apago la luz de Ava y me quedo en el pasillo, con los sentidos alerta, casi igual que aquella terrible noche en la que empezó todo. La tele está encendida, no estás en el piso de arriba. Recorro cincuenta y siete mensajes, de trabajo, de tu familia, de tus amigos, de cada sección de tu vida. Encuentro tres de Melody, todos enviados la misma noche. Lo único que dicen es: «Llámame».

—Toma, he encontrado tu móvil. A ver si tienes más cuidado. —Levanta la vista de una reposición de *Grand Designs*, el programa de arquitectura que suele ver, sorprendido.

—¿Dónde estaba?

—En la cama de Ava. —Lo tiro sobre el sofá con desprecio.

Paul gruñe y se lo guarda en el bolsillo. Vemos un edificio de cristal que están construyendo en un lago.

—Podríamos hacernos nuestra propia casa, ¿no te parece? Una a nuestro gusto. —Asiento con prudencia—. A lo mejor deberíamos irnos al campo, lejos de todo esto.

Miro a mi marido de reojo.

—¿Y tu trabajo qué?

Casi parece triste.

—En cuanto se cumplan los dos años y se zanje la última parte de la venta, ya no tendré que volver a trabajar.

—¿Y mi trabajo?

Se vuelve hacia mí con los ojos muy abiertos, rascándose el cogote.

—Te gusta lo que haces, ¿verdad? —Asiento. Guarda un momento de silencio y luego su brillante sonrisa se dispara—. Ya sé lo que haremos, fundaremos una nueva productora conyugal y diseñaremos programas de televisión mientras las ovejas pastan por el prado. Así tú podrás trabajar y yo podré pasar más tiempo contigo y con los niños.

Puede que haya alguna ventana sin cerrar, una puerta entreabierta, porque en ese momento un escalofrío me recorre la columna.

En casa vemos mucho la tele, horas y horas de programación. La verdad es que a Paul y a mí nos encanta la televisión. Ese batallar para impedir que los niños se desparramen delante de la tele para ver el canal infantil no va con nosotros. Paul se burla, y con razón, de los que viven de la tele pero no dejan que sus hijos jueguen con el mando. ¡Pero qué aburrida es la hipocresía! Lleva la televisión en la sangre, es su pasión, y se ha convertido en la mía también. Me gusta porque me transporta a otros mundos, me aterra y me entusiasma, y ni siquiera tengo que moverme del sofá. Hoy me está subiendo la moral, haciéndome sentir superior, así que, cuando Paul llama a eso de las diez para decirme, por encima del jaleo que arman en el programa de Jeremy Kyle, que ponga las noticias de inmediato, me limito a echar mano alegremente del mando a distancia.

—¿Va todo bien?

—No. Han estrangulado a Melody.

Me remuevo incómoda en mi asiento.

—Eso ya se sabía, Paul.

—Con una cuerda blanca con los extremos deshilachados. —No puedo verbalizar mi estupor y me quedo mirando como una idiota el boli y los papeles que el locutor tiene en las manos—. Kate, tengo que colgar.

Paul ya está hablando con algún otro cuando se corta la comunicación. No hace falta que me explique lo que eso significa. Hace unos años, Gerry Bonacorsi mató a su mujer estrangulándola con una de sus herramientas de trabajo: una cuerda blanca de mago, cuidadosamente deshilachada por ambos extremos.

Me inclino hacia delante en el sofá, paralizada por las secuencias que se despliegan ante mí. Cuando se dispone de pocos datos, las especulaciones se disparan. Un periodista joven se encuentra junto a unos matorrales cerca de donde asesinaron a Melody; se muestra un plano de un edificio anodino y declaraciones de la Junta de Libertad Condicional, seguidas de las previsibles secuencias extraídas de *Inside-Out* y las fotos policiales de Gerry. La siguiente vez que veo a Paul lo están entrevistando en *Sky News* del mediodía. Sarah me llama en ese momento para ofrecerme su apoyo, y las dos escuchamos a Paul hablar en defensa de *Inside-Out*. Con una americana oscura que no llevaba puesta esta mañana, conserva la serenidad a pesar del incesante interrogatorio. En la oficina tiene un par de trajes para las ocasiones en las que llegan los noticiarios en busca de declaraciones. Expresiones como «culpabilidad», «responsabilidad» y «crimen emulador» rebotan con acritud entre la presentadora de las noticias y mi marido.

—No sé yo si vas a ver mucho a Paul los próximos días —dice Sarah.

Suelto una expresión de descontento. La telerrealidad es una bestia caprichosa. Le dio a Forwood el éxito del que hoy disfruta, pero, como un animal salvaje, puede comerse a sus crías. La presentadora sigue arremetiendo con lo suyo:

—¿No estamos ante uno de los peores ejemplos en los que un medio de comunicación destaca un crimen atroz y un desequilibrado intenta imitarlo para llamar la atención...?

—Tal y como la policía lleva diciendo todo el día, es demasiado pronto para sacar conclusiones —replica Paul.

—Madre mía —dice Sarah—, esta historia puede tomar cualquier derrotero.

Sacudo la cabeza, aun sabiendo que no puede verme.

—Y ninguno bueno.

Seguimos escuchando la entrevista.

—¿Admite, señor Forman, que la alternativa es incluso más terrible: que la cobertura exhaustiva que su programa ha dado a Bonacorsi puede haber inducido a la Junta de Libertad Condicional a tomar una decisión equivocada que ha tenido consecuencias catastróficas...?

—No. Lo rechazo rotundamente...

—Por la manera de presentarlo, cualquiera diría que ya han condenado a Bonacorsi —dice Sarah.

No podemos oír la respuesta completa de Paul porque la emisora hace una chapuza y da paso a un furgón de la policía que pasa a toda pastilla por delante de una multitud de periodistas en algún punto del centro de Londres. Se llevan para adentro a Bonacorsi para interrogarlo.

—Poco ha disfrutado de su libertad —comento.

De vuelta al estudio, sacan al responsable de la Junta de Libertad Condicional, que parece perplejo.

—Cuando pasan estas cosas, me alegro de no tener un cargo importante —dice Sarah, pensativa—. Seguramente tendremos que indagar sobre todo esto por si hacen preguntas a la Cámara —añade—. Ahora mismo, lo delicado es el asunto de los derechos de las «víctimas».

No digo nada y me quedo mirando al hombre con ojos de perro apaleado y que toma decisiones cuyas consecuencias son la vida o la muerte

—¿Tú crees que fue Bonacorsi? —pregunta Sarah—. ¿Todo ese simpático folclore que vimos en la tele por la noche fue una pantomima?

No tengo respuesta a esa pregunta. Vuelven con Paul, que sigue defendiendo la integridad de *Inside-Out* con mucha calma. Sentado en la silla del estudio, cambia de postura despacio, de lado a lado; un rostro de dentadura impecable hecho para la televisión. Demuestra un absoluto control de sí mismo. Entre esta imagen de Paul y la de la de él tirado en el suelo de la cocina, lleno de mocos y sangre, hay un abismo.

—Le da la réplica perfecta, Kate. Es un profesional —dice Sarah con admiración.

Hace unos años, Paul asistió a un curso de formación de portavoces porque, debido al creciente interés que suscitaba Forwood TV, cada vez le pedían más entrevistas. En teoría, el curso enseñaba el uso correcto del lenguaje corporal, a colar el mensaje en un solo corte de audio, a eludir preguntas correosas sin perder los nervios. Conocí a un productor del curso al que iba Paul y me dijo asombrado que mi marido no necesitaba nada de todo aquello. Era el mejor que habían visto nunca; era como si ya lo supiera todo. La cámara, sencillamente, lo adoraba.

—Es el perfecto embaucador —respondo, y Sarah se ríe; pero yo no lo digo en broma.

El resto del día pasa sin traba alguna. Luego voy a buscar a Josh y a Ava al colegio. Tardamos una eternidad en llegar a casa, los niños se pelean, la cabeza me palpita. Josh alucina cuando lo dejo jugar con mi iPhone sin protestar, mientras me derrumbo en una silla de la cocina.

—Mamá, ¿me haces trenzas en el pelo? —Ava gira de un lado a otro buscando la mejor posición para suplicar. Alcanzo una botella de vino blanco y una copa, ¡qué narices, ya son las cinco!, ¿qué tiene de malo?

—Hoy no, mi amor, mamá no se encuentra bien.

Es como si un albañil me hubiera dicho que mis cimientos, que suponía sólidos, duraderos e inquebrantables, están carcomidos por una plaga desconocida y que mi querida casa está a punto de desmoronarse por completo.

Le insinúo a Ava que podría disfrazarse, da un respingo y sale pitando. Estoy sola en la cocina, la reina de un reino vacío. El vino sabe agrio, pero sigo tragando. Toda la vida he querido ser madre. Me gustaba mi trabajo, luché por él y disfruté de ascensos y aumentos de sueldo, defendí posiciones a uno u otro lado del frente de batalla de las políticas de despacho; pero solo eran trabajos, no una carrera, meros pasatiempos antes de que mi verdadero trabajo empezara. Pero ahora que los niños van al colegio, la necesidad de definirme de otra manera es cada vez más intensa. Sé que en parte se debe al miedo, al temor de haberme quedado obsoleta, superada por los nuevos tiempos. Paul siempre está bregando con ideas interesantes. Quizá no he sabido mantenerme al día. Trago más vino, me estoy poniendo sensiblera.

Oigo a Ava trapaleando por la escalera con unos de mis zapatos de tacón alto y me seco las lágrimas de autocompasión con la manga del suéter. Entra en la cocina arrastrando los pies para

sostenerse sobre mis tacones de aguja. Se ha puesto unas alitas de hada encima del disfraz de Blancanieves y en la cabeza luce una corona brillante. A veces mi amor por mi hija me pilló por sorpresa.

—Oh, Ava, estás preciosa.

—No puedo abrochármelo. —Va arrastrando el vestido por el suelo, y los cierres de velcro aletean a su espalda. Me adelanto para traerla hacia mí, desesperada por acurrucarme en su infancia e inocencia, con la intención de que se me pegue algo de esa magia—. Esto es el cinturón, ¿me lo puedes atar?

En su mano inmaculada, con los pequeños hoyuelos en los nudillos, sostiene la bufanda de Paul, alzándola de tal modo que entre sus diminutos dedos puede verse una gran mancha de sangre.

—¿De dónde la has sacado? —Oigo mi voz como si llegara desde muy lejos.

—De mi caja de disfraces.

—Mira, ¿sabes qué?, te dejo mi cinturón. —Ava abre los ojos emocionada mientras me lo saco de las trabillas de los tejanos—. Un regalo especial.

Tiro con cuidado de la bufanda de Paul, mirando cómo se desliza por su palma hasta caer en mis garras. La suelta y coge mi cinturón, brincando camino de la sala de estar.

La bufanda de Paul es de cachemira con una pizca de algo moderno e inútil, angora, alpaca o pashmina, creo que era. Es peluda, con fibras que se ponen de punta. Tiene una franja elegante y no es muy larga. Se la compré las navidades pasadas. ¿Qué le compras a un hombre que tiene de todo? Cada año lo mismo, porque lo sigue perdiendo. Paul facilita la compra de regalos. Un atractivo vendedor gay me la envolvió con esmero en papel de seda y dijo: «Que lo mantenga caliente», mientras me entregaba la bolsa de papel grueso y asas de cordón. Sé cómo te anudas la bufanda, Paul, ceñida alrededor del cuello y con los extremos cortos colgando sobre el pecho. La mancha de color óxido florece como una rosa venenosa cerca de uno de los extremos, compacta y quebradiza al tacto. Eso significa que, fuera lo que fuese lo que sangraba, estaba apoyado en tu pecho, pero me dijiste que habías arrastrado al perro, eso dijiste, Paul, que lo arrastraste fuera de la carretera. El pánico me hincha el pecho.

Esto es lo que Paul ha estado buscando desde hace días, y ha sido nuestra propia hija la que ha desbaratado tanto sus planes como los míos, guardando en la caja de los disfraces su propio tesoro. Tuvo que haber mucha sangre, fresca y manando a borbotones. Conozco la sangre, Paul, como todas las mujeres. Tuve mi primera regla a los trece años. Llevo casi veinticinco teniéndola, he parido a dos hijos. Sangre sobre algodón, encaje, rayón, seda, guata y papel, sé el aspecto que tiene la sangre, cómo se extiende por mis sábanas, por las sábanas de otros, cómo cala las bragas, los pijamas y los camisones y cómo atraviesa hasta el más grueso de los tejanos, incluso el estampado a cuadros de un asiento de autobús de Londres. Así que sé que esa mancha empapó hondo y rápido. ¿Era de alguien que te estaba abrazando? ¿Tenía la cara o los labios cerca de los tuyos? ¿Qué te decían? ¿Suplicaban, rogaban, gritaban o agonizaban?

Extiendo la bufanda sobre la mesa de la cocina como si fuera a hacerle la autopsia. Me inclino para oler la mancha. Es curioso cómo la propia sustancia que recorre nuestros cuerpos exclusivos y reconocibles, se vuelve indistinguible al derramarse, pero solo a simple vista, no en un laboratorio, no bajo un microscopio donde los grupos sanguíneos son aislados e identificados; un laboratorio de la policía. La bufanda huele ligeramente a cerveza y a lugares cerrados. Apoyo la cara en la mesa y miro a lo largo de la línea del tejido, las fibras captan la luz. Por lo que he

leído, cambiamos de piel en primavera, como los animales, se nos cae el pelo y la piel, en el lavabo, en el suelo bajo el espejo del dormitorio, se adhiere a la ropa y a la moderna bufanda peluda de Paul. Saco un cabello rubio del tejido. Podría ser de Ava. Podría ser.

Me siento y miro la bufanda como si de pronto pudiera levantarse y salir corriendo. La botella de vino está vacía, el dolor de cabeza ha desaparecido. Suena el timbre de la puerta.

Sé que es Paul. Tiene llave, claro, pero nunca la usa. Prefiere que le abramos la puerta sus hijos o yo, o mejor todos, que salgamos a recibirlo como si volviera de la guerra tras muchos años. Oigo a Josh bajar la escalera corriendo y luego el chasquido de la cerradura. Cruzo los brazos y me quedo clavada en la silla, mirando la bufanda. Que venga a la cocina, que vea esto y me lo explique. Una imagen de Gerry Bonacorsi entrando en un furgón de policía se me pasa por la cabeza. Mi confusión mental se evapora, estoy lista para el combate.

—¡Mamá! ¡Es un policía!

Me muevo más rápido de lo que nunca me he movido, cojo la bufanda y corro hacia la lavadora. Siento como si meter la bufanda tras esa puerta redonda fuera la cosa más importante de mi vida.

—Ya voy.

Intento parecer despreocupada, mientras cierro de un golpe la puerta de la lavadora, echo polvos de lavar biológicos en la bandeja del jabón y giro el selector hasta un programa frío. He manchado de sangre todo tipo de cosas y he limpiado de sangre todo tipo de cosas. Es lo que hacemos las mujeres, Paul, limpiamos. Yo limpio por ti. Aquí me tienes, lavando el peligro, borrando tu equivocación, tu error más espantoso. Soy tu esposa, Paul, y estoy contigo. No importa lo que hayas hecho, estoy aquí a tu lado, como lo estuve hace años en el altar. «Para amarte, cuidarte, honrarte y protegerte, hasta que la muerte nos separe». Cuando hago una promesa, Paul, la mantengo. Limpiaré por ti, mentiré por ti. Mientras espero que arranque la lavadora, transcurren unos segundos preciosos, asumo todo el peso de mi deber como esposa. A cambio de proteger la inocencia de mis hijos, tu éxito y mi vida ideal, el perjurio me parece un precio bajo que pagar.

—Ya voy, ya voy.

Cojo la copa de vino de camino hacia la puerta. Si piensa que soy una beoda, mejor que mejor.

13

El policía es, en realidad, dos mujeres, una mucho más alta que la otra. Están en la puerta, una al lado de la otra, hombro con hombro. Una de ellas baja la mirada hacia una libreta de notas antes de decir:

—¿Podemos hablar con Paul Forman?

Josh las mira boquiabierto; ninguna sonrío. Ava sale corriendo de la salita y se pone detrás de mí, abrazándome una pierna. Yo estoy muy tranquila.

—Ahora mismo, no. Está trabajando. ¿Ha pasado algo?

—¿Usted es...? —dice la agente, dejando que la pregunta se diluya, a la espera de que yo la complete.

—Soy su esposa. ¿De qué se trata? —Dejo la copa de vino en la repisa junto a la puerta. La más bajita sigue el gesto con la mirada.

—Ella es la sargento detective Karen White —dice la más alta y delgada— y yo soy la inspectora Anne-Marie O'Shea.

Sostienen en alto sus placas mientras me hago a un lado y las invito a pasar. Veo su coche aparcado en zona de estacionamiento temporal, como una advertencia de que los problemas no andan lejos.

—Necesitamos la ayuda de su marido. ¿Sabe cuándo volverá?

—Yo creía que era él. Siempre llama a la puerta cuando vuelve. —Me río nerviosa, rellenando el silencio—. Seguro que ya no tarda, si quieren lo llamo por teléfono para preguntarle cuándo va a llegar.

—¿Tienen pistolas? —pregunta Josh.

—¡Josh!

—No, no llevamos armas —dice O'Shea. Sigue sin sonreír. Supongo que en un trabajo como el suyo no tiene muchas ocasiones para ello, debe de ser como trabajar en pompas fúnebres.

—Tienen muchas cosas que hacer, Josh, déjate de preguntas, ¿por qué no vais arriba a jugar?

Es lo menos convincente que Josh ha oído en su vida; está traspuesto oyendo la jerga policial que sale de la radio.

—Pasen, pasen —les ruego, acompañándolas a la salita.

Me siento en el sillón, dejándoles a ellas el sofá, desde donde pueden ver nuestro surtido de fotografías de familia feliz sobre la cómoda. Hay una de Paul intentando hacer surf en Cornualles,

varias instantáneas de los niños jugando en paisajes soleados, y una en blanco y negro, de la que más orgullosa me siento, de Paul y los niños en medio de un elegante revoltijo de sábanas, que deja al descubierto lo justo de su saludable torso, protegiéndolos con sus largos brazos y sus fuertes hombros.

—¿Esto tiene algo que ver con lo de Melody?

La sargento detective White tiende a fruncir el ceño de forma natural. Me mira con ojos entrecerrados.

—¿La conocía?

—Sí... Uy, qué tonta, lo siento, ¿quieren beber algo, les saco algo para picar? —Niegan con la cabeza.

—Nos gustaría verificar dónde se encontraba Paul el lunes por la noche. Para descartarlo de la investigación —dice O'Shea.

—Creía que habían arrestado a Gerry Bonacorsi. Lo he visto en las noticias.

—De momento estamos hablando con mucha gente, eso ha sido una filtración que no debería haberse producido.

—Pero lo de la cuerda blanca parece bastante irrefutable, ¿no?

Se miran entre ellas de una manera que no sé interpretar.

—Le agradeceríamos que se centrara en el lunes —insiste O'Shea.

—Lunes... —finjo esforzarme en hacer memoria—. Hoy es viernes... —Sacudo la cabeza—. Seguramente estaba aquí conmigo. ¿Qué daban en la tele el lunes? —Le pregunto a la habitación. Silencio por respuesta.

—¿Van a meter a mi mamá en la cárcel? —pregunta Josh.

La sargento detective White toma aire de forma ostensible.

—Josh, coge a tu hermana y llévala a la cocina, tengo que hablar con estas policías. —Ava empieza a gimotear—. Venga, en el armario tenéis chuches. —Le lanzo una mirada cómplice a O'Shea y consigo que me devuelva una débil sonrisa. Me la estoy ganando, pero cuesta—. Venga, a por las chuches. —Los animo con un gesto de la mano y salen de la habitación no muy convencidos—. Así está mejor, me vuelven loca si los tengo por aquí danzando.

—¿Qué me va a contar! —dice White.

—¿Qué procedimiento siguen en una investigación así? ¿Están hablando con toda la gente de Forwood?

O'Shea me devuelve una sonrisa neutra.

—Estamos trabajando en ello. —No suelta prenda y tengo claro que si estuviéramos jugando al póquer ya podría despedirme de mi pasta.

—Es terrible —digo, asintiendo.

—Intentamos hacernos una idea de cómo era su vida.

—Solo tenía veintiséis años, y toda una vida por delante. —Sacudo la cabeza y me froto los ojos cansados.

—No lo sabía —dice White.

—Tan joven... —dice O'Shea encorvándose hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas para estirar su larga espalda.

Guardamos silencio un momento. Las dos deben de rondar los cuarenta, ambas tienen canas y arrugas incipientes. Diría que White tiene hijos, probablemente ya crecidos; O'Shea lleva anillo,

pero en torno a sus labios puede distinguirse una tensa desilusión. Nos une un instante de contemplación de las oportunidades perdidas, de las cosas que nunca hicimos, de lo atrás que hemos dejado nuestra juventud.

—¿La conocía bien? —pregunta O’Shea.

—No, no mucho. Solo la vi una vez apenas unos minutos, en una fiesta. Trabajaba en *Inside-Out*, donde trabajaba yo también, pero allí nunca coincidimos. Ahora estoy de documentalista en el que era su programa, *Crime Time*.

—¿Así que ha trabajado con Gerry Bonacorsi? —pregunta White, y el tono de su voz hace que O’Shea la mire de manera cortante.

A pesar de todo lo que ha visto y oído, White está impresionada; a pesar de saber lo que ese hombre hizo hace treinta años y puede haber repetido hace una semana, Gerry no deja de ser una celebridad, es famoso, es alguien, y ella, O’Shea y yo no somos nadie. No puede evitar que de su voz escape una inflexión de admiración, con doble homicidio o sin él. Se siente atraída hacia el halo de la fama como una polilla hacia la luz de una vela, está clarísimo.

Me callo. Está esperando alguna anécdota sobre Gerry. Quiere que le regale los oídos, que le dé algo que pueda contar a sus amigos y a su familia y que haga que su trabajo parezca más animado. Por un momento pienso en inventarme una. Sería facilísimo, porque he visto horas de grabación de Gerry, cantando viejas baladas irlandesas en su celda, en plan simpático contándoles chistes de Houdini a sus compañeros de cárcel en los lavabos (el mago que podría escapar de cualquier sitio, ¡menos de aquí!), comiendo el potaje de la prisión mientras explica la receta del pastel de té de su abuela, alisándose el cabello gris mientras espera a los psicólogos, a los terapeutas y al carrito de la biblioteca, esperando como espera White, y tengo la sensación de conocerlo, de que en realidad lo conozco.

—Nunca tuve ocasión de que me lo presentaran, si es a eso a lo que se refiere.

Como si acabaran de apagar una luz, White no puede ocultar su decepción.

O’Shea retoma las riendas de este errabundo interrogatorio.

—Volvamos al lunes por la noche...

—Lunes por la noche, Paul estaba aquí conmigo, estoy segura.

—¿A qué hora llegó a casa?

Me encojo de hombros.

—Supongo que a la de siempre. A las siete y media más o menos, puede que algo más tarde, porque los lunes siempre tiene más trabajo. Como muy tarde, podrían ser las nueve o las nueve y media.

—¿Podría ser más concreta? —pregunta O’Shea.

No estoy preparada para entrar en detalles. La indecisión me recorre la espalda a medida que veo cómo escribe mis palabras en su libreta. Se abre la puerta y aparece Josh, masticando gominolas.

—Lo siento, pero no me atrevo a dar una hora más exacta, podría equivocarme.

Se me antoja que así lo he cubierto hasta después de tomar su copa con Lex, a la vez que mi imprecisión me hace parecer despreocupada.

—¿Puedo probar la radio? —pregunta Josh.

—¡Josh! Están trabajando.

White se la pone en la mano mientras chisporrotea cobrando vida.

—¡Cómo mooola! —dice Josh, cambiando de frecuencia y tocando la antenita.

O'Shea se pone en pie. Me da una tarjeta.

—Necesitamos la declaración de su marido.

—No faltaba más, estará encantado de ayudar. —Me levanto y me dirijo hacia el recibidor, mirando su nombre en la tarjeta.

—¿Qué coche tiene su marido? —pregunta O'Shea. Le facilito la marca, el número de matrícula y el color, azul *prestige*—. ¿Cogió el coche el lunes?

Me detengo, pillada por sorpresa. Seguramente eso es importante y yo no había pensado en ello.

—No creo, no suele ir a trabajar en coche. Casi siempre lo tenemos ahí en la entrada. —Ella se adelanta para abrir la puerta—. ¿Creen que es un imitador? —pregunto con discreción.

O'Shea me mira con sus fríos ojos claros. Dudo mucho que sus compañeros de colegio la recuerden como «simpática, divertida..., con sentido del humor».

—No creo nada. Dejo que las pruebas hablen por sí mismas.

Trago saliva. Desde la cocina me llega el tenue zumbido de la lavadora haciendo su trabajo.

14

Me he despertado en el sofá con una botella vacía de Baileys. Son las once y media. No me acuerdo cuántas veces he telefoneado y mandado mensajes a Paul desde que se fue la policía. Se me ha olvidado lo que sentí al oír marcharse el coche. Voy dando tumbos hasta el baño, me golpeo la cadera con el picaporte de una puerta, y vomito en el lavabo, temblando y helada. Ni siquiera me gusta el Baileys. Me lavo la cara con agua fría para recobrar un poco la compostura. Paul no está aquí, lo noto; las habitaciones están más frías, más apagadas cuando no está en casa. Todo lo que ha pasado hoy me parece envuelto en un aire de irrealidad. Le he mentido a la policía delante de mis hijos. No puedo creer que lo haya hecho. He traspasado una línea que jamás pensé que rebasaría. Un chorrillo de agua fría desciende entre mis pechos y me provoca un escalofrío. Y ha sido fácil. Seguramente, Paul también debe de ser capaz de los más profundos engaños, ¿de qué más será capaz? Una puñalada en el corazón.

Las lágrimas empiezan a resbalar por mis mejillas mientras me esfuerzo en encontrar una aspirina e intento recomponerme. Cojo el móvil; Paul no ha llamado ni ha respondido a mis mensajes. Cuando bebo, me vuelvo una lapa sensiblera y, a pesar de las traiciones del día, me muero de ganas de verlo, de que me envuelva en su abrazo de almizcle, de que me meza en sus rodillas, y me consuele como a una niña por haber dicho una mentira. El móvil brinca en mi mano, y con la visión empañada contesto, lista para lloriquearle y berrearle a Paul de nuevo. Pero es Jessie, que llama desde un bar.

—¿Todavía estás despierta! ¡De puta madre! ¡Llevo telefoneando toda la noche! ¡Escucha, escucha bien, me han concedido una exposición individual en Shoreditch! ¡Mola!, ¿no? —Asiento, pero no puedo articular palabra—. ¿Kate? ¿Me oyes? —Llega desde atrás un clamor de voces ebrias.

—Sí...

—¿Te acuerdas de aquella agente artística de la que te hablé y que vino a mi última exposición colectiva? Bueno, ahora quiere hacerme pasar «al siguiente nivel». —Jessie pronuncia la última frase con algo de acento americano.

—¡Uau!

—Lo importante es que por la galería corren ciertos compradores de perfil realmente alto, y un tío que es dueño de medio Sainsbury quiere comprar un par de cuadros, para empezar... «¡Para empezar!» ¡Esto es de locos! ¡Qué contenta estoy! ¿Hola? ¿Pasa algo? —Le lloro al teléfono sin

poder parar—. Kate, ¿qué pasa?

—Nada, nada. Me alegro muchísimo, de verdad. —No puedo chafarle su alegría con los sórdidos detalles del agujero negro en el que me encuentro.

—¿Seguro? —Vibra música de fondo—. ¿Estás llorando?

—No, no, es que he pillado un resfriado. —En su prisa por salir de mi boca, las mentiras tropiezan entre ellas.

—A ver, espera un segundo. —Ha salido a la calle y el sonido de la música se atenúa—. ¿Qué pasa?

—No seas tonta, ¿qué va a pasar? Eso que me cuentas son excelentes noticias.

—Ya lo creo. Es una de las galerías más grandes del East End. Me han dado un anticipo, ¿cómo lo ves? Se acabó toda esa mierda de ir mendigando dinero para lienzos.

Debería estar riéndome con ella, sintiendo cómo me contagia toda su emoción, eso es lo que siempre ha soñado y por lo que ha trabajado sin parar durante más de veinte años, por lo que ha servido un millón de cubatas y limpiado cerveza rancia de las mesas. Está a punto de hacer realidad sus sueños, y yo llevo más de quince años deseándole este momento. Pero la desesperación me asfixia.

—Me alegro tanto, Jessie, de verdad. —Empiezo a lloriquear de nuevo.

—¡Estás llorando!

—Sí, lloro, no lo puedo evitar. Tantos años de esfuerzos han valido la pena.

Le da la risa tonta.

—Es el día más feliz de mi vida. —La risa se apaga y su voz empieza a quebrarse. Creo que está a punto de romper a llorar—. Tú siempre has creído en mí, Kate, me has ayudado a seguir adelante. Te estoy muy agradecida.

—No tienes que agradecerme nada. Sabía que podías hacerlo. Has trabajado muy duro, nadie se lo merece más que tú. —Y ahora las dos nos deshacemos en sollozos por el teléfono.

—¿Sabes qué más me ha pasado hoy? ¡Don Casado me ha dicho que me quería! Estaba por aquí con nosotros, celebrándolo..., bueno, se acaba de ir...

Jessie sigue hablando y yo voy asimilando lo que me cuenta. Me alegro mucho por ella, de verdad, pero en el fondo tengo miedo. Sus mejores momentos aún están por llegar; temo que los míos ya hayan pasado y no veo por dónde pueden llegar otros nuevos. Jessie tiene algo completamente propio, un trabajo y una carrera que se ha labrado ella solita, y ella es quien cosecha toda la gloria. Mis logros son solo reflejos de mi persona, breves destellos en mis hijos, o cuando voy del brazo de Paul a una recepción o una boda. Siempre he creído que había enganchado mi carro al radiante corcel blanco, con el consuelo de saber que yo no podría hacerlo mejor. Jessie tiene razón, creo en ella, a pesar de todas las decepciones y salidas en falso siempre he creído que lo que tenía se lo había ganado. Pero ¿y yo? ¿Todo lo que yo creía que era bueno y cierto es una mentira? ¿Me tragué hasta el fondo una ficción, construí mi vida y mi felicidad sobre un engaño?

A veces, cuando estoy desanimada o simplemente aburrida, reproduzco en mi mente cómo acabé casada con Paul. Mi propia historia me resulta un gran consuelo. Sus giros y meandros y el impresionante drama de nuestra unión final siguen teniendo el poder de pararme en seco.

Nuestro segundo encuentro no fue como el primero; sencillamente me tropecé con él en el pub una noche que había salido con Pug y Jessie, pero tan inesperada y feliz coincidencia hizo que me

diera un vuelco el corazón. Recuerdo recorrer con la mirada un brazo largo y musculoso que se extendía hacia la barra para recoger el cambio, y contemplar cómo encogía los hombros mientras se metía las monedas en el bolsillo. Tuvo que mirarme dos veces cuando me vio, necesitó uno o dos segundos para recordar, y luego me lanzó esa sonrisa brillante y atrevida suya. Estaba un poco más rellenito, lo cual le sentaba bien; seguía estando moreno, y su manera de vestir anunciaba que le iba bien. En ese momento me maldije una y otra vez porque había ido directamente a ver a Jessie desde la liga de softball en la que yo jugaba con gente del trabajo (creo que no fanfarroneo si digo que era su mejor bateadora, y no porque fuera la más fuerte sino porque podía dirigir mis golpes lejos de los jugadores, u orientarlos hacia las mujeres que haraganeaban en la zona más lejana del campo, lo que significaba que podía meter en *home* a tres corredores que estuvieran en las bases y a mí misma de un solo bateo) e iba vestida con el pantalón de chándal y sin maquillar. No me veía ni me sentía atractiva.

—¡Pero si es la chica de la bici! Cómo has cambiado. —Me miró de arriba abajo con admiración, a pesar de todo. Se había vuelto más audaz, más seguro de sí mismo. El éxito estaba desplegando ya su encanto.

—¡El hombre de la furgoneta blanca! Veo que tú no has cambiado. Creía que me ibas a saludar haciéndome la V de la victoria. —Le pasé por delante un par de dedos y se rió mientras Pug y Jessie miraban boquiabiertos.

—Katy, ¿verdad? —Me rozó el brazo con el dorso de la mano. Se acordaba de mi nombre. Después de ocho años y se acordaba. La sonrisa se me salía de la cara.

Chasqueé la lengua con desaprobación y sacudí la cabeza, fingiendo estar ofendida.

—Pues no. Es Kate.

Se sentó a mi lado y les contamos a nuestros amigos la historia de cómo nos habíamos conocido, como si ya fuéramos pareja.

—Y cuando saca mi bici de la furgoneta va y me dice: «Vale, a ver cuándo me das un masaje».

—¡Colega! ¡Espero que tu habilidad para ligar haya mejorado desde entonces! —Pug sacudió la cabeza mientras Jessie se reía para sus adentros.

Paul contraatacó.

—Sí, ella llevaba aquel sombrero de paja...

Me eché las manos a la cara, avergonzada.

—¡Oh, Dios mío...!

—¡Un sombrero canotier! ¿Ibas a la universidad con un canotier? —preguntó Jessie.

—¡No! ¡Mi madre me lo compró como regalo de despedida! ¡La pobre creía que eso era lo que llevaban los universitarios! A mí me parecía mono. No era más que un sombrero de...

—¡¿Pero en qué estabas pensando?! —añadió Jessie, escandalizada.

—¡Tampoco te pases conmigo, que solo tenía dieciocho...!

—¡Madre mía! —Nos echamos a reír, y mientras Paul se fue a buscar algo de beber, Jessie levantó las cejas y puso su cara de «¿dónde lo tenías escondido?».

Más tarde, Paul y yo nos sentamos en la barra, tonteando y bromeando durante más de media hora antes de que se le ocurriera mencionar, como quien no quiere la cosa, que estaba casado. Como si no importara. Me sentí tan chafada que no pude articular palabra, y él apuró su cerveza para atenuar lo embarazoso de la situación.

—¿Dónde está tu esposa? —Me resultó extraño utilizar esa palabra.

Paul tenía veintiocho años; cuando miro fotos tuyas de aquella época, parece sorprendentemente joven; de hecho, ninguno aparentábamos la edad suficiente para afrontar las emociones que estábamos a punto de desatar.

—En una fiesta de trabajo. No le gustan mucho los pubs. —Con aire triste, se puso a jugar con un posavasos.

A los diez minutos, yo estaba en los lavabos y Jessie me había seguido.

—¿Qué coño pasa?! —Sus ojos eran como papel secante dispuesto a absorber el escándalo.

Levanté la mano para hacerla callar en el acto.

—Está casado.

Se apoyó en el lavabo, reflejando mi decepción.

—¡Típico, joder! —Se dio la vuelta y al cabo de un momento ya estaba retocándose el pintalabios—. Pues nada, aquello de «agua que no has de beber...» y todo ese rollo.

Desde entonces, mantuve en secreto mi amor por Paul. Las barreras morales que Jessie tenía entonces se han ido difuminando con la edad, pero en aquel momento dio por sentado que yo pasaría página, que probaría con otro. Y yo pensé que podría, que sería capaz de lograrlo. Paul dejó de coquetear conmigo después de haberme hablado de Eloide, como si eso pudiera matar sus sentimientos y los míos. Error. Craso error. Eso no hacía más que empeorar las cosas porque significaba que teníamos que hablar.

Los grupos son contradictorios; son a la vez públicos y privados. Las noches que salíamos estaban siempre pobladas de un montón de gente yendo y viniendo, hordas cambiantes de veinteañeros que tragaban jarras de medio litro de cerveza y vasos de vino, y a veces vasos de medio litro de vino, tomaban pastillas y charlaban de esto y aquello mientras la gente arrastraba sillas y vagaba de un lado a otro en manada. Para Paul y para mí, todo eso sirvió de estupenda tapadera, apretujados en banquetas demasiado cortas, brazos comprimidos contra el pecho en la cola de una discoteca o en un taxi. Entre tantas voces y bromas chillonas, los matices de nuestras conversaciones quedaban ocultos.

Mi encaprichamiento por Paul podría haberse quedado en eso de no haber sucedido un par de cosas. La primera fue que Jessie y Pug empezaron a discutir. Percibí las primeras señales de alarma hablando con Jessie por teléfono después de un fin de semana o algún día de los que íbamos al cine entre semana: «Pug se pone muy grosero con los camareros» o «Pug siempre se queja porque llego tarde, es muy intolerante». No tardarían en romper. Una noche, en el pub, tuvieron una discusión por alguna tontería. Pillé a Paul mirándome. El tiempo se acababa. Si rompían, no nos sería fácil encontrar una excusa para vernos.

La segunda fue que Steve, un colega de trabajo de Pug al que yo le gustaba, me tiró los tejos descaradamente, me invitó a un sitio superpijo y elegante con las dos entradas que nos había conseguido un amigo suyo que trabajaba en relaciones públicas.

En cierto modo, casi me alegraba. Mis fantasías de acabar liada con Paul hacía tiempo que se habían agotado: había sobrevivido con él a miles de terremotos en los que su mujer moría; había ascendido el Mont Blanc por todas sus caras en medio de una ventisca para acabar encontrándomelo en un refugio cerca de la cima; había follado con él en todos los lugares y las posturas imaginables, cada noche durante casi un año. Empezaba a estar aburrida. Necesitaba una distracción y Steve servía. Aparte de eso, Paul también estaría con Eloide, y tener que fingir toda la noche que su marido me importaba tan poco como podría importarme Pug se me antojaba una

tarea durísima. Pero a última hora Eloide se tuvo que ir a París porque un familiar se había puesto enfermo. Los astros se alineaban.

Recuerdo aquella noche como si fuera una película, los colores más intensos, mis amigos más ocurrentes, y yo —por una vez— hermosa. Íbamos todos ciegos de champán, gané veinticinco libras en la ruleta, Jessie perdió un dineral a los dados, le compré tabaco a una vendedora de cigarrillos y bailé en la pista con un cantante famoso. Steve y yo nos reímos muchísimo, porque, con la borrachera, cada vez que nos abalanzábamos el uno sobre el otro salpicábamos champán por todas partes. Yo tenía veintisiete años, y estaba ebria de juventud y de nuevas experiencias.

Al cabo de un rato, Paul me cogió del brazo y me llevó aparte.

—No estarás tonteando con él, ¿verdad? —me dijo mirándome con sus ojos oscuros y temerarios.

—Pues sí. —Llevaba meses suspirando por algo que nunca podría tener y este era mi momento para castigarlo.

Me cogió por el codo y se abrió paso por la atestada pista de baile hasta sacarme por la salida de incendios.

—Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—No juegues conmigo.

—¡Aquí el único que juega eres tú, que estás casado, joder!

—Ese tío no te conviene... —dijo, y se le fue apagando la voz.

—¡Pues es una puta pena!

Yo le pegaba y lo empujaba. El momento de revelación que había esperado y contenido durante todos aquellos meses me desquiciaba. Paul intentaba agarrarme las manos.

—¡Escúchame, tonta! ¡Venga, Huevito! —Estaba muy borracho.

—¿Tú qué quieres? ¿Tenerlo todo? —Me tenía sujeta contra la pared de la salida de incendios, a medio milímetro del contacto físico que tanto había anhelado yo durante aquellos meses.

—No va bien. Mi matrimonio no funciona.

—Pues intenta arreglarlo.

Rió con amargura.

—No quiero arreglarlo. —Sacudió la cabeza—. Porque estoy enamorado de ti.

—¡Deja ya de comerme el puto tarro!

Yo gritaba y desvariaba, él suplicaba, y salí corriendo por las puertas giratorias del club hasta cruzarme con un taxi. De hecho, me atropelló. Así fue como Paul y yo acabamos juntos, lo juro. Bueno, para ser precisos, un taxi que iba a diez kilómetros por hora me tiró al suelo en medio de una calle abarrotada. De todas formas, con la inestabilidad de mis zapatos de plataforma, seguro que ya iba medio cayéndome, pero me acuerdo de mí tirada en el asfalto y de Paul pronunciando mi nombre de un modo muy dramático. No veas el jaleo que se formó. Recuerdo que alguien se puso a gritar. Yo empecé a llorar del susto, hasta que llegó la ambulancia. Fue como si una de mis fantasías se hubiera hecho realidad. Me examinaron en urgencias, no tenía más que un morado en la cadera. «Tu novia se pondrá bien», dijo el médico, y a mí me dio un escalofrío. Sabía que Paul me estaba mirando, pero yo no pude devolverle la mirada, el momento era demasiado intenso.

Me llevó a casa en taxi y yo tuve que apoyarme en él para subir las escaleras hasta mi

apartamento. Eran las cuatro de la madrugada, mientras me arrastraba hasta mi cuarto no nos dirigimos la palabra. Se sentó en el borde de la cama, con los codos sobre las rodillas. Yo empecé a lloriquear de nuevo, tal vez por el susto o por los calmantes que me habían dado en el hospital, no lo tengo muy claro.

—Te pones muy guapa cuando lloras. —Lo dijo sin rodeos—. Menudo follón. —Dejó caer la cabeza dándose por vencido, su conciencia había ganado lo que parecía una batalla de proporciones monumentales—. Tengo que irme. Te traeré un poco de agua.

Se fue a la cocina y oí cómo abría los armarios y probaba los grifos. Oírlo en mi apartamento, en mi vida, fue tan hermoso que contuve la respiración para capturar cada movimiento. Lo observé entrar de nuevo en la habitación, acercándose a mí con el vaso en la mano.

La película de mis recuerdos se sale de la bobina en cuanto se abre la puerta de casa.

15

Paul me encuentra en el sofá, sentada sobre los pies. Se queda mirándome los ojos hinchados y las mejillas lívidas. Me parece como si, en lugar de no verlo desde esta mañana, hiciera años que no lo viera.

—¿Dónde te has metido? —gimoteo.

—¿Qué te pasa? —Se sienta en el sillón y empuja sus zapatos con el pie bajo la mesa de centro. Se frota la frente para intentar eliminar el dolor de cabeza tensional que siente y suelta sin esperar mi respuesta—: Menudo día he tenido...

—Te he llamado un montón de veces...

—Sí, ya lo he visto. Lo siento, cariño, no he parado ni un momento. ¡Quién lo hubiera dicho de Gerry! Estoy afónico de tantas entrevistas como he concedido hoy. Quieren matar al mensajero...

—¿Dónde estabas?!

—¡No me grites! Estaba en la oficina. He tenido que aguantar a Raiph berreándome, tiene miedo de que esto influya negativamente en CPTV o en él directamente, le importa una mierda...

—¡Paul, ha venido la policía! —Su mano se detiene en medio de la frente y no puedo verle la cara—. Querían verte. Querían saber dónde estuviste el lunes por la noche.

Baja la mano hasta el brazo del sillón y se vuelve hacia mí.

—¿Y qué les has dicho?

Aprieto con fuerza un cojín contra mi estómago, como protección.

—¡Han venido por lo del asesinato, Paul! Aquí, a casa, se han sentado en este sofá, haciendo preguntas...

—A ver, Kate, no montes un drama, tranquilízate. —Deja caer la mano a su lado, tratando de quitar hierro a mis palabras.

—¿Que me tranquilice?! ¡Han matado a una mujer que conoces!

—¡Gracias por recordármelo, como si pudiera olvidarlo!

—Paul, ¿qué pasó el lunes? —Alzo la voz en una mezcla de ira y de pánico.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Ya sabes lo que quiero decir!

—Pues no lo tengo muy claro, la verdad.

—¿Por qué no me cuentas dónde estuviste o lo que hiciste?!

—¡Ya te lo he contado! —Se enfada, se revuelve en su asiento y se inclina hacia delante—. Si

no me crees, allá tú. Estoy demasiado ocupado como para seguir discutiendo por eso.

—¡No es tan fácil, Paul! ¿Sabes lo que he hecho esta noche? ¡Le he dicho a la policía que estabas aquí! ¡Que estabas en casa conmigo..., con tu mujer! Porque no sé dónde estabas, eso es lo que he hecho.

Me mira horrorizado, con ojos sorprendidos, muy abiertos.

—Pero ¿por qué has dicho eso?

—¡Tenía que hacerlo! ¡No sabía qué pensar, intentaba ayudar! —En un instante se levanta del sillón y avanza hacia mí—. El lunes pasó algo, lo sé. Paul, solo te pido que me expliques...

Paul explota.

—¡Crees que yo la maté! —Jamás lo había visto tan agresivo—. ¿Por qué? ¡Venga ya! —Se me acerca de una zancada, escupiendo saliva—. ¿Un crimen pasional? ¿Es eso? ¡La maté porque estaba enamorado de ella!, ¿no? ¡Me puse a tontear y se me fue de las manos...!

—¡No lo sé! ¡Dímelo tú!

—Melody está muerta, Kate. Una mujer que trabajaba conmigo ha muerto de una forma horrible. —La voz se le atasca en la garganta—. ¿Y tú crees que he sido yo?

—Se parecía a Eloide...

—¿Eloide? —Da un paso atrás y rompe a reír a carcajadas—. Así que se trata de eso. Vuelta a tus paranoias y tus celos con mi ex. ¡Han pasado diez años! —Se lleva una mano a la cabeza—. Así que yo tenía una aventura con Melody porque se parecía a Eloide y luego la maté. ¡Ah, y además hice que pareciera que lo había hecho Gerry! Por Dios, Kate, es patético. ¡No se parecen en nada! ¿No crees que me habría dado cuenta? —Lo dice muy despacio, pronunciando cada palabra como si yo fuera tonta.

Me levanto y me agarro a la chimenea con tanta fuerza que me rompo una uña. No, Paul, no lo creo, pero no puedo explicárselo de manera que pueda entenderlo. Él no ve cómo es la gente. Lo suyo es hacer cosas, no es observador. De hecho, es asombrosamente distraído. Nunca se da cuenta si me corto el pelo, y una vez que me teñí de rubio, tardó dos días en percatarse; cree que Natalie Portman es Winona Ryder; es incapaz de adivinar la edad de alguien.

—Ni siquiera te lo tomas en serio, ¿verdad?

—¿Y por qué iba a hacerlo? Es una insensatez.

—¡He mentido por ti! ¡He cometido perjurio por ti!

—Por los dos. ¡Has cometido perjurio por los dos! ¿Y ahora qué hago yo, eh? ¿Contradecirte? ¡Piensa en las consecuencias si cambias tu historia!

Avanzo hacia él hasta poder agarrarlo del brazo. Me deshago en súplicas.

—Paul, te quiero, te quiero mucho. Estoy contigo pase lo que pase. Puedes contarme lo que haga falta, lo que sea, y yo te apoyaré y te ayudaré. Solo te pido que me digas la verdad.

—¡Ya te la he dicho!

Mientras Paul rechaza mis súplicas pidiéndole que confiese, algo restalla en mi cabeza.

—No te creo —suelto de golpe, dirigiéndome hacia la cocina y regresando con la prueba, mojada y pegándose a mi piel—. Tengo tu bufanda, Paul. No la encontrabas porque Ava la había escondido. Está llena de sangre, Paul. ¿De quién es esta sangre?

La sostengo por una punta, la mancha ya no es más que un difuso borrón marrón en la lana. La sangre es muy obstinada. Al final desaparece, pero se aferra a los tejidos y las fibras. Mi marido profiere extraños ruidos, como si tratara de decir un montón de palabras a la vez. Sacude la

cabeza.

—¿Pero qué coj...?

—Esta sangre es suya, ¿verdad?

Me mira como si no me hubiera visto en su vida.

—Yo no llevaba esa bufanda.

—¡No me jodas, Paul! —Sostengo en alto la fría y húmeda lana, sacudiéndola como una pancarta en un mitin.

Vuelve a pronunciar la frase, como si quisiera acostumbrarse a ella, con más énfasis.

—Yo no llevaba esa bufanda.

—No me tomes por idiota —escupo las palabras—. Sé que has estado buscando por la casa algo que no conseguías encontrar. Era esto, ¿no? ¡Dime la verdad! ¡La llevas buscando desde la semana pasada, pero Ava la cogió por la mañana antes de que la encontraras!

—Por Dios, Kate... —Su voz se apaga.

Espero, escuchando cómo mi corazón late con fuerza. Hay una extraña palidez en sus mejillas, mi guapo marido parece viejo de repente, es como si parte de la mandíbula se le hubiera aflojado. Veo llegar por fin una revelación, el aire parece estremecerse anticipando la verdad que por fin será revelada.

—Tú te pones esa bufanda mucho más que yo. —Tardo un momento en asimilar lo que dice, entonces me pongo a gritar y le arrojó la bufanda empapada mientras él recula hacia la puerta—. ¿Qué has hecho, Kate?

—¡No tergiverses las cosas! —Echo mano de los cojines y se los tiro.

—Dios mío... —Abre y cierra la boca pero sigue guardando un obstinado silencio mientras le recrimino.

—¡Quiero la verdad!

Se detiene en la entrada, mirándome.

—Me parece que ya la sabes.

Oigo cómo la puerta se abre y se cierra cuando se marcha. Grito más fuerte y luego trago saliva, consciente de que hay vecinos, de que niños inocentes duermen arriba. El pelo de pashmina frío y húmedo se me pega a las manos. Paso por encima de la mesa de centro y recojo la bufanda, la desgarró, la hago pedazos con fuerza inusitada. Le clavo los dientes, muerdo la suave lana con olor a limpio, las fibras me cubren la lengua y me hacen cosquillas en la garganta. La culpa, la rabia, el miedo y unos celos ahogados me dan nuevas fuerzas. A los cinco minutos, un nuevo estallido de lágrimas me deja temblando sobre la alfombra de la salita. He terminado la noche como la empecé: sola.

16

—¿Si me caigo ahí me muero? —pregunta Josh, demasiado cerca de la baranda de la barca que nos lleva Támesis arriba.

—Sí, apártate de ahí —le digo, tirándole del brazo.

—No sé —replica Lex—, podrías nadar hasta la orilla. Sería muy gracioso.

Envuelvo entre mis brazos con más fuerza a Ava, que va calladita y hecha un ovillo en mi regazo, y le doy un beso en la cabeza. Hoy no tengo ánimo para discusiones.

—Esto no es como una piscina, Josh, hay corrientes que podrían arrastrarte. El agua es muy engañosa —añade Paul.

Como las personas, pienso yo mientras contemplo el agua marrón, casi del mismo color que el té con el que me ha despertado Paul esta mañana. Estaba distante cuando me ofreció la taza humeante y se sentó en el borde de la cama.

—Deberías levantarte. Hoy tenemos el viaje a Hampton Court.

Y aquí estamos, los Forman con el tío John y Lex a remolque, jugando a las familias felices pero sin la otra familia: Sarah llamó en el último momento porque uno de los críos se puso malo. Paul y yo damos muestras de una extraordinaria cortesía: la calma después de la tormenta.

—Recuerda, Josh, Lex no es padre...

—¡Que yo sepa!

—Así que él no ve los riesgos que yo veo.

—Yo no soy tan aprensivo como tu mamá —añade Lex, inclinándose hacia Josh con gesto conspirador.

—No te hace falta serlo —respondo—. No tienes las responsabilidades que tengo yo.

—Eso no es verdad —añade, poniéndose en pie y hundiendo las manos en los bolsillos del pantalón—. Tengo una empresa que mantener. Y es tan duro como educar criaturas.

—¿Cómo crees que afectará esto a la compañía? ¿Nos puede hacer daño? —pregunta Paul.

—Nadie trabaja porque nadie puede hablar de otra cosa, eso está claro —contesta Lex.

Un observador que pasara por ahí pensaría que somos un grupo un poco raro cuando inclinamos las cabezas al unísono y las sacudimos con incredulidad ante lo que ha sucedido tan cerca de nosotros.

—En la prensa se especula con que podría ser obra de un imitador —dice John.

Paul no parece muy convencido.

—Siempre evitamos emitir los detalles de cómo mató a su esposa. Benditos dos minutos de retraso.

—No digo que nosotros emitiéramos los detalles, pero ¿has hecho una búsqueda en internet? Lo encuentras todo en unos pocos clics, los detalles del juicio, lo más sórdido.

—Solo tenemos que dejar que las cosas sigan su curso —dice Paul—. La gente está conmocionada, hay que darles tiempo. ¡Yo mismo estoy conmocionado! Ayer Astrid estuvo llorando en mi hombro durante casi veinte minutos.

—¡Seguro que ni siquiera la conocía! —se mofa Lex con desdén.

—Puede que la policía venga a entrevistar a gente en el trabajo —añade John.

—Más distracciones todavía —gime Lex. Me mira—. Es increíble que fueran a hablar contigo.

Asiento, escupiendo el pelo que el viento del río intenta meterme en la boca.

—La verdad es que poco podía decirles, solo la vi una vez.

—A mí no han venido a verme todavía —añade Lex.

—Ya puedes estar contento. Fue horrible. Te hacen sentir culpable aunque seas la persona más inocente del mundo.

Abrazo a Ava más fuerte y miro la cubierta, preguntándome si se está produciendo un silencio prolongado o me lo estoy imaginando.

—Tenía mucho futuro por delante —añade Paul, estremeciéndose.

—Era una persona de ideas muy claras. Sergei ha mandado flores a sus padres.

—Creo que algo tendremos que decir, por la imagen de Forwood —dice John—. Ella conocía a Gerry porque trabajaba en nuestro programa...

—Te preocupas demasiado. Están reponiendo *Inside-Out* por cable, ¡ya ves tú qué fracaso! —Lex habla con John como si no estuviera allí—. Es una publicidad cojonuda. Puede sonar insensible...

—¡Eso está fuera de lugar, Lex!

En esas, se vuelve contra mí.

—¡Ah, ya veo! Kate cree estar por encima de todo esto. Pero yo llevo mucho tiempo dejándome el pellejo, y si un programa que yo hago tiene tanto éxito como para salir en la portada de todos los periódicos del mundo, a mí me parece bien.

—¿A cualquier precio?

—Kate, ¿sabías que las ventas de juegos de magia se ha incrementado porcentualmente desde que se emitió *Inside-Out*? ¡Ese es el poder de la tele! ¡Imitación!

—Se me ocurre una víctima a la que me gustaría que hubiera elegido ese imitador...

—¡Ya está bien! ¡Basta, dejadlo ya! —Paul levanta la mano, poniendo paz.

—¿Por qué discutís, mamá? —pregunta Ava, mirando a Lex.

—Discutir es cuando dos personas no están de acuerdo en algo —responde Lex—. Pero tu mami y yo, en realidad, estamos bastante de acuerdo, lo que pasa es que lo expresamos de forma diferente. Solo que creo que yo soy un poco más sincero. —Lex me muestra su mejor sonrisa y yo le devuelvo una mueca sarcástica.

Ava cambia de postura sobre mis rodillas y vuelve a meterse el pulgar en la boca. ¿Soy como Lex? Me quedo mirándolo, ahí de pie, con la espalda apoyada en el camarote del capitán, como si estuviera al mando de la embarcación. Paul está acostumbrado a nuestras disputas, lleva años

escuchándolas. Paul y Lex son una extraña pareja que trabajan fenomenalmente bien juntos. Su primer gran éxito fue *Whodunnit?*, una variante de *reality* en el que la audiencia tomaba parte en el desenlace de una serie televisiva de crímenes votando los diferentes finales. Los ingresos de las líneas 900 proporcionaron el dinero para hacer los documentales de telerrealidad y los programas basados en crímenes que cimentaron la reputación de la compañía como una prestigiosa gallina de los huevos de oro. De todos ellos, *Inside-Out* es el último y el más controvertido.

Whodunnit? permitió a Lex proclamar con orgullo: «En televisión, puedo hacer que suceda cualquier cosa». Persigue el éxito como un maníaco, quiere llegar a lo más alto. Se equivoca conmigo, yo no me parezco en nada a él, pero no siento el menor deseo de corregirlo. El suave calor de mi hija en mi regazo me recuerda que yo ya he tenido más suerte en la vida que mi solitaria hermana, Lynda, o que mi pobre madre, aún dolida por los sentimientos no correspondidos por mi padre. Pero sé que Lex no tiene ningún interés en oír nada de eso; a los privilegiados, las historias de perdedores provincianos les resultan tediosas; incluso con Paul soy reservada en lo referente a mi desestructurada y completamente corriente familia. Lex hace una observación remarcándola en el aire con el pulgar y el índice, Paul está absorto. Para ser franca, el tipo de riqueza y de perfil que anhela Lex me asusta. Me gusta cómo están las cosas; la certeza de que Paul es mi marido y que quiere a su familia. Puede que cierta cantidad de éxito sea excesiva; desequilibra a la gente, la aparta de todo lo que es. Me imagino cayendo por la borda a las aguas frías y sucias mientras Paul se aleja navegando y mis gritos son sofocados por el ruido de la embarcación de recreo.

—¿Estás tiritando, mami? —pregunta Ava.

La abrazo, a modo de respuesta, y vuelvo a prestar atención a Paul, que intenta tranquilizar a Lex.

—Sigamos ganándonos a las masas, produzcamos lo que los espectadores quieren y superaremos esta crisis.

Lex gruñe.

—¡Mientras no pase lo mismo que con *Whodunnit?* y venga otro cabrón a cosechar los resultados!

John ha vuelto a refugiarse en sí mismo mientras Lex y Paul charlan. Cuando topamos con el muelle, él sigue a lo suyo, mirando hacia el tramo de río que hemos recorrido.

—¿Te encuentras bien? —pregunto.

—¿Cómo va el trabajo, Kate? ¿Va bien? —Asiento mientras le revuelve el pelo a Josh, así no tiene que mirarme. A Josh le da vergüenza y se escabulle de su tío.

Habíamos pensado ir de picnic, pero cuando Sarah dijo que no venían, no me ha importado lo más mínimo comprar bocadillos y bollos más caros de la cuenta. El día es frío y hay poca gente rondando por ahí. Después de arrastrar a los niños por el dormitorio de Enrique VIII y soportar las insinuaciones de Lex sobre enfermedades venéreas (afortunadamente Josh es demasiado joven como para captarlas) salimos a los jardines y llegamos al laberinto. Encontramos el camino hasta el centro sin demasiado problema y volvemos a estar fuera mucho más deprisa de lo que yo esperaba. Ava está arisca y Josh parece aburrido. Se suponía que era el momento culminante de nuestra excursión familiar, pero resulta ser menos de lo que esperábamos.

—Vale, ahora vamos a jugar a una cosa —dice Paul, reaccionando ante la falta de entusiasmo

—. Al escondite en el laberinto. —Los niños lo miran sin mucha convicción—. Tenéis que encontrarme.

Los setos se lo tragan mientras John y yo animamos a los niños. Lex finge ser un fantasma cuando nos internamos por uno de los pasillos. Los niños se ríen y se adelantan corriendo, seguidos de John. Doblo la esquina de uno de los caminos y me encuentro sola. Paseo un poco, disfrutando del silencio. Espesos setos de tejo me rodean, manchas de pelusa verde brillante que anuncian la primavera. Oigo un grito a lo lejos. Me detengo y descanso apoyada en una barandilla. Es el primer momento del día en el que estoy sola, y me siento agotada. La noche pasada tiene un tinte de melodrama escabroso, estoy demasiado cansada para asimilar todo lo que significa.

Al otro lado del seto, oigo la voz de Ava.

—Tío John, ¿dónde está mami?

No me muevo; que vengan a mí.

—Tenemos un problema —dice John, en voz baja pero con claridad. Oigo un gruñido y algo que no acabo de distinguir—. Ella nunca firmó los papeles.

—¿Pero eso no estaba ya resuelto?! —Es Paul.

—Pues no. Lo he revisado esta mañana. No firmó. A menos que haya algo en su casa, nosotros no los tenemos.

Paul maldice.

—¿En qué situación nos deja eso? —John dice algo ininteligible. Escudriño a través del seto, y solo capto destellos fugaces de color y movimiento y el olor a humo de cigarrillo—. Esto que quede entre nosotros, no se lo contemos a nadie.

—¡Papá, vamos por aquí! —La voz de Ava parece un trueno después de la conversación privada de su padre.

Tengo un sabor raro en la boca. ¿Qué es lo que no puedo saber? Casi se me sale el corazón por la boca cuando algo me da unos bruscos golpecitos en el hombro.

—¿De qué te sientes tan culpable? —pregunta Lex.

—Me parece que estás proyectando...

Lex sonríe, sus pequeños dientes afilados brillan. Me aliso el pelo, tratando de recuperar un poco la compostura.

—Venga, vamos a buscar a los demás. —Me apresuro hacia un camino estrecho, pero Lex me sujeta el brazo.

—¿A qué viene tanta prisa? —Se coge de mi brazo y me hace caminar a la velocidad de los enamorados cuando van de paseo—. Vaya semanita, ¿eh? —No digo nada—. No era mi intención molestarte en la barca, solo quiero lo mejor para la compañía, Kate, de verdad.

—¿Insinúas que tu compromiso es mayor que el de Paul?

—No, pero, en el fondo, a Paul no le van los *reality*. Él quiere hacer programas dignos, sobre el Líbano o los niños ciegos de África o cosas así, pero eso no da dinero. Nos guste o no, esta compañía se ha vendido por...

—Por ti.

Lex se encoge de hombros.

—Si así lo prefieres...

—No recuerdo que *Whodunnit?* consiguiera nunca la respuesta mediática que habéis conseguido con el programa de Gerry Bonacorsi.

—¡Jo, Kate, me encanta cómo das la cara por Paul, haga lo que haga! ¡Por Dios, yo quiero una esposa como tú! —Lex pasa la mano por la espesura de tejo, haciendo ondular su superficie.

Me asalta una idea. Paul hace mucho trabajo televisivo, ha concedido entrevistas durante toda la semana, defendiendo *Inside-Outside*, promocionando la compañía. La prensa y la tele han reclamado su presencia sin parar, una y otra vez. Nunca han preguntado por Lex. Para un hombre tan vanidoso como él, eso tiene que doler. Forwood TV es cosa de dos, Lex y Paul tienen el cuarenta por ciento cada uno, y el resto es de un grupo de inversores. Me pregunto lo duradera que será esa relación. Si Paul dejara Forwood o le pasara algo, se podría ver obligado a vender su parte de la compañía y sería la primera ocasión que tendrían los demás inversores para comprar esas acciones. A Lex podría interesarle hacerse con el control, pues significaría ganar mucho más dinero cuando la venta se complete. Una condena por homicidio sería una buena razón para obligar a Paul a vender, qué duda cabe.

—¿Sabes dónde estuvo Paul el lunes por la noche? —Lex es tan predecible como un felino persiguiendo a un antílope: directo a la yugular—. Supongo que la policía te lo preguntó, ¿no?

Trato de lanzarle mi mirada más fulminante, como para demostrarle que sus ataques verbales no me afectan.

—No era eso lo que les preocupaba. Querían saber cosas sobre ella, si Paul la conocía bien y todo eso.

Me daría de cabezazos... Intentando parecer indiferente me he metido de lleno en una trampa peor. Lex vuelve a lanzarme esa sonrisa suya, como si tuviera secretos para dar y vender.

—Qué raro. Parecías muy interesada en saber dónde estuvo durante esas dichas horas. — Me sostiene la mirada—. Teniendo en cuenta lo que sabemos por ahora, no me extraña. —La sonrisa se ha esfumado. Está mortalmente serio... y sigue aferrando mi brazo con fuerza.

—Estaba conmigo. —Lex no puede evitar la estupefacción de su mirada.

En ese momento, Josh, John, Ava y Paul aparecen por una esquina y vienen hacia nosotros.

—Mamá, yo lo encontré primero —dice Josh.

Ava va a hombros de Paul, gritando.

—¡Lo veo todo!

Lex me suelta el brazo como si quemara. Nunca ha estado casado. Sus relaciones duran meses. Lo miro desafiante, dejando claras mis intenciones. Para bien o para mal, he escogido bando y será mejor que sepa que lo defenderé a muerte. ¿Me lo estoy imaginando o será verdad que, por primera vez, me mira con respeto?

Paul pasa la mayor parte del resto del fin de semana concediendo entrevistas y hablando con John y con Lex por teléfono. El lunes por la mañana llevo, corre que te corre, a Josh y Ava al colegio, con la fría eficiencia de la mujer abandonada^[3]. He pedido que hoy me dejen trabajar desde casa, pero he acabado sentada ante el ordenador en busca de pistas electrónicas. El ordenador tarda siglos en arrancar mientras tamborileo con impaciencia sobre la mesa. Quiero poner fin a mi sufrimiento. Quiero encontrar algo concreto, la evidencia de algún lío amoroso, al menos, cualquier cosa es mejor que este purgatorio incierto de humo y espejos.

Tecleo el correo electrónico de trabajo de Paul y su contraseña. No es la primera vez que entro en su correo, y nunca lo he considerado una invasión de su privacidad, ni un abuso de las leyes no escritas sobre las que se sustenta nuestro matrimonio. Las letras en rojo se me antojan de una familiaridad irritante; algo falla, me da contraseña errónea. Tras varios intentos contemplo fijamente una nueva y horrible realidad: no he tecleado incorrectamente, sino que Paul ha cambiado su contraseña. Me quedo muy quieta, procesando el significado de ese acto. Conozco todos los detalles cotidianos de la vida de Paul. No los he averiguado conscientemente, se han ido filtrando a lo largo de los años que llevamos juntos. O tal vez sí ha sido a conciencia. Su PIN, los movimientos de su cuenta bancaria, la compañía de taxis de la que es cliente, su testamento. Pero ahora no tengo acceso a su correo electrónico, su comunicación personal con el mundo. Y ahora mismo me mueve algo más que la curiosidad para entrar y recorrer su bandeja de entrada, los correos borrados y los enviados, tengo una obsesión insaciable por entrar en su correo. Soy su mujer, tengo derecho.

Extiendo las manos sobre la mesa y trato de aferrar la madera con las puntas de los dedos, mis uñas arañan la superficie barnizada. Conseguiré entrar aunque sea lo último que haga en la vida. En las películas no paran de adivinar contraseñas, escriben el nombre del perro y listo. Pero esto no es una película, es la vida real, y mi marido me ha cortado el acceso. Al cabo de tres horas sigo igual; no lo consigo. Lo he probado todo, lo lógico y lo ilógico. Lo sé todo sobre Paul, cualquier puto detalle de su vida, y no lo he conseguido. He empezado por lo más lógico, con calma y método. Mi nombre. Los nombres de los niños. Otros miembros de la familia, sobrinas, sobrinos y abuelos. He escrito nombres de antiguos colegios, de sus profesores favoritos. He probado con direcciones antiguas, con número de la calle y sin él. He repasado la lista de sus compañeros de trabajo, nuevos y antiguos, sus anteriores novias, su equipo de fútbol, el apodo de

su equipo de fútbol, el nombre de su tortuga seguido por la casa en la que creció (era un juego al que jugábamos en el pub hace años, Hercules Hamleig suena a nombre de actor porno de segunda fila), su lugar favorito de vacaciones, el lugar donde nos casamos, donde se casó con Eloide y, por supuesto, he probado con Melody, con y sin apellido. Nada. He escrito los títulos de los libros de la estantería que está junto al ordenador, he escrito *Marie Rose*, su personaje público favorito, las marcas de la ropa que lleva, el nombre del último albañil que contratamos. He escrito el título de los programas que hizo por encargo, de las series con las que ganó premios, y luego he tirado el teclado en medio de la habitación, he derramado la taza de té y he gritado. Está jugando conmigo. Me está liando. En ese momento, odio a mi marido. Lo odio más de lo que creía posible.

Paul es arrogante. Tiene motivos para serlo: dirige una gran compañía, gana premios con su trabajo, da empleo a mucha gente. Es un hombre que ha recibido una buena educación, le resulta fácil salir airoso de discusiones sobre cosas abstractas, puede adoptar un punto de vista alternativo solo por diversión. Es más inteligente que yo. Me gana en los juegos: al ajedrez, por supuesto, al Monopoly, es capaz de acabar un crucigrama y me da unas palizas tremendas al Scrabble, cosa que me pica. Me pica cada vez, pero yo disimulo. Cuando coloca la última ficha y suma la puntuación final con el lápiz rechoncho que guardamos en la caja, me dirige una risueña mirada compasiva y dice: «Casi..., si hubieras cogido esa J, a lo mejor...», y luego suelta una risita que me gustaría borrar de su cara. Mejor «restregar», que vale más puntos.

Voy al baño y me tranquilizo un poco, aunque dejo el té goteando sobre la alfombra. En un lado de la mesa hay un trozo de papel con notas de trabajo garabateadas. Las pruebo todas. No funciona ninguna. Miro su escritura fina como patas de araña. Escribe con mayúsculas, lo que siempre me ha parecido raro. Quizá sea cosa de los tíos. Lo que está claro es que escribe fatal. Me gana al Scrabble, pero escribe mal. Con todo su talento, a menudo me grita desde su portátil: «Oye, ¿*contracción* se escribe con una o con dos ces? ¿Me puedes deletrear *abstracto*?». Es su talón de Aquiles. De pronto, se me ocurre algo, eso es porque últimamente la he tenido muy presente. Eloide es un nombre complicado. Me pregunto cuánto le costó acostumbrarse. Antes de poder pensar lo que estoy haciendo escribo «melodie». Pulso Intro, y no me deja acceder. Escribo «meledy». Pulso Intro... y nada. «Ay, Huevito, Huevito», me digo a mí misma, mientras las lágrimas empiezan a gotearme nariz abajo. Escribo mi apodo y de repente estoy dentro.

Me seco las lágrimas con mano temblorosa. Haber descubierto su contraseña no me produce ninguna satisfacción, sencillamente deja más preguntas sin respuesta. Me obligo a concentrarme en lo que estoy haciendo. Su bandeja de entrada no tiene nada interesante. Nada de Melody, nada de bromas atrevidas cargadas de insinuaciones sexuales que pudieran significar un ya prolongado folleto, nada de apasionadas cartas de una joven y ardiente admiradora. Sus bandejas de correos borrados y enviados son igual de insulsas. Después de todo el esfuerzo y de las horas que me he pasado, me siento engañada. Pero no me extraña. Melody está muerta. La han asesinado. La destrucción de pruebas más evidente es un correo electrónico. Me siento como si llegara a una fiesta de la que ya se han ido los invitados más interesantes. Aunque, en semejante situación, nada me impide darme un festín en el buffet libre. Me pongo a revisar todo lo demás, aunque solo sea por lo que me ha costado entrar. Hay unos cuantos intercambios de correo con Lex; parece que va detrás de una porción mayor de la compañía. Típico. Lex es como aquel anuncio de L'Oréal, para él siempre es «porque yo lo valgo». Hay unos correos de Portia, fríos, casi cortantes, que detallan las responsabilidades de CPTV y sus estrategias para cubrirse, cualesquiera que fueran. Portia

siempre pone en copia a otras personas y nunca firma con las sutilezas a las que yo estoy habituada. Con el ajetreo que lleva, hace mucho que pasa de lo superficial. Hay correos de Sergei ofreciéndose a atender los gastos atrasados de Paul, una cadena de correos con un chiste verde de Astrid, y una invitación de Jessie a una exposición llena de signos de exclamación. Después encuentro un intercambio de correos con John, en los que Paul pregunta si Forwood TV tiene que protegerse. John adjunta un largo artículo sobre los derechos de la propiedad intelectual. Sigo ese hilo, intentan aclarar quién es el propietario de una idea relacionada con un programa que se ha encargado o realizado. «Consigue que firme de inmediato un contrato», ha escrito Paul.

«El borrador ya está, pero ella está ganando tiempo, a la espera de asesoría legal», contesta John un día después. La fecha es de hace tres semanas. No hay respuesta de Paul. Me siento incómoda viendo los desacuerdos laborales plasmados de este modo, pero entonces mis ojos se posan sobre algo mucho más interesante: un correo de Eloide. «Bueno, supongo que tienes razón. Podría invitarla a cenar. ¿Te parece bien?» El tono familiar me chirría. Debería haber una jerarquía de familiaridad encabezada por mí. Entonces me doy cuenta de que tampoco hay correos míos. Ni uno. Le escribo mucho a Paul, la mayor parte de las veces para que incluya citas en su agenda, en ocasiones le digo que le quiero. Unos cuantos clics después los encuentro en la carpeta de borrados.

Tengo un *flashback* de una exposición privada a la que fui con Jessie. Estamos delante de un cuadro, la gente nos empuja de un lado y de otro. Ella señala el cuadro con su copa de vino blanco.

—De toda la sala, este es mi favorito.

Miro con cierto desdén los melocotones y la piña, no muy bien pintados, dentro de un cuenco de lo más *kitsch* sobre un fondo negro mate.

—¿Este? Estás de broma, ¿no?

—Me encanta.

—Pues a mí me parece un bodegón feísimo.

—Fíjate en lo oscuro que es el fondo. Las ausencias, los huecos si lo prefieres, conforman el cuadro.

Sacudo la cabeza.

—Pues no lo pillo.

Dos estudiantes japoneses se acercan al cuadro, luego se alejan y yo vuelvo a mirarlo. De pronto, el fondo del cuadro ha cobrado protagonismo, creando un delicado dibujo de formas arremolinadas y vibrantes, como un hermoso retal de encaje negro sobre el cuadro en contraste con la solidez de las frutas y el cuenco. La ilusión óptica es asombrosa.

—Ingenioso sí es, desde luego.

—Es un viejo truco de pintor, pero aquí el artista lo utiliza de una manera distinta. Los huecos crean tantas formas y dibujos como los objetos. —Sonríe, triunfante—. Y ahora el hueco que hay que llenar es el de esta copa —y se da la vuelta camino del bar.

Puede que Paul haya hecho limpieza de su correo electrónico. Pero por cada pauta que destruye surge una nueva. Por desgracia, parece que en el nuevo diseño su esposa se queda fuera.

Suena el teléfono.

—¿Señora Forman? ¿Va a venir a buscar a los niños?

—¿Cómo dice?

—Le llamo de la recepción del colegio. Josh y Ava están esperando en los vestuarios. ¿Va a tardar mucho? —Su tono es tajante y acusador.

Son las cuatro menos cuarto. He perdido por completo la noción del tiempo, me he pasado todo el día en el correo de Paul, hurgando en su vida laboral. No he comido ni me he movido del despacho. Adopto de inmediato el papel de madre agobiada.

—No, no, llego enseguida, voy con mucho retraso, el tráfico...

—Dese prisa, por favor.

Corta mis sobadas excusas por lo sano. Lleva años oyéndolas cada día de mujeres que hacen malabarismos con demasiadas pelotas. Por un momento se me ocurre decirle la verdad: «Creo que mi marido es un asesino». Seguramente ni se inmutaría. «Bueno, en cualquier caso, dese prisa, por favor», diría, y colgaría el teléfono.

18

Esta tarde ha vuelto la policía para lo de Paul. Me desconcierta la prisa que se están dando y que toquen tantas teclas. Los nervios me atenazan el estómago; el lento revoltijo de miedo y recelo. Se quedan en el vestíbulo, acomodando bolsas y quitándose los abrigos. Cuando me dispongo a explicar que Paul ha salido a correr y que no tardará, entra por la puerta con estrépito. Se planta delante de ellas, con las manos en las caderas, medio doblándose por la mitad, jadeando. Paul no hace nada a medias.

—¿Señor Forman? —pregunta O’Shea.

Paul asiente, tratando de recuperar el aliento. Lleva una camiseta transpirable de manga larga y pantalón corto, y una oscura mancha de sudor se extiende por su pecho.

—Pasen, pasen..., por favor.

Paul se adelanta y abre la puerta de la sala de estar, invitándonos a entrar con cortesía, y nosotras entramos, pasando a pocos centímetros de su rampante testosterona. Se aferra al picaporte de la puerta para apoyarse mientras las agentes de policía titubean buscando dónde sentarse.

—Discúlpenme —trata de bromear Paul—, ya no soy... el que era.

Se seca con los dedos el sudor del cuello y veo las líneas de sus abdominales a través del tejido deportivo. White empieza a inquietarse en su asiento.

—Tenemos que hacerle algunas preguntas sobre Melody Graham —empieza O’Shea, sentada en el borde del sofá, como si quisiera evitar estar demasiado cómoda en las relajantes profundidades y que se le pasara algo por alto.

—No faltaba más. Humm... ¿Les importa... —empieza a decir, un tanto incómodo— si me doy primero una ducha?

—Si se da prisa, no hay problema —replica O’Shea.

Paul desaparece.

—¿Prefieren que las deje a solas? —les ofrezco, algo nerviosa.

Parecen sorprendidas.

—No, no, puede quedarse si quiere.

Me consuelo diciéndome que deben pensar que esta línea de investigación es estéril, que sus verdaderas sospechas apuntan en cualquier otra dirección. Antes he visto en la tele cómo Gerry Bonacorsi era puesto en libertad. Aparecía en las escaleras de la comisaría, con la cabeza entre

los hombros de unos tipos bien trajeados. No sabría decir si él era muy bajito o los otros eran muy altos, pero daba la impresión de que Gerry fuera un niño vestido con chándal que hubiera envejecido de forma prematura. La voz en off ha comentado con cierto desdén que el motivo de su puesta en libertad ha sido la «falta de pruebas», y al espectador no le ha quedado ninguna duda de que eso no hay quien se lo crea.

Un hombre trajeado, probablemente el abogado de Bonacorsi, intentaba sacarlo a toda prisa de delante de las cámaras, pero Gerry, vacilante, se ha puesto a hablar mientras se mesaba el cabello blanco.

—De alguna manera, ha sido como volver a casa, la verdad. —Gerry ha entornado los ojos ante las luces de los flashes. Daba la impresión de no entender el porqué del interés de la gente—. La policía ha sido muy amable, sin duda. Me gustaría contar con alguien que respaldara mi declaración sobre dónde estaba la noche en la que asesinaron a la chica, pero me temo que no es así. Simplemente estaba dando un paseo. Hacía mucho que no tenía ocasión de pasear. —Se ha llevado la mano a la cara, mientras le llovían preguntas desde todas direcciones. No sabía hacia dónde mirar—. Me apena que alguien haya sido capaz de imitar lo que yo hice. No está bien. Parecía muy buena chica. Es una lástima.

Esperamos en silencio y nos llega el rumor cercano de la ducha. Capto la mirada de White y explico que tenemos un baño en el piso de abajo porque la presión del agua es mejor. Oír el salpicar del agua sobre un cuerpo desnudo provoca una sorprendente sensación de intimidad, y yo miro incómoda hacia otro lado. White se rasca la nariz.

Poco después, reaparece Paul, despeinado y con la piel lustrosa.

—Lo siento —dice, dejándose caer en un sillón y levantando un pie hasta su regazo para ponerse un calcetín.

O'Shea va directa al grano.

—¿Qué relación tenía con Melody Graham?

—Trabajamos juntos en un documental que hicimos hace poco. Ella realizó todo el trabajo de investigación.

—¿Cuánto hace que la contrató?

—No era mi empleada. Trabajaba por cuenta propia. Hará unos seis meses.

—¿La conocía bien?

—¿A qué se refiere?

—¿Compartían algún tipo de vida social, o algo así?

Paul se encoge de hombros.

—Poca cosa. Bueno, ni eso. Yo suelo estar muy ocupado, pero alguna vez tomamos una copa, y estuvo en la fiesta de despedida del programa. Para ser exactos, no puedo decir que la conociera. Sería mucho decir. —White garabatea algo en su libreta. Paul baja el pie al suelo y cruza el otro sobre su rodilla. Allá va el segundo calcetín.

—¿Cómo la conoció?

—Vino al despacho porque tenía algunas ideas para hacer programas. Llevo una productora de televisión, conozco a un montón de gente; es importante saber quién anda por ahí y qué saben hacer. Es una manera de llevarle la delantera a la competencia.

—Entonces, ¿quería hacer programas?

—Sí. —Paul se pone en pie para meterse la camiseta dentro del pantalón con movimientos

rápidos y ágiles, luego coge su reloj, mete la mano y se lo ajusta a la muñeca.

—¿Y acabó trabajando para usted como documentalista?

Yo guardo silencio sentada en mi sillón, mirándome las manos. Tengo la piel reseca y las puntas de los dedos agrietadas... de tanto frotar para limpiar cosas.

Paul esconde una etiqueta de la ropa y, una vez vestido del todo, se centra en la entrevista. Pone los pies en el suelo y descansa los antebrazos sobre los brazos del sillón, cogiéndose a los extremos con los dedos. Es la postura que uno adopta cuando lo sientan en un detector de mentiras.

—Así suelen ser las cosas. Ella había hecho entrevistas en profundidad a todo tipo de personas. Mi socio, Lex Wood, la recomendó al productor y él la contrató.

White frunce el ceño, hay algo que no le cuadra.

—¿Lex la entrevistó alguna vez?

—No, que yo sepa.

—Qué amable por su parte darle trabajo...

—Tenía unas credenciales impecables, de lo contrario no habría conseguido el puesto, pero además tenía buen aspecto. Eso es importante para Lex. La vio cuando se reunió conmigo... En nuestra oficina los espacios son abiertos. Le gusta añadir chicas guapas al conjunto, por así decirlo. Puede no ser lo más correcto, pero así funciona la tele.

Paul no se inmuta al decir todo eso. Se muestra desafiante, las reta a poner pegos a esa visión del mundo. O'Shea tensa los labios y mi corazón se va a pique. Paul no está tomando el camino más fácil, y me pregunto, mientras miro los surcos de esfuerzo que van desde su nariz hasta sus labios, en qué prolongadas batallas habrá luchado O'Shea durante décadas, cuántos años de horas extras habrá tenido que poner en el tapete para llegar hasta donde está. Nunca ha experimentado el placer de la ventaja física, ni yo tampoco.

—Y que conste que hizo un excelente trabajo, tenía muchas ideas.

—¿En qué consistía ese trabajo exactamente?

—Hizo un gran trabajo de investigación de los antecedentes de Gerry Bonacorsi. —O'Shea hace una mueca al oír ese nombre—. Preparó algunas de las entrevistas a cámara de su familia, y estuvo presente en algunas de las sesiones de grabación que hicimos en la cárcel. —O'Shea suspira como si le fastidiara—. A lo mejor ahora estoy hablando de más —prosigue Paul—, pero ¿me equivoco al pensar que ustedes no están de acuerdo con la decisión de la Junta de Libertad Condicional? En su línea de trabajo, me imagino que cuando sueltan a alguien no les hará mucha gracia.

—Y que lo diga —interviene White, animándose—. La cadena perpetua debería significar la cárcel de por vida; si no, ¿para qué me levanto yo cada mañana?

O'Shea sacude la cabeza.

—Al menos ahora el público sabe a lo que nos enfrentamos.

—Me tomaré eso como un cumplido, si se me permite —dice Paul. Las agentes le devuelven una sonrisa. Las tiene en el bote—. Melody también ideó el concepto de *Crime Time*, que se está emitiendo actualmente. Tuvimos una serie de reuniones con ella para hablar del tema.

Dos cabezas asienten en el sofá.

—¿Qué hizo el pasado lunes por la noche?

—Fui a tomar algo con unos compañeros de trabajo y luego me vine a casa. —Paul menciona a Lex, Astrid, Sergei, John y el bar al que fueron—. Lex fue el primero en marcharse, a eso de las

nueve y media, creo, y los demás nos fuimos un poco más tarde.

—¿Volvió en su coche?

—Sí.

—¿A qué hora llegó?

Paul hace una pausa y me mira. Su rostro no revela nada, sus planos angulosos están igual que siempre. Veo cómo los aburridos ojos de White esperan y observan. Uno de los pies de mi marido se crispa.

—A eso de las diez.

Una amiga mía trabaja en asistencia a las toxicomanías en un hospital. La descripción de su trabajo incluye expresiones como «alcoholismo», «dependencia de medicamentos con receta», «trastorno obsesivo compulsivo», «depresión», pero ella dice que en su trabajo todo está relacionado con la vergüenza. Las mujeres se avergüenzan de sus fracasos y de sus defectos, de manera que ocultan sus problemas con la bebida y las drogas a sus parejas y a sus hijos, durante años, y los ocultan muy bien. Sus secretos están emparedados detrás de sus relaciones, el temor a las consecuencias de admitir la verdad acecha durante cada una de sus horas de vigilia. El trabajo de mi amiga consiste en descoser los miedos, las vergüenzas y los secretos. Como un agente de policía. En este momento me siento tan avergonzada por lo que estamos haciendo que mi pecho me parece de plomo. Por primera vez pienso en Melody, no como amante de mi marido, ni como amenaza para mi familia, sino como víctima.

Mi mayor temor es que mis hijos mueran. Soy totalmente consciente de que se trata de un tópico como una casa, lo menos original que puede pensar una madre, pero eso no lo hace menos cierto. El peso húmedo y frío de un cuerpo mientras lo saco de la piscina de una villa, el crujido del tejido que cubre un sillón en el que me hundo cuando una agente de policía me dice que uno de ellos ya no está, la ayudante pegada a sus hombros... Cuando conjuro esa imagen, los ojos se me llenan de lágrimas, se me tapa la nariz y el pánico empieza a extenderse por mi pecho, y al momento fuerzo un pensamiento feliz que rompa las insoportables imágenes. Por lo general, es cuestión de treinta segundos y luego vuelvo a la normalidad. Pero ¿y los padres de Melody? Un minuto, dos minutos, cinco, diez, una hora, un día, una semana, toda la vida. A ellos sí que les vino la policía a llenarles la cabeza de horror. ¿Eso les ha hecho mi marido? Trago la saliva que se me ha acumulado en la boca.

—Así que volvió a casa a las diez como muy tarde —repite O'Shea.

—Eso es —dice Paul. Sin vacilar, sin la menor señal de haberse encontrado en ningún umbral antes de cruzar la línea.

Por un delirante momento se me ocurre ponerme en pie y gritar que miente, señalándolo con un dedo acusador. Me asaltan imágenes de White arrojando a Paul sobre la mesa de centro y del brillo de las esposas mientras lo reducen, pero me quedo muda. Miro mi anillo de boda, siento cómo se clava en la carne de los dedos que lo rodean.

White le da la vuelta al bolígrafo y pincha encima de su libreta, haciendo que la punta se introduzca de vuelta a su cobijo de plástico barato.

—Bueno, creo que aquí ya hemos terminado.

Me sorprende poder ponerme de pie, poder abrir la puerta sin que me tiemblen los dedos. Paul está detrás de mí, en el umbral de nuestra casa, mientras contemplamos cómo se alejan las agentes de policía. Me pone la mano en el hombro, un peso para no perder el control. Cierro la puerta y

nos quedamos frente a frente. La primera vez que vinimos a esta casa íbamos detrás del agente inmobiliario, llovía con fuerza y el canal era una mancha brumosa más allá de los gruesos árboles. Después del recorrido por una serie de destantaladas habitaciones desnudas, el agente se fue a esperarnos en el coche para «dejarnos unos minutos a solas», y nos quedamos justo aquí, sobre el montón de correo basura, oliendo a humedad. En aquel momento supe que esa era nuestra casa, que podíamos transformarla y vivir en ella nuestro feliz futuro.

«Te encanta, ¿verdad?», me dijo al ver mis ojos entusiasmados recorrer los techos altos para terminar mirando su rostro expectante. Y me encantaba. Pero ya no.

Se lleva un índice a los labios y luego me hace un guiño, lenta y deliberadamente. Se mete en la cocina a grandes zancadas y destapa una cerveza como si celebrara el final de una semana difícil en el trabajo.

Paul y yo tenemos un código secreto, como muchas parejas. No solo palabras y expresiones, también gestos. Una vez, en Miami, vimos a una mujer peinada de tal manera que parecía que tuviera un pato sentado en la cabeza. Las mechas teñidas de una gama completa de tonos marrones le colgaban como las plumas de una cola sobre una oreja, y una pinza negra sobre la otra formaba el pico. Ahora, si alguno de los dos vemos un peinado raro, nos miramos, aleteamos con los codos y asentimos, si estamos de acuerdo, o negamos con la cabeza. También tenemos su guiño.

Hace un par de años vino a casa un montón de gente a picar algo. Supongo que otros lo llamarían «invitación a cenar», pero a mí usar esa frase me da mal rollo, me parece demasiado formal, demasiado grandilocuente para mí y mi humilde origen. Y no sé cocinar, estoy más familiarizada con el pasillo de los congelados del súper que con las maravillas de la agricultura biológica. Así que improvisé un pastel de carne y lo anuncié como algo informal para no crear expectativas.

Lex acudió engatusado por Paul, que le insinuó que tenía a mi compañera de tenis, Ellen, «a punto de caramelo». Ben, un actor amigo de Paul recién llegado de Los Ángeles, hizo acto de presencia, cosa rara en él; Sarah y su marido, Phil, se dieron un paseo desde su casa, que se encuentra a unas pocas calles más allá; John vino pertrechado con una bebida reconstituyente que contenía algas, y Jessie llegó dos horas tarde. Me alegré de no haberme molestado en cocinar, porque Ben estaba siguiendo una dieta especial para «encajar» en el papel que había conseguido en una comedia de situación estadounidense: nada de hidratos de carbono a partir de la seis, nada de alcohol, dos horas al día de entrenador personal. Jessie no quiso comer nada y solo bebió, Phil repitió tres veces de todo, diciendo que estaba delicioso, mientras Sarah ponía los ojos en blanco, y yo me olvidé de que Ellen era vegetariana.

Jugamos al juego del asesino, pero primero dimos cuenta de una botella de champán para celebrar el encuentro. Recuerdo que a John se le puso la lengua del color del musgo por culpa de su bebida. En determinado momento, Lex y Ellen se pusieron a jugar a piedra, papel o tijera. Creí que Lex lo hacía como forma de establecer contacto físico al palmearle la mano, pero el juego parecía divertido y me puse a jugar con Phil, y el juego entre Ben y Jessie derivó enseguida en darse codazos en las costillas. Las botellas de vino vacías empezaron a amontonarse, Ben se quejó de estar muerto de hambre y empezó a beber, y, para celebrar algo que ya no recuerdo, Paul sacó más champán. Fuimos subiendo el tono, las cosas tomaron ese cariz divertido que adoptan cuando bebes; Lex le enseñaba a Ellen unos pasos de un baile que se había puesto de moda entre los adolescentes, y Phil empezó a comerse mi brócoli poco hecho. John y Ben mantenían una

vehemente conversación sobre entrenadores personales y empezaron a enseñarse sus músculos dorsales, o puede que fueran los abdominales. Sarah y yo aplaudíamos cuando se levantaban las camisetas.

—Juguemos a otra cosa —sugirió Ellen.

—Al póquer —dijo Lex, y la queja general ahogó su propuesta.

—Juguemos al asesino —dijo Paul.

—Yo no sé guiñar los ojos —dijo Jessie, bajando la cara y parpadeándole a Ben.

—Yo no pondría esa cara para ligar, hazme caso —se burló Lex mientras Jessie le tiraba una servilleta.

—El juego consiste en actuar, así que, Ben, tú no tienes ni media posibilidad, está claro —bromeó Paul.

—Dios, qué hambre tengo —gimió Ben, mordisqueando una de las tortas de arroz de Ava.

—¿Habéis visto alguna vez a los niños jugar a eso? —preguntó Sarah—. Es muy divertido, son incapaces de mentir, se señalan y dicen «Johnny me ha matado», y cosas por el estilo.

—No saben guardar secretos, no tienen doblez —añadió Phil.

—No como nosotros —dijo John.

—Es un juego infantil con sutilezas exclusivas para los adultos —dijo Paul.

—¡Adjudicado! —gritó Ellen.

—Kate tiene que adivinar quién de nosotros es el asesino —dijo Paul—. Tienes tres intentos. Sarah se echó a reír.

—¡Tres son muchos! Mira cuántos somos... —dijo mirando en torno a la mesa—, ¡somos nueve!

—Kate está bolinga, no lo adivinará nunca —dijo Paul.

—Pues yo apuesto por ella —intervino Jessie—, es muy observadora.

—¡Buena idea! —dijo Paul, entusiasmado—. Cuarenta libras a que no lo adivina.

—¡Hecho! —gritó Lex, hurgando en el bolsillo para sacar la cartera—. Tienes que conseguirlo, Kate, no me jodas.

—¡Oh, vale ya! —recuerdo haber dicho. No me gusta que Paul meta dinero de por medio, hace que las cosas sean más serias de lo que deberían. Les quita intrascendencia.

—Tienes que salir de la habitación para que escojamos al asesino —dijo Ellen.

—Voy a por el postre de los asesinos.

Me abrí paso hasta la cocina, perseguida por el pasillo por un estallido de risas. Saqué la tarta de limón de la caja, escarbé en el congelador en busca del helado, apilé platos y cubiertos en los brazos y regresé al comedor.

El ambiente había cambiado. El grupo estaba en silencio, clavándome miradas conspiradoras. Me senté un momento, mirando a mi alrededor.

—¿Ya hemos empezado? —pregunté mientras Ellen se echaba de repente las manos a la garganta, ponía los ojos en blanco y se dejaba caer sobre su plato vacío, agitando los brazos.

Phil empezó a aplaudir. Me quedé mirando cómo se movía la espalda de Ellen mientras se reía.

—Una menos —dijo Paul, sonriendo.

—¡Venga, Kate, que mi pasta está en juego! —dijo Lex.

No tenía ni idea de quién podía haber sido. Nuestra mesa de comedor es redonda, así que, en

teoría, podía ver a todo el mundo, pero eso no lo hacía más fácil.

—Ha sido Ben —dije.

—¡No es tan buen actor! —se mofó Lex. Ben usó su sonrisa «de Hollywood», volviendo hacia mí dos tercios de su rostro y mostrando su perfecta dentadura de anuncio de chicles, pero negó con la cabeza.

Pasaron dos largos minutos.

—¡Ah! ¿Entonces se supone que estoy muerta? —dijo Jessie de repente.

—¡Joder, Jessie! —ladró Lex, que es competitivo hasta la médula.

John empezó a emitir un sonido grave, como si lo estrangularan, antes de echarse hacia atrás en la silla, agarrando el borde de la mesa con los dedos blancos. Se le resbalaron los dedos y cayó de espaldas con la silla, chocando contra las baldosas. Pude oír con claridad cómo su cabeza crujía al golpear el suelo.

—¿Estás bien? —John tenía el cuerpo contraído en una incómoda postura y los ojos cerrados.

—¡Caramba! —dijo Paul.

—¡Mirad a ver qué le pasa! —gritó Sarah, poniéndose en pie.

Sarah es mi amiga sensata, es puntual e imperturbable. También se ha molestado en hacer un curso de primeros auxilios, y si ella se alarmaba, me pareció prudente alarmarme yo también.

—¿John? —Me incliné y le toqué la cara. Nada. Lo sacudí por el hombro, oyendo el arrastrar de sillas mientras la gente se levantaba y estiraba el cuello—. ¡John! —dije mucho más alto.

—¿Pero se ha hecho daño de verdad? —preguntó Ellen, volviendo a la vida.

Me quedé mirando a John y oí a Jessie gritar por encima de mí.

—¿Eso es sangre? —Detrás de la cabeza de John había aparecido una oscura mancha roja.

—¿John? —Volví a sacudirlo por el hombro. No se movía—. ¡Oh, Dios mío! —Me agaché a su lado, la sangre parecía brillante y fresca. En un impulso, le palpé el cuello mientras alguien gritaba por encima de mí.

—¡Llamad a una ambulancia! —Levanté la vista hacia el círculo de cabezas que tenía encima y alguien me pasó un móvil.

Teclé el 999 y me contuve, con el dedo sobre el botón verde. Había oído una risita. Miré a John, tirado en el suelo con una enorme sonrisa en el rostro, sacándome una enorme lengua verde y con un bote de ketchup en la mano. Le di un puñetazo en el brazo, y en el comedor se desató la histeria.

—¡Hijo de puta! —Estaba muy enfadada, había temido por su vida de verdad. John no tiene término medio, siempre lleva las cosas un poco más allá de lo que a mí me gustaría.

—¡Le palpaba el cuello! ¡Le buscaba el pulso!

—¡Llamad a una ambulancia! ¡Llamad a una ambulancia! —imitó Lex.

—¡Imagínate si llega a llamar de verdad!

—¡No creía que el truco de la salsa de tomate colara, pero ha sido buenísimo! —añadió Phil, lleno de admiración.

John seguía en el suelo, limpiándose salsa del pelo con una servilleta.

—Venga, va, ¿quién ha sido? —me dijo.

—¿Cómo?

—¿Quién me ha matado?

Había olvidado el juegucito de marras, estaba hecha un remolino de incómodas sensaciones

por ser el blanco de todas las bromas.

—Yo qué sé —dije, con ganas de que acabara todo aquello—. Ha sido Sarah. —Pero ella negó con la cabeza.

—Es interesante comprobar nuestra lealtad para con el asesino y no para con Kate, la detective —dijo Phil, acercándose la tarta de limón y echando mano de un cuchillo—. Al actuar en connivencia con el asesino, también engañamos a alguien inocente.

—¡Oh, Huevito, él confiaba en ti! —dijo Paul, limpiándose las lágrimas de risa—. Ya has perdido a dos.

Miré a Paul, pero un fuerte ruido a mi izquierda me hizo dar un bote y mirar hacia otro lado. Cuando me di la vuelta, Phil se agarró la garganta y dijo:

—Estoy muerto, pero juro que no he sido envenenado con esta deliciosa tarta.

—Ya van tres —dijo Paul.

—¿Quién ha sido, Kate? —preguntó Ben.

—Venga va, elígeme a mí, que sé que lo estás deseando —intercedió Paul. Tenía razón, creía que había sido él. Pero él sabía que yo pensaba que era él, y estaba esperando que lo señalara. Así que me tiré un farol doble.

—Ha sido... Lex.

—¡Oh, Huevito! —Paul, deleitándose con mi expresión, se inclinó por encima de la mesa intentando besuquearme.

—¡Kaaaate! —Lex lanzó por el aire sus dos billetes de veinte—. ¿Pero no lo has visto tirar el tenedor al suelo para distraerte? ¿Estás ciega o qué?

—Lo has hecho muy bien, Kate —dijo Jessie, acariciándome el brazo.

Paul tomó un sorbo de champán, extendiendo la mano para recibir el dinero de Lex.

—En este juego solo se gana si los demás te lo permiten, Huevito. —Y acto seguido, en medio de las risas y la charla de nuestros amigos, me hizo un guiño.

Dudo que alguien más viera aquel pequeño gesto entre nosotros. Era una celebración de su inteligencia, el reconocimiento de que podía ser más listo que yo y de que lo amaba por ello, porque ¿qué esposa no está encantada con el éxito de su marido?

Paul estaba en lo cierto. Aquella noche, cuando se fue el último de los invitados y cerramos la puerta, tuvimos sexo allí mismo, un apresurado e intenso polvo contra la pared del pasillo. Después de ocho años juntos, me proporcionó uno de los orgasmos más intensos que he tenido en mi vida.

Ahora estoy en ese mismo lugar, mirando el bate de críquet de Paul en el estante. El algodón verde enrollado a la gruesa empuñadura. Me lo imagino en mis competentes manos. Sostenido como un bate de béisbol, silbando en el aire hacia detrás de su cabeza. Paul sabía que yo le mentaría a la policía, sabía que lo encubriría y ni siquiera tuvo que pedírmelo. Sus divagaciones de falso borracho me llevaron por un camino en el que yo solita monté mi propia confabulación. Mi marido me la ha jugado, pero esta vez la apuesta no es de cuarenta libras, es de más, mucho más elevada.

19

Por la noche voy a asaltar la oficina de Paul. He salido a las dos de la madrugada, cerrando la puerta de casa sin hacer el menor ruido. Nuestra habitación está en la parte trasera, así que no puede oír cómo se aleja el coche. Tengo el duplicado de las llaves de la oficina que guarda en su estudio, y aparco en el callejón lateral. Llevo ropas oscuras y una linterna metida en la cinturilla del pantalón. Conozco la contraseña de la alarma porque a veces he tenido que trabajar en estas oficinas, y pequeños detalles como estos son el tipo de cosas que sé sobre Paul. Puede que sea más listo que yo, pero tengo muy buena memoria para las cosas que no requieren imaginación. No olvido nada.

La oficina de Paul es una vieja fábrica de bañeras en una callejuela empedrada, con ventanas metálicas que van desde el suelo hasta el techo y suelo de madera con un estriado muy bonito. Uno casi se puede imaginar a los trabajadores de brazos musculosos y hombros fornidos arrastrando por el suelo las pesadas piezas de hierro colado destinadas a los domicilios más lujosos de la ciudad y transportadas por los caballos que aguardan alineados en el exterior. Los escritorios «adjudicados» a Paul y Lex («comprados» añaden a la tarea un toque de ordinariez del que Lex, en particular, considera estar muy por encima) proceden de una biblioteca universitaria abandonada. Están dispuestos bajo unas lámparas de estilo industrial que cuelgan de los techos altos. Hay un fútbol en un rincón, al lado de la cocina, y cervezas en la nevera. La zona de la recepción está decorada con flores y un estridente papel pintado con dibujos de cañas de pesca y martines pescadores, y detrás de la mesa de estilo años cuarenta suele sentarse siempre alguien de buen ver. Es el tipo de local en el que da vergüenza no encontrarse a gusto.

Introduzco la contraseña y abro la puerta, dentro está todo oscuro. No me atrevo a encender luces, así que avanzo a tientas apuntando con la linterna hacia el suelo. El escritorio de Paul se encuentra en una esquina, medio protegido por una gran planta de hojas delicadas. Nunca ha tenido un despacho privado, lo cual no es extraño para alguien que no soporta estar solo, y la producción de televisión es de esas empresas en que las oficinas no tienen tabiques. Me siento en su silla y dejo que los ojos se me acostumbren a la oscuridad. He venido muchas veces a estas oficinas a buscar a Paul para asistir a algún acto nocturno en la ciudad. He notado cómo, a mi paso, me seguían las miradas que me evaluaban como esposa del jefe. Solía sentarme en el borde de la mesa de Paul y tomarme una cerveza mientras esperaba a que acabara, aunque desde hace poco han puesto un par de viejas butacas de cine al lado y no utilizarlas puede parecer inapropiado.

Paseo la linterna por encima de cada uno de los objetos del escritorio. Tiro hacia mí del tarjetero (Sergei es tan eficiente que guarda una copia en papel de los contactos de Paul) e inserto una uña lo más cerca que puedo de la G. Estoy al final de la F: Films Council, Floristería (Maynard's), Forman Kate, Graham Melody. Esta última tarjeta la ha escrito Paul. Qué ironía. Archivó a su amante justo a mi lado. Tiro fuerte de ella para arrancarla, la doblo y la guardo en mi sujetador.

Abro los cajones de su escritorio y rebusco entre el caos de bolígrafos, grapadoras y contratos impresos sobre el papel azul claro distintivo de Forwood. Antes, cuando Paul y Lex empezaban y no tenían más que un cuartito en el centro de la ciudad, Paul me pedía mi opinión mucho más a menudo que ahora; tuvimos una larga discusión sobre el color del papel de Forwood, dudábamos entre el color de vitela antigua, el de pergamino y un azul lechoso. Ganó el azul lechoso.

Tú a lo tuyo, me digo a mí misma con decisión; no te distraigas. Quiero encontrar eso que Melody nunca firmó. Hay una postal de Jessie en el escritorio. Uno de sus cuadros apoyado contra la pantalla del ordenador. Sentada en la silla de Paul, las puntas de los pies apenas me llegan al entablado del suelo. Desde esta posición Paul alcanza a ver toda la oficina, como el amo de su reino, y ve lo que sucede en el callejón de fuera. El escritorio de Astrid forma un ángulo recto con el suyo en medio de la estancia. Astrid está de cara a Lex, que es para quien trabaja, pero desde aquí se la vería de perfil. Junto a la bandeja tiene una orquídea, unas flores de Bach para el estrés y un tubo de crema de manos cara puesto en pie sobre la tapa. Los cajones de Astrid están cerrados. Es la guardiana de los secretos de Lex. ¿Atendió en alguna ocasión las llamadas que Melody hizo a Paul? ¿Sostuvo el teléfono junto a su insolente pechera y le gesticuló a Paul con la boca un «es ella», con una mirada de complicidad?

De pronto pienso en mi padre y en Barbara, encerrados en aquel edificio cuadrado de oficinas de los años sesenta, las mañanas de los lunes eran más deliciosas de lo que deberían mientras su mutuo deseo empezaba a excluir a mi madre, su creciente pasión se recortaba contra el telón de fondo del aparcamiento y la autovía. Puede que ahora tengamos ropa más cara, decoraciones más modernas y comamos mejor, pero las dinámicas de la vida de oficina se mantienen tozudamente inalteradas generación tras generación. Es tan probable que surjan relaciones junto al ordenador como lo hicieron junto a los télex. De forma inesperada, los ojos se me llenan de lágrimas.

No logro encontrar la llave de los cajones de Astrid, así que busco algo con lo que forzarlos. El escritorio de Lex se encuentra en el otro lado de la estancia, junto a la ventana. Ahí hay más luz, así que apago la linterna y sigo revolviendo. Entre sus papeles encuentro su carnet del gimnasio, unos cuantos Valium, varias fotografías suyas con celebridades, una biografía de Don Simpson con el subtítulo de *Hollywood: la cultura de los excesos*, pero nada más.

Me acerco al escritorio de John, que está cerca de los aseos. Desde aquí puede ver los cogotes de la mayoría de la gente. Está limpio y ordenado hasta lo obsesivo, la hoja en blanco en la libreta de notas y el bolígrafo con su tapón puesto. Hay sobre su escritorio una botella de agua Evian sin abrir, para que John pueda «hidratarse». Pasar sed pertenece al siglo pasado. En su espacio de trabajo no hay efectos personales, ni un indicio de ese gran personaje que, según Paul, fue una vez. Años de terapia, de reuniones de Alcohólicos y Narcóticos Anónimos para poner orden y disciplina a una vida casi desquiciada por la adicción lo han ido privando de chispa. Sin estimulantes químicos, es como si su personalidad y sus experiencias se hubieran desteñido hasta el gris. Debajo de su escritorio hay una bolsa de deporte cerrada con cremallera. Un mechero

descansa paralelo al teclado; fumar es el único vicio que aún se permite, y se lo permite bastante. John Forman, hermano mayor de Paul, flotando en la estela del éxito de su hermano pequeño.

Sus cajones no están cerrados, pero no contienen nada interesante, así que me inclino en la silla y abro la bolsa de deporte. Junto a los calcetines Adidas y la camiseta Calvin Klein hay un acuerdo de confidencialidad entre Forwood y Melody Graham. Por lo que puedo entender al leer entre las líneas de todas las advertencias legales, parece que tenía una idea para una serie de la que quería hablar con Forwood. Melody lo firmó. Tiene fecha de hace seis meses. Mientras leo, un crujido resuena en la oscuridad. No estoy sola en la sala.

Me deslizo de la silla hasta el suelo. La parte posterior del escritorio de John llega hasta el suelo, como los de mediados de siglo, formando un cubículo entre los cajones donde encaja la silla. Me meto dentro, abrazándome las rodillas contra el pecho. Quiero hacerme lo más pequeña posible, no tengo agallas para una pelea. Las tablas del suelo crujen bajo el peso de un cuerpo que camina sobre ellas, los pasos se acercan, con una determinación que suena a hombre. Veo la luz de una linterna zigzaguear por la pared posterior y descender rápidamente en ángulo. Se vuelve hacia la ventana, a centímetros de mí. Silencio.

El miedo se desliza por mi espalda y me acuerdo del verano en el que Lynda atrapó un ratón en nuestra caravana y lo mirábamos encogido en el fondo de una caja de Corn Flakes. Cuando le pasé el dedo por el lomo, se estremeció, jadeando al triple de velocidad. Me siento tan atrapada e indefensa como aquel ratón, mi destino está en manos de otro, sin excusa que justifique por qué estoy en mitad de la noche debajo de un mueble en unas oficinas cerradas. Con amargo pesar, deseo que Paul no me hubiera despertado aquel lunes, que hubiera sollozado y gemido a solas, que nunca hubiera turbado mi paz interior.

Asomo la cabeza con mucho cuidado cuando oigo el golpear de una silla cerca de la ventana. La figura se dirige hacia una sala de reuniones que queda a mi derecha a lo lejos, de modo que rodeo a gatas el escritorio de John. A unas diez mesas de distancia se puede ver la puerta principal. Cuando nos cansamos de maltratar al ratón, entre grititos de exclamación, Lynda dejó la caja de cereales junto a un árbol y esperamos a que el instinto de la criatura la impulsara a echar a correr para salvar la vida. No lo hizo, el pobre ratón estaba paralizado de terror. La puerta de la sala de reuniones se cierra con un chirrido y veo una silueta oscura alejándose hacia los aseos. Adopto la postura de una velocista sobre sus tacos, el cristal de la puerta principal se destaca ante mí en la penumbra, sé que se abre hacia fuera. Lynda acabó aburriéndose de mirar el rojo y el verde chillones del gallo cacareante de la caja de cereales y, lanzando un grito, le dio una patada a la caja, que salió volando por los aires mientras yo gritaba y salía pitando hacia la caravana. No miré hacia atrás. No quiero ser como aquel ratón, que esperaba su destino sin hacer nada.

Llego a la tercera mesa cuando oigo su gruñido de sorpresa y cómo me persigue. Grita, pero solo tengo ojos para la puerta hacia la libertad que se agranda ante mí. La empujo con ambas manos y siento un intenso dolor en las muñecas cuando la inflexible puerta me hace rebotar hasta casi caer al suelo. Me golpeo la mejilla con la madera y me quedo sin aliento cuando la figura cae sobre mí. La puerta no estaba abierta. Mi heroica carrera hacia la libertad ha terminado antes de empezar.

—¿Estás sola? ¿Estás sola?

Me empuja la cara contra el suelo y me tira de los brazos hacia la espalda. Me duele mucho y protestaría si me quedara aire, pero soy incapaz de atender a las órdenes que me grita, que por

otra parte no parecen tener sentido, el crepitar de una radio embarulla sus palabras. Siento el frío metal en las muñecas, tira de mí para darme la vuelta y me apunta con la linterna directamente a los ojos. Todavía no le he visto la cara.

—¿Cómo te llamas?!

Un segundo de luz brillante congela la sala por un momento y veo a una mujer de pie detrás del hombre que tengo encima, antes de que vuelva a engullirnos durante otro segundo la misma oscuridad que nos envolvía, y después las luces se encienden del todo.

—¡Mira ahí detrás! —señala mientras la mujer corre hacia los aseos—. ¡No pude encontrar el puto interruptor! —Se acuclilla para comprobar adónde va ella—. ¡Mierda de arquitectos! —suelta antes de volverse hacia mí—. Y tú —añade con voz dura y enérgica— tienes un problema muy gordo.

Tira de mí con rudeza para ponerme en pie, y jadeo por el dolor de mis muñecas. La esposada soy yo, no Paul. Estoy a punto de asentir y darle la razón. Tengo un problema más que gordo.

El policía es el sargento Ian Mackenzie y está muy cabreado. En la oficina de Paul estaba exultante, como si esto fuera todo lo que se pudiera esperar de su oficio: limpiar las calles de ladrones y llevar a los indeseables a comisaría en su coche patrulla. Pero cuatro horas más tarde, lo que él creía que era un simple allanamiento se está convirtiendo en otra cosa. Un abogado asombrosamente astuto lo lleva de cabeza y yo tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no quedarme boquiabierto ante su destreza verbal y mental. El abogado es mi cuñado, John, y, en este momento, mi salvación. Cuando Mackenzie me dejó hacer una llamada telefónica, me quedé en blanco mirando los diez dígitos. Solo podía pensar en dos números: el de mi madre (descartado de inmediato) y el de Paul. A pesar de mi agrio enfado, sigo unida a él. No parecía dormido cuando lo llamé, ni particularmente sorprendido cuando le dije que me habían detenido. Tal vez ya no haya nada que pueda sorprenderlo.

—Déjame a mí —dijo, como si yo fuera un cliente con una factura pendiente de pago.

A los cuarenta minutos llegó John. Es obvio que el trabajo nocturno le sienta bien, porque parece más brillante y menos gris que a plena luz del día. Por primera vez veo los genes que comparte con su hermano en su frente alta y su poderosa mandíbula. Mackenzie y yo lo miramos fascinados.

—Concretando, la señora Forman usó una llave para entrar en la propiedad y desactivó la alarma utilizando el código que ella sabe —dice John, mirando con el ceño fruncido a Mackenzie y luego a mí, como si fuéramos tontos. Yo asiento, con la mirada clavada en la mesa. Mackenzie hunde las manos en los bolsillos, irritado—. No veo evidencia alguna de allanamiento de morada.

—Recibimos una llamada de...

—¿De quién?

—El hombre colgó antes de que pudiéramos determinar quién era, aseguraba que se estaba cometiendo un robo.

—Demos gracias a todos los ciudadanos con conciencia cívica, pero, con las pruebas disponibles, se trata de una interpretación errónea de los hechos.

Mackenzie protesta.

—¡Estaba escondida debajo de una mesa en la oscuridad y llevaba una linterna!

—No es de extrañar, teniendo en cuenta que alguien acababa de echar la puerta abajo en mitad de la noche. —Mackenzie chasquea la lengua en un gesto de desaprobación—. ¿Qué material de esas oficinas llevaba ella encima? —pregunta John.

—¡Eso no vale como defensa y usted lo sabe!

—¿Qué había cogido de las oficinas?

—Nada. —Dice al cabo de un rato. Noto la ficha de Melody en el tirante de mi sujetador.

—Puedo decir que...

—No es necesario que digas nada —me interrumpe John con brusquedad. No quiere que mi derrota le arrebatase la victoria.

Mackenzie me mira con abierta hostilidad y no puedo sostenerle la mirada. La última vez que alguien me miró así fue un profesor en el colegio. Siempre he ido por el buen camino, he pasado por la vida sin conflictos. Me gusta caer bien.

—Voy a telefonar a su marido; veamos qué opina él de todo esto. —Se va, dando un portazo.

—Aquí hay cámaras, Kate, por si no lo habías notado. —Mira hacia el techo—. Tienen instalados micrófonos.

John sonrío, pero sé lo que quiere decir: mantén la calma, ya nos encargaremos de esto cuando salgamos.

—¿Y ahora qué?

—Tenemos que esperar. En una comisaría siempre se espera mucho. —Busca en su bolsillo algún chicle—. Ahora que no se puede fumar, se hace más duro para todo el mundo —añade. Cojo la siguiente tableta del paquetito de papel.

Poco después vuelve Mackenzie, dirigiendo su inquebrantable mirada de nuevo hacia mí.

—Dice que usted padece de insomnio. Que suele hacer cosas por la noche, y que probablemente habría extraviado algo que necesitaba y pensó que se lo pudo haber dejado en las oficinas la última vez que estuvo allí. —Su voz es sarcástica, no se cree ni una palabra, desde luego—. Es todo muy oportuno, señora Forman, sin fisuras, ¿verdad?

—Si no tiene cargos contra esta mujer, debe dejarla en libertad. —John echa atrás la silla, señal de que no hay más que hablar.

Mackenzie crispera los puños fuera de los bolsillos. No sé si le gustaría sacudirme a mí o a John, tal vez a los dos. Muchos de los niños con los que fui al colegio eran hijos de policías. Recuerdo a aquellos padres tan estrictos y sarcásticos, como Mackenzie, con voces que podían elevar mucho el tono de repente si osábamos tocar el estereo del salón u echar una ojeada a una venerada colección de discos. Mackenzie me odia.

John permanece cerca de mí mientras firmo un montón de papeles encima de un mostrador alto y recojo la linterna, las llaves del coche y el móvil. Salimos juntos de comisaría por la puerta principal, justo cuando rompe el alba.

—No sabía que te dedicaras a lo penal.

—Es un caso especial. Queremos la menor publicidad posible.

—¿Queremos?

John me evalúa con sus ojos grises, su rostro no deja entrever nada.

—Paul, yo, la compañía. —Saca un paquete de cigarrillos y enciende uno. Por un instante parece sorprendido cuando se lo quito de los dedos y le doy una profunda calada. Enciende otro para él.

—¿No sería mejor decir que siempre haces lo que Paul te dice? —Ahora que estoy fuera, la vergüenza cae sobre mí como el mismo amanecer, y los dardos de ira que dirijo hacia John son una manera de protegerme—. ¿Por qué siempre bailáis a su son?

Dobla los dedos hacia su palma derecha y se examina las uñas, con el cigarrillo apuntando al cielo.

—¿Eso crees que hago? —dice, frunciendo el ceño.

John es una persona que contesta con otra pregunta, o no contesta. Me molesta tanto lo uno como lo otro. Examinó a mi cuñado, y la brecha entre lo que he visto y lo que he oído de él durante años resulta insalvable. Es nueve años mayor que Paul, es de otra generación. Fue abogado de una agencia de publicidad hasta un día en el que atendía a sus clientes más importantes en Los Ángeles y, después de treinta y seis horas de borrachera, se zambulló desnudo en el lado poco profundo de la piscina del hotel en el que se hospedaban, se dio un golpe en la cabeza y lo tuvieron que llevar a urgencias. Cuando volvió en sí, lo primero que preguntó fue si se había cerrado el trato con la empresa. Jamás he visto esa personalidad tan arrolladora. La imagen de John vociferando en Venice Beach, la joya de la familia Forman intentando sacudir a alguien mientras los huéspedes del hotel corrían a ponerse a cubierto, me resulta del todo ajena. No me gusta ser el centro de atención, no quiero todas las miradas puestas sobre mí.

—¿Qué ha dicho Paul cuando lo has llamado?

—«Kate está muy alterada».

O Kate se está acercando demasiado a la verdad. Me imagino la tranquilizadora conversación de Paul con Mackenzie. Me ha librado de un cargo por allanamiento de morada. Paul me ha encubierto, como yo lo encubrí a él. Lo uno por lo otro. Estamos unidos de cara al exterior, pero separados de puertas adentro.

—¿Qué buscabas, Kate? —John tira la colilla por un desagüe y se planta delante de mí, uno de sus amplios hombros moldeados en el gimnasio se mueve nervioso, pero su voz suena tranquila.

—En el laberinto, Paul y tú hablabais de algo que Melody no había firmado. Quiero saber qué era.

John frunce el ceño.

—¿Para eso te colaste en las oficinas? Sí que estás alterada, sí. —Ve mi cara imperturbable y cede—. No firmó el contrato de *Crime Time*. —Levanta las manos para frenar mis preguntas—. Ya sé que el programa lleva meses en antena. No se trataba de la versión británica, sino de la venta a países europeos... —Se le apaga la voz—. Parece irregular, pero estas cosas pasan. Técnicamente Forwood puede vender ahora la idea a quien quiera. Resulta embarazoso, porque puede contemplarse como un móvil y no deja muy buen sabor de boca que digamos. —John saca una pelusilla de su bolsillo como si se diera asco—. ¿Por qué no le preguntaste a Paul todo esto?

—¿Tenía una aventura con Melody?

La cara de John se transforma de golpe. Cobra vida. Una vena empieza a palparle en la sien.

—¿Crees que él mató a Melody?

Me dispongo a contestar, pero se abre la puerta de la comisaría y Mackenzie sale escopeteado, arrastrando tras de sí una nube de furia frustrada. John y yo doblamos la esquina a toda prisa.

—Preguntas por respuesta. —Me pongo a andar dejando colgada la conversación.

—¡Kate! —John me llama, pero sigo avanzando a buen paso con mi calzado deportivo. A unos cien metros me atrevo a echar un vistazo por encima del hombro, y John sigue allí, viendo cómo

me alejo por la calle. No me sigue.

No sé adónde ir. Me limito a seguir caminando, con la cabeza loca por lo que he hecho. Antes, cuando estaba en el suelo de la oficina, ¿quién creía que iba a venir a por mí? No asaltantes de rostros desconocidos, sino mi propio marido. Camino más de media hora sin saber adónde voy. «El hombre colgó antes de que...» Las palabras de Mackenzie me quitan el aliento. ¿Llamó Paul a la policía? ¿Sabía que yo iría en busca de pistas? ¿Los condujo hasta mí? Tales pensamientos me agotan tanto que no puedo seguir andando y, en cuanto pasa un taxi, lo paro.

—¿Dónde te llevo, guapa?

Los dedos del taxista tamborilean con impaciencia en el volante mientras espera una respuesta. Le doy la dirección de Jessie; ir a casa me parece impensable. Al cabo de veinte minutos llego a la puerta, contigua a un restaurante de brochetas tapiado, y llamo al timbre. Me quito una mota de polvo del ojo mientras pasa un camión. Jessie no es de madrugar y los timbrazos ponen a prueba la profundidad de su sueño. Espero vencerla. A los cinco minutos se abre por fin una rendija en la puerta y veo cómo la sorpresa se dibuja en su rostro descompuesto.

—Kate, ¿qué haces aquí? —Abre la puerta de par en par. Su pelo despeinado queda compensado por un bonito kimono de colores. Me mira cansada pero contenta—. ¿Te encuentras bien?

Una larga escalera lleva desde la planta baja hasta sus habitaciones en el piso de arriba, pero en vez de subir se apoya en el marco de la puerta, bloqueándome el paso.

—¿Puedo pasar?

Hace una pausa durante un segundo demasiado largo.

—Claro.

La sigo escaleras arriba hasta la cocina y veo una botella de vino vacía y dos vasos sobre la mesa.

—¡Oh!, ¿vengo en mal momento? ¿Estás con alguien? —Miro a mi alrededor, ahora entiendo su reticencia.

—Kate, ¿qué te pasa? —Me mira con extrañeza al tiempo que se me escapa una risita histérica y me tapo la boca con la mano. Jessie me observa, desconcertada. Sus ojos se deslizan hasta la puerta de su habitación.

—¿Estás con alguien! ¿Es...?

Me vuelvo hacia la puerta cerrada y siento su mano en mi brazo.

—Kate, por favor...

Se me junta todo: su cálida palma en mi codo con su toque de comprensión, el kimono nuevo, uno de sus cuadros colgado en el pasillo, que es el mismo de la postal apoyada en la pantalla del ordenador de Paul... Empujo la puerta en el momento que alguien en la cama tira del edredón para cubrirse la cabeza. Llevo días enredada en subterfugios y enigmas. Cojo la tela y tiro de ella como si apartara las capas que me separan de la verdad, y me encuentro cara a cara con un hombre calvo, estupefacto y desnudo. El hecho de que no sea Paul no disminuye mi enfado.

—Deberías estar con tu mujer —le escupo.

—Kate...

Me mira tan asustado como si lo hubiera pillado su propia mujer.

—¡Es donde debería estar, joder!

—¡Kate! —Esta vez la voz de Jessie suena mucho más alta e insistente. Me lleva de nuevo a la cocina—. ¡¿Pero qué haces?!

—¡¿Qué coño haces tú?!

Su pálido rostro se tiñe de rojo. Está enfadada, más enfadada de lo que nunca la he visto.

—¡Vivir mi vida! ¡Y si no te gusta, tienes dos problemas! —Sus palabras me abofetean haciéndome volver en mí.

Rompo a llorar mientras ella se cruza de brazos.

—Lo siento, no quería decir eso. —Jessie se limita a mirarme—. ¿Me perdonas? —Su silencio es un «no» más rotundo que cualquier palabra—. ¡Creía que era Paul! —Toma una gran bocanada de aire, pero la interrumpo antes de que pueda replicar—. Paul tiene una aventura, o la ha tenido.

Lloro a lágrima viva, desesperada por contarle el resto, por descargar mis miedos y sospechas, pero no es solo el hombre de la habitación lo que me lo impide. Sollozando en el rellano de mi mejor amiga, me pregunto si la amistad puede soportar un secreto como el que guardo. No sé si es lo bastante sólida. Puede que jamás consiga el alivio del problema compartido.

Jessie suspira.

—Lo siento.

—No lo entiendes...

—¿Te refieres a que no puedo entenderlo?

—No, no es eso.

—Sí, sí lo es. —Reaparece el antagonismo, vamos por mal camino.

—Me he metido en su oficina en busca de indicios. Me han arrestado y me he pasado la noche en comisaría. —Mi risita de demente vuelve a hacer acto de presencia. Las madres que conozco se desharían en aspavientos al oír semejantes noticias, pero Jessie lleva un ritmo de vida en el que algo así le parece de lo más normal y corriente.

—¿Tú lo quieres? —Mis sollozos se desvanecen y me quedo mirándola. ¿Lo quiero? ¿Puedo querer a un hombre que ha matado a alguien? ¿Debería? ¿El amor es algo incondicional? Abro la boca para contestar pero no sé qué decir—. No pareces muy segura. —Una pausa—. Si lo quieres, lucha por él; si no, pasa de él.

—¡Pasar de él! —Sacudo la cabeza—. Es más complicado que eso.

—No, no lo es.

Jessie se interrumpe al abrirse la puerta de la habitación, por la que sale un titubeante Don Casado envuelto en una vieja bata de toalla de Jessie.

—Adam, esta es Kate. —Él asiente con timidez—. El marido de Kate tiene una aventura —añade Jessie, como explicación a que me haya presentado a esas horas y en semejante estado.

En este momento, adoro a Jessie. Adam mira la alfombra como si esperara que pudiera aparecer de forma milagrosa un agujero que se lo tragara. Jessie no se da cuenta de que mi presencia aquí se parece demasiado a la escenita que él tendrá un día con su propia esposa.

—Mira, Kate, a lo mejor todo esto no es tan malo.

—Pero qué estás...

—Hace que Paul parezca humano. No es perfecto, tiene defectos como todos los demás. No te

lo tomes a mal, pero has puesto a Paul en un pedestal. Puede que, con tanto esfuerzo por intentar actuar siempre de manera correcta, se haya venido abajo.

Adam me tiende un pañuelo de papel, un pequeño acto de amabilidad que agradezco mucho.

—Ni siquiera pareces sorprendida. —Me sueno la nariz y veo que Jessie encoge un hombro, el kimono se desliza por su brazo. Dejo de sonarme—. ¿Qué pasa? —Me mira, desconcertada—. Tú sabes algo que yo no sé.

Vuelve a vacilar durante un segundo demasiado largo.

—Yo...

—¡Dímelo!

—No hay nada que decir.

—¡Claro que lo hay!

Jessie mira a Adam y luego a mí. Hace un gesto de frustración con la cabeza.

—Creía que tú ya lo sabías.

—¿Que sabía qué?

—Joder, Kate, ¡piensa en cómo lo conociste!

—No entiendo nada.

—Estaba con Eloide cuando te conoció. —La miro sin comprender—. Pug me dijo..., pero es que fue hace mucho, déjalo, no importa...

—¿Qué te dijo Pug?

Jessie parece torpe, cruza y descruza los brazos como si no supiera dónde ponerlos.

—Que tú no eras la primera. Ya había engañado a Eloide antes. Más de una vez.

20

Eloide me mandó una postal deseándome una pronta recuperación después de que me atropellara el taxi, su marido me llevara a casa y me diera mi primera lección de sexo alucinante. Abrí el sobre para encontrarme una postal estilo años cincuenta decorada por delante con las palabras «Las mujeres que se portan bien no suelen hacer historia». En el reverso sugería que coqueteara con los médicos. Entré cojeando en mi cuarto y luego me tendí sobre las sábanas arrugadas, manchadas con el semen, el sudor y la saliva de Paul. Ya se había dejado una camiseta, el inicio de la migración de ropa y enseres de aseo hacia mi apartamento, la delimitación de territorio... Enterré la cara en ella, excitada por su olor. Casi me corro en el acto. Eloide había escrito que esperaba que me recuperara pronto. No podía dejar de pensar en mí, apuntalada a esa cama en la que Paul me penetraba mientras yo gritaba de placer una y otra y otra vez. Debería haber sabido que, para conseguir algo tan bueno, hace falta práctica. Mucha práctica.

A la mañana siguiente de nuestra primera noche adúltera, me desperté para ver cómo se abrochaba la camisa y recuperaba la chaqueta del suelo. Tenía el aire de alguien dispuesto a seguir con lo suyo, con el cuerpo consumido y la cabeza a tope.

—¿Adónde vas?

—A lavar mis pecados —contestó mientras se calzaba un zapato.

Mi mundo se inclinó como si alguien se hubiera sentado en el lado de mi cama empapada de pecado. Va a dejarme, pensé, pero cuando levanté la vista, me sonreía.

—¿Qué va! Pero tengo que ir a explicarle a mi mujer que nuestro matrimonio se ha terminado.

Le costó algunos meses, pero se lo dijo. Cuando decide algo, allá va, hasta sus últimas consecuencias. Es muy decidido y centrado. Siguió adelante, sin saber lo que le esperaba, y me llevó con él.

Posos arenosos se me pegan a la lengua mientras vacío la tercera taza de café en la pequeña mesita de cocina de Jessie. Adam ya se ha vestido de traje y corbata. Tiene las mejillas rosadas por la ducha, y las gafas algo empañadas. Parece uno cualquiera de los millones de hombres que viajan en el metro, está a un mundo de distancia de los artistas, los acróbatas, los activistas anti-G8 y los estudiantes que suelen gustar a Jessie. Capta cómo lo evalúo, y miro hacia otro lado, avergonzada. Jessie se cierne sobre mí con torpeza como si de pronto necesitara cogerme. La mesa cojea y yo la balanceo con el codo en un rítmico vaivén.

—¿En qué piensas?

—En que he estado metida en una crisálida, viviendo en una burbuja. No sé lo que es real y lo que no.

—Date tiempo. No te precipites. Intenta conseguir alguna prueba clara; si no, estás dando palos de ciego. ¿Quieres otro? —Coge mi taza mientras me suena el móvil por octava vez. Paul no deja de llamar.

Noto cómo me palpita el corazón acelerado de tanta cafeína y sacudo la cabeza.

—Debo irme.

Ella asiente.

—Tengo una buena noticia. He conseguido el encargo de Raiph Spencer.

—¡Eso es fantástico!

—Estuve hace poco en su enorme oficina haciendo algunos bocetos.

—¿Qué opinas de él?

—Me impone un poco, es muy formal.

—¿Ah, sí? Lo he conocido hace poco. A mí me pareció como un gatito. Con un sentido del humor que no se aprecia cuando lo entrevistan por la tele.

—¡Caray! A lo mejor cuando compra obras se lleva con ellas un pedacito del alma del artista. Cuando estuve allí, parecía nervioso y distante.

—Yo estuve en una cena con él no hace mucho. Me contó muchas cosas de su infancia, de Irlanda, de la tienda de su padre. Me dijo que uno de los primeros recuerdos que tenía de la tienda era cuando contaba peniques en la caja al final del día.

Jessie sacude la cabeza.

—No sé cómo le sacas a la gente ese tipo de cosas. Pero ahora que lo sé, voy a intentar hacer eso en nuestra próxima reunión.

—Bueno, que tengas suerte, Jessie. Está muy bien situado y es perfecto para tu carrera. —Me pongo el abrigo mientras llaman a la puerta.

—¿Quién será?

—En cuanto salga te lo digo.

Me envuelve en un abrazo y su familiar perfume de almizcle.

—Cúdate. —Me mira a la cara muy de cerca—. Recuerda, no se ha muerto nadie ni nada por el estilo. —Me abraza más fuerte mientras lloro—. Sigue siendo buen tío, ya lo sabes.

—Adiós, Adam. Siento haber irrumpido de esa manera. —Me saluda cuando salgo.

Bajo las escaleras y abro la puerta para encontrarme a Paul esperando fuera. Viste traje oscuro y abrigo negro, y, contra lo que pudiera esperarse, parece bien descansado, bien afeitado y, como diría mi madre..., bien plantado. Me dirige una mirada afectuosa mientras saluda a Jessie, escaleras arriba. Jessie no puede contenerse y devuelve el saludo con una sonrisa.

—¿Cómo sabías...?

—Es tu mejor amiga, era un lugar obvio por el que empezar. No contestabas al teléfono. — Está tranquilo, y si está siendo sarcástico, yo no lo percibo. Empezamos a andar hacia el coche—. Fui temprano a recogerlo, antes de que se lo llevara la grúa. —Hace una pausa antes de añadir—: Los niños me han preguntado dónde estabas.

La sola mención de Josh y de Ava hace que me empiece a brotar una lágrima, pero lucho por contenerla. Una rubia con tacones altos vuelve la cabeza a nuestro paso y se queda mirando a mi marido. Paul no se da cuenta. Quizá se pregunta qué demonios hago yo con él. Paul lleva su mejor

traje y parece el amo del universo, yo caigo en la cuenta de las ropas negras y anodinas que me puse anoche. Después de pasar la noche en comisaría, destilo un olor a desesperación y fracaso, perceptible en la dinámica y enérgica mañana de quien sale de casa para ir al trabajo. Probablemente se esté preguntando qué excusa usará él para deshacerse de mí.

—¿Adónde quieres que te lleve?

Su amabilidad es peor que la ira. Supongo que así es como se trata a los locos. Me apuesto algo a que hasta el señor Rochester^[4] tuvo que tratar con pinzas alguna vez a su delirante esposa.

—Al metro. Déjame en una parada.

Asiente mientras señala y arranca.

—¿Qué le has dicho a Jessie?

Ahí está, la pregunta fortuita para saber hasta qué punto he difundido mis sospechas. Es probable que esté muy seguro de que no se lo he contado a nadie más.

—Es más interesante lo que ella me ha dicho a mí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que nunca le fuiste fiel a Eloide. —Paul maldice entre dientes—. Creo que debes de ser una persona muy diferente de la que yo...

—¡Pues claro que soy diferente! ¡Tengo treinta y nueve años! Han pasado más de diez años. —Suelta el volante mientras gesticula—. No estoy orgulloso de lo que hice, ¿vale? Si lo que quieres es que diga que lo siento, lo haré. Pero las aventuras suceden por algún motivo. ¡Y contigo no tengo esos motivos!

—¿Cómo quieres que te crea si nunca me lo habías contado?

—Porque no tiene importancia. No tiene nada que ver contigo, se trata de otra persona. —La vieja sensación de quedar excluida vuelve a asaltarme. El pacto con su exmujer, la relación que no puedo romper. Los sentimientos de traición se reavivan.

—¡Deja de mirarme así!

Gira con brusquedad en una esquina, acelera y el tirón me empuja contra el asiento.

—¿Sabes lo que te pasa? Creo que eres incapaz de ser feliz. Siempre buscas problemas a los que aferrarte.

—¿Qué?

—Creo que es porque tu madre...

—Venga ya...

—Ella está hecha polvo y crees que tú también tienes que estarlo.

—¡Eso suena a la psicología barata de alguien que yo me sé!

—¿Lo ves? ¡Ya estás otra vez escarbando en un pasado que jamás podrás cambiar!

Sacudo la cabeza.

—Lo que me preocupa no es mi madre ni su matrimonio roto ni mi infeliz hermana, es la sangre que traías en las manos la otra noche, tu desvarío...

—No, ni hablar. Podrías limitarte a creer mi explicación, pero tu pasado te lo impide.

Estamos a punto de empezar a lanzar ataques verbales sobre un terreno doméstico en el que ya hemos combatido muchas veces, y yo estoy de un humor que lanzaría la bomba atómica y empezaría a criticar a su madre, cuando una valla publicitaria llama mi atención.

—¡Oh, es Gerry! —Ambos miramos la gigantesca foto de un Gerry Bonacorsi de semblante serio que nos mira ceñudo desde el otro lado de la calle—. «¿Una decisión acertada?

Sintonícenos y decídalo usted. *Inside-Out*. Cada noche a partir de las nueve, en línea las veinticuatro horas del día».

—Es la nueva campaña, el interés por el tema se ha vuelto a disparar. Están repitiendo toda la serie por cable. El valor de nuestras acciones ha vuelto a subir.

—Muy oportuno. —Me ignora—. Esta vez han hecho que parezca más peligroso, ¿no? Antes utilizaban aquellas imágenes que resaltaban sus facciones más risueñas.

—Él no la mató. —Paul niega con la cabeza—. Y la teoría del imitador es una chorrada. ¡Además de estrangularla, la apuñalaron! No es una imitación muy exacta, que digamos.

—He oído decir por la radio que, como ya es viejo, no pudo usar la fuerza bruta que empleó la primera vez, que primero tuvo que incapacitarla. —Paul lanza un sonido de frustración—. Esto ha hecho que vuelvan a emitir otra vez tu serie, ¿no?

Se vuelve hacia mí, enfadado.

—Sí. ¿Y sabes qué? Que me alegro. Es el mejor programa que he hecho en mi vida. Lo defenderé con uñas y dientes, como llevo haciéndolo toda la semana. —Asoma el codo por la ventanilla—. ¿Encontraste lo que buscabas en mi oficina? —Me mira a los ojos, desafiándome a explicar por qué invadí su espacio de trabajo.

—¿Por qué mentiste por mí cuando te llamó Mackenzie?

Se ha detenido en punto muerto en medio de la calle. Un camión toca el claxon con impaciencia y los viandantes aprovechan para pasar por delante y por detrás de nuestro coche. Un ciclista se desliza por la acera a nuestro lado y golpea el retrovisor. Estamos rodeados por todos lados por nuestras mentiras, nuestras sospechas y nuestros secretos.

—Porque eres mi mujer. Eres la madre de mis hijos. —Su voz suena triste. Tenemos un pacto entre los dos. Es un nudo gordiano, y yo sé que esos nudos no se pueden deshacer, hay que cortarlos—. Ayer llamó Livvy. Dijo que estás haciendo un buen trabajo en *Crime Time*.

Una idea horrible se me pasa por la cabeza.

—¿Voy a perder mi puesto por haber sido arrestada?

—Has salido libre de cargos. Lo más probable es que en ese programa el que más o el que menos la haya armado buena alguna vez. No te preocupes.

Se detiene frente a una parada de metro que traga gente por las puertas.

—Tengo una reunión con un reputado asesor de empresas, a ver cómo posicionamos a Forwood en todo este lío. Este tinglado no tiene fin. —Paul se queda con la mirada perdida a través del parabrisas—. Kate, nunca he sido tan feliz como el día que me casé contigo.

Abro la puerta del coche y me veo alejada de él antes de que pueda pensar una respuesta.

Cojo un periódico gratuito de un bastidor de metal que hay junto a las escaleras. El rostro de Gerry mira desde la portada, deformado por la ira en el momento en el que sendos policías lo sujetaban por los brazos. El cabello blanco aparece despeinado, los dientes torcidos captados desde un ángulo poco favorecedor. Avisaron a los fotógrafos de que iban a detenerlo para interrogarlo y se aseguraron su ración de fotos. ¡Qué simpáticos! «Otra vez dentro», reza el titular.

Gerry Bonacorsi mostró ayer al mundo la rabia que lo convirtió en el condenado a cadena perpetua más antiguo del Reino Unido. Él, en su día, prestidigitador que estranguló a su esposa descargó sobre la policía una lluvia de insultos cuando era detenido para ser interrogado sobre el asesinato de la documentalista televisiva Melody Graham. La controvertida puesta en libertad de Bonacorsi puede durar poco, según un portavoz del servicio penitenciario. «Las condiciones de libertad que se fijan para los condenados por asesinato son muy estrictas, y

resistirse de ese modo a la autoridad puede infringir dichas condiciones». Ciertos aspectos del asesinato de Melody guardan un sorprendente parecido con el de Delia Bonacorsi en 1980, por el que Bonacorsi ha cumplido treinta años de prisión. Finalmente, fue puesto en libertad hace poco más de un mes, después de que el programa de telerrealidad *Inside-Out* filmara su vida en la cárcel. La policía interrogó ayer al sospechoso durante cuatro horas antes de ponerlo en libertad sin cargos.

En la página cinco hay una fotografía a color de Delia sonriendo con timidez a la cámara. Alrededor del cuello luce una cruz que no fue suficiente para salvarla del hombre que tenía a su lado.

21

Estoy a dos calles de mi casa cuando suena el móvil y en la pantalla aparece un número que no reconozco. Es Eloide que me pregunta si me gustaría quedar hoy para comer. En circunstancias normales, declino con educación (tener a los niños enfermos es la madre de todas las excusas), y me da la impresión de que ambas nos sentimos aliviadas de poder evitar las tentativas de proseguir con una amistad que ninguna de las dos desea. Pero hoy, mientras echo mano de las llaves de casa, un escalofrío de victoria me recorre el cuerpo. Poseo una información nueva y peligrosa que cambia la dinámica de nuestro trío. Es mezquino, pero aquel que dijo que las chiquillerías había que dejarlas de lado con la edad no sabía lo que decía. Compartiré el pan con el enemigo.

—Sí, me encantaría.

Un latido de pausa.

—¡Estupendo! —Ya se ha comprometido, le guste o no.

Cuando llego al cuarto de baño, cambio de opinión y me dan ganas de cancelar la cita. Parezco más vieja que Gerry Bonacorsi; la culpabilidad y las mentiras que he dicho, por no hablar de las actividades nocturnas y la noche que he pasado sin dormir, me han provocado una palidez grisácea muy poco atractiva. Una ducha muy caliente, una buena base de maquillaje y cuatro aspirinas es todo lo que puedo hacer para recomponerme antes de salir al mediodía. Casi me duermo en el tren.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Eloide abre la puerta de cristal ahumado de su casa y me conduce a su original y super-mega-guay cocina comedor y *chill-out*. O, mejor dicho, de su novio. La casa es de su novio. La última vez que vi a Eloide fue en una fiesta de Halloween que celebraron aquí. Asisto a esas fiestas por no dejar a Paul a solas con ella, necesito poder ver, anotar, archivar los gestos y el ambiente que se respira. Eloide llevaba el último grito en vestidos de seda negra, pulseras macizas y zapatos de diseño altísimos con unos flecos que se balanceaban como una bailarina hawaiana cuando se movía. Tuvo que agacharse para darme un beso. Paul dice que es importante que hagamos acto de presencia en estas ocasiones porque Eloide conoce a muchos peces gordos de la tele y, cómo no, Paul se enredó en el comadreo del sector mientras yo intercambiaba tópicos sobre las puertas del jardín de Eloide con otra esposa abandonada. Que nadie piense que tal conversación fue aburrida, todo lo contrario. Si uno escarba lo suficiente, puede encontrarse con las revelaciones más extraordinarias. Es una técnica que aprendí cuando

trabajaba haciendo estudios de mercado; uno aprende a hacer las preguntas correctas. Resulta que Hannah prefería las persianas a las cortinas para cubrir aquellas superficies de vidrio tan grandes, y así un intruso no podría esconderse detrás. Hannah (era alta y tenía una nariz tan larga que, seguramente, se la podía tocar con la punta de la lengua) temía ser agredida en su propia casa después de que la atracaran cinco años antes. Me cogió la mano.

—Qué raro. Nunca había hablado de esto. No sabía que me hubiera afectado tanto. —En eso radica, en pocas palabras, el poder de la técnica del interrogatorio escalonado.

Un estruendo de risas interrumpió nuestras confidencias. Al otro lado de la sala, Paul le estaba contando un chiste a Eloide. Mientras reía, levantaba el pie con flecos. Era la deslumbrante anfitriona, solicitada y majestuosa, y nosotras éramos los planetas girando a su alrededor.

Hoy lleva una minifalda, manolequinas y medias. Tiene unas piernas muy bonitas. Lleva una blusa con lazo y abombadas mangas largas. Es la única prenda que le he visto puesta y no he codiciado. No va maquillada, y de inmediato mi pintalabios rojo y mi maquillaje me resultan estridentes. Ni siquiera estoy segura de que se haya cepillado el pelo. Eloide descuida su aspecto de una forma que solo la auténtica belleza se puede permitir. Ni se imagina lo irritante que puede llegar a ser eso.

Se desliza por el suelo de mármol y se sienta en una silla junto a la mesa de la cocina, cruzando sus piernas perfectas en la rodilla y en el tobillo.

—Bueno. ¿Cómo estás? —Sonríe como si yo fuera una de sus celebridades de segunda fila con la que quiere concertar una cita.

—Podría estar mejor, para qué engañarnos.

—Ya me lo imagino.

—¿Ya sabes lo de Melody, entonces?

—Sí. Paul me lo dijo. —«Paul me lo dijo», las cuatro palabras más molestas del mundo—. Me dijo que la policía había hablado con vosotros. —Asiento, mi irritación se pone a cien—. Debe de haber sido horrible..., pobre Paul. —Empieza a alisarse el pelo con una mano y luego se detiene—. ¡Oh!, quiero decir, horrible no solo para Paul... —Me mira suplicante, consciente de su grosería—. Me refiero a que como trabajaba con él... Dios mío, rebobinemos y empecemos de nuevo, ¿vale? —Una risa nerviosa acompaña el movimiento de sus manos. Ilustra con gestos, por si acaso soy demasiado tonta para entender.

—¿Qué es lo que tenemos que empezar, exactamente? —Me cruzo de brazos y deseo no haber venido.

—¿Quieres un café? —Se acerca a los immaculados armarios de cocina y saca una cafetera deslumbrante—. No quiero que haya malos rollos entre nosotras. Fuimos amigas una vez y espero que podamos volver a serlo. —Enchufa la cafetera y me mira con intensidad.

Debe de estar de broma. ¿Se compadece de mí? ¡Oh, Dios, no permitas que sepa nada sobre mi marido y Melody!

—No quiero ser grosera, pero para cuatro días que vamos a vivir... Sé que Paul te ha sugerido que me invites a comer. Pero tú debes de tener un montón de amigos, está claro que tienes una vida social muy intensa. No entiendo qué necesidad hay de semejante esfuerzo.

Eloide asiente mientras pone un filtro en la cafetera.

—Entiendo que lo veas así. Pero, y no quiero que te lo tomes a mal, yo sigo preocupándome por Paul, aunque me dejara por ti. Fue una parte importante de mi vida y sigo queriendo que forme

parte de ella. Me gustaría saber si eso supone un problema para ti —dice, y dibuja con los dedos comillas en el aire en torno a la palabra «problema»— y, si es así, qué puedo hacer al respecto.

Miro a Eloide en su moderna casa modernista, con los rayos de sol que destellan en las radiantes superficies, en su brillantísimo pelo. Me siento como un sapo gordo y feo. Recorro con el pie la dura arista de la pata de la moderna mesa, tranquilizada por la sensación de seguridad que me proporciona. Me gustan los límites, saber dónde empieza una cosa y dónde acaba otra. A Eloide le gusta mezclarlo todo: platos de estilo asiático, relaciones abiertas, mantener la amistad con antiguos amantes y exmaridos, llamar a sus padres por su nombre de pila en lugar de mamá y papá, escapadas a Ibiza para hacer yoga. Demasiado guay para mí, sus límites se disuelven unos en otros como los remolinos que se forman al mezclar colores en un bote de pintura.

—Entonces..., ¿quieres café? Con un toque de canela está muy bueno.

—Ah, no, no. Prefiero un té. Fuerte, por favor.

—Claro.

Abre un armario y veo los paquetes y las cajitas perfectamente alineados. ¿Cómo se las apañaba con el desorden de Paul? Me imagino que no muy bien. ¿Y con su infidelidad? Incluso para alguien liberado de convenciones tiene que doler... un montón. «Sigo queriendo que forme parte de mi vida». Observo cómo abre una caja nueva de bolsitas de té y hace saltar la curva de cartón hacia el cubo de basura..., no, hacia los cubos de reciclaje hechos a medida. Abre un cajón y hace una mueca de dolor al pillarse un dedo con algo. Maldice en voz alta y yo me ablando ante mi vieja rival. Fui su amiga, en otra vida. Paul le hizo daño y yo le hice daño. Saca leche de cabra de la nevera y vierte un poco en su taza.

—No te preocupes. Tengo de la normal para ti.

Me lanza una mirada divertida y yo dejo escapar un suspiro de alivio que suena más alto de lo que pretendía. El sol recorta la superficie de la mesa, y una planta puntiaguda se mece en el entarimado exterior. Es como si estuviéramos en California, y de pronto me siento de humor para confesiones, para «hablar de mis sentimientos».

—Puede que me sienta incómoda por tu... amistad... con Paul —digo empezando a pelearme con las palabras— porque no es la reacción normal. La mayoría evitaría una situación tan incómoda como esa, empezaría de nuevo si lo prefieres. Pero es que tú y él no me lo ponéis... —Muevo los hombros para compensar la falta de palabras. De los suburbios británicos a las confidencias empalagosas de Los Ángeles hay un trecho.

Su sonrisa se hace más brillante.

—Creo que ya te entiendo. Sin embargo, la vida consiste en seguir adelante. Paul y yo somos personas completamente distintas de cuando estábamos casados, pero prefiero trabajar esos asuntos sin resolver que salir huyendo. No se trata de recuperar el pasado, sino más bien de disponer de una conexión que me ayude a darle sentido a mi vida según transcurre. —Endereza la mano como una azafata de vuelo mientras yo asiento. Esto me está gustando—. Y es más fácil que tenga sentido si no hay mal rollo contigo.

—A veces me parece que presionas demasiado.

Parece sorprendida.

—Pues entonces pido disculpas. No soy consciente de que mis acciones puedan interpretarse así. No tengo motivos ocultos. La mayoría de las veces hablamos de trabajo por teléfono, le cuento quién viene y quién va, los chismes que oigo en los lavabos de las salas de fiesta. Él me

cuenta cosillas jugosas de la tele, algunas de las cuales me van bien para mi blog. —Nos miramos fijamente—. Cosas que además sé que te ha contado a ti. No pretendo nada más.

No digo nada, porque tiene razón. Eloide no solo se dedica a adular a las celebridades en las presentaciones de libros y en las inauguraciones de hoteles, su trabajo también consiste en organizar los cotarros y en sonreír ante los flashes de acreditados fotógrafos. Está cambiando con los tiempos, adaptándose a la cada vez más dura y acuciante ansia de carnaza de famosos. Gestiona un blog de cotilleos selectos donde cuenta historias de lo más eróticas. El blog es anónimo y a ella le interesa mantenerlo así.

Bebo un buen trago de té.

—¿Lo has hablado con él?

—Por encima. —Espero la punzada de celos, pero no siento nada—. Dice que es una relación pacifista.

—¿Y eso qué demonios quiere decir?

Suelta una risilla.

—Creo que quiere que todo el mundo se lleve bien.

—¡Me alegro de que guarde esas frases para ti, porque, si no, no habríamos durado tanto tiempo!

Eloide se ríe.

—Ay, Kate, tu escepticismo sobre... A ver cómo lo digo, que no es mi intención ofender — hace un gesto de pausa con la mano—, el valor de las metodologías terapéuticas es único.

—Venga ya. La mayoría de las veces una taza de té y una conversación funcionan igual de bien.

Nos sonreímos la una a la otra.

—O, en mi profesión, un cóctel y la cubierta de un yate. —Eloide coge nuestras tazas vacías y las deposita en la isla de cocina con encimera de Corian.

Por primera vez en diez años, no siento un nudo en el estómago al estar en compañía de Eloide. Me hundo en la sorprendentemente cómoda silla de cocina moldeada en plástico blanco, mientras ella barre con el dorso de la mano unas migajas imaginarias de encima de la mesa. Miro las tazas sobre la isla, más blanco sobre blanco. Las ha puesto con los bordes tocándose y las asas hacia fuera y la cucharilla en equilibrio entre los bordes. Hay personas que cobran una pasta por diagnosticar un trastorno obsesivo compulsivo a personas que viven así. Yo creo que sencillamente es ordenada hasta la médula. Miro la immaculada cocina y pienso lo que tardarían mis hijos en dejarla hecha un asco.

—Y Lex, ¿cómo lo lleva? —pregunta—. Si hay alguien que necesita terapia, es él.

—¿Por qué dices eso?

—¡Oh! Es tan enérgico, está tenso como un muelle. —Asiento, distraída. Miro las tazas—. Si las cosas no salen a su gusto, se enfada mucho. Creo que tiene ciertos problemas de ira que debería... —Esas tazas. Algo me ronda en la memoria que no acabo de enfocar. Las tazas y la cucharilla en equilibrio forman una pequeña escultura blanca, como un cuadro, y ya he visto antes esa composición en algún sitio...—... porque la ira es algo que suele ir en aumento con la edad...

—¿Kate?

La silla blanca se vuelca detrás de mí cuando me pongo en pie bruscamente.

—Has estado en mi casa.

—¿Cómo?

—¡Has estado en mi casa! —Cojo a Eloide por el brazo y aprieto.

He visto antes esas tazas sosteniendo la cucharilla, sobre el mármol de mi propia cocina. ¿Cuánto hace? ¿Un mes? ¿Dos o tres? Puse al lado una bolsa del supermercado y la cucharilla cayó al suelo. Ha estado en mi cocina. ¿Qué otros lugares de mi casa ha invadido? He descubierto un cuco en mi nido, cruzando los límites sin miramientos.

Mi furia estalla por haberme dejado embaucar con tanta facilidad por unos entarimados blancos y un día soleado.

—¡Menuda mierda!

—¡Suelta!

Le tiro del brazo y casi la derribo sobre la mesa.

—Me pones enferma con tanta tontería y tanta verborrea pseudopsicológica...

—No es lo que piensas...

—Aléjate de mi marido y ni te atrevas a acercarte a mis hijos o te juro que te mato.

—Kate, solo quería que fuéramos amigas...

—¡Amigas! ¡Las amigas son de fiar! ¡Se apoyan, no van por ahí merodeando por la casa de la otra cuando no está! ¡Jamás te contaría nada!

Ahora está llorando y me parece que puede ser del dolor causado por mis dedos en su brazo.

—¡Basta!

Se produce un ruido extraño y me doy cuenta de que estoy gritando, de que tiro más fuerte de su brazo y veo la O asustada que se le forma en la boca, y me detengo cuando la manga de la blusa se le sube por el brazo y veo cuatro cortes lívidos en su muñeca. Cicatrices blancas en su carne perfecta alrededor de tajos recientes.

—Pero ¿qué coño es eso? —Eloide deja de retorcerse según aflojo las manos, y muy despacio y con mucha dignidad vuelve a bajarse la manga.

—Seguro que te resulta chocante. Se supone que una chica con el mejor trabajo del mundo no hace estas cosas. —Se arregla el pelo—. Si lo que buscabas era secretos, aquí tienes uno.

—¿Por qué lo has hecho? —Eloide levanta las manos en un gesto inútil mientras las lágrimas empiezan a correr por sus altos pómulos. Frunzo el ceño, impasible ante su llanto—. Más secretos, ¿eh? Vale, pues ahí va uno. Creo que Paul ha matado a Melody. ¿Cómo se le queda el cuerpo a la chica fiestera?

No puedo creer que se lo haya dicho. Llevo toda una semana arrastrando esta sospecha y ahora voy y la desvelo ante mi enemiga. Lanzo mis problemas contra su frágil psique. Quiero comprobar si es lo bastante fuerte como para hacerles frente.

Creo que esperaba que Eloide me pidiera alguna explicación o que me acusara de que mis sospechas eran infundadas. Pero solo he obtenido risotadas, el estruendoso rugir de la histeria. Salgo de su casa de vuelta a la normalidad del cielo inglés lleno de nubes hinchadas, y una furgoneta roja de Correos vira con brusquedad para esquivar un resalto. Su risa loca me persigue hasta más allá de los contenedores de basura, ocultos tras pantallas de listones de madera. Qué irónico resulta que Paul siempre haya querido que nos llevemos bien.

Un problema compartido es medio problema, solía decir mi madre. Pero mira que llegaba a decir tonterías. Una mujer que se pasa el día repitiendo chismes refritos para una revista y de forma anónima en internet sabe ahora algo explosivo, algo que no debería saber. Unos cortes a cambio de un asesinato es un mal negocio. He vomitado mis desgracias sobre la persona menos capaz de dar consejos, y con la mayor audiencia. Con el corazón a cien, intento evitar que el pánico por lo que acabo de desvelar se apodere de mí. Estoy cerca de la verja del colegio; territorio de seguridad y cordura. Estoy tan cansada que arrastro los pies por el asfalto. Voy con mis hijos por nuestra calle, camino de casa, cuando me doy cuenta de que un coche nos sigue.

—¿Señora Forman? —Un hombre se asoma por la ventanilla entre los coches aparcados—. ¿Podemos hablar un momento, señora Forman? —Aparca en la acera de cualquier manera y salta del coche—. Soy Declan Moore, del *Express*.

Cojo de la mano a Josh y a Ava, mi hija da un grito y echo a correr calle arriba; las piernas de mis hijos casi no tocan el suelo.

—Solo quiero hacerle unas preguntas sobre Melody Graham, señora Forman. —Mantiene el paso entre jadeos, por lo visto dejó de hacer ejercicio al mismo tiempo que de hacer pintadas en los lavabos, al dejar la escuela.

—No tengo nada que decir.

—No se asuste, señora Forman, no pasa nada, solo unas palabras sobre lo que opina su marido...

—No. No pretenderá que haga declaraciones sobre una investigación abierta. —Tiro de las manos de mis hijos.

—Jo, mamá, tranquila —se queja Josh indignado.

Me está grabando con el móvil, sin hacer caso de mis súplicas para que me deje en paz.

—¿Qué le ha parecido la detención de Lex Wood? —Cuando ve que me detengo para recuperarme de la sorpresa, se planta delante de mí con renovado interés—. ¿No lo sabía?

Josh me tira de la manga.

—¿Saber el qué, mamá?

—No sé a qué se refiere. —Aun sabiendo que no debería abrir la boca, empiezo a parlotear. Declan sostiene el móvil delante de mi cara.

—Como he dicho, lo han arrestado por el asesinato de Melody. ¿Algún comentario?

Miro con expresión de impotencia el bolso que llevo colgado del hombro, donde está enterrado mi móvil y, probablemente, dando pitidos. Noto cómo las manos de mis hijos me irradian calor.

—No me lo puedo creer.

El periodista asiente.

—¿Cuánto hace que Lex y su marido son socios?

—Mamiiii, me quiero ir. —Ava mira a Declan con los ojos como platos.

—Diez años.

—¿Dónde se conocieron?

—Trabajaban juntos en el Channel 4.

—¿Diría que son íntimos, que mantienen una estrecha relación?

Dirijo mis pasos hacia casa, quiero que se largue. Declan no se da por aludido, y conformamos un corrillo que se desplaza por el pavimento, él con el brazo del móvil extendido y esquivando arbolitos.

—¿Qué relación tenía Lex con Melody? ¿Qué opina sobre la teoría del imitador? ¿Intentaba Lex que pareciera obra de Gerry?

—No opino nada. No lo sé, de verdad.

—¿Podría darme el número de móvil de su marido? El tipo que le coge el teléfono no suelta prenda. Hay que ver cómo lo protege, ¿eh?

Me mantengo firme y agarro la mano de Ava con más fuerza.

—No. Deme su tarjeta y yo se la daré a él. Es todo lo que puedo hacer.

Ya alcanzo a ver mi casa, pero hay otro Declan esperando fuera. En cuanto nos ve llegar, se echa sobre nosotros.

—Señora Forman, soy del *Sun*.

—Déjenme, por favor. Ya está bien.

—¿Qué representa esto para Forwood TV? —pregunta el primer Declan—. ¿Seguirán produciendo programas sobre delitos con uno de sus directivos en la cárcel?

El segundo hombre permanece delante de mí, bloqueándome el paso.

—¡Voy con mis hijos! ¡Un poco de consideración!

Me recuerdan a los mendigos de un país tercermundista, una manita que suplica a tu vanidad, uno casi los aprecia al dispensar la limosna, y luego te rodean otros ocho y te los quitarías de encima con un palo si lo tuvieras, el miedo pisoteándote los remordimientos.

—Solo un momento para contestar unas preguntas y ya me voy —añade Declan. Mantengo la cabeza gacha para que dejen de hacerme fotos, me abro paso entre ellos y meto la llave en la cerradura—. ¡Señora Forman, la gente quiere conocer la opinión de su familia! —Cierro la puerta y todavía siguen disparándome preguntas.

—¿Quién son esos señores, mami? —pregunta Ava.

Estoy temblando y, con toda la calma de la que soy capaz, le explico que papá, Lex y el tío John conocían a una persona que ha muerto, y que la policía y los periódicos quieren saber bien qué le ha pasado a esa persona para que su familia se sienta mejor; porque cuando alguien se muere, da mucha pena, y las personas que hay afuera trabajan para los periódicos y hacen preguntas para poder escribir sobre ello para que la gente lo lea y sepa la verdad. Ava mira con unos ojos enormes en su pequeña cabeza y asiente.

—Mami... —Contengo la respiración—. Cuando sea mayor, yo quiero ser una sirena. —Se aleja hacia la cocina; la pared parece ser lo único capaz de mantenerme erguida.

Un ruido hace que me dé la vuelta. Josh está llorando en las escaleras, enormes hipidos sin palabras subrayados por la agitación de sus pequeños hombros.

Me encantan las casas adosadas. Estar apiñada con los demás me hace sentir protegida y segura. La calle está a solo unos metros del salón, y en las noches de verano puedes oír el apresurado taconeo de una mujer camino de casa, el traqueteo de una maleta con ruedas sobre el pavimento irregular. En esta calle hay alguien que trabaja en unas líneas aéreas, creo. Yo no crecí en una casa como esta y sé que mi madre no entiende por qué, teniendo en cuenta el éxito de Paul y el tamaño de nuestra familia, no vivimos en un sitio más grande y más nuevo en las afueras, con un jardín alrededor y un bonito y enorme garaje. «¡Con tantas escaleras!», exclama, como si subirlas y bajarlas fuera para nosotros tan difícil como para un minusválido. Cuando le dije que a Paul le gustaba vivir cerca del centro de Londres para poder ir a trabajar en bicicleta, mamá murmuró: «Un hombre de su posición». Ella proviene de un mundo en el que la gente importante va en coche, porque conducir lo aísla a uno de su otro gran terror: la gente que quiere hacerte daño, que, en su opinión, es casi toda.

Estoy en el jardín, bañada por el sol de última hora de la tarde, y me pregunto si mi madre entiende el mundo mejor que yo. La sospecha, la rabia y la tristeza se arremolinan en mi corazón. El jardín nos oculta de los hombres de fuera que hicieron llorar a mi niño de nueve años. Paul y yo miramos cómo Josh lanza una pelota de tenis a Max y a Marcus y estudiamos los movimientos y el comportamiento de nuestro hijo en busca de síntomas de angustia. Los M&Ms son una grata distracción y siguen siendo lo único que aleja a Josh del ordenador y lo hace salir al aire libre. Nos ayudan a jugar a las familias felices.

—¿Tú lo ves bien? —me pregunta Paul en voz baja.

—No quiere hablar conmigo. Estuvo llorando mucho rato.

Paul hace un ruido de insatisfacción.

—¡Buen tiro, Josh! ¿Crees que entiende lo que ha sucedido?

—Al menos en parte. —Hago una pausa—. Que ya es más de lo que puedo decir de mí.

Paul tira de una hoja del seto más cercano y lo inclina hacia nosotros, saltando hacia atrás con un crujido acusador.

—Por lo visto, quedó con Melody para tomar algo. Los vieron juntos en el pub cerca de los bosques donde murió ella.

—¡Joder! Pero ¿¿por qué no se lo dijo a nadie?!

Paul empieza a doblar la hoja con los dedos.

—No tengo ni idea.

—¿Se la estaba tirando?

Paul me mira con cautela.

—Lex lo intenta con todo lo que se mueve, ya lo sabes.

—No es eso lo que he preguntado. Digo si se la estaba tirando a ella en concreto.

La pelota vuela por encima de la cabeza de Paul, y Max da una zancada para atraparla. Rezuma juventud y energía, como la hoja de un verde intenso que Paul acaba de arrancar.

Suena el móvil de Paul y deja los restos de la hoja sobre el césped.

—No lo sé, Huevito. Yo ya no sé qué pensar. ¡Oh, vaya, es Astrid! —Atiende la llamada de camino hacia la casa.

Paseo por el jardín y más allá de los árboles, hasta llegar al canal. Me quedo mirando el camino de sirga al otro lado del agua lodosa y me pregunto cuánto tardarán los reporteros en averiguar que nuestra casa tiene una vista trasera. Marcus pasa trotando en bermudas y un suéter fino pegado a sus abdominales.

—Marcus, ¿me podéis hacer un favor?

—Claro. —Intenta elevar la pelota hasta sus manos haciendo una filigrana con los pies descalzos mientras llega Max y se planta delante de mí con las manos en las caderas.

—Hay periodistas delante de casa —le explico.

—¡Cómo mola! —Se pasa la pelota de mano a mano con aire despreocupado.

—Bueno, no mola tanto. Han detenido al socio de Paul. La cosa es muy seria.

—¿Cómo de seria? —pregunta Max, rascándose el cogote.

—Creen que puede haber matado a una mujer que trabajaba con ellos. —Marcus silba—. Si veis a algún periodista rondando por el camino de sirga, ¿me avisaréis?

—No se preocupe. —Deja caer la pelota y yo la recojo. Hago girar su aterciopelada redondez entre mis manos, recorro los surcos curvados con el dedo.

—¿Seguro que va todo bien, señora Forman? —pregunta Max.

—Pues no. —Lanzo la pelota todo lo alto y lo fuerte que puedo hacia el jardín y grito—: Mesa de picnic. —Bota una vez sobre la superficie de madera de la mesa y rebota como en una máquina del millón contra los adoquines y la pared de la casa.

—¡Buen tiro! —Marcus está impresionado.

—Como esos reporteros no se queden fuera tendré que hacerles lo mismo, pero con algo más pesado. —Marcus me mira de arriba abajo con admiración y yo me estremezco como una adolescente, deleitada por lo bien que se siente una al despertar interés, aunque sea momentáneo, en alguien nacido en la década de los ochenta—. Mientras se mantengan alejados de mis hijos, todo irá bien.

—Estaré atento —dice Marcus.

—Piense en nosotros como si fuéramos los perros guardianes del jardín —añade Max, posando una mano reconfortante sobre mi contracturado hombro.

Entro en casa por la puerta de atrás y me encuentro a Paul en la cocina intentando librarse del efusivo abrazo de Astrid. Ella me ve y me envuelve con su larga cabellera, que me hace estornudar cuando algunas puntas rubias me hacen cosquillas en la nariz.

—¡Oh, Kate, qué horror! ¡Y pensar que me solía llevar en coche!

—Bueno, a mí también me ha llevado alguna vez.

—Sí, pero pensar que alguien que conoces pueda ser tan... tan... distinto de lo que parece.

—Eso sí. —Paul pone los ojos en blanco a espaldas de la medusa rubia de Astrid—. ¿Quieres beber algo?

—¡Hostia, sí! ¿Tienes rosado?

—Pues no, lo siento. Solo blanco.

Se sienta a la mesa y pega un trago como un estibador después de un turno de diez horas.

—Ahora que lo pienso, siempre tuvo una mirada rara, ¿sabes?

—¿Una mirada rara? —Paul levanta la vista de su iPhone.

Astrid se anima con el tema.

—Sí. Una especie de mirada siniestra...

—¡Oh, venga ya! —se burla Paul—. ¡Qué solo lo están interrogando! ¡No lo han acusado de nada! —Astrid nos mira sin entender.

—En realidad, la policía no ha dicho que haya sido él —le explico a Astrid.

—¡Sí, pero estuvo con ella esa noche y no nos dijo eso cuando estuvimos en el pub! Ay, Dios, estoy desconcertada...

—Astrid, es muy importante que no hables de esto con nadie, ¿entiendes? —Paul añade énfasis con un dedo—. Mientras Lex no esté disponible, yo soy el jefe, y ninguno sabemos hasta cuándo. No hables de esto ni con la prensa ni con nadie, ¿está claro? —Ella asiente. El móvil de Paul vuelve a sonar—. Tengo que atender esta llamada.

Paul se va a la salita y nos deja solas.

—¿Tú has tocado algo del escritorio de Lex?

Da otro trago largo de vino.

—¡Qué va! No he tenido tiempo. Me pidió que hiciera un montón de cosas, pero tengo tanta faena en Forwood, ya sabes... —Ahora soy yo la que bebe—. Quería que fuera a casa de ella... —explica inclinándose hacia delante, a pesar de que estamos solas, y, de hecho, mirando por encima de su hombro... a coger algunas cosas, pero no he tenido estómago. Me resulta un poco... tétrico...

—¿Qué cosas?

—Grabaciones, papeleo, supongo, tampoco me lo precisó... —Algo interrumpe los pensamientos de Astrid—. ¿Quién es ese?

Marcus asoma la cabeza por la puerta de atrás y lleva el bate de críquet y unos cuantos portillos.

—Los meto en el cobertizo, ¿vale? El rocío podría estropearlos.

—Ah, vale, gracias. —Marcus se queda parado, parpadeando como un animal del bosque ante Astrid. Procedo con las presentaciones.

—Eh, Marcus, esta es Astrid; Astrid, Marcus.

—¿Juegas a críquet? —pregunta Astrid, una sonrisa de oreja a oreja.

—A veces juego con Josh... y con mi amigo Max..., bueno, no solo con Max, claro, también con otra gente...

La radiante sonrisa de Astrid lo ha inmovilizado. Casi me sabe mal por Marcus, verlo balancearse de un pie a otro e incapaz de apartar la mirada. ¡Qué solo tiene veintidós tacos, Astrid, ten compasión!

—Mi hermano jugaba en el equipo de Canberra. Decía que era importante conservar el bate bien engrasado.

La nuez de Marcus brinca como si estuviera en un concierto punk mientras recula por la puerta. Astrid le dice adiós con la punta de los dedos y se acerca a la ventana para verlo alejarse por el jardín.

—¡Qué ricura! —Se vuelve y me mira escandalizada—. ¡Qué calladito lo tenías!, ¿eh, Kate?

Empiezo a protestar pero me doy cuenta de que no me molesta. Incluso me hace gracia que Astrid piense en esa posibilidad por improbable que sea.

—¿Es tu tipo o qué?

—¡Joder, ya lo creo! Una no ve espaldas como esa en muchos tíos ingleses, créeme. —Se ahueca la melena de anuncio mientras el tono apremiante de Paul se filtra desde la salita.

—Oye, si sirve de ayuda, ya voy yo a casa de Melody. No es ninguna molestia.

—Es sencillamente perfecto. —Se vuelve hacia mí y apoya el trasero en mi encimera—. ¡Bah!, no te preocupes, ya dije que iría yo.

—Pero si te incomoda... —Dejo que el silencio se dilate—. Seguro que haces falta en la oficina, mañana será un día clave.

—No. Es mi trabajo —insiste.

Asiento con la cabeza.

—Supongo que Sergei se puede ocupar de la prensa y de las cadenas de televisión. Suelen presentarse todos de golpe, así que aquello será un pitote.

—¡Bueno! —Ahora presta atención. Su ambición ha detectado una oportunidad de oro—. Sí, claro, en la oficina haré falta. ¿A ti no te importa, de verdad?

—En absoluto. Ya me dará Paul la dirección. —Recojo la copa de vino, pensando en la ficha de Melody que tengo escondida detrás de unos libros.

Al mencionar a Paul, Astrid arruga la frente.

—Aunque debería ir yo. Ya sé que lo que ha hecho Lex es terrible, pero hay que ser siempre profesional. Ahora que Paul es mi jefe, es indispensable que ayude en todo lo que pueda...

Astrid ya está en marcha, maquinando cómo progresar en su carrera, cómo puede beneficiarla la ausencia de Lex. Es tan testaruda como siempre ha dicho Lex. Llegará lejos. La admiro, está hecha para la tele.

—... así que ya voy yo a casa de Melody...

—Astrid —la interrumpo con brusquedad y se sobresalta—. Tengo que preguntarte algo. —Cruzo los brazos y adopto una expresión terrible.

Sus enormes ojos azules miran los míos mientras enreda con nerviosismo un mechón de su larga cabellera rubia en un dedo. Enarca las cejas anticipando con terror lo que estoy a punto de decir. Piensa a toda prisa qué indiscreción puedo haber descubierto, qué sé de ella. Hago una larga pausa, muy larga.

—¿Tú usas el acondicionador «Milagro en tres minutos» de Aussie?

Al cabo de una hora, me despido de Astrid, después de abrazarnos efusivamente en la puerta de casa. Hemos compartido exceso de vello en los dedos de los pies, las mejores coloraciones, exfoliaciones químicas, sus sueños de fama en la programación matinal de la tele. Me quedo asombrada de lo que le queda por trepar todavía.

—¿De qué demonios habéis estado hablando tanto rato? —pregunta Paul mientras sale del dormitorio.

—Ah, de cosas que seguro no te interesarían.

Paul sacude la cabeza.

—Tienes el don de poder mantener una conversación con cualquiera. Es una capacidad que está muy infravalorada.

—Ya lo creo. —Sonrío—. ¿Con quién hablabas por teléfono?

—Con John.

Al ver mi abrigo colgado en la barandilla, recuerdo algo y hurgo en el bolsillo en busca de la

tarjeta del periodista.

—Quiere que lo llames.

Paul la mete en el bolsillo más cercano.

—Él y todos los demás. —Paul está en la escalera, de manera que sus pies quedan a la altura de mi cabeza. De repente da un puñetazo en la pared y se echa hacia atrás, mirándose los nudillos —. ¡Aaay! ¡Joder, qué daño! —Sacude la mano en el aire y se chupa el puño con pinta de darse mucha pena.

—Me parece estar oyendo a Lex riéndose de eso.

Paul parece hundirse en la escalera por encima de mí.

—Jamás pensé que echaría tanto de menos esa risa.

Los dos sentados en la escalera nos quedamos en silencio mirando hacia la puerta, como si esperáramos que alguien la cruzara y viniera a salvarnos de nosotros mismos. Mi móvil parpadea con la llegada de un mensaje de texto de Eloide. «Llámame», implora.

23

—¡Kate, ven, corre! ¡Corre! —me grita Paul desde la salita.

Hoy es día laborable, estoy vestida desde las siete de la mañana y atosigando a los niños desde las siete y media. Me aseguro de que nada pueda desbaratar mis cuidadosos planes para llegar a tiempo, muy concentrada y ocurrente. Intento dejar a un lado a los periodistas de la calle y las revelaciones sobre Lex mientras ayudo a Ava a abrigarse para el recorrido hasta el colegio. Trato de ahuyentar los pensamientos más oscuros sobre mi propio marido a los rincones más recónditos de mi mente.

—Ya voy —murmuro, comprobando que llevo en mi bolso todo lo necesario para las largas horas que tengo por delante.

Están emitiendo el noticiario matinal y Lex aparece delante de lo que debe ser el exterior de la comisaría. Un grupo de gente se empuja para coger sitio, y Lex empieza a hablar.

—Me han interrogado sobre el asesinato de Melody Graham, pero me presento aquí esta mañana como hombre inocente. Ustedes me conocen como el rey del *reality*...

—¡Madre mía, ni ahora es capaz de ser modesto!

—Chisst... —dice Paul.

—No puedo sentarme de brazos cruzados cuando una mujer a la que conocía y respetaba ha muerto de forma tan trágica y sin sentido. Así que les ofrezco a ustedes, a los espectadores, la posibilidad de mantener fresco su asesinato en la memoria del público. Hoy depositaré medio millón de libras en una cuenta en una casa de apuestas en línea. Usted, el espectador, puede apostar si yo he asesinado a Melody. Si se me declara culpable de este crimen durante los próximos dos años, pagaré el doble del dinero que hayan apostado. Lo pagaré incluso si muero. Si durante los próximos dos años no me declaran culpable, donaré su dinero a Victim Support, organización benéfica que ayuda a personas afectadas por delitos con violencia.

Lex caldea su discurso y la gente lo escucha con atención.

—Pueden encontrar las bases y todos los requisitos en mi página web *lexwoodesinocente.com* y en YouTube.

—Por el amor de Dios, menudo bastardo arrogante —dice Paul, sacudiendo la cabeza con asombro y echando mano de su móvil.

—Tiene que haber sido muy duro para él —añado—. Parece muy enfadado.

—Lex siente la cultura popular, la lleva en la sangre.

Seguimos escuchando a Lex.

—Quiero encontrar al asesino de Melody. Exijo que lo encuentren. No descansaré hasta que así sea.

Contemplo en la tele cómo la multitud pulula en torno a Lex y le lanza preguntas desde todas direcciones.

—Menudo caos de investigación, ¿no? —Me vuelvo hacia Paul—. En realidad, la policía no tiene un sospechoso, ¿no te parece?

Como si respondiera a la pregunta que acabo de formular, una reportera, que agacha la cabeza para apartarse el pelo que el fuerte viento le pone en la cara, dice:

—Puede que los detectives que están llevando este caso no se sientan muy cómodos esta mañana, momento en el que Lex Wood, segundo sospechoso en el asesinato de Melody Graham, ha sido puesto en libertad sin cargos. Gerry Bonacorsi habló ayer largo y tendido con la policía, pero hoy sigue en libertad. Al parecer, la falta de evidencias físicas y de muestras de ADN está dificultando los intentos para que este destacado caso concluya de manera satisfactoria. Por el momento —abandona todo intento de controlar el pelo y se planta frente a la cámara casi de lado — la policía no parece estar más cerca de los motivos por los que Melody Graham fue asesinada o de quién la mató.

—Papi, hazme una pirueta —dice Ava, balanceándose en la puerta de la salita—. Papi...

El canto de sirena de su hija acaba alejando a Paul del teléfono y mira hacia abajo con indulgencia.

—Claro, cariño.

Coge a Ava por las manos y la balancea elevándola por el aire, donde su grito de alegría rebota en el techo. La baja y la coge por la cintura, la gira, la pone cabeza abajo y le hace cosquillas; es como si sujetara a un hada que se monda de risa y se retuerce como un saco de culebras. Le apoya la cabeza en el suelo y ella se dobla hasta acabar erguida.

—¡Otra vez! ¡Otra vez!

—Tengo que irme, cariño.

Ava se sostiene de puntillas con expresión extasiada.

—¡Otra vez, papi, por favor! —La adoración que siente Ava por su padre es completa. Trato de fijar este momento para recordarlo siempre, porque no tengo recuerdos de mi padre haciéndome algo así.

—Si Ava se porta bien, jugaremos a los tiburones cuando yo vuelva. —La besa en lo alto de la cabeza y la mece de lado a lado, mirándome.

Se aleja de mala gana hacia la puerta mientras Ava salta de un pie al otro, expectante.

—Si llama Lex, dile que me llame de inmediato —dice Paul mientras sale de casa sin darme un beso.

Nuestras recientes disputas han abierto unos extraños vacíos entre nosotros; nos deslizamos uno alrededor del otro evitando el contacto físico accidental. Su cuerpo, sus sonidos y olores se han convertido de pronto en desconocidos para mí y no puedo recordarlos aunque lo intente. Ha empezado a ponerse camiseta al acostarse, como si la desnudez resultara ahora inapropiada. Al terminar el día, nos metemos en la cama y cada uno se aferra a su borde como el marinero a un tronco después de un naufragio. Solo en mis largas horas de insomnio me lo encuentro a veces enroscado a mí, con su nariz en la hendidura entre mis omoplatos. Cuando despierto por la

mañana, él ya se ha levantado.

Asiento mientras cojo mi móvil, que me avisa la llegada de un mensaje de texto. Esperaba que fuera de Eloide, que ya ha mandado tres en lo que va de mañana, pero es de Lex. «Nos vemos hoy. No se lo digas a Paul».

La tristeza se apodera de mí. Su amistad se está agrietando y a su relación empresarial pronto podría pasarle lo mismo. Josh baja las escaleras haciendo ruido y con el labio inferior caído en un gesto de enfado. Intento revolverle el pelo, no me puedo resistir.

—¡Déjame! —Me aparta la mano con brusquedad.

Todo está cambiando en el tablero de la vida y nos vemos obligados a tomar nuevas posiciones. Si han soltado a Lex, pronto arrestarán a otra persona. Lex quiere quedar conmigo, pero antes tengo que ir a otro sitio... a trabajar.

Un dolor agudo me sube por la pierna.

—¡Ay! ¡¿A qué viene eso?!

Josh acaba de darme un fuerte puñetazo.

—¡Nunca me haces caso! Quiero ir solo al colegio. No quiero ir contigo.

Siempre he sabido que, un día u otro, acabaría pidiéndome algo así. Otra atadura con la infancia que hay que cortar. Pero no había caído en la cuenta de lo mucho que duele.

—Vale, podemos hablarlo con papá esta noche. —Hago una pausa—. Josh, ¿alguien te ha dicho algo desagradable en el colegio sobre...?

—¡Déjame en paz! —grita.

Supongo que eso es un sí.

24

Decimos del lenguaje ordinario que es verde, pero el rojo le pegaría más. Livvy está tan enfadada que se ha puesto de color pardo rojizo y le vocifera a cualquiera que tenga la desgracia de tener que hablarle. Es nuestra reunión editorial semanal y discutimos cómo cubrir la muerte de Melody. Ninguna de nuestras sugerencias consigue alegrar el ánimo de Nube Negra.

—Vale, vamos a repartirnos la investigación de la vida de Melody. Era una chica atractiva, así que necesitamos mucha imagen suya. Shaheena, localiza a sus viejas amistades, busca en Facebook, todo eso, y consigue algunos cortes en los que aparezca y que podamos utilizar.

—¿Quién se encarga del aspecto policial? —se atreve a preguntar Matt, uno de los documentalistas.

—¡Colin, cómo no! —Colin es un antiguo detective de Scotland Yard que consigue arrimarse a Marika en el sofá de piel cuando necesitamos ayuda técnica—. Utilizaremos los contactos de Colin y les suplicaremos que nos pasen cualquier toma del circuito cerrado de televisión que puedan tener de Melody. ¿Cómo tenemos lo de su familia?

Shaheena carga con la nada envidiable tarea de decepcionar a la jefa.

—Me temo que mal. —Livvy lanza un largo suspiro—. Los padres no quieren saber nada del programa...

—¡Pero si lo inventó su hija!

Shaheena se encoge de hombros.

—Tengo a una prima a la que no le importaría aparecer, pero es un poco tangencial.

Livvy da golpecitos con un boli barato sobre la mesa. Su irritación se propaga como las olas por toda la sala.

—Así no hay manera. —Se produce un silencio—. A ver... lo de Lex y Gerry. Que el propietario de la compañía productora de este programa haya sido interrogado sobre la muerte de la creadora de este programa me sienta igual de bien que un tiro en la frente...

Antes de que Livvy empiece a buscar por la sala a alguien sobre el que descargar su decepción, la puerta se abre con un chirrido.

—¡Marika!

Un aroma embriagador envuelve a Marika. Lleva un anorak de alpinista enorme, con cierres y cordones en los sitios más extraños y del que brotan sus diminutas y bronceadas muñecas y manos.

—¡Hola a todos! Lamento el retraso, pero los fuertes vientos no dejaban mover el barco.

—¡Menos mal que has llegado! —Livvy se levanta de su asiento e invita a entrar a Marika con ambas manos.

—Pido disculpas, aislada en la isla de White no le sirvo de nada a nadie. —Deja una bolsa impermeable en una esquina de la sala y se sienta—. Soplaban un viento de fuerza ocho y no podíamos salir del puerto. Al final he cogido un helicóptero desde Ventnor hasta Portsmouth, y luego el tren hasta aquí. —Sonríe triunfante—. ¡Chupado! ¡Por fin algo de lo que alegrarse! —El rostro de Nube Negra se escinde con una extraña sonrisa—. Queremos que entrevistes a Gerry Bonacorsi. No lo han acusado de nada, así que no hay problema. Tenemos que conseguir meterlo en el programa.

—Me gusta —dice Marika con calma.

—A pesar de las muchas horas de televisión que se le han dedicado, apenas lo han puesto en aprietos las pocas veces que lo han entrevistado. Llévelo a terreno pantanoso, a lo mejor sacas algo interesante.

—Entendido —añade Marika.

—Hay un problema —dice Matt.

—¡No quiero oír hablar de problemas! —regaña Livvy.

—Desde que lo interrogó la policía, se ha quitado de en medio. No hay quien lo localice.

—Nosotros lo localizaremos. ¡Lo hemos hecho famoso! ¡Nos lo debe!

—Se puede probar con su agente... —añade Marika con amabilidad.

—Humm, no tiene agente —replica Matt—. Vivía en el sur de Londres pero se ha largado.

—Chalado excéntrico cerebro de mosquito...

—¿Y por qué no probamos con la prensa amarilla? —sugiere Marika, imperturbable ante la adversidad—. No les queda otra que saber dónde está. Telefonaré a mi amigo redactor, seguro que nos echará un cable.

—¡Buena idea, Marika! —Las nubes de Livvy se dispersan, de momento—. Tenemos que conseguir a Gerry para este programa. No hay peros que valgan. Lo quiero localizado antes de que empecemos el directo o hago... No sé lo que hago pero seguro que será desagradable.

—¿No será peligroso? —pregunta Shaheena—. O sea, aunque sepamos dónde está, no deja de ser un convicto por asesinato, y opuso resistencia cuando la policía fue a buscarlo. He leído la teoría de que podría estar matando a la gente que lo hizo famoso en *Inside-Out*. Es una especie de síndrome, no me acuerdo del nombre. —Nadie sale en su ayuda, pero Shaheena continúa—: ¿Seguro que queremos ponernos a su alcance, suponiendo que lo encontremos?

—¡Por favor...! —resopla Livvy—. ¡Empecemos por el principio! Encontrémoslo primero y luego, si hace falta, ya buscaremos protección adicional cuando lo tengamos que convencer.

—Me encantaría entrevistarlo —se entusiasma Marika—. Es un personaje tan contradictorio. ¡En un capítulo de *Inside-Out* lo vi pedir en la biblioteca de la cárcel *La mujer eunuco*! ¡Se lo tuvieron que traer de Holloway! Hablaremos de feminismo antes de salir en directo. Me pregunto si habrá leído algo de Betty Friedan.

Livvy la mira alarmada.

—Asegúrate de que la entrevista no vaya por esos derroteros o cambiarán de canal en masa.

La risa de Marika es dulce.

—Recuerda que para hacer que esto parezca una tontería hace falta mucha formación. La risa de Livvy es algo más áspera, pero no menos sincera.

Yo arriesgo una sonrisa que dura poco, pues Livvy se vuelve hacia mí en tono amenazador.

—Kate, tú duermes con el enemigo.

Todas las miradas se clavan en mí.

—¿Perdón?

Había puesto buen cuidado de que mi relación con el jefe no fuera de dominio público.

Livvy resopla ante mi intolerable estupor.

—Eres nuestros ojos y oídos dentro de Forwood. Paul conoce a Lex mejor que nadie. Al menos averigua algo que podamos utilizar. —Asiento despacio y noto un rubor de vergüenza que recorre mis mejillas por todos los secretos que retengo.

Al terminar la reunión, mientras recogemos libretas, bolígrafos y portátiles, me veo sorprendida por una pregunta de Marika.

—¿Así que estás casada con Paul Forman?

Asiento con la cabeza. Ella baja sus abundantes pestañas al tiempo que enarca las delicadas cejas hacia la rubia raya del pelo. Asiente con satisfacción. Me preparo para escuchar a otro acólito cantar alabanzas de mi marido.

—¿Qué suerte tiene! —dice Marika, y yo quisiera coger su cuerpo menudo entre mis brazos maternos; debe de ser tan ligera y esponjosa como el algodón de azúcar.

Me encuentro de pie en la salita de una mujer asesinada, sin tener claro si debo sentarme. La señora Graham ha mostrado una exquisita educación cuando he llamado diciendo que era de Forwood. Me ha invitado de inmediato, como si yo fuera una amiga que va a tomar café, pero ahora que estoy aquí me domina la torpeza. No es una visita de cortesía, y mi hora de comer no es lo bastante larga como para hacer los debidos cumplidos.

—Me alegro de que haya venido hoy, debería haberle dicho por teléfono que el viernes no era un buen día. Es el funeral. Ya han terminado con el cuerpo.

Me siento.

—La acompaño en el sentimiento.

La señora Graham tiene la piel pálida y limpia, cabellos gris ceniza, y luce tacón de aguja de media altura y un traje chaqueta con falda roja. No reacciona a mis condolencias y me mira en silencio con sus ojos grandes y oscuros. Desconcierta un poco. Si no tengo cuidado, empezaré a parlotear.

—Le he traído un detallito, aunque quizá le haga más gracia a su marido. —Me inclino desde el sillón y le entrego un paquetito—. Es una variedad nueva.

—Rosas. —Sonríe un poco y sacude el paquete haciendo rebotar las semillas en el interior del sobre de papel—. ¿Cómo lo ha sabido?

—Solo vi a Melody una vez, en una fiesta en las oficinas de Forwood. Fue cuando estaba dándole los últimos retoques al formato de *Crime Time*. Pudimos charlar un poco y recuerdo que dijo: «Soy tan detallista con mi programa como mi padre con sus rosas».

La sonrisa de la señora Graham se ensancha.

—Muy amable por su parte, por acordarse y por traerlas.

—He elegido el rojo porque, bueno, porque era el color del vestido que ella llevaba aquella noche.

Cuando la gente me pregunta, digo que no conozco a Melody, y, técnicamente, es cierto. Pero la falta de contacto con ella la he suplido con la imaginación. Me la presentó Sergei. «Tienes que conocer a Melody Graham», me dijo. Paul había hablado de ella lo suficiente como para que me picara la curiosidad. Ella sonrió y se rió mucho e insistió en rellenar mi vaso. Astrid tocó su hombro cuando iba camino de la cocina. Parecía alegre y sociable, inconsciente de lo bueno que iba a ser el programa que había creado, ajena a lo atractiva que resultaba. Yo estaba tan hipnotizada como el resto, por su edad, su encanto, su talento y las oportunidades que aún tenía por delante.

La señora Graham asiente.

—El rojo era su color favorito. —Se toca la falda—. Melody y yo nos parecíamos mucho. — Hace una pausa—. Qué lástima que Don no esté. Ha ido a caminar. Le va bien seguir su rutina.

—Debo decir que su trabajo está muy bien valorado. Tenía muchísimas ideas.

La señora Graham recoge las manos en su regazo y junta las piernas como la reina.

—Así era Melody. Muy aplicada. Lo de ir en bicicleta y hacer ejercicio le venía de Don.

En la pared junto a mi sillón hay una serie de fotografías que muestran la formación, la evolución y el crecimiento de la familia Graham; tiempos felices anteriores a la desgracia. Fotos de bautizo en blanco y negro, de caóticas reuniones familiares, algunos peinados de los años ochenta y fotos de colegio delante de un fondo azul con nubes.

—¿Esa es Melody? —Señalo a un jovencita seria, de unos quince años, vestida con uniforme escolar.

La señora Graham se mueve en su asiento.

—Sí. Esa foto está ahí porque a ella le gustaba mucho. Menudo alboroto montó por no querer sonreír. «Hacerle el juego a la mirada masculina», creo que dijo. —Me echa una mirada—. Siempre fue muy cabezota. Don acabó cediendo, claro, pero la verdad es que nunca me ha gustado esa foto. Tiene una mirada como resentida, y ella no era así. —La señora Graham se pone en pie—. Esa es mi favorita.

Señala una foto de una niña de unos once años, más o menos, en pantalones cortos y con una camiseta holgada, corriendo por aguas poco profundas. La foto es puro movimiento y alegría, la niña corre con la genuina energía de una juventud sin complicaciones, a punto de tener sus propias opiniones y empezar a actuar en consecuencia.

—Es muy guapa.

—Puede hablar en pasado, no se preocupe. Vamos a tener que acostumbrarnos a hacerlo. —Se seca las manos en la falda y percibo el gran esfuerzo que realiza para evitar que todo se le venga abajo—. No sé si venir hasta aquí habrá sido en balde, la policía se ha llevado todo lo relacionado con su trabajo. No queda casi nada.

La sigo escaleras arriba y me pregunto si la impactante naturalidad mostrada por la señora Graham es el corsé que evita que, literalmente, se desintegre. Sube los escalones de dos en dos, tan sigilosa como un gato.

—He ido a identificar el cuerpo. Sabía que Don no podría, pero ahora no me dejarán en paz.

—¿No la dejarán en paz?

—Mi familia. Es como si una se hubiera vuelto loca de la noche a la mañana y necesitara ayuda permanente. Es cosa de mi hermana —imita a una mujer histérica—: «Necesita ayuda, Don, ayuda». Mi hermana ni siquiera me cae bien, y ahora tengo que soportar sus visitas diarias y a los

pesados de sus hijos. Su hija no tardará en aparecer para «hacerme compañía», aunque eso es mucho decir. Me he pasado la vida intentando mantenerme alejada de mi familia y construyéndome una más a mi gusto... No sé si me entiende.

—La entiendo demasiado bien, me temo.

—Y ahora, con todos pululando por aquí, es como si todos estos años de esfuerzo no hubieran servido para nada.

—Es una de las cosas más tristes que he oído en mi vida. —Sale por mi boca sin poder evitarlo y no sé si el comentario resulta inapropiado.

La señora Graham me ha tocado la fibra sensible. He dedicado años de esfuerzo a construir mi nueva familia y temo que esté a punto de saltar por los aires.

—Aquí la tiene.

Abre sin vacilar la puerta de uno de los dormitorios y entramos en el espacio más íntimo de Melody. Las paredes son de color verde manzana y las estanterías están llenas de ropa, libros, DVD y archivadores, un escritorio grande con superficie de taracea negra, estilo años setenta, encarado hacia el jardín, un cable de ordenador tirado por ahí; supongo que la policía se ha llevado su portátil. De la pared cuelga una señal de tren, de neón y estilo retro, y hay un puf que parece marroquí. La cama es doble, no puedo mirarla demasiado.

—Era muy ordenada... —empiezo a decir, pero la señora Graham me interrumpe.

—¿Melody? Todo lo contrario —dice, sacudiendo la cabeza—. Tenía archivadores y libretas apilados por todas partes. La policía apenas pudo meterlo todo en el coche. Cuando se marcharon, le ordené la habitación, una última vez. Lo que hacen las madres. Esto es todo lo que dejaron. —Coge una carpeta azul lechoso y me la tiende—. Podría llamar a comisaría y preguntar si le pueden dar las cosas con las que hayan terminado. —Abro la carpeta y encuentro algunos viejos recibos de gastos. Mi ánimo se viene abajo y hasta me cuesta dar las gracias—. Don no entra aquí. Le dan sofocos, al pobre, pero a mí me gusta venir. Huele a ella.

—¿Tiene usted alguna idea de quién ha matado a su hija? —La señora Graham no da muestras de haber oído la pregunta siquiera.

—¿Quiere ver alguna de las queridas rosas de Don? Las variedades tempranas están empezando a florecer.

Bajamos las escaleras y, camino de unas puertas acristaladas que dan al jardín, cruzamos un comedor que parece usarse poco. Sobre la mesa hay folios en blanco y facturas domésticas; en un aparador se está empezando a formar una torre de ejemplares de *The Guardian*. Observo que un viejo y voluminoso PC parece haberse instalado de forma permanente en la cabecera de la mesa.

—¿Melody utilizaba alguna vez ese ordenador?

—Pues sí. Últimamente lo usaba mucho. Le gustaba tener al gato en su regazo mientras trabajaba, creo, y al gato le gusta estar por aquí abajo.

—¿Revisó la policía este ordenador?

—Copiaron todo lo que tiene.

Me asalta una idea.

—¿Copiaron la información en lugar de transferirla?

La señora Graham se encoge de hombros.

—Pues no le sabría decir. Don debe de saberlo.

—Señora Graham, ¿le importa si echo un vistazo a los archivos del ordenador? No tardaré

mucho. —Me preparo para una negativa o para el recelo, pero ella parece encantada de poder ayudar.

—En absoluto. ¿Quiere una taza de té mientras?

—Sería estupendo. Con leche y dos terrones, por favor.

Melody era una auténtica acaparadora, porque en su carpeta dentro del ordenador familiar tiene guardados cientos de archivos, pero sin nombre, solo numerados, como si hubieran sido transferidos en masa desde algún otro sitio. Conecto una memoria USB a su disco duro y lo copio todo. Poco después, compruebo que se han transferido mil quinientos archivos. Oigo a la señora Graham trastear con las tazas en la cocina y descanso la cabeza en el borde de la mesa. Esto es una misión imposible. No voy a tener tiempo de analizar todo esto; la policía tendrá un equipo de informáticos expertos trabajando hasta los fines de semana y que me llevarán ya una ventaja enorme. Aparece el sol, y sus alegres rayos amarillos iluminan la fina capa de polvo que cubre el barniz de la mesa. Miro cómo las motas danzan con una energía de la que yo carezco, cuando mis ojos van a posarse sobre algo que hay debajo del ordenador. De forma instintiva, tiro de ello con la punta del dedo y aparece un CD. En la etiqueta, está tachado *Inside-Out* y unas fechas, y debajo, garabateado, «¡Pies limpios!».

Aparece la señora Graham con dos tazas en las manos.

—Acabo de encontrar esto debajo del ordenador, es de Melody. Parece que se coló.

La señora Graham se acerca a mí, lee la etiqueta y baja la comisura de los labios.

—Ya puede quedárselo. Ese programa nunca me ha interesado mucho.

Deslizo el disco en la carpeta de Forwood con los tediosos gastos y la meto en mi bolso con la memoria USB.

—Cuando quiera, podemos ir a ver esas rosas.

Salimos al sol y caminamos por el césped.

—Ella se resistió, ¿sabe?, incluso cuando tenía la cuerda alrededor del cuello...

—No sabe cuánto siento...

—Pero luchó. Eso lo sacó de mí, soy una luchadora. Siempre quiso salirse con la suya. No era muy popular. —Emito un sonido de desaprobación pero ella no me deja seguir—. Los padres siempre hablan de sus hijos como si fueran perfectos, pero Melody no lo era, en absoluto. Sin embargo, nunca pasó desapercibida, nunca.

—¿Hablaba mucho de su trabajo en Forwood?

—¡Oh, constantemente! Hablaba como si se tratara de una gran familia.

Doy un sorbo de té.

—Ya sabemos lo conflictivas que pueden llegar a ser las familias. Eso de la armonía suele ser un mito.

La señora Graham frunce el ceño.

—Bueno, sí. Quizá. Al principio le gustaba mucho. Luego se fue tranquilizando un poco.

—¿Ah, sí?

—Puede que las cosas la desbordaran. No sabría decir.

—¿Qué cosas?

La señora Graham mira su taza de té.

—No puedo apuntar a nada en concreto. Cuando sucede una cosa así, uno saca de cada gesto y cada mirada más significado del que pudieran tener en realidad.

Guardo silencio, pero la cosa queda ahí.

—Soy documentalista del programa que ella creó. Tenemos grandes expectativas. Vamos a dedicar el siguiente programa a su hija. —La señora Graham suspira como si se sintiera defraudada. Nos detenemos ante un lecho de flores y cambio de tema—. No sabía que las rosas florecieran tan pronto.

—Fue un desconocido.

—¿Perdón?

—La mató alguien que ella no conocía.

—Parece estar muy segura.

—Es la única explicación que puedo aceptar. —El timbre de la puerta campaneaba débilmente y ella lanza un pequeño gemido—. Es mi sobrina, seguramente, haciendo su turno de guardia. Ve demasiada telebasura matutina.

—¿Qué le hace pensar que fue un desconocido?

Se detiene un momento.

—Don se dedica a la investigación de células cancerosas. Melody no es que estuviera descubriendo una vacuna contra el Alzheimer, que digamos. Era brillante, podría haber sido médico o abogada. Hacer cosas que ayuden de verdad a la gente. A mí no me gustaban los programas que Melody quería hacer, no compartía sus sueños. Estaba dedicando sus esfuerzos a realizar un trabajo que era... superficial, incluso absurdo. —Hace una pausa—. Fue un extraño, un loco. —Su voz se endurece y traiciona las emociones que con tanto empeño intenta controlar—. Me niego a creer que muriera por *Inside-Out* o por otro programa cualquiera de telerrealidad. No puede ser, ella no. Todo esto ya es bastante sombrío.

—Pero ¿y en otros aspectos de su vida?, novios...

—No tenía. Lo único que hacía era trabajar.

—Que usted sepa, al menos.

—La policía no deja de dar la tabarra con eso, como si fuéramos actores en una obra de misterio de los años cincuenta. Yo crecí en los cincuenta, entonces sí que teníamos secretos. Ella vivía en casa porque le gustaba. Estaba ahorrando para comprarse un apartamento porque no quería tirar el dinero en alquileres. Hablaba con nosotros abiertamente de drogas, de sexo y todo eso. Hoy ya no nos escandalizamos por nada. ¿Qué secretos pueden quedar?

Siento admiración por la señora Graham, por sus certezas, pero se equivoca. Quedan muchos secretos. Dudo mucho que le diera igual que su hija estuviera saliendo con un hombre casado, por ejemplo, pero no sigo por ahí. La reciente pérdida de un ser querido te confiere una posición especial entre tus iguales: respetada y temida. El timbre vuelve a sonar, esta vez más alto. Se me ha acabado el tiempo.

—¿Quiere que abra yo la puerta al salir?

—¿Le importaría?

—En absoluto.

En la puerta me encuentro a una mujer imponente, bronceada y con ajustadas botas de tacón alto. Nos damos la mano y dice que es la prima de Melody.

—¿Cómo está ella? —susurra, mirando hacia el interior de la casa.

—Pues no le sabría decir.

—Mi madre dice que aún no ha derramado ni una lágrima. Ni una. —Un hilillo de rímel le cae

por la mejilla—. Eso no es normal, ¿verdad? —Con sumo cuidado, se pasa un dedo, con perfecta manicura, por debajo del párpado inferior y lo examina en busca de rastros negros—. O sea, ¿cómo puedo llorar yo por Melody si ella no lo hace por su propia hija?

—La pena no entiende de jerarquías.

—Esta familia está jodida —añade, sorbiendo.

Le tiendo mi paquete de pañuelos de papel y me dirijo hacia el metro. Al volver la esquina, consulto el móvil y veo unas cuantas llamadas perdidas y un mensaje de Livvy: «¿Dónde te has metido?». Echo a correr. Tengo que volver a la oficina.

25

Cuando llego, Livvy hasta se ha olvidado de por qué me llamaba. Se deshace de mí con una sacudida airada de su cola de caballo mientras atiende un teléfono. El resto del día pasa volando, y en cuanto oscurece, la gente empieza a apagar portátiles y a coger bolsos y abrigos. Me preparo para salir, me pongo a recoger y limpio los surcos del teclado con un pañuelo de papel. Shaheena pasa a mi lado camino de la salida.

—Deja eso para los de la limpieza, mujer.

Asiento, avergonzada. Las viejas costumbres nunca mueren. Soy la última en salir, la culpa por haber tardado tanto a la hora de comer me encadena a mi escritorio más de lo necesario. Apago las luces al llegar a la puerta y me sumerjo en la oscuridad del pasillo. Con paso apresurado, me adentro a ciegas por el espacio desconocido, con la cabeza invadida por un pánico nervioso e irracional. Este edificio me da escalofríos. Me siento aliviada cuando salgo afuera bajo una lluvia torrencial que los ruidosos camiones levantan del pavimento al pasar. Me dirijo hacia casa, pero doy un par de pasos y no puedo evitar dar media vuelta. La calle parece vacía, pero un poco más adelante vuelvo a hacerlo. Alguien me observa, lo noto.

Acelero el paso y me vuelvo de repente en mitad de la calle, con el peso sobre mi pie adelantado, y el bolso me golpea la pierna. Prefiero hacer frente a mis miedos que acumular más desasosiego. Me quedo quieta, insegura, la lluvia intensifica las sombras y la suciedad de los rincones. Una figura oscura se despega de la pared y avanza hacia mí...

—Siempre lista para el combate, ¿eh, pequeña? —Es Lex—. Tenemos que hablar.

—¿Has hablado con Paul? —Nos apresuramos por la acera, uno al lado del otro.

Lex se echa a reír.

—¿Con quién, con mi socio? —Lo dice con un ademán sarcástico, la lluvia empieza a caer con más fuerza—. Tengo el coche a la vuelta de la esquina. Vamos, Kate, dejemos de mojarnos.

—Tengo que ir a casa.

En realidad, lo que quiero decir es que necesito desesperadamente llegar a casa; en cuanto he cruzado las puertas del edificio, mi corazón y mi cabeza han vuelto a centrarse en mis hijos, en mi necesidad de volver a entrar en contacto con ellos después de una larga jornada laboral.

—Ya te llevo yo. Debes de estar cansada después de todo el día ahí dentro. —Se mete por una calle lateral y abre con el mando la puerta del pasajero de su coche de color oscuro. Caigo en la cuenta de que el color encaja con el del vehículo que busca la policía—. Vamos.

Hay algo en su conducta que no me gusta. No es que sea corpulento, está delgado pero es fuerte... Las salpicaduras de lluvia me ayudan a deshacerme de tales pensamientos. Me estoy poniendo melodramática, es ridículo. Hace más de diez años que lo conozco, soy la mujer de su mejor amigo. Teniendo en cuenta lo que ha pasado, no es raro que quiera hablar.

Mientras me pongo el cinturón, cierra su puerta y arranca con un chirriar de ruedas.

—Se me ocurrió venir a ver las nuevas oficinas.

—Lo de «nuevas» es mucho decir.

—Quién lo iba a imaginar, tú trabajando para mí, Kate. Pero luego pensé que si entraba ahí dentro, un asesino en potencia, podría asustar al personal... A lo mejor Livvy salía por piernas, pero a ti no te asusto, ¿verdad, Kate? —Suelto una exclamación cuando gira para meterse en la calle principal sin mirar siquiera a los lados—. Y ambos sabemos por qué, ¿verdad?

Observo cómo se mueve la aguja del cuentakilómetros.

—¿Cómo va tu campaña en internet?

—Bueno, mejor que no malgastes el dinero haciendo apuestas, Kate; al fin y al cabo, tú sabes que yo no la maté.

Se pasa un cruce sin mirar, y el sonido de bocinas furiosas nos persigue. Trato de mantener la calma.

—¿Cómo voy a saberlo yo, Lex? Resulta que quedaste con ella esa noche, cosa que olvidaste mencionar en su momento. ¿Por qué no lo dijiste?

—Fue ella la que concertó la cita. Quería que habláramos sobre un contrato. ¿Cómo iba yo a saber que la iban a asesinar esa misma noche?

—¿Y por qué no se lo contaste a la policía desde el principio? Ocultarlo te hace parecer mucho más sospechoso.

Lex resopla.

—¿Ahora te crees una experta en criminología o qué? No hay evidencia física que me relacione con ella...

—Así que estás a salvo.

Lex gira el volante y vira bruscamente a través de dos carriles, en dirección hacia un hueco que hay junto a la verja que nos separa de los coches que van en sentido contrario, o de los camiones, pues veo a uno pisar el freno inútilmente sobre la calzada empapada. Lex gira en redondo y esquivamos al camión por centímetros. Me doy cuenta de que el sonido que sale de mi boca es un grito.

—¡Que nos vamos a matar! ¡Para!

Lex acelera hacia el noroeste de Londres, alejándose de mi casa.

—Pararé cuando tenga que parar.

—¿Por qué haces esto? —Tengo las piernas rígidas, apoyadas contra la parte delantera del asiento, preparándome para el inevitable impacto.

—¡Ahora empezamos a entendernos! ¿Por qué? ¿Qué motivo tengo para estar tan enfadado? Hablemos de motivos, Kate. ¿Por qué mata la gente? Por pasión o por dinero. Alguien me la está jugando, Kate. Alguien que sabía que yo la vería esa noche, que sabía que me podía cargar el muerto. Alguien que quiere joderme.

—¡Pero la policía no te ha acusado! ¡A quien sea, le ha salido mal!

—¡De momento! Sabemos muy bien que constantemente se acusa a gente inocente. Y en este

caso el motivo no son los celos, ni la venganza, ni una ñoñería amorosa, es el dinero. Sigue el dinero, Kate. Soy director de una compañía que se está vendiendo a plazos: el primero hace dos años, el año pasado otro poco, y el último plazo, el premio gordo, se cumple en cuestión de semanas. Con el último pago es cuando pillamos pasta de verdad, ¿no es así, Kate? Es cuando CPTV saca la cartera y nos liquida la factura. Pero si me acusan de asesinato, se considerará que no soy apto para ocupar el cargo que ocupé y me dejarán fuera. Ni más ni menos. —Levanta las manos del volante y chasquea los dedos mientras el coche vira peligrosamente hacia el quitamiedos—. Estoy catalogado como «mal socio».

—¿Como qué?

—¡Se me considera «mal socio» y me quedo sin mi parte de Forwood! —Lex se acerca por detrás a un coche con tres pasajeros en el asiento trasero. Toca el claxon y veo a través de la lluvia cómo los pálidos óvalos de sus caras se vuelven para mirar—. ¡He trabajado veinte putos años! ¡Veinte años echando el bofe... y me vienen con estas!

—¡Está rojo! ¡Está rojo, Lex! —El coche de delante ha cambiado de carril y nosotros vamos directos hacia un cruce de cuatro direcciones atestado de coches—. ¡Más espacio!

Lex pisa el freno y patinamos con tal brusquedad por nuestro carril que me veo proyectada hacia delante y retenida con fuerza por el cinturón de seguridad.

—¿Y sabes lo que pasa entonces con mi cuarenta y cinco por ciento de Forwood? —Se inclina hacia mí, el olor a neumático quemado se esparce por el coche—. Se divide entre los demás accionistas. —Nos miramos el uno al otro en silencio. Cambia el semáforo, y una salva de bocinazos estalla detrás de nosotros porque Lex no se mueve—. ¿Por qué no me dices tú quiénes son? —Alguien grita una obscenidad desde su ventanilla—. ¿No tienes ganas de charla? Déjame que te ayude: Paul...

—¡Oh, venga ya!

—Y tú y John. —Lex suelta una risa grave y cruel—. ¿Te parece una ridiculez? ¡Yo te diré lo que es ridículo! ¡Que tú tengas la posibilidad de quedarte una parte sin haber trabajado por ello! ¡No como yo! —Su ira se inflama de nuevo y sale chirriando del cruce—. ¡Y para colmo hoy recibo una carta de tu cuñado recordándome las cláusulas de «mal socio», solo para restregarme un poco más la mierda por la nariz!

Si no consigo controlar la situación, nos mataremos.

—¡Estás desvariando, Lex! La policía fue a interrogarte igual que me interrogó a mí.

—¿A qué fuiste a las oficinas, Kate? ¿Qué parte del cuento tejido por tu amado esposo no te creíste? —El coche se aproxima a una colina y se mete en un paso subterráneo—. ¡O tal vez, no fueras a buscar algo, Kate! ¡A lo mejor fuiste a dejar algo! Puede que tú y él, y su puto hermano, por lo visto, estéis todos en el ajo.

—Yo no tengo la respuesta, Lex, hay cosas que no tienen ningún sentido. Pero quiero averiguar la verdad, ¡y no la voy a conseguir quemando rueda por la A-40 hasta que nos matemos! Tengo tanto que perder como tú. —Lo oigo maldecir pero continúo—. De hecho, tengo mucho más que perder que tú. —Ahora me toca a mí enfadarme—. Puede que tú pierdas dinero, pero yo puedo... ¡perderlo todo! —Se me quiebra la voz. Me vuelvo y lo miro desafiante—. ¿Sabes una cosa, Lex? No pienso rendirme. Por muy succulentos que sean los paquetes de acciones, pienso encontrar la respuesta, sea la que sea. Lo que yo haga luego con esa información es otra cosa, pero la encontraré.

No lo estoy arreglando. Lex pisa más el acelerador, con una sonrisa jugueteando en los labios.

—¡Qué gran discurso, qué intenciones tan nobles! Estás hecha un sabueso, ¿eh? —Me pongo más rígida en el asiento ergonómico del coche. Pasamos a toda velocidad junto a una señal que indica que los tres carriles pasan a ser dos—. Olfateando el rastro, corriendo detrás del palo que te tiran. Es un buen nombre para un programa de televisión, *Sabueso*. La nueva y exitosa serie de detectives.

—¡Lex, Lex! —Nuestro carril se está estrechando, ahora mismo sus ocurrencias mediáticas me importan una mierda.

No me hace ni caso, murmura como si estuviera soñando.

—Sabueso, la mujer que puede oler el engaño..., cuya obstinación...

No lo escucho, miro los conos de señalización y los insistentes mensajes de reducción de velocidad.

—¡Lex! ¡Frena, por Dios!

Se queda sin carril, y una furgoneta le impide echarse a un lado. Lo oigo maldecir por lo bajo hasta que un terrible ruido metálico desgarrar su lado del coche y damos vueltas en redondo por la doble calzada, rebotamos contra la valla central, giramos sobre el arcén y volvemos de nuevo a la carretera, y a cada crujido siento un abrumador deseo de oler a mis hijos por última vez, porque, a la hora de la verdad, no creo en nada salvo en mi amor por ellos, y con la vibración de cada golpe mi dolor por no poder volver a verlos se multiplica. Lex grita por encima del chirrido de los frenos, suenan más bocinas y luego, tan repentinamente como empezó, acabamos parados en un terraplén de hierba, con la parte trasera del coche sobresaliendo en el arcén.

Me quedo muy quieta, sintiendo cada latido de mi agradecido corazón, tomando cada bocanada de aire como si fuera la primera. Me las arreglo para darme la vuelta y veo faros de coche en ángulos desconcertantes y oscuras sombras que corren hacia nosotros. Con una oleada de alivio, me doy cuenta de que, al menos, no hemos chocado con otro vehículo. Algo tibio me gotea por la sien.

—Sabueso. Así te voy a llamar a partir de ahora, Kate. Una ocurrencia solo para nosotros dos. —Se ríe con sarcasmo—. Será nuestro pequeño secreto. No se lo diré a nadie, te lo prometo. Espero que estés a la altura del nombre.

Lex sigue con ese rollo de los programas de televisión, y mi furia salta por los aires.

—¡Chiflado de los cojones! —vocifero.

—Te has hecho un corte. —Busca algo en su bolsillo, sin apartar los ojos de mi cara.

—¡No, me lo has hecho tú! ¡Has perdido la cabeza!

—¿Qué buscabas en mi oficina, Kate? Venga, ¡el tío Lex necesita saberlo!

—¡¿Qué estaba buscando?! —digo a voces—. ¡No te enteras de nada! ¡Tú solo eres capaz de pensar en una cosa...! ¡Que si dinero por aquí, que si estatus, que si dinero por allá! ¡Menuda mierda! Hay miles de motivos que eres incapaz de imaginar. Y sí, eso era lo que yo estaba buscando, una razón tan poderosa como para matar a una chica. Dominio. ¡Ahí tienes un motivo! ¿O vergüenza, tal vez? ¡Ah, pero tú nunca la has tenido, ¿verdad?! Por Dios, por lo que sé podrías haberla matado porque por fin habías dejado de cagarla y, horror de los horrores, habías empezado a confiar en ella y te estabas enamorando. ¡Y luego intentas matarme a mí! —Me abalanzo hacia él y lo abofeteo con fuerza mientras gente que no consigo enfocar abre mi puerta de un tirón, se oyen gritos y manos intrusas intentan cogermme.

—¡Está conmocionada! —grita alguien.

—No, no lo estoy.

Lex saca un pañuelo y lo sostiene sobre mi corte.

—¡Tienes que confesar, Kate, estoy con el culo al aire! Estás encubriendo a Paul y averiguaré por qué.

—¡Hay que sacarlos del coche! ¡Podría explotar! —Una voz se propaga por el aire.

Casi me caigo al salir por la puerta y camino vacilante terraplén arriba mientras Lex se apoya en el techo de su magullado coche de gama alta. Me gustaría pulverizar algo con mis propias manos, pero en vez de eso me pongo a correr.

—¡Ayudad a esa pobre mujer! —grita un hombre.

Cuando ya estoy casi arriba, me acuerdo de que me he dejado en el coche mi bolso con la información conseguida en casa de Melody. Me doy la vuelta y veo a Lex que viene tras de mí, pendiente arriba, con mi bolso en la mano.

—Dame eso.

Lex me lanza una mirada de triunfo.

—Creo que debería conservarlo hasta que me digas lo que quiero saber. —Jadea por el subidón de adrenalina que le ha dado después de haber sobrevivido al accidente, igual que yo.

Extiendo la mano.

—Da-me e-so.

—Venga, Sabueso, ¿qué pista me vas a dar a cambio?

Damos vueltas uno en torno al otro, jadeando y sin decir palabra. Mi conmoción es tal que ni siquiera puedo hablar.

Un hombre llega corriendo y coge a Lex por el brazo.

—¡Deberían esperar a la ambulancia! —Se acerca más gente, y nuestro combate de voluntades se interrumpe.

—Tienes que aprender una lección muy importante en la vida, Kate. —Sostiene el bolso en alto, la carpeta azul lechoso de Melody oculta a solo unos centímetros de su línea de visión—. Nunca te interpongas entre un hombre y los millones que puede ganar.

Me tira el bolso a los pies y se da la vuelta para afrontar la situación.

26

Una vez cultivé bacterias en clase de ciencias. Las raspé de debajo de mis uñas y las vi multiplicarse en una placa de Petri. La anciana señorita Dobbs me explicó que la cantidad se duplicaba cada hora. Aquellos bichejos eran rápidos. Me miro en el espejo de mi cuarto de baño y examino con cuidado la herida abierta en mi sien inflamada. El rostro de Paul se refleja en el espejo.

—Por última vez, Kate, tienes que ir al hospital. Podrías tener una fractura interna. No me cabe en la cabeza que te vinieras a casa sin esperar a la ambulancia...

Intento ignorarlo, intento hacer hueco para pensar en las diatribas de Lex. Qué estúpida he sido, obsesionada con la polla de Paul y dónde podría haberla metido, cuando otras posibilidades se reproducen ahora en mi cabeza con tanto vigor como los microorganismos en mi piel. Y no hay antiséptico que ponga freno a tales ideas, sin posibilidad de descartarlas por descabelladas que parezcan.

—A ver, me parece que tienes conmoción cerebral, no me escuchas. —Miro a mi marido, iluminado por los focos halógenos del techo del cuarto de baño—. Tienes que llamar a la policía y explicárselo. —Niego con la cabeza—. ¡Pero si ha sido como un secuestro y ha intentado matarte!

—No, eso no es cierto.

—Lo que ha hecho puede ser fundamental para el caso... —Cierro los ojos para aislarme de todo, y cuando los abro, Paul me hace sentar en el borde de la bañera—. Ven aquí, venga. Menos mal que estás bien.

Empieza a masajearme los hombros y, a pesar de los años que han pasado, de las actuales sospechas y de nuestro reciente distanciamiento, me estremezco con su contacto mientras sus dedos liberan mis tensiones y la adrenalina acumulada. Me sopla en la herida y las lágrimas recorren mis mejillas.

—Voy a asustar a los niños.

—Chisst. —Me besa en la coronilla—. Ni se van a enterar.

Nos mecemos uno junto al otro sobre la dura cerámica y me acuerdo de cuando nació Josh, hace nueve años. Parodia espantosa de lo que había leído en las revistas y anotado obedientemente en las clases prenatales, el día después de dar a luz entraba yo tambaleándome en un cuarto de baño lleno de asideros de seguridad destinados a que las mujeres medio muertas

podieran agarrarse. Paul me había acompañado hasta allí, y bajo la luz amarillenta de los fluorescentes, hasta las cejas de desconocidas hormonas posparto, posé una nalga en el borde de la bañera y me eché a llorar, diciendo que no podría cuidar a un bebé, que era un fraude de madre. En aquella ocasión Paul también me meció. «Estoy muy orgulloso de ti, Huevito», me tranquilizó, acariciándome la espalda arriba y abajo, la única parte del cuerpo que no me dolía. «Vas a ser una madre genial». Poco después dejó de hacerlo y se quedó mirando mis jodidas ropas. «Estos vestidos son raros», dijo, tirando de mi bata hospitalaria abierta por la espalda. «Le vas enseñando el culo al mundo. ¡Mira! ¡Si hasta tiene lacitos!» Lo regañé por hacerme reír con lo dolorida que estaba. «¡Maldita sea! ¿Cuándo podemos repetirlo?», me susurró.

Me pasé la mayor parte del tiempo en la ducha de suelo rugoso intentando impedir que se metiera él también. Me di el gusto de imaginarnos cuarenta años después, encorvados y renqueantes en una lujosa residencia de ancianos con su silla salvaescaleras y las superficies antideslizantes de rigor, y me lo imaginé ayudándome a asearme. El mundo me parecía entonces lo bastante romántico como para dar por hecha semejante ensoñación.

—Si viene, no lo dejes entrar en casa. Llama a la policía.

—Lex cree que se la están jugando.

Nuestro lento balanceo se detiene.

—¿Quién se la está jugando?

—Por lo visto hay un montón de candidatos. Tú, para empezar.

Paul maldice en voz baja.

—¡La madre que lo parió! Siempre ha tenido demasiada imaginación. No quiere hablar conmigo por teléfono. —Se mira el reloj—. Intenta evitarme, a mí y a cualquiera de la oficina. Y no sé por qué.

—Livvy quiere que Lex y Gerry salgan en el próximo *Crime Time*. Todavía no hemos localizado a Gerry, nadie sabe dónde se ha metido; Livvy opina que sin él al programa le falta dramatismo.

Paul emite un sonido de insatisfacción.

—Acaba de salir de la cárcel, en esos programas tiene que haber alguna pista de dónde puede haberse metido. No es fácil que le queden muchos amigos, ¿no te parece? —Paul se pone en pie—. Si Lex no tiene cuidado, podría encontrarse con tan pocos amigos como Gerry.

Me paso la mano por el rostro cansado.

—Lo que pasa es que está muy enfadado.

—¡Pues yo también lo estoy!

—Nunca juzgues a nadie sin haberte puesto realmente en su pellejo —replico.

—¡Vaya! ¡Ahora te pones comprensiva! ¡Y eso lo dice la mujer a la que tanto le cuesta perdonar! ¡Pues yo no pienso perdonarlo!

El comentario del «mal socio» que hizo Lex no deja de rondarme la cabeza. Si buscas lo suficiente, encontrarás miles de motivos. Nos aferramos a supuestos extravagantes porque nos resultan más cómodos que creer que las personas que nos rodean son capaces de las mayores atrocidades. Pero también sé por experiencia que el noventa y nueve por ciento de las veces el motivo más obvio es el verdadero.

Josh grita en sueños y corro a consolarlo.

A los dos días de morir su padre, Paul volvió al trabajo. Yo me planté en la puerta de casa, rogándole que se tomara más tiempo.

—Solo lo superaré trabajando —me dijo—. Es lo que me mantiene cuerdo.

Esta mañana se han invertido los papeles. Paul insiste en llevar los niños al colegio, en que yo no vaya «con ese aspecto». Se refiere a mi cabeza como si me hubiera crecido un alíen durante la noche, cosa que, por otra parte, es lo que ha sucedido. Josh se me ha quedado mirando mientras desayunábamos, con un puñado de cereales en un extremo de la boca, como si fueran moscas sobre ganado, y ha dicho «Puag».

—Me encuentro bien, puedo ir a trabajar, solo tengo una pinta un poco rara, nada más. — Esbozo una sonrisa y me callo el dolor que hasta eso me causa.

Paul se acerca a la ventana de la salita y corre las cortinas.

—Con la racha que llevamos, la prensa pensará que te lo he hecho yo.

—¿Todavía están ahí fuera?

—No. Por lo visto no somos tan importantes como para pasar la noche a la intemperie.

Me despido de Paul y los niños y me dispongo a recoger mis cosas para ir a trabajar, pero no es ahí adonde voy. Tengo una corazonada y he de atenderla yo sola. Anoche no pegué ojo. Me quedé tumbada y despierta contemplando una grieta del techo, procesando cualquier detalle que he podido recordar sobre Gerry. Cuando Paul llevaba ya una hora dormido, bajé y me puse a revisar nuestra colección de DVD de *Inside-Out*, pulcramente alineada en los estantes de debajo de la tele. Repasé fragmentos de episodios, recorriendo con el avance rápido la mayor parte. El visionado pasivo sirvió para dejar de pensar en Lex y sus motivos, sus temores y su enfado. A las tres horas, una breve conversación —apenas una frase— entre Gerry y un celador de la prisión, en el disco diecisiete, me hizo pulsar la pausa, y al cabo de unos minutos me trasladé de la tele a internet, con una idea germinando en mi cabeza. Dos horas después, revolví con todo sigilo en el armario de Josh en busca de unos prismáticos. Había trazado un plan; descabellado e irracional, tal vez, pero un plan a fin de cuentas. La confrontación con Lex ha servido para hacerme pasar a la acción: le demostraré lo sabueso que puedo llegar a ser.

Y ahora me empujan miles de aficionados a las carreras, después de haberle pagado, a un revendedor al que le faltaba un diente delantero, un precio excesivo por una entrada de acceso a todas las áreas del Cheltenham Festival. A Gerry le gustaba apostar a los caballos, se lo oí decir

una vez en *Inside-Out*. Le encantaban las oleadas de gente, la excitación y el griterío, la alegría y la pena de todos los implicados en esos breves e intensos momentos en los que los caballos galopan hacia la línea de meta; así que anoche me pregunté si Gerry sería capaz de resistirse al Cheltenham Festival después de tanto tiempo. Porque durante todas esas horas de visionado también pude ver que disfrutaba con las pequeñas y serenas bondades que la cárcel le ofrecía: un nuevo libro en la biblioteca, una clase de cocina... No le gustaba llamar la atención, y qué mejor manera de proteger el anonimato que sumergirse en una multitud de miles de individuos.

Pero mientras me empujan de un lado y de otro, me doy cuenta de que, aunque mi corazonada sea cierta, demostrarla va a ser casi imposible. La megafonía genera un ruido de fondo incesante e incomprensible cuando anuncia a las monturas y a los jinetes de cada carrera. Llevo gafas de sol para cubrir mi maltratada cara, y me abro paso a empujones entre la fluctuante multitud, mapa en mano, intentando orientarme. Me paso dos horas dando vueltas por la tribuna principal, escrutando rostros al azar, recibiendo codazos bajo las carpas de recepción cada vez con más frecuencia. Los apostantes engullen alcohol en cantidades industriales, el sonido de sus conversaciones y de sus risas es cada vez más alto y más grosero según pasan las horas. Forcejeo para llegar a la champañería, que es más exclusiva, y me quedo en pie junto a la ventana, mirando a la enorme multitud de abajo. Al menos desde aquí tengo un poco de sitio desde el que seguir investigando. Me quito las gafas y saco los prismáticos del bolso. Los rostros adquieren relieve, con sus ojos entrecerrados contra el viento racheado. Desde esta posición aventajada puedo ver casi toda la pista, pero hay miles de personas, miles de caras y actitudes, y yo busco solo a una. No sé cómo va vestido Gerry o si habrá cambiado su aspecto. Pasados diez minutos, me siento, confirmada finalmente la imposibilidad de encontrar a una sola persona, aun en el caso de que estuviera aquí.

Reviso las colas frente a las ventanillas de los corredores de apuestas, las gradas, la multitud que bordea la pista, la línea de meta. Sé que ha llegado el momento de admitir la derrota, pero lo cierto es que, después de dos noches sin pegar ojo, estoy demasiado cansada como para moverme. Gerry no debe de tener mucho dinero, ¿dónde podría estar? Tras de mí se elevan los bramidos cuando tres caballos galopan hacia la línea de llegada. Recorro la barra con la mirada, por si acaso. Nada. Vuelvo a mirar por los prismáticos; hay un barullo de gente entorno a la línea de meta, donde ondean manos y los puños se alzan hacia el cielo. Ahí está la acción, la multitud más apasionada. Veo a una mujer acurrucada bajo el abrazo de un hombre, un tipo con sombrero que se estira para ver, una mujer que salta agitando por encima de su cabeza un papel enrollado que lleva en la mano, y un hombrecillo con gafas de sol de aviador, casi inmóvil, justo al lado de la valla de la pista. La quietud lo delata. Es como si estuviera en la fila del comedor o esperando la inspección de celda, tan quieto como delante de la Junta de Libertad Provisional. Las gafas lo camuflan un poco, pero es Gerry.

Bajo la escalera a toda prisa, empujando entre una multitud de oficinistas empeñados en saciar su sed.

—Tranquila, mujer, tranquila—murmura uno cuando paso arrollando.

Una vez fuera de la grada principal, mi avance se hace más lento mientras trato de esquivar a enrojecidos bebedores de cerveza y a un ejército de gente empeñado en hacinarse a mi alrededor. Tardo mucho, muchísimo, en llegar a la línea de meta. Pienso en Lex y en sus comentarios de ayer: un sabueso corriendo detrás del palo que le tiran. ¿Obtendré algo de Gerry? Solo hay una forma de saberlo.

—¡Ten cuidado!

Por mi culpa, una mujer derrama cerveza sobre su amigo, y retrocedo ante sus ceños fruncidos. El gentío es tan denso que solo alcanzo a ver a dos personas por delante de mí, y no soy tan alta como para ver por encima de las cabezas. Estoy a cinco filas de la valla, veo la señal roja y blanca de la meta a poca distancia. Resulta imposible avanzar, así que intento bordear el gentío, aupándome para ver el chaquetón de Gerry. La multitud murmura mientras empieza a desplazarse hacia la izquierda. Crece el resonar de los cascos de caballos, y una oleada de gente me empuja hacia delante. Un hombre ruge una y otra vez el nombre de un caballo junto a mi oreja, se oyen gritos de «¡Vamos!»». Pasan corriendo los caballos, y mis pies dejan de tocar el suelo cuando la gente se echa hacia delante para poder ver. La multitud exhala al unísono y yo pierdo pie y caigo sobre el césped fangoso, una bota de agua aplasta mis gafas de sol.

Dos hombres me levantan del suelo y se interesan por mi bienestar antes de que me retire hacia un lugar más despejado. Pisoteo el confeti de boletos de apuestas tirados por el suelo, maldiciendo. Gerry estaba aquí mismo no hace ni diez minutos.

Doy empujones y me revuelvo hacia el vallado en el que se recibe a los caballos ganadores, y entonces, entre dos hombres que felicitan y abrazan a su impresionante apuesta ganadora, diviso el chaquetón de Gerry.

Le pongo la mano en el hombro, digo su nombre y se vuelve de inmediato. Es más bajo que yo, y veo mi cara reflejada en sus gafas de sol. Tengo salpicaduras de barro en la mejilla.

—Gerry, soy Kate Forman, tuvimos ocasión de charlar unos minutos en...

—Sí, sé quién es.

Me limpio la cara con la manga.

—Lo siento, me caí allí. Menuda intensidad, ¿no?

—Cuando uno ha estado donde yo he estado, a una multitud se la anhela y se la detesta al mismo tiempo.

Sonrío y asiento.

—¿Puedo invitarle a beber algo? ¿Quiere comer algo?

Gerry se encoge de hombros.

—No voy a rechazar ahora una copa, ¿no? Como dijo alguien: una copa puede cambiar tu suerte.

Caminamos hacia un puesto de cerveza. No dejo de hablarle mientras pago una ronda.

—¿Cómo va el día? ¿Gana o pierde?

—Pierdo. Como no gane pronto, tendré que volver a casa haciendo dedo. —Se vuelve hacia mí, su rostro inescrutable tras las grandes gafas de sol—. ¿Cómo me ha encontrado?

—Recuerdo que dijo en *Inside-Out* que le gustaban las carreras de caballos. —Resulta imposible leer su expresión, así que le entro sin más mientras le tiendo una pinta de cerveza—. Trabajo en un programa llamado *Crime Time* y estamos haciendo un especial sobre Melody Graham. Nos gustaría mucho poder contar con usted y que accediera a ser entrevistado por Marika Cochran...

Gerry maldice en voz alta y me hace dar un bote. Su tono amable y encantador se convierte en seco y enfadado en un instante.

—No sé quién es ni me importa. Solo quiero que me dejen en paz.

—Solo sería esta vez, se trata de un caso excepcional. Usted conocía a Melody, y hay un gran

interés por usted y todo lo que ha pasado últimamente. Su visión de los hechos puede ser muy útil.

—No tengo nada que pueda servirle a nadie. La mayoría ya da por sentado que fui yo. Contra eso, yo no puedo hacer nada. —Deja el vaso sobre un posavasos, cuidando de no derramar ni una gota. Recuerdo que, en la cárcel, era obsesivamente ordenado.

—Ha abandonado su alojamiento provisional.

—No hay ninguna ley que lo impida. No incumplo la condicional.

—¿Dónde piensa alojarse esta noche?

—Pues no sabría decirle. —Se ríe con crueldad—. ¿En su casa?

Le dejo ver que no me hace gracia.

—Sé que no tiene por qué hacer la entrevista, del mismo modo que no tenía por qué hacer *Crime Time*. Podría haberlo dejado en cualquier momento, pero no lo hizo. Hay algo en usted que responde a la llamada de la cámara, y yo sé que usted lo sabe. Estuvo magnífico en la tele.

Frunce el ceño.

—Soy un juguete mediático. —Extiende los brazos con ironía, imitando un crucifijo—. ¿No le parece divertido?

—Esto no es cosa de risa. Se trata de hacer algo que pueda ayudar a descubrir quién mató a una mujer. Podemos hacer la entrevista en el lugar que usted prefiera. ¿Cuál es su número de móvil?

—No tengo. No sé cómo funcionan.

—Le compraré uno hoy mismo y le enseñaré a usarlo. —Me doy cuenta de lo desconcertante que debe resultarle el mundo a Gerry, aislado desde 1980 y devuelto a la realidad en el 2010—. Voy a la ciudad y vuelvo. ¿Dónde estará?

Se encoge de hombros.

—Por aquí andaré, seguramente, en un sitio u otro.

—Vamos, Gerry, écheme un cable, se lo ruego.

Gerry sonrío y me siento incómoda. No me gusta esa sonrisa y me pregunto si eso es lo que le decía su esposa durante tantos años, si se lo dijo justo antes de morir. Cambio de tema.

—La fama puede condenar, pero también puede proteger. Le brinda la ocasión de mostrar su versión de los hechos. Es su oportunidad de demostrar que usted no la mató.

Gerry se quita las gafas de sol. Ahora sus ojos irlandeses sonrían, su talante puede pasar del encanto a la furia en un segundo. Alza su pinta como dedicándome un brindis, se da la vuelta e incluye en su gesto a todo el populacho sudoroso, tanto a ganadores como a perdedores.

—¿Cuánto apostaría por ello?

28

El resto de la tarde ha sido una serie de pruebas de la previsibilidad de Gerry. Le he dado veinte libras para cerveza y hemos quedado en encontrarnos una hora después en el mismo sitio. He comprado un móvil de prepago en Cheltenham y le he puesto saldo, he introducido mi número de teléfono del trabajo, el de Livvy y el de *Crime Time*, antes de volver al puesto de cervezas. Al llegar, me recibe una salva de animados aplausos: Gerry está distrayendo a un grupo de gente con sus juegos de cartas. Es muy bueno, su charlatanería irlandesa se adapta perfectamente a sus artimañas manuales. En el suelo, delante de él, hay un sombrero en el que las monedas van formando una pequeña pirámide.

—Aquí tenemos a una damisela que hoy parece tener el día de suerte, sin duda. —Hace unos pases traviosos con una baraja cerca de mi rostro—. Coja una carta... —No termina la frase, sino que mira por encima de mi hombro y recoge rápidamente el sombrero; el servicio de seguridad se acerca al puesto de cervezas—. Es hora de marcharse.

Nos abrimos paso juntos, con el sombrero tintineando en su mano.

—Supongo que la gente viene aquí a gastar dinero, más que a ganarlo.

—Muy cierto —replica Gerry. No parece muy preocupado por estar prácticamente sin blanca—. Tengo suficiente para una apuesta que está cuarenta y cinco a uno en la carrera de las tres y cuarto. *Crystal Clear*, se llama la yegua. Me traerá suerte, seguro.

—Venga al programa, por favor —le digo, tendiéndole el móvil. No contesta. Lo dejo dándole vueltas a un anillo en el dedo y trato de imaginarme cómo lo consiguió.

En el tren de regreso a Londres, telefono a Livvy para comunicarle mi hazaña. No me deja que me duerma en los laureles.

—A ver si se presenta. ¡Deberías haberle hecho la entrevista allí mismo! Debería mandar a Matt a hacerla —murmura—. Quiero que vayas a Woolwich.

—¿A Woolwich?

—Ha llamado una amiga de Melody. Tiene unas secuencias de vídeo con Melody haciendo de mago en un escenario. Podrían servirnos.

—¿No podemos mandar a un mensajero?

—No, no podemos. Solo las entregará en mano, y esa mano eres tú.

Contengo un gemido. Woolwich está lejísimos, en la otra punta de Londres, en dirección contraria de donde me dirijo, muy lejos de mi casa. Me suena a recurso barato de relleno y sin

trascendencia. Mi ojo dolorido palpita a modo de protesta silenciosa.

—¡Nadie dijo que trabajar en televisión fuera todo glamour, Kate! Venga, que nos espera esta tarde.

Me hundo en el asiento del tren, echando pestes de mi jefa. Cuando el tren se detiene en Paddington, miro en el móvil los resultados de las carreras en Cheltenham. En la de las tres y cuarto, *Crystal Clear* fue derribada en el tercer obstáculo.

Hacer el encargo me lleva horas. La amiga se muestra locuaz y frívola mientras me pone el vídeo. Melody y ella actuaron en una obra del colegio cuando tenían quince años. No tiene ni la calidad ni el interés necesarios para que sirva de algo, y me voy sin la cinta, desesperada ya por llegar a casa.

Paul me llama mientras recorro las desconocidas calles de este rincón del sureste de Londres.

—¿Cómo te encuentras?

—Fatal.

Me quedo corta. Tengo un dolor de cabeza palpitante y me siento débil. Lo único que he comido en todo el día es un bocadillo envasado al vacío de los que venden en el tren. Lo tengo en el estómago como si fuera cemento, y me preocupa que vaya a volver a salir por donde ha entrado...

—Esta visita es una pura cortina de humo.

Paul emite unos sonidos compasivos.

—Lo que te hace falta es llegar a casa y descansar. Estoy en la terminal del ferry de Woolwich.

—¿Y qué haces ahí?

—Tenía cosas que hacer. Marcus está haciendo de canguro. Deberías meterte en la cama, te diste un golpe muy feo.

Le doy las gracias y me pego la caminata hasta la terminal del ferry, el hematoma me golpea el cráneo al mismo ritmo que el bolso la cadera. Puede que mi decisión de no ir al hospital haya sido una cabezonería precipitada, después de todo. Cuando llego, Paul está apoyado en una barandilla. Me envuelve en un abrazo y coge mi abultado bolso.

—Hoy no deberías haber ido a trabajar. No estás bien. —Me desplomo sobre su hombro, pero Paul me sujeta por los brazos, con una sonrisa en la cara—. ¡Pero cómo te has currado lo de Gerry! ¿Por qué no me dijiste que ibas a buscarlo?

Intento alzar los hombros con indiferencia, pero me recreo en su aprobación.

—No sabía si lo encontraría.

—Livvy está muy impresionada.

—¿Ah, sí? Pues por teléfono no lo parecía.

—¡Venga, mujer! Ya conoces a Livvy, es incapaz de decirlo, pero lo siente.

—Supongo que tienes razón.

Paul guarda silencio un momento.

—Pero, Kate, creo que es importante que, de ahora en adelante, no hagas cosas así sin decírmelo primero; podría ser peligroso. No querría que te pasara nada malo.

Frunzo el ceño y la herida me late. Estoy dispuesta a admitir la derrota.

—Sí, tienes razón. ¿Dónde está el coche?

Paul apunta con la cabeza hacia el otro lado del río.

—Allí. Podemos ir andando.

—Oh. ¿No podemos coger el ferry? Estoy agotada y quiero sentarme.

—Se acaban a las ocho. Venga, que la otra orilla está aquí al lado. —Me coge el brazo y lo engarza con el suyo, camino del edificio redondo de ladrillo que alberga la entrada al túnel de Woolwich. Paul empieza a bajar la escalera.

—¿Bajamos en el ascensor? —digo mientras pulso el botón. Las piernas me pesan como el plomo.

—Mira, está estropeado —dice, apuntando hacia un letrero colgado en la pared—. Venga, va, ¿dónde está tu sentido aventurero?

Echo a andar tras él, estoy acostumbrada a que las decisiones que toma Paul sean las buenas, y demasiado cansada como para pensar en nada, así que miro la barandilla oxidada y empiezo a bajar sin ayuda. Descendemos dando vueltas y más vueltas por la exigua escalera. Empiezo a marearme y reduzco el paso. Esto no huele bien, pero nada bien.

—¿Paul? —No contesta y no se oyen sus pisadas en los escalones metálicos de la escalera—. ¿Paul?

Empiezo a correr tras él, escalera abajo, y como respuesta a reconocer que estoy asustada se me erizan los pelillos del cogote, haciéndome jadear y dar un traspié. Me giro en redondo, a la espera de algo horrible, pero no hay nadie.

«Esta escalera tiene cien escalones», he leído arriba. Debo de haber bajado unos sesenta, más o menos la mitad. Quiero retroceder, hacer el pesado viaje a casa en tren y en autobús, salir al aire helado, pero la soporífera calidez del coche está aquí al lado, podré dormir como un bebé mientras Paul me lleva de vuelta a las comodidades del hogar. Me aferro al pasamano, muevo los pies tan rápido como un boxeador saltando a la comba, y corro escalera abajo. Me arriesgo a una caída, y si me caigo me haré daño, pero el miedo se ha instalado en mi cabeza y no puedo desalojarlo. Tomo la última curva casi volando y llego abajo, jadeando.

Paul está junto al hueco del ascensor. Está serio. Sostiene mi bolso bajo el brazo y la carpeta azul de Melody asoma por arriba. No he tenido tiempo de hacer nada con ella, pero Paul podría haberle echado un vistazo y saber de dónde procede.

—¿No tienes que contarme nada, Kate? —Intento recuperar el aliento—. Porque no soportaría pensar que hay secretos entre nosotros. —Mueve el brazo, y el bolso se aplasta, la esquina de cartulina emerge del cuero como una vela en aguas tempestuosas. No puedo contestar. Sus ojos son fríos mientras nos miramos el uno al otro en silencio—. Vale, pues vámonos.

Me doy la vuelta y tengo que tragarme la saliva que se me acumula demasiado deprisa en la boca. Un túnel iluminado con una luz tenue e intermitente conduce hasta el exterior; primero descendiendo durante un largo trecho antes de volver a ascender, por lo que es imposible ver el final. La perspectiva juega malas pasadas, y el camino que tengo por delante parece más bajo y estrecho a cada paso. Mi claustrofobia latente me atenaza con más fuerza el estómago. Estamos solos. He vivido en Londres más de media vida. Mi madre no lo entiende, lo llama ese «sitio espantoso y sucio», pero a mí me encanta. Es el lugar más particular del mundo. Dondequiera que vayas hay una multitud, la comodidad y el consuelo de los extraños. Nunca he tenido miedo, un logro considerable en una ciudad tan grande, porque nunca he estado sola. Pero aquí abajo, en esta tumba, solo estamos Paul y yo. Nadie puede oírte gritar. Nadie en su sano juicio (como diría mi madre) estaría aquí a las nueve y media de la noche. Nadie en su sano juicio.

Paul echa a andar y caminamos muy tiesos el uno junto al otro.

—Supongo que el Támesis empieza por aquí. —Vuelvo a tragar. Cada vez descendemos más, el camino de cemento se inclina en un ligero ángulo—. Me pregunto qué cantidad de agua debemos tener encima.

—¿No podemos hablar de otra cosa?

Lo hace a propósito, intenta asustarme. Todo el mundo tiene un talón de Aquiles y el mío es el agua. No sé nadar. Es una de esas cosas de la vida que jamás he conseguido, como tocar un instrumento o aprender a cocinar. El agua me aterroriza, morir ahogado es la peor muerte que puedo imaginar. Incluso de pequeña tenía pesadillas en las que debía huir de tsunamis, aunque entonces se llamaban maremotos; los cuentos en los que aparecían remolinos me hacían llorar. Paul lo sabe, pero sigue intentando tirar de los deshilachados bordes de mi paz mental.

—Imagínate, en los bombardeos durante la guerra, la gente tenía que meterse aquí toda la noche. Centenares de personas aquí metidas.

Cambio de tema de inmediato.

—¿A quién has venido a ver por esta zona?

—A un ejecutivo de la BBC.

—Vaya sitio para quedar...

—Llegaba en un vuelo al aeropuerto. Está justo en la carretera que hay al otro lado del túnel.

—Ah...

—¡Mira, agua! —Paul estira el brazo para tocar los sucios baldosines blancos en los que se ha abierto una pequeña fuga, encharcando el cemento del suelo.

—Vamos, vamos. —Apresuro el paso, desesperada por llegar al final de esta interminable prisión subterránea que intenta contener la inmensa cantidad de agua del Támesis que fluye sobre nosotros—. ¡Dios mío! ¿Y si se va la luz?

—Sería divertido quedarse aquí abajo sin luz —dice Paul. Camina tranquilamente, con mi bolso a cuestas.

—¡Vale ya!

—¿Qué pasa? ¿No confías en mí, Kate?

Y en ese momento, el entendimiento me golpea y me paraliza las piernas, me doy cuenta de que tiene intención de hacerme daño. Me vienen a la cabeza imágenes de una excursión que hicimos a Hampstead Heath, hace cinco años, quizá seis. Era verano, unos días de bochorno en la ciudad, tan poco habituales que se habían marchitado en mi memoria. Era a primera hora de la tarde, Josh daba sus primeros pasos por allí y Jessie estaba con un amigo que hablaba de su carrera de actor con gran entusiasmo. Ella decía que conseguir que los actores actuaran como un conjunto en el escenario requería mucha confianza; tenían que estar convencidos de que podían confiar absolutamente los unos en los otros. Para fomentar esa confianza, jugaban a un juego en el que tenían que cogerse unos a otros cuando se dejaban caer. Decía que era muy divertido, así que nos pusimos a jugar en el césped del parque bajo el sol de la tarde, con los hombros desnudos y los cuellos pegajosos por el sudor.

—Venga, Huevito, déjate caer en mis brazos —dijo Paul. Yo dudaba, en pie con los brazos cruzados sobre el pecho y mirando con ansiedad a mis espaldas—. ¡Venga! —Retrocedió un paso, incrementando la distancia entre nosotros—. ¿No confías en mí?

Movió los dedos haciéndome señas para que me pusiera a su merced. Tenía el rostro

bronceado y los dientes resplandecientes.

—Pues claro que confío en ti, pero estás muy lejos. No soy tan alta.

—Te cogeré. —Y volvió a repetirlo—. ¿No confías en mí?

—Venga, Kate —apremió Jessie—, tienes que arriesgarte. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Así que cerré los ojos, me puse rígida, me dejé caer hacia atrás y oí demasiado tarde su «¡Mierda!», y me di un tremendo batacazo, primero en los hombros, en medio del soleado parque. Me quedé allí tirada, sin aliento, y los rostros me iban tapando la luz a medida que se inclinaban sobre mí.

No me había cogido. Oía al mismo tiempo las nerviosas risas escandalizadas y las voces inciertas, pero todas sintonizadas con una sola: la voz suplicante de mi marido pidiendo perdón, intentando explicar qué había salido mal.

—Pensé que la parte final de la caída es la más intensa y quería darle más emoción...

—¡O un susto! —añadió alguien.

—... y cogerte en el último momento...

—¡Esto te lo va a hacer pagar caro! —dijo Jessie mientras sacudía la cabeza y trataba de darme un vaso de vino.

A la mayoría de nuestros amigos aquello les pareció divertidísimo, pero a Paul y a mí no. Él sabía que el daño que me había hecho con su error era algo más que físico, que yo le daría un mayor significado dentro de nuestra relación, que no lo olvidaría y que, por más que yo lo intentara, me costaría mucho perdonárselo.

El túnel empieza a ascender, estamos en la parte más profunda del río. Nuestros pasos resuenan en el estrecho pasadizo. ¿Cuán oscuro es tu corazón, Paul? Miro la inclinación de su cabeza, hacia delante y hacia abajo, su nariz recta, que he besado desde cualquier ángulo concebible, una línea vertical, las patas de gallo que empiezan a formarse alrededor de unos ojos que he visto arrugarse de placer más veces de las que puedo contar. Su abrigo aletea, abierto como siempre. Se detiene y se da la vuelta, mirando el camino por el que hemos venido. Tal y como ha esperado todo el tiempo, aquí no hay nadie más que nosotros. ¿Se la has jugado a tu socio y viejo amigo, has matado a Melody por dinero y no por amor?

¿Estás a punto de completar tu plan y matar a la madre de tus hijos, la que te proporcionó una cómoda coartada? ¿Justo aquí y ahora? No había nadie en la terminal del ferry cuando nos hemos encontrado, porque el ferry ya estaba cerrado. No me ha visto nadie, los transeúntes apenas me han visto llegar. Tú habrás pasado inadvertido, un extraño en una zona de la ciudad por la que nunca pasamos, lejos de casa. Las palabras de Lex resuenan en mi cabeza como un mantra: «Alguien me la ha jugado».

En mi curso de interrogatorios vi un montón de vídeos policiales de sospechosos acusados de todo tipo de delitos, desde robo hasta asesinato. Los crímenes pasionales eran los peores (un hombre que mataba a palos a su madre con una barra de hierro; una mujer que apuñalaba a su hermana gemela trece veces con un cuchillo de cocina), pero para mí eran de una honestidad que me resultaba comprensible; pasiones desatadas por nuestro lado bestial, la ira explosiva que tal vez todos llevemos dentro. Aquellos asesinos se habían visto superados por una locura momentánea que los condenaba a contemplar el suicidio cada aniversario de aquellas muertes, porque lo que hicieron en aquella décima de segundo los perseguiría durante el resto de sus vidas. Pero la premeditación requiere el más oscuro de los corazones, porque está planeada.

—Qué sitio más horrible, ¿verdad? —dice Paul, acercándose a mí. Me detengo y retrocedo contra la pared curvada, noto los baldosines fríos contra el culo—. Es para asustarse, Kate, y con razón. No se te ocurra volver por aquí sola.

Mete la mano en el bolsillo del abrigo y yo no puedo respirar.

Avanza otro paso hacia mí, uno de sus zapatos cruje en el silencio mientras escruto el rostro de mi marido, y en ese momento las palabras de una parte de la ceremonia de nuestra boda brotan en mi mente con la claridad de una campana en una soleada mañana de domingo: «Amar lo que sé de ti, y confiar en lo que aún no sabemos». Pero ¿qué se yo, en realidad? Paul, llevo casi diez años a tu lado, sé por dónde te corre el sudor cuando llegas al orgasmo, recuerdo la expresión de tu cara cuando sacaron a nuestros hijos de mi cuerpo desgarrado, te he visto cagar, vomitar y gritar de dolor. Conozco tus espasmos musculares cuando duermes, por dónde te cae el moquillo cuando el dolor ocasional abruma tu talante risueño, siento tus miedos más profundos y me río con tus suposiciones más arrogantes. Sé que quieres ser incinerado en lugar de enterrado, y que esperas que Josh y Ava, para entonces ya adultos hechos y derechos, y yo, desde lo alto de un impresionante acantilado en Devon, esparzamos tus cenizas a los vientos del oeste.

He compartido una vida contigo, he creado dos nuevas vidas contigo, he esperado acabar mis días contigo, he pasado incontables horas contigo, pero ahora, aquí, bajo el río que pasa por la ciudad en la que hemos vivido esa vida, me doy cuenta de que no te conozco en absoluto.

No sé de lo que eres capaz, no puedo desentrañar tus intenciones ni tus motivos. Puedes estar a punto de matarme o de abrazarme, no sabría decirlo. Hemos destruido la confianza. He mentido por ti, he cometido perjurio en un esfuerzo por preservar esa vida perfecta, he abandonado a Lex a su suerte... ¡Oh, Melody, lo siento! En su momento creí que la elección no era mía.

—Pareces a punto de desmayarte —dice Paul mientras saca un pañuelo del bolsillo y me lo tiende. Me lo llevo a la cara, como una bandera blanca de rendición—. Venga, apóyate en mí y salgamos de aquí.

Llegamos por fin al otro extremo y ni siquiera puedo emitir un gemido cuando veo el cartelón que indica que también ese ascensor está fuera de servicio. Tiro de mi cuerpo por la interminable escalera más allá de los charcos de orina. La palma de la mano me huele como a sangre por culpa del óxido de la barandilla.

—Espera aquí, voy a buscar el coche —dice Paul cuando llegamos arriba, a la salida—. No quiero que camines más. —Me derrumbo en un murete bajo y Paul me tiende mi bolso.

—¿Puedes traerme un poco de agua? Allí hay una tienda.

Baja por el camino a grandes zancadas, cruza la calle hasta el supermercado veinticuatro horas y desaparece bajo el letrero de neón. Saco mi móvil y marco el número de O'Shea. Nuestra conversación es breve, le digo que quiero rectificar mi declaración y le resumo por qué. Percibo una nota de triunfo en su voz: misión cumplida, debe de estar pensando. Cuando vuelve Paul, sigo sentada en el mismo sitio.

Acomodada en el asiento del pasajero, doy varios tragos largos de agua mineral y, antes de que llegemos al final de la calle, me quedo dormida.

29

Han llegado por la mañana, mientras Paul meneaba una bolsita de té en su taza. Ava ha corrido a abrir la puerta y se han instalado en el pasillo mientras yo salía a recibirlos. Eran un montón: O'Shea y White, más policías de paisano y algunos de uniforme. Han ocupado la cocina y O'Shea ha sido la que le ha dicho a Paul que venían a arrestarlo. Cuando Paul ha preguntado por qué, le han dicho que «debido a nueva información recibida». Se ha vuelto hacia mí y se ha quedado mirándome, sin palabras, sosteniendo todavía con la cucharilla la goteante bolsa de té.

—Acabemos con esto.

Ha tirado la bolsita y la cucharilla en el fregadero y ha ido hacia el pasillo a buscar su abrigo, y entonces se ha desatado el infierno. Josh ha empezado a gritar. Ha echado a correr tras O'Shea, que seguía a Paul hasta el vestíbulo, cuando este le ha dado un puñetazo en el estómago a ella.

—¡Dejad a mi padre en paz!

Paul ha chocado contra el perchero y ha caído al suelo. Uno de los policías ha intentado agarrar a Josh, pero se ha topado con grandes reservas de energía preadolescente dándole unas patadas que lo han hecho soltar un grito de sorpresa y dolor.

Los aullidos de Ava ahogaban el clamor de varias voces hablando a la vez.

—¡Coja a los niños! —ha estallado White según entraban más adultos chocando con las paredes y entre ellos en el reducido espacio del pasillo. Josh se aferraba a un conmocionado Paul mientras yo intentaba apartarlo.

—No te vayas, papá, no te vayas —gemía Josh sobre el hombro de Paul mientras mi marido me miraba, pálido y mudo.

Yo he sido incapaz de soltar siquiera los consabidos tópicos capaces de poner fin a aquella escena, no disponía ni de una falsa excusa para Josh y Ava. No podía consolar ni tranquilizar a mis propios hijos. En medio de aquel estridente caos en nuestro elegante pasillo estaba la prueba de que Paul quería a sus hijos, de que ellos lo querían y de que era yo quien los estaba destrozando. He intentado conjurar el rostro de Melody en busca de determinación para seguir adelante, pero solo podía oír el terror y la congoja de mis hijos. El temor por mi vida que sentí ayer bajo tierra no me lo traje a casa, pero solo la verdad puede devolverme la paz mental.

—Sacadlo de aquí —ha ordenado O'Shea, o eso es lo que me ha parecido oír. Ava gritaba tan alto en mi oído que el resto de las personas han quedado convertidas en mimos.

Paul ha tratado de ponerse en pie y un policía ha apartado a Josh, yo no he tenido corazón para

hacerlo. Paul ha salido de casa flanqueado por dos agentes, con los gritos de «¡Papá!» de Josh resonando a sus espaldas. Paul no me ha dicho ni una sola palabra. O'Shea ha sujetado la puerta con el pie mientras yo la he cerrado con llave, porque Josh intentaba correr tras su padre. O'Shea se ha ajustado los faldones de la camisa y se ha recogido el pelo.

—¡Te odio! —me ha gritado Josh con verdadero sentimiento.

—Qué encanto —replicó O'Shea con acritud.

—¡Está hecho un gallito! —ha comentado con alegría un hombre de unos cuarenta años, pero una mirada de O'Shea lo ha hecho callar de golpe.

—Dadle un minuto a la señora Forman —ha añadido O'Shea, haciéndome un gesto afirmativo con la cabeza, pero me ha costado más de un minuto tranquilizar a mis afligidos hijos.

Los he llevado al colegio para mantener las cosas dentro de la mayor normalidad posible, pero resulta complicado hacer cosas tan sencillas como ayudarlos con las mochilas y los almuerzos cuando el corazón se te está saliendo por la boca.

Ahora, cuatro horas más tarde, estoy sentada en el sofá bebiendo whisky con manos temblorosas. He vendido a mi familia; le he contado a O'Shea y a un hombre de mediana edad, el sargento detective Ben Samuels, los detalles sobre la hora a la que llegó Paul y la sangre que tenía en las manos, y les he dado la bufanda. Los ojos de O'Shea resplandecían cuando la he traído. He salvado su errática investigación de asesinato, hoy les he quitado un marrón de encima a unos cuantos policías. Hasta puede que sirva para que la asciendan. Mi casa está patas arriba, buscan «material relevante para la investigación». Los oigo remover en los armarios; un agente saca metódicamente libros de la estantería ante mí y los sacude; alguien embutido en un traje blanco está en el lavabo, seguramente pasando bastoncillos por las juntas de las baldosas y por el desagüe.

—Dejémosle un poco de sitio —dice O'Shea, dirigiendo su mirada de ojos grises hacia el que busca en la estantería de los libros—. ¿Podemos ir a la cocina? —Nos dirigimos hacia el fondo de la casa, seguidas por Ben

—Tenemos la cuestión de que nos ha ocultado información durante un interrogatorio policial —empieza a decir mientras mira por la ventana hacia el jardín—. Podríamos acusarla por ello, pero no estoy segura de que sea de interés público, con los niños y todo eso.

Intenta ser amistosa y no lo hace mal. La veo dirigir al equipo de personas que hay en mi casa, es más joven que la mitad de ellos. Me pregunto cuántas patadas en los huevos habrá tenido que dar para hacerse un sitio en todo este tinglado.

—Tendremos que drenar el canal.

Me quedo pasmada.

—¿Por qué demonios tienen que hacer eso?

—No se ha encontrado el arma homicida. Si la hubiera matado yo, la habría ocultado ahí. —No replico; ella remueve en un cajón de la cocina—. ¿Le falta alguno de los cuchillos de cocina?

—No. Y soy el tipo de persona que se daría cuenta.

Me lanza una mirada que expresa respeto por mi gestión del hogar; yo apostaría a que en su cajón de los cubiertos tampoco hay migajas.

—¿Esta puerta no tiene otra cerradura? —Tira de la llave pasada de moda—. Esto invalidaría su póliza de seguro.

Me encojo de hombros.

—Todo eso es terraplén. Para llegar por detrás, habría que nadar. —Me estremezco—. Nadie en su sano juicio lo haría.

—A eso me refiero precisamente.

O'Shea revisa las ventanas de la cocina, sin sorprenderse por los desvencijados pestillos ni por el hecho de que uno ni siquiera se puede cerrar. Trabaja en un mundo en el que confiar en la lógica no te protege de la maldad y la violencia de la gente.

—Si se tratara de un loco, seguro que no querrá que entre aquí, con los niños...

—¡Vale, vale, ya lo pilló! En esta calle hace por lo menos veinte años que no entran a robar en una casa por detrás. ¿Tiene un cigarrillo?

O'Shea aprieta los labios.

—Lo dejé hace cinco años. —Se apiada de mí—. Ben, ¿te importaría darle un cigarrillo a la señora Forman?

—Claro que no. —Me tiende el tabaco, y tener el paquete en la mano me consuela. Ella me mira fijamente. Estoy siendo sometida a la prueba de resistencia. Me pregunto cuántos la habrán superado a lo largo de los años.

—¿Cómo se ha hecho eso? —Me señala el ojo amoratado.

—Lex se estrelló con el coche conmigo dentro —respondo.

—¿Y eso cuándo fue?

—Hace dos noches. Estaba muy cabreado.

O'Shea se dirige a Samuels con brusquedad.

—¿Sabíamos algo de eso? —Samuels niega con la cabeza y frunce el ceño—. ¿Estaba enfadado con usted? ¿Por qué?

—Creía que le estaban tendiendo una trampa con lo del asesinato de Melody.

—¿Quién le estaba tendiendo una trampa?

—Paul, John, yo, todos nosotros. Estaba delirando y probablemente borracho.

—¿Usted cree que le han tendido una trampa?

Doy una profunda calada.

—Lex es como un niño mimado. Cuando las cosas no salen a su gusto, la toma con los demás.

—¿Por qué mató Paul a Melody?

—¡No sé si la mató! ¡Nunca he dicho que la matara! Sencillamente no me creí la historia del perro... Yo ya no sé qué creer, en quién confiar...

Me muerdo un padastro, la preocupación envuelve mi cuerpo con el humo del cigarrillo. Una vez más recuerdo las palabras de Lex durante nuestro enloquecido viaje en coche: «Constantemente se acusa a gente inocente». Dios no lo quiera que esté equivocada.

Los dos me miran fijamente.

—¿Su marido tenía una aventura?

—No lo sé.

—¿Usted qué cree? Hay gente que cree que sí.

—¡No lo sé!

—¿Había sido infiel con anterioridad?

—Conmigo no. —O'Shea enarca una ceja—. Ya estuvo casado antes. —Miro al suelo—. Tuvo un lío conmigo.

O'Shea guarda silencio y percibo que Samuels disfruta con mi incomodidad.

—Tiene una casa preciosa, Kate. Goza de un nivel de vida envidiable. ¿Tienen algún problema monetario, financiero, que usted sepa?

—No.

—¿Cómo lo sabe?

—Consulto el estado de cuentas del banco, tenemos una cuenta conjunta, ese tipo de cosas.

—¿Qué ha sucedido para que cambie su declaración, Kate?

Miro hacia el floreciente jardín, llenándose de vida a medida que avanza la primavera. Apenas llego a ver el techo rojo de la casita de Ava.

—¿Ha oído hablar del «efecto halo»?

—No.

—Es un término utilizado en sociología. Si alguien es particularmente atractivo físicamente, tendemos de forma equivocada a dar por supuesto que todas sus demás características son también atractivas. Creemos que tiene más principios que la gente corriente, que es mejor compañía, que es más honesto. Su inusual belleza nos impide ver sus defectos. Supongo que la gente famosa, los actores o las modelos, producen este tipo de reacción en la gente. —Veo un par de calcetines de Paul sobre la encimera, uno conserva todavía la forma de su pie. Hasta los pies de mi marido son bonitos—. Yo ya no puedo juzgar por mí misma. Quiero que alguien más confirme o niegue.

—Entonces, ¿quiere decir que Paul lo hizo y que mucha gente pensaría que no fue él?

—Lo que digo es que no lo sé. Solo quiero saber la verdad. Eso es lo único que quiero.

—Pero ¿por qué cambiar de opinión ahora?

Aplasto el cigarrillo en un plato lleno de cortezas de pan.

—Lex y yo no nos vemos muy a menudo, pero esa noche me dio pena. Si él no lo hizo... Porque no puedo mirar a mis hijos a la cara si tengo dudas, y porque... porque...

—¿Qué, señora Forman?

He estado a punto de decir que temía por mi vida, pero me doy cuenta de cómo puede sonar. Ya he hablado suficiente.

—Nada. —O'Shea sostiene una carpeta contra su pecho como si fuera un niño pequeño, y me pregunto si para ella su profesión es como un hijo—. ¿Y ahora qué?

—Esta gente estará aquí la mayor parte del día. Puede que tenga que firmar papeles para que nos podamos llevar algunos objetos —dice poniéndose en pie.

—¿Adónde va?

—A interrogar al señor Paul Forman.

Samuels la acompaña al coche y me quedo sola en la cocina. Una puerta se cierra de golpe y la vibración hace que un calcetín de Paul caiga sin hacer ruido sobre las baldosas, justo en el momento en que un policía entra procedente del jardín y lo pisotea.

30

Tengo la esperanza de que dos paquetes de ganchitos en el camino de vuelta del colegio, caramelos y gominolas en la puerta de casa, tebeos delante del vídeo, comida para llevar seguida de pastel de chocolate y juegos de ordenador basten para comprar la tranquilidad de mis hijos. Los profesores me han dicho que estaban bien, pero yo los observo con atención mientras están sentados en la salita, encorvados frente a Disney al tiempo que un rastro de migas y azúcar se asienta en las fibras de la alfombra.

Después de acostarlos, me instalo abajo con las sobras: unas cuantas gominolas, patatas fritas frías, una cerveza y un paquete de tabaco sin abrir; a medida que mi vida se desintegra, resurge mi yo preadolescente; vuelvo a ser la fumadora y la bebedora de cuando tenía veinte años. Me siento delante del ordenador con la memoria USB llena de archivos de casa de Melody. El nombre de Paul introducido en la opción Buscar me devuelve ochocientos setenta y un resultados. «Graham» y «Melody» devuelven hojas de gastos, temas fiscales, varios contratos y los acuerdos de confidencialidad firmados para tratar lo de *Crime Time*. Un tostón. El nombre de Lex da lugar a cincuenta y cinco archivos, algunos son esbozos de programas y en uno se detalla cómo funcionaría en la práctica el sistema de votación del público en *Crime Time*. De momento, es lo más interesante que he encontrado, fluye la creatividad de Lex, está claro que tiene asimilado el concepto, y sus ideas sobre la participación del público dan en el clavo; está convencido de que será un éxito y se jacta de que se podría vender en muchos países. Me descubro sonriendo; puede que esté un poquito tarado, pero hay que reconocer que es brillante; es el rey del *reality*, para qué engañarnos. La palabra «Forwood» es desalentadora, arroja cuatrocientos documentos. Tengo que afinar más la búsqueda, así que pruebo con «Px», una firma que Paul utiliza a veces. Aparecen dieciocho archivos. Echo una ojeada a unos cuantos antes de dar con un intercambio de correos entre Paul y Melody en los que queda patente lo entusiasmada que está Forwood con la idea de *Crime Time* y una efusiva respuesta.

En el siguiente correo hay un cambio de tono.

Querida M,

Siento si la reunión te resultó complicada. L está muy entusiasmado con este programa y algunos de sus puntos de vista son muy incisivos. Espero que podamos llegar a un acuerdo en la siguiente reunión que satisfaga a todas las partes.

Px

El siguiente archivo procede de la cuenta de correo personal de Melody, <mg26@hotmail.com>, y va dirigido a Paul.

Querido P,

Estoy muy molesta con todo esto. Es increíble que él me pregunte si hablo en serio cuando sabe perfectamente que sí. Puede que yo sea joven, pero tengo todo el derecho a tomarme mi tiempo y a solicitar asesoría legal sobre mi posición. No quiero que me intimiden.

Mx

Luego viene una amenaza en toda regla. Desde <mg26@hotmail.com>.

Puede que a L no le guste, pero tengo todo el derecho de presentar la idea en cualquier otro sitio. Ya he repetido muchas veces que solo quiero un precio y un trato justos por este programa. Las presiones que él recibía de la competencia me traen sin cuidado, como te podrás imaginar.

Mx

A lo que Paul respondió:

Estás en tu absoluto derecho de intentar vender tu idea allí donde creas conveniente, no faltaba más. Sigo creyendo que nosotros somos la compañía que mejor puede convertirla en un producto televisivo vendible, presentable y de éxito, y espero que podamos convencerte de ello. De no ser así, te deseo lo mejor de aquí en adelante.

Px

El siguiente correo es inquietante.

Querido P,

Anoche te llamé tres veces pero acabé colgando el teléfono. Pensé que sería mejor escribirlo y dejar que lo asimiles, que decirlo en frío por teléfono. Cuando salí para ir al lavabo, me quedé fuera y oí lo que L decía sobre mí. Me disgustó, pero estaba demasiado enfadada y trastornada como para comentarlo en la reunión. Pensé que acabaría diciendo cosas de las que luego me arrepentiría, así que me mordí la lengua... No como él. Para empezar, no tengo que firmar su contrato si no quiero. Sé que estoy en mi derecho, y lo que él dijo puede considerarse intimidación. Me da igual si se acaba el tiempo, no es mi problema.

Las demás cosas que dijo sobre nosotros... Bueno, ¿qué puedo decir? Me sentí avergonzada y me enfadé, por ti y por mí. Dijo delante de John que «lo tengo mal contigo». ¿Qué quiso decir con eso, que voy por la vida como una loca necesitada? Y ya para rematarlo, decir que os voy a denunciar a ti o a él por acoso sexual si no me salgo con la mía es una calumnia. Por eso me fui de la reunión sin concretar ni acordar nada, por mucho que me sacara de quicio. La conclusión es que no puedo trabajar con él, lo que significa, por mucho que me pese, que no puedo trabajar contigo.

Mx

Trato de imaginar por un momento cómo debió ser aquella reunión; una mujer joven con una buena idea intentando que los depredadores de la tele la tengan en cuenta pero no la devoren. Se comportó mejor de lo que yo habría sido capaz. Ahí está la prueba de lo despectivo que pudo llegar a ser Lex respecto a su ambición y su talento, de hasta qué punto sospechaba que ella estaba enamorada de Paul. Lo único que no sé es si era recíproco.

Este cruce de correos me ofrece una visión más clara de cómo discurre la pesadilla de Lex, en especial si eres una mujer joven y de buen ver. Lex será un borde, pero no es tonto; ¿se preguntaría

después si se había pasado de la raya, si se había encontrado esta vez con la horma de su zapato? «Nunca te interpongas entre un hombre y los millones que puede ganar». Seguramente Melody habría tenido motivos para una denuncia por acoso sexual si hubiera querido. Hasta puede que dispusiera de pruebas, más claras incluso, de algo así. Combinadas con los «rumores sexuales» que Lex ha ido capeando a lo largo de los años, son motivo suficiente para que los inversores lo tilden de «mal socio». Por eso quería Lex conseguir lo que hubiera en casa de Melody, para saber hasta qué punto estaba ofendida, pero él no podía ir en persona porque podía levantar sospechas, y Astrid, su antena parabólica, no fue capaz de captar la desesperación de su jefe. Melody era lo único que se interponía entre Lex y su fortuna, y él lo sabía. ¿Por eso quedó con ella después, la misma noche del crimen? ¿Iba a suplicarle o ya tramaba algo?

Cojo el teléfono y marco el número de Lex. Quiero oírlo maldecir y poner el grito en el cielo mientras lo acorralo, pero me sale el frustrante «el número al que llama está apagado o fuera de cobertura en este momento. Por favor, inténtelo más tarde». Ya lo creo que lo intentaré, no podrás detenerme.

Me muerdo las uñas, inicio sesión en el portátil y me voy a ver la página *lexwoodesinocente.com*. Han entrado unos cien mil visitantes desde el miércoles. Hay fotos suyas con varias celebridades y en la rampa para minusválidos de la comisaría. El propio Lex, o alguien que haya contratado, ha puesto enlaces a las noticias de prensa relacionadas, y hay un montón. Siempre ha sido un maestro de la autopromoción y del marketing viral, y lo que mejor sabe hacer es venderse a sí mismo. La frase «Apueste contra mí si cree que soy culpable» decora la parte superior de la página. Muy bien, Lex, ahí va un mensaje. Apuesto cien libras a que estás metido hasta el cuello. Recibo un mensaje de respuesta automática en mi bandeja de entrada.

Gracias por preocuparse por el asesinato de Melody Graham. Al participar en esta página web, ayuda a mantener la presión para que la policía resuelva este crimen y a que no decaiga su vigencia ante el público. Yo no la maté, y es más importante que nunca que la policía no ceje en la búsqueda de quien lo hizo.

Un canal de noticias online discurre por la parte superior de la pantalla, y mi ojo capta algo relacionado con Forwood TV. Se ha hecho pública la noticia de que Paul ha sido arrestado, y dos minutos después empieza a sonar el teléfono. No puedo eludir a la madre de Paul, histérica y desafiante. Me cuesta quince minutos de difícil persuasión convencerla de que no venga a «ayudar». Antes preferiría estar en la cárcel con Paul que tenerla por aquí danzando y socavando la crianza de mis hijos. «Oh, yo ese canal no lo veo nunca» o «No creo que haga falta que los niños lleven botas de agua en la ciudad». A ella le sigue mi propia madre, que encuentra por fin una circunstancia que encaje con su tedioso fatalismo. «Si hace falta, podéis veniros a casa conmigo», dice esperanzada. ¡Caramba! ¡Gracias! Es la mejor oferta que me han hecho nunca... Voy cambiando de canales distraídamente mientras hablamos, y me detengo cuando veo a Gerry en una reposición de *Inside-Out*, haciendo flexiones en su celda sin camiseta. La tele tiene bajado el volumen, así que cuento veinticinco flexiones de Gerry mientras mi madre parlotea. Los músculos de su espalda se abultan bajo la piel con el movimiento. Se pone en pie mientras mi madre se despide, y sonrío a la cámara en la parte superior de la pared antes de disparar con un arco imaginario una flecha directa hacia mí.

31

El fin de semana pasa despacio a la espera de alguna noticia de Paul. No lo han soltado; las veinticuatro horas de prisión preventiva se convierten en treinta y seis, y luego en más tras la firma de un magistrado. Pero la vida sigue: los niños tienen que ir al colegio y yo a trabajar. Me asomo por un lado de las cortinas de Ava para ver la calle. Dos cámaras y Declan Moore están apoyados en la pared de enfrente. Recuerdo los sollozos de Josh del otro día y decido que nunca más volveré a hacerlo pasar por eso.

—¿Podemos ir por este camino cada día, mami? —pregunta Ava chillando cuando el barco se balancea.

Estamos saliendo por el jardín, por el canal y por el callejón del otro lado. Despierto a Marcus golpeando un costado del *Marie Rose* y le pido que nos lleve. Se ofrece amablemente a cruzarnos los diez metros de agua. Me agarro a los lados hasta que se me ponen los nudillos blancos. Recogemos las mochilas llenas de libros y las fiambreras del almuerzo y abrazo a Marcus, feliz de haber marcado un tanto a quienes aguardan delante de la puerta muertos de frío.

—¿Vais a estar aquí esta noche? Tal vez necesitemos volver por este camino.

—Seguro que uno de los dos estaremos aquí. Iré a buscarte, así no tendrás que tirar del cabo para acercar el barco, con los niños y todo. No podremos hacerlo mucho tiempo, nos vamos de vacaciones, un viaje de última hora a Austria para esquiar.

Me imagino a Max y Marcus deslizándose felices por la nieve en polvo mientras bajo la mirada hacia el negro canal.

—Marcus, me temo que la policía vendrá mañana, lo más probable es que traigan buceadores. Ván a inspeccionar el canal. Lamento que os causen molestias.

Sonríe, mostrando unos dientes que harían a Tom Cruise inquietarse por su dentadura, y nos ayuda a descender a la orilla.

—Tal vez pueda hablar con ellos sobre el equipo, me encanta bucear. Los vigilaré.

—Gracias por ser tan comprensivo.

Hace algo sorprendente: abre los brazos y me abraza. La amabilidad espontánea me hace llorar. Me agarro a él durante largo rato, notando un pecho más duro que el de mi marido, debajo del acolchado vello de Marcus. Cuando nos separamos, mis hijos me miran como búhos.

Mientras entramos por la verja del colegio, percibo los murmullos. Veo las cabezas que se juntan y las manos que se sitúan delante de las bocas. Personas a quienes no conozco me miran y

luego apartan la mirada. Supongo que eso es la fama. Somos oficialmente una familia con problemas. Sarah me pone el brazo sobre los hombros mientras saluda a los niños.

—Os vendré a recoger después del colegio, ¿vale?

Todo el mundo asiente. Sarah se acerca y me dice al oído, en lo que es el mejor murmullo de la mañana:

—¿Tienes a la prensa delante de tu casa?

—Sí. Marcus nos ha llevado en barco por el canal.

—¡Muy bien hecho! Recuerda que no durará mucho, Kate. Una vez trabajé para un parlamentario al que arrestaron por soborno. Durante tres días tuvo a treinta personas haciendo guardia a las puertas de su oficina y de su casa, y de repente, ¡paf!, se fueron. Y ahora ni siquiera recordarías su nombre si te lo dijera.

—No estoy segura de que eso me haga sentir mejor.

Me abraza fuerte.

—Lo siento, al menos lo he intentado.

—Gracias. Volveré a buscarlos después del trabajo.

—De acuerdo.

Al salir del patio del colegio, ya me he puesto en «modo trabajo» y me abro camino con un nuevo propósito a través de la carrera de obstáculos de cochecitos, niños pequeños, patinetes y madres cotillas, cuando noto que me agarran del brazo. Es Eloide. La aparto como si fuera una araña que me subiera por el abrigo.

—Sabía que esta es la única manera de pillarte y supongo que no querrás hacer una escena aquí.

Enlaza su brazo al mío y sonrío con indulgencia a un niño que se choca contra su rodilla. Tiene razón, perder la calma en el colegio no se hace, en particular si eres una madre con problemas, así que desfilamos juntas simulando ser viejas amigas.

—Me voy a trabajar, así que déjame en paz.

—Después de que oigas lo que tengo que decirte.

Bajo las escaleras de la estación del metro medio corriendo, pero ella me sigue.

—Yo no he estado en tu casa. ¿Por qué demonios estás tan convencida de que he estado allí?

Resoplo mientras paso el billete por encima del sensor.

—Digamos que soy observadora. Dejaste una tarjetita de visita. —Pone cara de asombro—.

Tazas de té y una cuchara.

Mientras pronuncio estas palabras, me doy cuenta de lo absurdo que parece, y me asalta la repentina duda de haberlo imaginado todo.

—¿Tazas de té?

Avanzo por el vagón para encontrar un asiento. Eloide se sienta a mi lado.

—La disposición que tenían; supe que eras tú.

—¿La mente racional y científica de Kate me arroja a los leones debido a unas tazas de té?

—¡¿Y tú qué sabes?!

Estoy comportándome de manera irascible y obstinada para disimular mis dudas y caer, demasiado tarde, en la cuenta de que probablemente ella lo perciba al instante. Está acostumbrada a que las celebridades nieguen hechos cada día de su vida; mis mentiras no son menos evidentes.

Debe de haberse compadecido de mí porque no insiste.

—Sé que Paul no te ha hecho esto en la cara. —Nos miramos—. ¿Lo ves?, lo sé. Él no te pegó y él no mató a Melody.

Me sostiene la mirada con sus fascinantes ojos. Lleva una bufanda azul petróleo que potencia el color de sus iris violeta intensos. Se ajusta el bolso de diseño y de ultimísima moda en el hombro —una prebenda de su trabajo, no me cabe duda de que le ha salido gratis—, y de inmediato quiero ese bolso. Ella hace que me parezca que la vida será más plena y feliz con ese bolso colgado del hombro.

—Para ti es fácil hacerte la heroína, ver el pasado de color de rosa. No tienes que ponderar la mierda de contradicciones de ocho años de matrimonio o de los hijos.

—Por muy convencida que estés de su culpabilidad, te sigues equivocando.

Me encojo de hombros con rabia. Su convicción me resulta atractiva y siento algo parecido a la vergüenza. Es mejor y más leal amiga de Paul que yo. La miro de reojo; es limpia y huele de fábula. Me toco la estropeada cara y noto que el hombre de enfrente está coladito por ella. La mira con admiración, se mueve en el asiento, observa cómo cruza las piernas, sigue su mano mientras ella se rasca la barbilla.

La fantasía de este hombre sobre la mujer hermosa del metro no incluye los cortes de su brazo.

—¿Por qué te haces daño a ti misma? —pregunto en voz baja.

Eloide aguarda unos instantes.

—Es un modo de mantener el control, supongo. Cuando era adolescente era bulímica. —Gira un delgado y delicado tobillo.

—¿Lo sabía Paul?

Parece conmocionada.

—¡Claro! Era mi marido.

Yo trago saliva. Paul nunca me lo contó. Mantuvo sus secretos, fue leal a Eloide incluso después de que se acabara. Mi vergüenza va en aumento.

Me asalta un pensamiento.

—¿Hacías eso cuando estábamos todos juntos en una fiesta?

Se cruza de brazos, agarrándose los codos con las manos como si quisiera protegerse.

—Sobre todo entonces.

—No lo sabía, lo siento.

Intenta restarle importancia cambiando de tema.

—¿Por qué crees que Paul la mató?

Le cuento con voz serena lo que pasó aquella noche.

—Estaba tan preocupado, tan hecho polvo... —Se queda impasible, asintiendo con la cabeza. No me mira. En su silencio hay algo que tengo ganas de descubrir—. ¿Qué pasa?

Evita la pregunta y me mira con sus largas pestañas mientras superamos un bache codo con codo.

—Estás rara, sabes.

—Estoy segura de que vas a decirme por qué. —Me armo de valor para escuchar la intuición hippy de Eloide, marca personal de la casa.

—Estás preparada para creer que tu propio marido ha asesinado a alguien. No temes examinar los móviles de los que están más cerca de ti. Créeme, estás desaprovechada en la televisión.

El hombre de enfrente se pone en pie cuando el tren se para en una estación. Eloide no se fija

en las prolongadas miradas que le dirige cuando se va.

—¿Por qué estás tan segura de que es inocente?

Observo por la ventana cómo el hombre le echa un último vistazo antes de que volvamos a adentrarnos en el túnel. No creo que Eloide se haya percatado siquiera de su presencia.

—No sé lo que sucedió aquella noche. —Su voz es apenas un susurro—. No puedo explicar la sangre, pero cómo estaba, ahora aquí —levanta la mano sobre la cabeza— y al minuto siguiente aquí abajo —se da un golpe en un lado de la rodilla— hecho polvo, ya lo he visto así antes. Dos veces lo he visto en ese estado.

—¿Cuándo?

Ahora me mira de lleno con esos ojos turbadores.

—Crees que no me he dado cuenta de cómo me miraba ese hombre, ¿verdad? —Se reclina hacia atrás en su asiento, casi decepcionada de tener razón—. No me subestimes, Kate, sobre todo tú. Paul siempre habla de lo perceptiva que eres, que ves cosas que los otros pasan por alto, pero conmigo tienes una venda en los ojos, debido a lo que sucedió en el pasado. Piensa en cómo puedo ayudarte.

—¿Cuándo estuvo Paul en ese estado?

Se queda callada un instante.

—Cuando tuvo una aventura. —Eloide no trata de tocarme. No intenta aliviarme ni fingir que lo puede hacer mejor—. Y eso no lo hizo sentirse peor persona, ni hizo que lo amara menos. No puedo decirte lo que pasó aquella noche en ese bosque, pero puedo decirte que Paul no estaba allí. Él no la mató, Kate. Voy a luchar contigo o contra ti para demostrar que es inocente.

Mi estación aparece a la vista y me pongo en pie. Eloide es contradictoria: frágil pero obstinada, rara pero más valiente de lo que yo creía. Durante años la he odiado, cuando en realidad tendría que haberla admirado. Subo la escalera del metro envuelta en un remolino de sensaciones horribles. He caído por una trampa hasta un mundo que no reconozco, en el que mis antiguos enemigos podrían ser mis aliados, y mi marido podría ser mi destructor.

Livvy me mira desde el otro lado del estudio, echa un segundo vistazo, desviando su curso hacia mí.

—¡Dios! Tienes tan mal aspecto como mis sentimientos.

Invade mi espacio personal mientras me levanta la barbilla hacia su cara y examina mi sien hinchada. Me siento como una niña en la visita de la enfermera escolar. Livvy resopla a modo de desaprobación.

—Asustarás a los invitados con ese aspecto. Shaheena irá a recibirlos y saludarlos.

—Así que soy oficialmente demasiado horrorosa para trabajar en la tele —digo con la vana intención de hacer un chiste.

—Pocas personas no lo somos —responde Livvy sin darle importancia.

No tengo ganas de reírme. Noto las miradas compasivas de Shaheena y Matt, y las silenciosas miradas del director de plató y de los iluminadores. Han oído la noticia sobre Paul. Lo mencionarán en el programa de esta noche. Echo una mirada al móvil. No tengo mensajes. La policía puede retener a Paul hasta setenta y dos horas antes de dictar cargos contra él o liberarlo. Cuanto más tiempo está dentro, peor pinta tiene el asunto.

Nos reunimos para el ensayo que precede al programa en directo de esta noche. Normalmente reina una atmósfera animada, de una competitiva expectación, nos une esa camaradería de «mucha mierda», pero hoy reina un ambiente de amargura en el estudio. Ni siquiera Marika, con su traje negro y sus zapatos rojos de tacón altísimo, consigue subirnos el ánimo. Habla con vehemencia en un rincón con el editor del programa mientras subraya palabras en el guión.

Las maquilladoras van de aquí para allí, esperando que les llegue su hora dentro de poco. Chet, el director, da órdenes a gritos desde la sala de control.

—Marika, cuando te sientes en el sofá, acércate a Colin, que vuestros hombros casi se toquen, tiene que parecer que sois un verdadero equipo.

Colin intenta dar a Marika un falso abrazo de oso, pero ninguno de los dos tiene la energía suficiente para acercarse con su entusiasmo habitual. Desde donde estoy, a un lado de la acción, siento que es culpa mía, que todos me culpan a mí.

—¡Vale, Marika, vamos a ensayar la nueva posición! —grita Chet.

Marika asiente con la cabeza y coge la taza de café. Cuando empieza la música de la cabecera, Marika normalmente entra caminando al plató, deshaciéndose en sonrisas y gesticulando, pero hoy

está sentada en un brazo del sofá mientras la cámara se acerca para obtener un primer plano de ella, y las luces se apagan.

—¡Eso es genial! —dice Chet.

—Nuestra misión en este programa es luchar contra el crimen en cualquier lugar y a cualquier hora. Hacer de este país un lugar más seguro para ustedes y para sus familias. —Marika hace una pausa y sacude levemente la cabeza—. Esta semana nos centraremos en un crimen que estamos decididos a resolver: el de la creadora de este programa, Melody Graham. —Marisa se levanta del brazo del sofá seguida por la cámara—. En estos momentos, nuestro propio director ejecutivo, Paul Forwood, está siendo interrogado por la policía sobre este asesinato, pero yo estoy aquí ante ustedes para hacer hincapié en la independencia editorial de *Crime Time*; no toleraremos ninguna interferencia en la emisión, ni por parte de los propietarios ni por parte de la cadena. Les ofreceremos la verdad y nada más que la verdad.

Marika vuelve el rostro hacia Colin, que ahora aparece en el plató junto a un mapa del bosque donde encontraron el cadáver de Melody.

—¡Dios, qué buena es! —dice Shaheena, y nos quedamos observando cómo entrevista a Colin y las preguntas que le hace sobre las intersecciones de carreteras que hay cerca de la escena del crimen, y la cronología del mismo.

Astrid y un millón de aspirantes a presentadora, todas con su mismo aspecto, deberían escuchar atentamente y aprender de la reina de la televisión popular.

Livvy se acerca por detrás de mí mientras asistimos atentos al ensayo.

—¿Sigues sin noticias de Gerry?

—Sí. —He estado comprobando el móvil del trabajo toda la mañana por si me llamaba.

—Te lo dije, no puedes confiar en un sinvergüenza como él. —Livvy sonrío complacida de que su visión del mundo no se haya visto desafiada por alguien que ha excedido las expectativas—. Creo que tenemos bastante sin él.

Livvy señala con un gesto de cabeza una imagen ampliada de Melody que se está usando como telón de fondo de una toma. Estamos allí de pie incómodas, una al lado de la otra, su jefe, mi marido, el incómodo asunto al que nadie quiere referirse.

Un poco más tarde, Marika se vuelve hacia la cámara para la despedida de la emisión.

—Recuerden, es su testimonio en su programa.

El ritmo fuerte de la música empieza a declinar y Chet grita:

—Y... ¡corten!

—¿Café? —me pregunta Shaheena, y yo asiento, guardándome el móvil en el bolso. Shaheena levanta la mirada hacia la sala de control—. ¡Uy, ojo! El gran jefe está con Nube Negra.

Levantamos la cabeza hacia el control para descubrir a George, el productor ejecutivo al que no conocíamos, y a Livvy inclinados sobre un teclado con un técnico.

—¿Qué pasa con «Este programa está dedicado a la memoria de Melody Graham, que vivió desde mil novecientos ochenta y cuatro hasta dos mil diez»? —pregunta Livvy.

—Quita eso de «la memoria de» —ordena George.

Observo a sus espaldas.

—Podrías poner «la creadora de *Crime Time*» —digo.

—Hagamos las cosas fáciles —responde George—. Diremos: «Esta serie está dedicada a Melody Graham» y añadiremos las fechas en los créditos del principio. —Livvy y el técnico

expresan su acuerdo mediante murmullos—. ¡Dios, era muy joven! —añade con una mirada perdida—. En mil novecientos ochenta y cuatro yo estaba poniéndome ciego en Nepal.

Livvy sale de la penumbra de la sala de control y entra en el estudio.

—¡Nos vemos arriba en cinco minutos! —grita, a nadie en particular—. No lleguéis tarde.

Sky News está en el rincón de la sala de reuniones cuando llego y veo a los reporteros cruzando la base de la pantalla como si fuera el latido de un paciente en cuidados intensivos. Veo pasar el nombre de Forwood. Hay un ejemplar del *Daily Mail* abierto sobre la mesa. Han conseguido una foto de Paul que no había visto nunca, otra de Melody sonriendo y otra de Lex delante de la oficina. Noto cómo la sala se llena de gente a mi espalda, alguien me arrebató el periódico de las manos mientras otra persona señala con el dedo el rostro de Melody.

—Mira, también estamos en el *Telegraph* —dice Matt, luchando por dominar las páginas del periódico.

—¡Estamos saliendo nosotros! —añade Shaheena mientras las noticias cambian de contenido.

—¡Hala, ahí está Astrid! —exclamo mientras aparece en pantalla la entrada de las oficinas de Forwood. Están grabando al personal en la puerta. Astrid lleva un traje ajustado gris claro estilo años cincuenta, escotado, y calza tacones altos; parece una joven Marilyn Monroe.

—Esa es la idiota que olvidó tramitar el contrato de alquiler del edificio central de Londres que queríamos —se burla Livvy mientras Astrid dirige un beso hacia la cámara.

—Es la secretaria de Lex —explico.

Matt no puede evitar un silbido de apreciación... y de envidia.

—Muy bien —dice George, y dejamos de movernos nerviosos para prestarle atención—. Daos la vuelta, gente —añade, cogiéndose el puente de la nariz con el pulgar y el índice—. Sé que todos estáis especulando sobre lo que va a ocurrir en Forwood. Lo cierto es que estamos ante una situación que cambia cada día. Intentad que no os distraiga. Tenéis un trabajo que hacer aquí, así que hacedlo. Creo que al final esto será genial para *Crime Time*.

Livvy suelta un bufido.

—Bueno eso es la mejor actuación de un relaciones públicas que he visto en mi vida. ¡Vaya desastre!, ¿no? Los jefes son sospechosos de haberse cargado a la creadora de este programa...

—Exacto. En cada noticiario se mencionan repetidas veces los programas que Forwood ha hecho, y hablan de este como si fuera especial. Es una oportunidad de oro para nosotros, nos posicionamos como polémicos, novedosos e incluso un poco peligrosos. Ahora que han arrestado a Paul Forman...

—Ejem —Livvy no lo interrumpe y se vuelve hacia mí.

—¡Ah! —George parece sorprendido—. Eres tú.

Frunce el ceño y noto algo muy parecido a la vergüenza reflejado en el rubor de mis mejillas. Me duele el morado. Yo no soy como él esperaba, y eso le hará más fácil darme la patada, aunque seguro que usará la temida frase «dejarme ir». Da vueltas a un lápiz entre los dedos. Está nervioso. Todos en la habitación contienen la respiración y yo aguardo a que caiga el hacha.

—Es buena —añade Livvy, como si inspeccionara ganado en una feria rural—. Podría obrar en nuestro favor.

—Acusaciones de nepotismo... —George interrumpe la frase.

—Esto es la televisión —añade Livvy como si su jefe fuera un bobalicón.

George asiente con la cabeza.

—Ya te pilló. Sin embargo, la imagen pública y todo eso...

—Si Kate no ha hecho nada malo personalmente, no puedes librarte de ella. —La sensual voz de Marika interrumpe la discusión. Estoy segura de que todos han estado hablando de mí cuando yo no estaba, decidiendo si debía seguir en el programa—. Ninguna mujer debería ser condenada simplemente por estar con un hombre. En esa imagen pública es en la que debéis pensar.

George empieza a cubrirse las espaldas a la manera moderna.

—Sí, sí...

Es el momento de poner fin a mi dolor.

—Estoy preparada para irme sin armar revuelo si creéis que sería mejor para el programa.

¡Hala, ya lo he dicho!, pero con gran pesar de mi corazón. Noto muchos ojos fijos en mí. No puedo soportar la incertidumbre de que mi destino esté pendiente de un hilo.

George vuelve a dar vueltas al lápiz entre los dedos, de un modo que debería dominar, pero se le cae sobre la mesa y rueda alejándose de mí. Me doy cuenta de lo difícil que son los trucos de magia, cuántas horas de práctica se deben necesitar para conseguir el perfecto juego de manos. George aún no las ha hecho.

—No, no, quédate, pero necesitamos que trates de pasar desapercibida.

—Gracias.

No sé qué coño pensará George que es una documentalista aparte de alguien discreto.

—Bueno, volviendo al programa de esta noche...

—Tíos, ¿habéis visto la web de Lex? —pregunta Matt—. Mirad. —Sus manos vuelan sobre el teclado del ordenador portátil y le da la vuelta para que los que estamos en la sala podamos verlo—. Su tráfico ha aumentado en un cuatrocientos por cien desde ayer. Se está convirtiendo en un auténtico fenómeno. Hay una fianza de medio millón de libras por el momento. Tal vez haya una manera de que podamos subirnos a su carro para dar publicidad al programa...

—¿O imitarlo cuando llevemos a cabo campañas? —añade Shaheena.

George se anima.

—¿Lo veis?, ese es el poder de la tele y de internet. Este programa va a hacer historia. —Se vuelve hacia el editor de la web con cara sombría—. Necesitamos una reunión en cuanto salgamos al aire.

Abre y cierra la boca como un pez.

Livvy se reclina hacia atrás en su asiento, encantada del escándalo que nos enfanga.

—Esperemos que no arresten a nadie más antes de que estemos en el aire esta noche.

Todos expresamos que estamos de acuerdo con ella entre murmullos mientras nos dispersamos para hacer los últimos preparativos del programa.

Al cabo de media hora me llama Sergei, está desesperado por encontrar a Lex.

—No lo encuentro en ningún sitio. La nave ha perdido el timón, creo que fuiste tú la que lo dijo. Los empleados necesitan que alguien les dirija una charla rápida, nos están destrozando los rumores, y me temo que la gente va a empezar a hablar con la prensa a menos que Lex se pase por aquí.

—¿Has probado en su casa?

Sergei suspira como diciendo, ¿te crees que soy idiota?

—En casa, en el móvil, en el gimnasio, en casa de su madre, en sus restaurantes favoritos, en su web, en su correo electrónico. No está en ninguna parte.

Eso no suena bien. Le digo que compruebe los hospitales, tal vez el choque en la autopista tenga efectos retardados.

—Se chocó en el coche contigo dentro, ¿no?

—Es una larga historia.

—Tengo mucho tiempo.

—En otra ocasión, de veras. Aún estoy trabajando. —Cuelga desconsolado y yo intento comunicarme con John, que, para mi asombro, responde.

—Dios mío, ¿dónde está Paul?

—Aún está en comisaría. Me dijo que me largara, que no me necesitaba.

—¿Y tú crees que es buena idea?

—No, pero insistió, y ya sabes cómo es cuando está así.

—¿Van a acusarlo?

—Están esperando los resultados del análisis de sangre de la bufanda. Si no llegan en una hora más o menos, tendrán que soltarlo.

—¿Lo han maltratado?

John hace un ruido extraño a través del teléfono.

—Se trata de una acusación de asesinato, Kate, no de vandalismo en una iglesia.

—Lo siento. —Cambio de tema—. ¿Has hablado con Lex? Nadie sabe dónde está.

—No. ¿A qué está jugando? —Ahora John está cabreado.

—Si no sueltan a Paul, creo que Lex tiene que ir a la oficina mañana.

—Estoy en ello. —Hay una distracción de fondo mientras John busca algo—. ¿Te deja en paz la prensa?

—En realidad no.

—¿Cómo están los niños?

—No están en su mejor momento que digamos. —La culpabilidad me asalta mientras digo esto.

—Bueno, cuídalos, Kate.

Le doy las gracias, aunque no estoy muy segura de por qué.

33

Por fin esa noche recibo un mensaje de Paul diciendo que van a soltarlo y que se va a casa. Me muero de ganas de verlo; he hecho que lo detengan, y ahora ha salido y lo único que quiero es que mi marido vuelva. Sorprendo a Livvy secándose las manos húmedas en el pelo mientras sale de los lavabos.

—Tengo que irme a casa.

Se ahueca los cabellos mojados.

—¿Lo han soltado?

—Sí.

Espero su censura, el sermón acusándome de poner a mi familia por delante del programa, pero no llega.

—Pues lárgate. —Livvy casi parece alegrarse.

—Te devolveré el favor, te lo prometo.

Me dirige una sonrisa muy hermosa.

—Sabes que son todos unos cabrones, ¿verdad? —Y me da una palmadita en el hombro mientras me marcho.

Tomó un taxi para volver a casa y hago que se detenga en el callejón cercano al canal. Mientras doblo la esquina junto al agua, no puedo creer la escena que me espera. En todos los años que llevo viviendo aquí nunca había visto más que a tres personas paseando al perro y algunos zorros usando el camino de sirga, pero esta tarde hay unas cuarenta personas. Agentes de policía, vecinos boquiabiertos y reporteros trajinando sus cámaras de televisión, una barca de la policía, un aparejo de iluminación no distinto al del estudio, y una mujer con botas de agua acarreando officiosamente una bandeja llena de tazas de té. La maleza y las flores silvestres que crecen junto al asfalto han quedado reducidas a una masa enfangada; el estridente sonido entrecortado de las radios de policía y el zumbido grave del motor de una barca ahogan la sensacional quietud del agua. Un buceador emerge a la superficie, arrastrando un racimo de algas en un brazo y un puñado de niños exclaman fuerte: «¡Ooooh!» al verlo. Están sacando a la luz secretos que han permanecido largo tiempo sumergidos. Del otro lado del canal y a través de los árboles desnudos puedo ver nuestra cabaña, nuestro jardín, la casa de Wendy de Ava, la mesa de nuestro patio, la barbacoa y nuestra casa. Observo a los cámaras grabando, los teleobjetivos apuntando a los dormitorios y descorriendo las cortinas. La invasión es total. Veo a Declan del

Express hablando con dos jóvenes. Decido que es mejor usar la puerta principal. Vuelvo a internarme en el callejón, camino pesadamente alrededor del puente y vuelvo a la carretera, donde debo aguantar el acoso de varios reporteros con la cabeza gacha.

Parece que hace un siglo que no estoy en la casa en vez de unas pocas horas. Mientras cierro la puerta, dejo escapar un largo suspiro, con la esperanza de encontrar cobijo de la tormenta que se cuece en el exterior, pero cuando me quito el abrigo y me vuelvo para colgarlo, un fuerte empujón en la espalda me hace chocar contra la pared y el bolso se me cae al suelo. Al darme media vuelta, consigo ver el puño de Paul golpear la pared y me encojo.

—¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Cómo puedes pensar de verdad que la he matado? — Repite una y otra vez—. ¡Cualquier otra persona, cualquiera, menos tú!

Tiene la cara contraída en una máscara de ira. Esta es la primera vez en la vida que lo he visto perder el control, perderlo de veras. Da otro puñetazo contra la pared y yo corro hacia la cocina en busca de la puerta de trasera, antes de aminorar el paso. No hay escapatoria allí fuera. ¿Qué vamos a hacer, pelearnos en el jardín delante de las cámaras de televisión del país? Giro la llave para abrir la puerta, pero mientras lo hago sé que no voy a salir ahí fuera. Me doy la vuelta y, con un placaje de rugby, Paul me tira al suelo de la cocina. Mientras me golpeo contra las frías baldosas, la sonriente cara de Lex explota en mi mente. Podríamos ser las estrellas de uno de sus *reality shows*, actuando en la escena trascendental en la que nos derrumbamos, nuestra fachada de pareja perfecta que lleva una vida envidiable y que con tanto esmero hemos construido una farsa para que todos la vean y hablen de ello junto al dispensador de agua de la oficina al día siguiente.

—¡Paul, basta!

—¿Crees de veras que he matado a Melody? ¡Tú! Tú crees que no soy mejor que Gerry. — Estoy con medio cuerpo debajo de la mesa de la cocina—. ¡En realidad crees que soy Gerry!

Miro hacia arriba, hacia la parte inferior de la mesa en torno a la que hemos celebrado tantas comidas familiares. Ava ha dibujado montañas picudas que perforan unas algodonosas nubes blancas, y un sol con sus gordos rayos calentando una familia de monigotes que caminan de la mano por un valle. El padre guía a la madre y a los dos hijos. Y aquí estamos, Paul y yo peleando bajo una bóveda que demuestra el amor y la inocencia de nuestros hijos.

Me sujeta las manos contra el suelo.

—¡Suéltame! —le grito, retorciéndome.

—¿Cómo has podido hacernos esto?!

La rabia estalla en mí mientras sus dedos me aferran los antebrazos con más fuerza. El guiño que me hizo después de sus primeras mentiras descaradas a la policía, el absoluto terror que sentí en el túnel de Woolwich, la revelación de Eloide y el shock cuando Paul intentó pegarme se combinan en un cóctel mortal y quiero que me suelte ya. Le doy un rodillazo en las pelotas con todas mis fuerzas y él se lanza hacia delante sobre mi cuello con un gruñido, pero no puedo librarme de su peso pues me presiona con fuerza los muslos con las rodillas.

—¿Crees que soy el imitador? Bueno. ¡¿Y tú, Kate, qué pasa contigo?!

Vuelve a golpear mi cuerpo contra las baldosas y me doy en la cabeza con la pata de una silla. Le escupo y me suelta un brazo para limpiarse el escupitajo, lo que aprovecho para morderle el dedo.

Grita de indignación y dolor y algo se cierra en su interior y se convierte en otra persona. Me atenaza el cuello con las manos.

—¿Es así como lo hiciste? El imitador trabaja así, ¿no?

Mi marido está intentando estrangularme. Le clavo las uñas en las grandes y firmes manos, pero están tan tensas, tan decididas. No puedo hablar para salir de esta situación. Me ha dejado muda e indefensa. Doy patadas al sol de Ava de debajo del tablero de la mesa. Las manos de Paul me aprietan más. No me mira, solo habla deprisa, pero en mis oídos resuena tal rumor que no lo oigo. Nunca me había percatado de que morir estrangulada fuera tan doloroso y rápido, y Paul no es consciente de que está a punto de matarme. Una prueba más de que las personas más cercanas a nosotros son capaces de infligirnos el mayor daño. Así fue como murió la esposa de Gerry, hace tantos años. Todas las horas de filmación y las columnas en los periódicos y en los blogs y los programas de debate y los tabloneros de anuncios y los vídeos de YouTube para intentar comprenderlo, y Paul y yo estamos más cerca de comprenderlo que nadie. ¿Estaba Melody mirando esos ojos en sus últimos momentos? Su cara se desdibuja encima de mí, el dolor de mi pecho se expande por todo mi cuerpo. Me estoy desmayando. Los monigotes de Ava caminan por el valle de las sombras de la muerte.

Paul hace un ruido tan fuerte que hasta yo puedo oírlo. Salta hacia atrás como si tuviera un resorte, y el asco y el horror pasan por su rostro. Alargo un brazo y le arañó la cara, dejándole unas marcas que empiezan a sangrar superficialmente. Ambos jadeamos. Paul empieza a sollozar a mi lado en el suelo. Se ha balanceado en el borde del abismo y ha vuelto atrás. Estamos tumbados en un amasijo de morados y sangre mientras yo tengo arcadas y él gime.

—¿Te acuerdas de aquella cacería de faisanes? —Paul está a gatas, llorando en el suelo de la cocina. Yo ni siquiera puedo hablar, así que él prosigue—: ¿Eso que nos regaló una cadena americana en plan colegas? —Sacude la cabeza con pena—. Me tuve que poner esa estúpida ropa verde y fingir que éramos los señores de la mansión y disparar a esos pájaros que volaban.

Lo recuerdo, fue en Inverness, hace cinco años, yo estaba embarazada de Ava y un grupo de un barrio residencial de las afueras de Nueva Jersey interpretaba «Call of the Wild». «¡Pensé que nadie en Inglaterra sabía usar un arma!», gritó uno de ellos y los perros se arañaron las narices.

—Intenté retorcerle el pescuezo a uno de los faisanes que había cazado... y no pude hacerlo... —Levanta la mirada hacia mí, suplicante—. No pude retorcer el cuello de un pájaro que cabía en mi mano. —Se sienta hacia atrás sobre los talones—. Estaba caliente, debajo de las plumas. —El asco hace que sus hombros se estremezcan—. No lo esperaba.

Su rostro vuelve a contraerse.

Tardo unos minutos en darme cuenta de que alguien está llamando a la puerta. Paul se yergue de un salto cuando oye el ruido, y se golpea la cabeza contra la mesa, vuelve a desplomarse hacia atrás con las piernas cruzadas sobre el suelo. Yo lucho por ponerme de pie y veo a Marcus abrir la puerta trasera.

—Kate, creo que deberías saber... —Su voz se extingue como si algo entre él y yo le hubiera hecho perder el hilo de sus pensamientos. Está de pie, azorado, en la cocina en la que solía sentirse como en casa— que han encontrado un cuchillo en el canal.

Paul hunde la cabeza y gime cuando ambos nos volvemos para mirarlo.

Paul se va a pasar la noche a casa de John. Le digo con mucha tranquilidad que creo que sería lo mejor. Él me dice que lo siente, muchas veces, pero hablamos cada uno desde una punta de la habitación, incapaces de tocarnos ni de consolarnos. Recojo a los niños de casa de Sarah y me pregunto qué habrá revelado el análisis de la sangre de la bufanda. Hasta entonces estoy en el limbo, oscilando entre la esperanza y el temor de haberlo hecho todo mal. Veo *Crime Time* sola en la salita con las luces apagadas. Gerry aparece en el programa, pero ni siquiera puedo encontrar la manera de animarme o alegrarme de que mi corazonada fuera cierta. Debería de estarlo, porque esta noche está tranquilo, se expresa con fluidez y Marika está extasiada. Shaheena me envía un mensaje de texto al acabar el programa. «Apareció en el estudio cuando ya casi estábamos en el aire. ¡Livvy está TAN encantada! Bien hecho, tía». No tengo energía para devolverle el mensaje.

Me despierto de noche bañada en sudor debido a una pesadilla en la que Melody venía hacia mí surfeando una ola gigante con su vestido rojo, con los muslos tensos de un velocista y una sonrisa triunfante en el rostro, y encuentro la cama fría y vacía.

Llamo a Lex a las seis de la mañana, pero no me contesta. Ni siquiera puedo tener la satisfacción de observar su reacción ante la liberación de Paul. Noto que la lana tensa del cuello de mi viejo jersey de cuello alto me araña la barbilla mientras llevo a Josh y a Ava al patio del colegio. Por la noche me han salido morados en el cuello, y la única prenda que he podido encontrar para ocultarlo es este jersey negro, apolillado, al que he despertado después de largos meses de oscuro letargo. Mientras mi cara se recupera, mi cuerpo sufre; pero a pesar de todo el drama podría pasar por normal. Me pregunto cuántas mujeres han atravesado esas verjas con una sonrisa congelada y la efímera huella de una mano masculina en sus carnes. Josh sale disparado hacia los contenedores, donde un grupo de niños intercambia cromos de fútbol; Ava me coge de la mano mientras espero fuera de preescolar. Empiezo a notar el calor del sol en la cara, un signo de que la primavera aprieta. Tengo demasiado calor con ese jersey de cuello alto, pero aquí estoy. Paul se apartó del precipicio y me soltó. Miro a mi alrededor, a los cuerpos arremolinados, a los niños que corretean descontrolados trazando círculos en el cemento, y las posibilidades se hacen añicos en mi interior. Cassidy me pregunta si quiero ayudarla a vender pasteles, Sarah me saluda con la mano y me hace el signo de una T —sí, me gustaría una taza y una conversación cuando haya dejado a los niños—. Becca me viene con el cuento de lo duro que es levantarse por la noche a dar de mamar a los bebés, yo intento ignorarla educadamente. Suena el timbre y veo que Josh se

pone en fila para entrar. Estoy sola, expulsada de la comodidad y el renombre que da la sombra de Paul. Trago saliva, con cierto dolor después de lo de ayer. Estoy magullada por todas partes, pero mis heridas sanarán. No experimento el miedo ni la sensación de derrota que experimentó mi madre, soy de otra generación. Tengo una nueva carrera y aún tengo a los niños. Los morados desaparecerán, el corte cicatrizará, el amor de mis hijos me dará fuerza. Podemos, debemos y nos recuperaremos del error más grave de Paul.

—... así que he decidido suprimir el trigo. —Miro a Becca con rostro inexpresivo, creo que lleva hablándome un rato—. ¡Ah, Kate!, me había olvidado de decirte que descubrí de quién era ese perro. —Se queda mirándome, parpadea y frunce el ceño—. ¡Ya sabes! Ese día que te pusiste enferma en casa de Cassidy, dijiste que habían atropellado un perro. Bueno pues creo que es el labrador del profesor de Pilates de mi hermana. Tenía un precioso manto de pelo negro y era muy amoroso, recuerdo que una vez en el parque vino corriendo hacia Maxie y fue... Oh, ¿van a entrar aquí?

—¡Hay tres coches! —grita Cassidy.

—No van de uniforme...

—¿Y qué quieren?

—Uno lleva una radio.

—¡Hala, cuántos!

—¿Van a ir a la oficina?

—Espero que no haya nadie herido...

—Debe de tratarse de algo grave...

—¡Vienen hacia aquí!

—¿Kate...?

—Kate... ¡Dios!

Cassidy y Becca se alejan. Mi familia de adopción de los últimos cinco minutos ha demostrado ser poco constante. O'Shea camina por encima del juego de rayuela y deja atrás las barras de los juegos infantiles, flanqueada por Samuels, White y dos policías más que no conozco. Caminan con paso decidido, con la intención de presionarme, pero los observo a cámara lenta, las cosas suceden demasiado deprisa para que consiga procesarlas. El perro. ¿Podría ser? ¿Podría ser que la sangre de la bufanda fuera de perro? El grano de arena de mi certeza, la arena sobre la que se edifica mi sospecha, ha empezado a resbalar entre mis dedos.

—La señora Kate Forman. —O'Shea se planta delante de mí—. Queda arrestada como sospechosa del asesinato de Melody Graham.

Noto cómo las sesenta madres que están a mi alrededor toman aire a la vez. Tal vez sea la única ocasión en los ciento cincuenta años de historia de esta escuela victoriana que el patio se queda en silencio sin que nadie tenga que dar ni un grito. Samuels saca unas esposas y me las pone. El clic resuena en los edificios que alojan a mis hijos. Alguien me coge por el codo y O'Shea y Samuels caminan a mi lado hacia la verja.

—¡Oh, lo sabía! —susurra Becca.

En las películas los inocentes caminan con la cabeza bien alta, desafiando a quienes los condenan. Son héroes, pero yo camino con los ojos fijos en el cemento, las miradas boquiabiertas de mis contemporáneos me arden en las mejillas.

—¡Asesina! —grita una mujer, y la multitud murmura.

Samuels me coge más fuerte y acelera el paso. Me miran montones de ojos severos. Pasamos por delante de la directora, el conserje, una reportera de un periódico de tirada nacional que ya tiene el teléfono fuera del bolso, una señora con un chupachups que tiene el palo colgando a su lado como si se hubiera roto, y por delante de Sarah, que tiene los ojos llenos de lágrimas y me dice que ella recogerá a mis hijos después del colegio. Me las arreglo para asentir con la cabeza mientras Samuels abre la puerta del coche. Una mujer que llega tarde aparta a sus hijos de un tirón por si acaso cometieran el error de tocarme. Samuels me sujeta la cabeza con mucho cuidado mientras me ayuda a entrar en el asiento de atrás.

35

O'Shea se sienta delante de mí, con los codos y los antebrazos paralelos al borde de la mesa. Demuestra una calma irritante.

—Deje que se lo repita, la bufanda encontrada en su casa tiene restos de sangre de Melody. El cuchillo encontrado en el canal del fondo de su jardín es del mismo tamaño y la hoja tiene la misma forma que la que emplearon para matar a Melody. ¿De quién es esa bufanda, Kate?

—Es de Paul.

—¿Ah sí?

—¡Fui yo quien los llamé para contarles lo de la bufanda!

O'Shea coge otro archivo de encima de la mesa y lo abre, sujetando los extremos con las manos para reprimir su tendencia a volver a cerrarse. Saca una foto.

—¿Puede describirme lo que ve en esta foto, por favor?

El abogado se sienta muy pegado a mí, se inclina hacia delante. Ni siquiera él puede resistirse a echar un vistazo. Toco la copia impresa del ordenador, con la esperanza de que mi temperatura corporal pueda volver a montar la imagen. Soy yo con Josh y Ava sonriendo estúpidamente a la cámara desde lo alto de un acantilado. Estamos envueltos en gruesos abrigos y calzamos botas de agua. Mis hijos están de pie uno a cada lado y nos inclinamos sobre el viento fuerte, tengo parte del rostro oscurecido por el cabello despeinado. Alrededor del cuello llevo la bufanda de Paul. Oigo que mi abogado exhala sonoramente. Pensé que Paul estaba siendo amable cuando me ofreció abrigarme con esa bufanda de cachemira. «Yo llevo un gorro —dijo mientras abría el maletero del coche para sacar su abrigo—. Hace más frío de lo que creíamos, toma esta bufanda». Y me enrolló la bufanda alrededor del cuello, atrayéndome hacia él. Caminamos hasta el mirador como borrachos, cogidos de la mano en el fuerte viento del suroeste, decididos a tomar un poco de aire fresco antes de meternos en el bar a pasar la tarde. La foto fue tomada durante las vacaciones escolares de febrero, en los acantilados de Devon, donde Paul quiere que se dispersen sus cenizas.

—Como no hay respuesta, yo describiré la foto —dice O'Shea a la grabadora—. Kate Forman aparece en la fotografía llevando la bufanda manchada con la sangre de Melody Graham.

O'Shea da la vuelta a un trozo de papel en la mesa.

—¿Dónde estaba usted el lunes ocho de marzo por la noche?

—Ya se lo he dicho, estaba en casa.

—¿Cuántos coches tienen ustedes, Kate?

—¿Qué importa eso?

—Paul se llevó un coche esa noche, pero usted tiene otro, ¿no es verdad? ¿No es verdad, Kate? No lo guarda en el camino de entrada, lo aparca en la calle.

—¿Puedo fumar?

—En las comisarías no está permitido fumar, lo siento, Kate. —Samuels sale de la habitación y O'Shea se vuelve hacia la grabadora para decir—: El sargento detective Samuels sale de la sala. ¿Cogió usted el coche esa noche? —añade, dirigiéndose a mí.

—¿Y dejar a los niños solos?

—Ocurre continuamente.

—¡No, no cogí el coche ni dejé a mis hijos solos en casa!

—Hábleme de su trabajo, Kate.

—¿Qué quiere saber?

—Bueno, usted formaba parte del equipo de producción de *Inside-Out*.

—Tenía un cometido poco importante y trabajaba siempre desde casa.

—Pero usted debe de conocer a Gerry Bonacorsi muy bien.

—No, no lo conozco. Apenas lo he visto en persona.

—Pero lo vio en las carreras de Cheltenham precisamente esta semana. Fue usted quien lo convenció de volver a aparecer en televisión. En *Crime Time*. Su número del trabajo está en el móvil de Bonacorsi. Es uno de los dos únicos números que tiene, tengo entendido. —Me acaricio la mejilla. Me han pillado—. ¿Bonacorsi la impresionó, Kate? ¿Le dio ideas? Parece que impresionó a todos los demás. Es el nuevo héroe del momento, por razones que no acierto a comprender. Yo no soy un fan del sistema de justicia, pero fue un acierto tenerlo a la sombra una buena temporada. Solo porque pueda contar una buena historia en un tono seguro de sí mismo, a mí no me las da... —se detiene y tira del puño almidonado, enojada por haber mostrado sus sentimientos—, ni él ni usted. Usted ha visto horas de metraje, lo ha oído hablando sin parar —dice levantando los ojos al techo en una sarcástica floritura— sobre su vida, sus pasiones, su carácter. Estaba en la posición perfecta para convertirse en una asesina imitadora.

—Esto es ridículo. ¿Por qué demonios iba a querer matarla? ¿Y por qué iba a matarla de esa manera? ¡Es demasiado obvio! ¿Por qué iba a tirar el cuchillo en el canal de detrás de mi casa cuando en Londres hay cientos de contenedores para tirarlo de regreso a casa? Y lo mismo con la bufanda. ¿Por qué iba a guardar en mi casa una prenda que me incriminaba?

—El sargento detective Samuels vuelve a entrar en la sala —dice O'Shea. Samuels se apoya en la pared y se mete las manos en los bolsillos—. ¿Por qué no nos lo cuenta usted? —O'Shea prosigue—: Creo que conservó la bufanda y nos habló de ella para cargarle el muerto a Paul.

—¡Eso es una locura!

—Porque es la venganza perfecta, ¿verdad, Kate? —Ahora O'Shea se sienta hacia delante y habla en voz baja. Pone demasiado suavizante en el lavado y despide un desagradable tufo a violetas—. Usted mata a la amante de su marido, pero eso no le basta, quiere asegurarse de que realmente sufra, que realmente comprenda lo que le ha hecho pasar...

—Todas sus acusaciones podrían aplicarse también a Paul. ¿Por qué no está él aquí?

—Paul tiene una coartada.

—¡Sí, yo se la di!

O'Shea no me quita ojo.

—Resulta que su marido tiene otra mujer que confirma su coartada. —Percibe que frunzo el ceño—. Paul Forman declara que estuvo con Portia Wetherall después de salir del bar esa noche.

—¡Oh, por el amor de Dios!

—Es la presidenta de una de las mayores compañías del Reino Unido...

—¡Eso ya lo sé!

—Esta noticia no la hace demasiado feliz, ¿verdad, Kate?

—¡Nunca me lo mencionó!

—¿Cree que Paul tiene muchos secretos para usted? ¿Tiene a otras mujeres además de usted? ¿Después de ser su esposa durante más de... (¿cuántos?, ¿ocho años?), eso le da rabia, Kate? ¿La pone furiosa? —O'Shea deja de mirarme—. ¿Su aventura con Melody la puso realmente furiosa? ¿Lo bastante celosa como para matarla?

Suelto una exclamación de mofa y doy un brinco cuando Samuels da una fuerte palmada en la mesa.

—¡Nos está haciendo perder el tiempo! Él no solo se la estaba follando, iba a dejarla a usted por ella, ¿no? Encontró la música con Melody-a^[5], ¿no, Kate? ¡Iban a hacer más que tele juntos! —Me siento sobre las manos y me pellizco la cara posterior de los muslos—. Tengo una pregunta para usted, Kate, ¿qué persona trabaja menos que un rico ejecutivo de televisión y disfruta más? Respuesta: ¡su esposa! Estaba a punto de perder su dinero y su estatus por una joven modelo, y por eso la mató.

—¡Yo no maté a nadie!

—¿Por qué irrumpió en la oficina de su marido? —pregunta O'Shea.

El abogado cobra vida y hace aquello por lo que se le paga.

—Por lo que yo sé eso no es lo que sucedió aquella noche. La señora Forman usó la llave de su esposo para entrar en las oficinas.

O'Shea vuelve a formular la pregunta.

—¿Qué estaba buscando en mitad de la noche? ¿Qué era tan importante que no podía esperar hasta el día siguiente?

—Estaba buscando pruebas que confirmasen o borrasen mis sospechas. ¡No creen que estaba desesperada para que todo eso no sea cierto! ¡Y descubrí cosas! Tengo pruebas que demuestran que una mala conducta profesional por parte de Lex podría impedirle recibir el último pago de la venta; los acuerdos financieros por las ideas de Melody no están bien definidos en absoluto. De hecho, es una mierda, y para mí eso sí es sospechoso.

O'Shea mueve la mano como si quisiera que se le secase el esmalte de uñas.

—Lo sabemos todo sobre las finanzas de Forwood y la contribución de Melody a ellas. A mí me parece una sospecha muy débil.

Samuel intenta pasear por la habitación, pero es tan pequeña que después de dos pasos tiene que dar la vuelta.

—Es inútil que intente distraernos. Tiene que empezar a hablar, Kate. Tiene que darnos algo, o la vamos a acusar de asesinato. ¡Harán un programa de *Inside-Out* sobre usted dentro de veinticinco años, pero su hija no lo estará viendo! ¿Cuántos años tiene? ¿Cuatro? No se acordará de usted. Tendrá que mirar una foto para saber quién es usted, eso suponiendo que él le deje tener alguna. Tendrá una nueva madre, puede que nuevos hermanos y hermanas, porque un hombre como

Paul no se queda soltero mucho tiempo, ¿verdad?

—¡Basta!

—Usted creía que tenía celos de Melody, ¿pero imagínese su vida sabiendo que él está con otra mujer y sus hijos!

—¡Basta ya! —digo esto con un grito cuando la profundidad del pozo en el que estoy empieza a estar muy clara.

—Creo que mi clienta necesita un descanso, esto está siendo muy intenso —dice el abogado.

Samuel se inclina y se queda amenazadoramente por encima de mí, con su gran mano sobre la mesa.

—Recuerde, Kate, cuando vuelva a esa celda, cuando mire esas cuatro paredes, si usted realmente no la mató, entonces él la ha traicionado de mala manera. Así que piénselo, Kate. —Samuels se toca la sien con el índice mientras se acerca más a mí y añade en un susurro—: Y piénselo bien.

—Es importante que hagamos un descanso ya —dice mi abogado.

O'Shea apila sus carpetas y alisa los bordes. Me da la sensación de que no está muy convencida de las técnicas de interrogatorio de Samuels.

—No lo vea como una lucha entre usted y él —añade, mientras arrastra la silla hacia atrás sobre el suelo de madera—. Yo podría averiguar que los dos están juntos en esto. —Se vuelve hacia la grabadora—. Son las doce y veintidós minutos, este interrogatorio ha concluido.

Se inclina hacia delante, aprieta el botón de apagado y se levanta.

—Solo dígame una cosa —le suplico—: ¿encontró restos de sangre de Melody en el lavabo?

O'Shea se vuelve para mirarme mientras abre la puerta.

—No, pero no necesitamos más sangre en el lavabo. Ya tenemos suficiente como para acusarla.

La tensión de no saberlo se ha roto por fin: lo hizo él. Él lo hizo. Él. Lo. Hizo. La sangre de la bufanda era de Melody. La prueba, la fría y dura prueba apunta hacia Paul. Dejo a un lado la mierda institucional, me muerdo las uñas para compensar las ganas de fumarme un cigarrillo. Rebobino en mi mente todos los pasos que di esa fatídica noche en que lo encontré en la cocina. Ahora veo a Paul con una sonrisa que desarmaría a cualquiera. Es tan bueno creando atmósferas, consiguiendo que la gente haga lo que quiere, manipulando a las masas, a la policía. Portia estaría de acuerdo en proporcionarle una coartada, claro. Esta pesadilla ha aportado más publicidad gratuita y notoriedad a *Inside-Out* y ha elevado el perfil de Forwood TV a un nivel sin precedentes. ¿Qué persona con ambiciones se resistiría a un trato: tú me rascas la espalda y yo te rasco la tuya? Una mentirijilla por aquí, una gran trola por allá, pueden crear alianzas nuevas y más poderosas de las que puedo imaginar. Todo es un juego si estás en el lado del ganador, igual que el juego del asesino. No importa quién muera pisoteado en el bulevar de la victoria. Paul lo ha planeado todo muy bien. Tal vez haya descubierto a mi primer maestro del crimen. Ha jugado conmigo, con Lex y con Portia. No ha dejado ningún flanco por cubrir, ningún cabo suelto.

Y sin embargo. Y sin embargo... solía ganarme la vida haciendo preguntas para obtener resultados inesperados. Haz una pregunta diferente y obtendrás una respuesta diferente. ¿Y qué pasa con el perro? El perro no encaja. Un maestro del crimen se asegura de que todo encaje. ¿Qué

has pasado por alto, Paul? ¿Qué puedo explotar para salvarme?

Mi abogado viene a verme a petición mía. Es un hombre delgado con gafas y largas patillas que producen un sonido áspero cuando se las rasca. La policía me lo ofreció y yo acepté con el entusiasmo con el que un invitado a la boda elige entre pollo o salmón. John quería representarme, pero yo lo despaché. Está contaminado por Paul, aliado con su hermano. Así que somos Theo, el de la cara rasposa, y yo contra el mundo.

—¿Tienen bastante como para presentar cargos contra mí?

—Sí, pero se mueren de ganas de presentar un caso más sólido. La relación de las pruebas con usted no está tan clara como a ellos les gustaría. En el cuchillo no han encontrado su ADN, y la bufanda la podía llevar tanto usted como su marido. Están comprobando su coche, pero si por ahora no tienen nada, creo que va a resultar que está limpio.

—¿Y no resulta sospechosa esa repentina coartada que se ha marcado Paul? —Theo se columpia hacia atrás en sus desgastados zapatos negros.

—Mi trabajo aquí es representarla a usted, señora Forman. No creo que me sirva de ayuda especular sobre otras cuestiones.

—Me llamo Kate. Deja de llamarme Forman.

Theo asiente e hincha de aire sus anaranjadas mejillas.

—Acabo de oír una conversación en el pasillo ahora mismo. —Guarda un segundo de silencio mientras yo levanto la mirada del suelo—. Parece que hay división en las filas. O'Shea no está completamente convencida de que tengan la verdadera versión de los hechos...

—¡Porque no la tiene!

—... pero es solo una voz. Están muy presionados por presentar una acusación contra ti y a correr.

—¿Dónde ve ella los cabos sueltos?

—Me temo que no lo sé. Se han esforzado para que pases la noche aquí dentro mientras O'Shea ha tenido que ausentarse. Te veré por la mañana.

Me hundo en la funda de plástico del camastro de la celda. No quiero que Theo sea lo primero que vea por la mañana, quiero ver a mis hijos.

—¿Puedes traerme una taza de té y una chocolatina? —Theo se detiene y se rasca—. Vamos, he visto la máquina en el pasillo.

Theo asiente con la cabeza y pocos minutos más tarde me trae lo que le he pedido.

No pego ojo en toda la noche. Contemplo la flecha en el techo que señala hacia la Meca. En mi curso de interrogatorio aprendí que lo primero que tiene que hacer un interrogador de la policía es no dejar que el sospechoso repita que es inocente. Cuanto más lo diga, más convencido estará de que lo es y más difícil resultará obtener una confesión. Lo he repetido tantas veces para mis adentros que se ha convertido en un mantra. Sigo repitiéndolo, por si acaso empiezo a vacilar porque las pruebas que presentan contra mí son como cristal de nieve en el saliente de una montaña y estoy a punto de ser enterrada por una avalancha. Portia le ha proporcionado una coartada a Paul. Paul, tú lo has tramado todo. Recuerdo que una vez me dijiste algo: «Se necesita tanto esfuerzo para trabajar en algo pequeño como en algo grande. Así que siempre apunto hacia lo grande».

Has apuntado hacia lo más alto posible. Pienso en mi foto con la bufanda. Debes de haber planeado esto hace mucho, mucho tiempo. Toco la pared de bloques de cemento, sigo la superficie

rugosa y áspera con la mano. Alguien ha garabateado «Joder» en la pared. Ni yo misma lo habría expresado mejor. No entiendo por qué Paul ha tramado todo esto contra mí. El dinero no es un motivo suficiente, lo conozco lo bastante bien como para saberlo, pero no acierto a comprender qué estoy pasando por alto. Necesito hablar con Lex. Tengo que formularle las preguntas correctas para obtener las respuestas correctas. He de salir de aquí. Me paso las manos por debajo de la nariz y las dejo caer por debajo de la barbilla. Si alguna vez salgo, la cuestión es o tú o yo, Paul; o tú o yo.

36

Debe de ser por la mañana porque O'Shea está de pie fuera de la celda cuando la abren.

—Vamos, Kate, segundo asalto.

La sigo a ella y a Samuels por un pasillo, con ganas de salir.

Me ofrece una taza de té que acepto agradecida. Viste una blusa rosa claro con un cuello redondo. Se quita la chaqueta y la cuelga con esmero en el respaldo de la silla. Las mangas están planchadas de manera impecable. Yo la apruebo. Theo llega con aspecto maltrecho. Veo que O'Shea no lo aprueba.

—Hábleme de su matrimonio, Kate.

—Éramos un matrimonio muy feliz.

—¿Eran? ¿Qué ha cambiado?

—¡Lo descubrí con sangre en las manos y como un loco..., eso es lo que ha cambiado!

—¿Así que hasta hace solo quince días los Forman eran un matrimonio idílico? No es posible.

O'Shea se vuelve hacia Samuels, que le da una copia del *Daily Mail*.

—¿A esto le llama «feliz»?

Abre el periódico hasta una doble página que contiene en el centro una foto de Marcus abrazándome fuerte junto al canal mientras mis hijos miran. La tomaron el día en que nos cruzó en el barco. «La esposa del creador de *Inside-Out* acusada del asesinato de Melody», reza el titular.

En lo que parece el guión de un drama televisivo de los que podía haber hecho su marido, Kate Forman, esposa del creador de *Inside-Out*, Paul Forman, ha sido arrestada por asesinato de la investigadora de televisión Melody Graham, de veintiséis años. Los rumores de que uno de los más exitosos y destacados productores de la televisión británica vivía una aventura con Melody han proporcionado un sólido motivo para este arresto de última hora, mientras esta dramática fotografía demuestra que no todo es lo que parece en el matrimonio del poderoso bróker de televisión. Marcus Dutoit, un arboricultor de veintidós años, vive en una barcaza anclada en el jardín trasero de la lujosa casa que la pareja tiene en Londres. Este acuerdo poco convencional ha asombrado a los vecinos de los Forwood y a Forwood TV...

No puedo seguir leyendo una línea después de otra y salto hasta una foto de Astrid, aún más grande que la de Melody. Veo que la citan en el artículo un poco más abajo. «Kate parecía una señora muy agradable, era un poco como mi tía favorita, pero su relación con Marcus me ha chocado porque no es propia de alguien de su estatus...» La describen como la asistente ejecutiva de Paul.

«Esto es horrible...» Me salto la línea, superada por la desesperación. Pobre Marcus, un pequeño acto de bondad se ha malinterpretado, una vida privada expuesta a la vista de todos en el papel cuché.

—Esto tiene una explicación absolutamente inocente, y sé que usted lo sabe.

O'Shea dobla el periódico y lo aparta.

—El problema aquí, Kate, es que buena parte de esta historia se suponía que tenía una explicación inocente. ¡Pero la bufanda, el cuchillo en el canal, venga ya! Desde mi punto de vista está muy claro. Ha sido usted, o él, o ambos.

—¡Todo el mundo sabe lo de ese canal! Forwood usó el barco como oficina durante un tiempo, mucha gente del trabajo sabía cómo llegar hasta allí. ¡No lo sabían!, ¿verdad? —Me proporciona cierta amarga satisfacción ver que O'Shea y Samuels intercambian una mirada—. Allí estaba el departamento de contabilidad antes de que se trasladaran a las nuevas oficinas, y estaban desesperados por la falta de espacio. Así que cualquiera pudo tirar un cuchillo al canal.

—Se está agarrando a un clavo ardiendo, Kate.

—¡Sí, claro! ¡Porque el inocente no tiene todas las respuestas! ¡No tengo las respuestas, pero sé que yo no la maté! No voy a decir nada más.

Y después de media hora de vanos esfuerzos por hacerme hablar, admitir, confesar o venirme abajo, me devuelven a una celda donde paso las tres horas siguientes oyendo los gritos, obscenidades y canturreos del tipo que está borracho como una cuba en la celda de al lado.

Al cabo de dos horas, cuando el borracho ha gritado hasta desgañitarse y se ha caído redondo al suelo, entra Theo.

—Sorprendentemente tengo buenas noticias. Van a soltarte.

—¡Qué demon...!

—Tiene cojones esta detective inspectora —añade sacudiendo la cabeza—. No es una decisión popular. Seguro que te siguen, vigilarán adónde vas.

—Pensaba que las pruebas eran aplastantes.

—No están seguros de que no sea tu marido. Su coartada le deja tiempo suficiente para matarla. Es un poco justo, pero es posible.

—Supongo que debería alegrarme, pero al saber que me han soltado, él debe de sentir que ha perdido.

Theo se rasca las patillas a modo de respuesta.

Un policía de uniforme abre la puerta de la sala de interrogatorios y lo sigo por el vestíbulo de la comisaría donde una pareja de ancianos espera sentada. Al salir por la puerta principal, vacilo, pero Theo me convence de que la prensa no sabe en qué comisaría me han detenido. Salimos, parpadeo al enfrentarme a la luz mortecina de la tarde, y nadie se fija en nosotros. Theo me ofrece su tarjeta. Tiene interés en representarme en el juicio. Sé que piensa que tendré que llegar a eso, a menos que sea mucho más lista y encuentre algo que me saque del apuro.

Necesito hablar con Lex. Aquella noche estaba en el pub, estuvo con Melody antes de que muriera. Antes quería hablar conmigo y ahora se ha escondido, y yo voy a averiguar por qué. En su teléfono salta directamente el buzón de voz. Llamo a Sarah y tengo una breve charla con Josh y con Ava, en la que me tengo que tragar las lágrimas. Sarah se vuelve a poner al teléfono y me tranquiliza diciendo que están bien. Me obligo a apartarlos de mi mente mientras paro un taxi y me concentro en Lex. Voy a plantarme en la puta puerta de su apartamento y esperar lo que haga falta hasta que salga de casa, al final no tendrá más remedio que salir. Pero al cabo de dos horas estoy helada y aburrida. Paul me envía un mensaje diciendo que ha ido él a recoger a los niños a casa de Sarah. Me ordena que vuelva a casa, pero antes tengo que conseguir algunas respuestas.

Pongo la mano helada en la elegante puerta de madera vetada de su *loft*. Tres pesados candados de lujo me impiden la entrada. Quiero entrar y buscar móviles y secretos, pero me resulta imposible. Entonces se me ocurre una idea.

Son las siete y media de la tarde cuando llego a las oficinas de Forwood. Después de llamar varias veces al timbre sale una chica joven, vestida con el uniforme de la empresa de la limpieza, que echa un vistazo desde la puerta interior.

—¿Está Rosa? ¿Rosa, la señora de la limpieza?

Ella entiende la única palabra que importa, y abre la puerta. Tal y como yo sospechaba, la sala está desierta. Rara vez queda alguien más tarde de las siete de la tarde. Camino, sorteando abultadas bolsas de basura, hacia una mujer recia que lleva guantes de goma y arrastra un aspirador.

—¡Rosa!

Se da la vuelta y apaga el aspirador, se limpia las manos instintivamente en el delantal a cuadros del uniforme. Tarda un instante en reconocer quién soy.

—¡Ah! Señora Forman, ¿está usted bien?

Respondo a su sonrisa mellada con otra sonrisa. ¡Dios mío, ella no sabe nada! Cada noche le da la vuelta a las papeleras y arruga los papeles desparramados por las mesas de los empleados de Forwood, pero nunca los lee, nunca ve las noticias. Nunca se fija en nada. La mayoría del personal nunca le dirige la palabra, la mayoría nunca se ha fijado en qué cara tiene, es solo parte del ejército de trabajadores que pululan por allí y prestan su apoyo a los que son lo bastante importantes para estar en el centro del meollo. No tiene ni idea del escándalo que envuelve todo aquello, ni de que me he convertido en una persona infame, que debería evitarme.

—¿Los niños bien?

Le pongo la mano en el hombro y asiento. Abro el bolso y saco la cartera.

—Mire, tengo una foto nueva.

Es una foto de hace un par de meses; parecemos una familia perfecta, serena y amorosa. Los ojos de Rosa se iluminan.

—¡Qué guapos! ¡Tiene usted mucha suerte!

—Rosa, necesito algo muy importante. —Hablo despacio porque apenas habla el idioma. Asiento con cuidado—. ¿Tiene llaves de casa de Lex? —Rosa frunce el ceño—. ¿Tiene llaves de su casa?

Hago la mímica de girar una llave en una cerradura.

—Sí, señora Forman, le hago la limpieza de su casa.

Asiento con entusiasmo. John me contó una vez que Lex pone todos los gastos que puede en los libros de cuentas para desgravar impuestos, incluso la señora de la limpieza. El bueno de John.

—Lo sé. ¿Puede darme las llaves? Mañana es su cumpleaños, vamos a hacer una fiesta sorpresa en su casa. —Rosa da muestras de no haber comprendido mis palabras—. Una fiesta. Yo haré una tarta, cocinaré un montón de cosas, luego apagaremos las luces, y cuando Lex llegue a casa y abra la puerta, todos saltaremos gritando: «¡Sorpresa!» —Hago mímica como en un mal vodevil—. ¿Puede darme sus llaves y se las devuelvo a final de la semana?

Tarda un momento en traducir mis palabras y esboza una sonrisa.

—¡Ah, señora Forman, buena idea!

Se acerca al perchero donde cuelga el bolso y el abrigo, busca en su interior y saca un manajo de llaves. Centellean en mi mano seca y noto la emoción propia de quien está a punto de entrar en acción.

La puerta de Lex se abre silenciosamente; las bisagras de acero funcionan mucho mejor que las de madera hinchada de la puerta principal de mi casa, que se atasca después de la lluvia. Nunca había estado allí. Lex no suele celebrar nada en su casa, o bien no me incluye en sus celebraciones. Mientras subo la escalera y entro en el espacio sin tabiques, juzgo este último. El lugar es enorme, con sofás de piel bajos, luces industriales, grandes y turbadoras piezas de arte moderno, una alfombra de piel de vaca y una cocina abierta con bar. Algo apesta en la cocina, la basura, supongo; necesita una visita de Rosa y sus guantes de goma.

Estudio las baldosas de mosaico mientras me dirijo al armario del baño. No hay nada extraño, pero en un armarito empotrado detrás del váter encuentro fijador para dentaduras. ¡Ay, caramba! Lex sabe que a una veinteañera que lo viera le daría más corte que una crema contra las hemorroides.

Empiezo a disfrutar de mis transgresiones. Abro una botella de cerveza que he sacado de la nevera y empiezo a merodear por una mesa plagada de apuntes sobre su campaña en internet. Los productos de la mente de Lex me parecen fascinantes: une las ideas con líneas, comentarios escritos al margen, interrogantes truncan otras ideas que no prosperan. En el cajón del escritorio hay una gruesa pila de contratos, la compra de CPTV, notas adhesivas pegadas a páginas que mencionan aceleradores, y páginas y más páginas de subcláusulas y anexos. Su cuaderno está lleno de apuntes, y estoy ojeando las páginas cuando descubro algo encima de una mesa, de las que llaman consolas en las revistas de interiores. Saco la videocámara que aún está en la caja de cartón y le doy vueltas en mis manos. Es una cámara de alta tecnología, digital e inalámbrica. Hay un paquete de tarjetas de memoria con su bolsita de plástico. Quito todos los envoltorios y me meto los artículos en el bolso. A Lex no le importará que la tome prestada.

Mientras quito el cartón, un ruido procedente del dormitorio me deja helada en el sitio. Suena un móvil. Suena un buen rato mientras yo me quedo petrificada en una casa que no es la mía, con los ojos fijos en la puerta que no está cerrada del todo. El silencio resulta atronador cuando el timbre cesa. Lex está allí, y me asalta un sentimiento de culpabilidad por haber invadido su espacio personal, pero en la casa no reverbera el ruido de otra persona. Cruzo hacia el dormitorio y abro la puerta despacio con un dedo, observando cómo se mueve hacia dentro sin hacer el menor ruido.

Eso que huele mal eres tú, Lex.

Lex está tumbado en un extraño ángulo sobre la cama, mirando el techo. Se le ha caído una zapatilla que está boca arriba sobre la alfombra. Me trago el miedo y me obligo a entrar en la habitación. La cabeza es un amasijo sangrante; lo han golpeado con algo pesado y afilado, y los ojos vidriosos contemplan el vacío. En el cuello veo dos vueltas de una cuerda blanca con los extremos deshilachados. Tiene negras contusiones en casi todo el cuello. Ha luchado hasta el final.

Casi me muero del susto cuando suena el buzón de voz de su móvil. Oigo mi propia respiración acelerada y profunda, estoy a punto de sufrir un ataque de pánico y eso me mueve a actuar. No veo el teléfono y me doy cuenta de que Lex está tumbado encima de él. Palpo debajo de su pesada espalda, mirando fijamente las puertas del armario para evitar sus ojos. Saco el teléfono pero tiene una clave y no puedo desvelar sus secretos. Lo limpio y lo dejo.

Me pongo de pie sintiéndome inútil, sin saber qué hacer. Lex, Lex, dame una pista, por favor dame una pista de lo que ha pasado aquí. Intento examinar la escena del crimen con ojos de forense. El apartamento está ordenado, la cama hecha, no hay tazas ni ceniceros, ni botellas de vino a medio terminar, ni rayas de coca. Compruebo el lavaplatos. El programa ha lavado unas cuantas tazas, platos y cubiertos; no hay ninguna copa de vino. El escurridor está vacío. Compruebo si falta algún objeto que haya dejado un rastro de polvo, pero Rosa hace bien su trabajo. No hay nada.

No era una visita de cortesía, sino que dejaste entrar a alguien a quien conocías, alguien que conocías tan bien que te podía sorprender en el dormitorio. Miro a mi alrededor en busca de algo pesado que pudiera haber sido utilizado para golpear a Lex en la cabeza, pero decido que lo más probable es que se lo hayan llevado. Me pregunto si lo habrán arrojado al canal. ¿Con qué te golpearon, Lex? El golpe no te mató, pero te incapacitó. Ya sabías lo que te esperaba.

¡Oh, Lex, perdona mis sospechas y mis pretensiones de superioridad moral! Nuestro accidente de coche adquiere un cariz totalmente nuevo, el hombre inocente y asustado que lucha en las

sombras. Me quedo allí unos pocos minutos más, con la esperanza de encontrar algo, pero no hay nada.

Cierro la puerta y la limpio con la manga. Fuera en el pasillo puedo oír el ritmo de la música de moda y la risa de una mujer. Un tipo está disfrutando de la vida en un *loft* en el centro de Londres. Apuesto a que el código postal atrae sin esfuerzo a las mujeres, pero yo tengo que irme.

Solo cuando estoy a medio kilómetro de allí uso una cabina para hacer una llamada anónima a la policía. Al cabo de cinco minutos me caigo al suelo y aúllo, en parte conmocionada por lo que he descubierto y en parte por lo estúpida que he sido en un momento en que necesitaba mantenerme fría. He dejado la botella de cerveza junto a su ordenador, con mi saliva brillando en el borde.

38

Jessie quita la cadena de la verja metálica del exterior de su estudio, peleándose con el cerrojo en la oscuridad.

—Sé que es un coñazo, pero el otro día cometieron un robo con alunizaje en la tienda que hay calle abajo.

—Creí que la habían cerrado en los noventa.

—Ha vuelto a abrir con la recesión, por lo visto.

No creo que ningún ladrón piense que merece la pena estropear un coche para robar uno de los cuadros de Jessie, pero no le doy más vueltas. Allí está, eso es lo principal, lo único que importa. Tengo un poco de margen para pensar en lo que voy a hacer ahora. No puedo volver a casa por muy desesperada que esté por ver a los niños; la policía me detendría como principal sospechosa del asesinato de Lex.

—¿Cómo estás? ¿Has conseguido arreglar las cosas con Paul? —La miro sin comprender, mientras se toca la sien con un dedo y subimos las escaleras de su estudio—. ¡Espabila, Kate! Creías que Paul tenía una aventura.

Es como si el tiempo se hubiera encogido y yo hubiera avanzado largos trechos sin parpadear. Una aventura. ¡Qué pintoresco suena eso y qué lejos estamos ya de esa fase! Jessie ha estado metida en su burbuja creativa, tan desinformada e inconsciente como la limpiadora inmigrante recién llegada. Entramos en el estudio, cuelgo el bolso y me siento en un banco de colegio salpicado de barniz, junto a una estufa de butano.

—Por cierto, tengo una reunión de negocios dentro de media hora, más o menos. Sé que es un poco tarde, pero la pobre no pudo hacerme otro hueco en su agenda. Así que tendrás que ser breve, luego podremos salir a tomar una copa.

—Han asesinado a Lex. —Jessie deja de moverse, sin que el lienzo sea un apoyo útil en sus manos—. He encontrado su cadáver. La policía creerá que yo lo maté, ya creen que maté a Melody. —En el rostro de Jessie veo una expresión que me resulta más familiar al amanecer: incomprensión pasmosa—. Han usado el mismo método en los dos... —me contengo al darme cuenta de que tengo que volver al principio. Observo cómo parpadea y sus cejas bailan mientras lucha por procesar lo que acaba de oír.

—¿Por qué? —Ahora se está enfadando—. ¿Por qué han matado a Lex?

—No lo sé. Debió descubrir algo.

—¿Qué descubrió, Kate? ¡Piensa!

—No lo sé.

Estudio las uñas quebradizas de Jessie mientras aferra el lienzo, veo padrastrós afilados como cuchillas asomando hacia el cielo, reseco debido al aguarrás y al frío de los estudios, agrietados por el trabajo en el tajo artístico. Las manos dicen mucho de una persona. Las uñas de Melody eran cortas y estaban pintadas de azul eléctrico y no pegaban con el vestido; las manos de Paul son cálidas y suaves, acostumbradas a hacer clic de una presentación de PowerPoint a otra.

—Algo lo bastante crucial como para que mereciera la pena matar por ello.

Jessie coloca el lienzo contra la pared, se restriega las manos en los pantalones manchados de pintura y se abraza las rodillas, como si intentara protegerse de lo que está oyendo.

—¿De veras crees que ha sido Paul?

Rompo a llorar de impotencia.

—¡No lo sé, pero de qué otro modo podría ser! Portia le ha proporcionado a Paul una coartada...

—¿Portia Wetherall?

—La misma.

—Mi reunión de negocios es con ella. Estamos tratando de encontrar una solución al problema del encargo de Raiph. A Raiph no le gusta.

—¡Oh!

—Insistió en verlo cuando acababa de empezarlo; Raiph quería ver los progresos de mi obra, algo que normalmente nunca permito, ¡pero Portia me obligó, y ahora Raiph quiere que la cambie, aunque no esté acabada! Todos se creen que son los malditos Médicis, dando órdenes a las personas que tienen a su alrededor.

—¡Oh, querida! Yo le hablé bien de ti a Portia, pensé que te resultaría de ayuda.

—Bueno, a la luz de la «evolución», como dirían los americanos, de mi carrera, parece una inversión de sentido común para Raiph, ¡y aun así no está contento!

—¿Dónde está?

Se dirige hasta el fondo del estudio y quita un trozo de tela que protege un lienzo. El cuadro es del estilo habitual de Jessie, vibrante, colores primarios que sangran unos en otros, ojos en forma de plato sobre la carne de una cara rosácea. El traje gris de Raiph es solo un esbozo, pero se perciben los inicios de unos enormes y distorsionados hombros. Es un arte que exige atención, muy distinto a las acuarelas que cuelgan de la pared de una cadena de restaurantes.

—¿Por qué ha reaccionado de ese modo? Ya sabía cuál era tu estilo.

—No le gusta lo que he escrito.

La «firma» de Jessie es una palabra o frase que flota en un espacio de color chillón que se extiende junto a la cabeza de su modelo. En ese cuadro, letras de color esmeralda bailan junto a la cara de Raiph: «Verde verde hierba».

Suena el móvil de Jessie.

—Ahora mismo bajo —dice volviéndose hacia mí y percatándose de mi expresión de alarma—. Es Portia...

—No veo a nadie...

—¿Estás segura? ¿Quieres preguntarle por la coartada que le ha proporcionado a Paul?

Cruzamos una mirada de entendimiento.

—No le cuentes lo de Lex —le digo—. Dudo que ya sea de dominio público.

—La haré subir.

Coge las llaves y desaparece por la puerta; al cabo de unos momentos las dos entran en la habitación.

Cuando Portia me ve, lanza una exclamación y, entre aspavientos, me abraza fuerte y me besa en ambas mejillas como si desafiara la opinión pública.

—¡Dios, la que os están haciendo pasar a ti y a tu familia! —Yo me quedo muda mientras ella prosigue—. Sé que es difícil pero no deberías leer lo que escriben de ti, recuerda que es solo entretenimiento a tus expensas. Sin embargo, creo que Paul ha tardado mucho en apartarse del centro de atención. Necesitáis un relaciones públicas, alguien que pueda representar a vuestra familia y hablar en vuestro nombre. En estas ocasiones se necesita tener a un profesional de vuestro lado. —Se sienta en el banco, abre el bolso y saca el teléfono—. Estáis dando tumbos de aquí para allí ante los focos de los medios, pero es hora de que recuperéis el control. Bueno, conozco una empresa muy buena de gestión de la reputación, cuyo jefe es un viejo amigo mío, deberías llamarle. Di que vas de mi parte, por favor. —Saca una agenda de piel del bolso, arranca una hoja de papel y escribe un número—. ¿Es este tu bolso? — Mete el papel debajo de mi bolso—. Sobre todo, enviadme la cuenta a mi despacho.

—¿Quieres beber algo, Portia? —pregunta Jessie, y Portia acepta un vaso de agua.

Sus pulcros zapatos y su caro traje pantalón tienen un aspecto cómico en esta ratonera, lo más probable es que le manguen el descapotable en cualquier momento, pero ahora parece estar disfrutando.

—Si crees que puedo hacer algo más por ayudaros, por favor, llamadme. Lo digo en serio.

—¿Por qué le diste a Paul una coartada?

Portia ni se inmuta, se vuelve directamente hacia mí. Está acostumbrada a preguntas incómodas.

—Le di una coartada porque nos vimos. ¿Supongo que querrás saber todo lo posible sobre lo que ocurrió con Paul la noche en que asesinaron a Melody?

—Sí.

—Es comprensible.

—¿Por qué os visteis?

Portia da un sorbo de agua, mira a su alrededor en busca de algún sitio donde dejar el vaso y lo deja en el suelo. Hace una pausa, piensa lo que va a decir.

—De acuerdo, Kate. A menudo me he preguntado qué te contestaría si me lo preguntaras, pero después de pensarlo creo que lo mejor es decir simplemente la verdad. Si dices la verdad, después no te pueden pillar. —Siento cómo el pánico me sube por la columna vertebral—. Intentaré ser tan exacta como pueda sobre el tiempo, pero no puedo estar cien por cien segura de la hora que era cuando nos vimos.

—¿Qué hora era?

—Las diez y media, tal vez las diez cuarenta y cinco.

Jessie se queda mirándome, sorprendida. Ha tenido que esforzarse en recordar el día que ocurrió algo, por no hablar de las divisiones de una hora.

—Hablamos en mi coche, en parte porque estaba diluviando. Fue un encuentro muy breve. — Portia se levanta del banco y se pone despacio detrás de él.

—¿Y por qué...?

—Soy la presidenta de una compañía que factura alrededor de dos billones de libras al año. Soy la capitana de un barco que muchos desean pilotar, si me perdonas la analogía. Desde la primera parte de la venta de Forwood, Paul ha sido un accionista de CPTV. Los votos de los accionistas son importantes para decidir la dirección de la compañía y la persona que dirige dicha compañía. Yo estaba captando la opinión de Paul, por decirlo de algún modo.

—¿Por qué no lo dijiste desde el principio? ¿Por qué Paul lo mantuvo en secreto?

—Me temo que tendrás que preguntárselo a él. No quiero anticiparme a lo que dirá Paul, pero supongo que si él te contara lo de un encuentro de noche en un coche, parecería un poco... turbio. Cuando la policía me hizo preguntas concretas, pude corroborar su versión. Supongo que Lex tampoco sabía nada de nuestro encuentro...

—¿Por qué no?

—Lex y Paul son socios a partes iguales en Forwood, pero en el supuesto de que eso cambiara...

—¿Eso está cambiando?

—Son hipótesis. Quería a Paul de mi lado. Creo que es una estrella en alza. Siento que podemos trabajar muy bien en el futuro, y le estaba exponiendo mi caso. Para ser franca, prefiero tenerlo a él a bordo que a Lex. —Portia traslada su mirada de mí a Jessie—. Los socios fundadores pierden el control de su compañía, es algo que sucede todo el tiempo. Los bloques de poder y las alianzas cambian con una rapidez sorprendente. Así son los negocios. No estaría haciendo mi trabajo si no prestara atención a este tipo de cosas.

—¿Es ilegal? —pregunta Jessie.

—No seas ridícula. —Portia se echa a reír y pasa por delante del retrato de Raiph—. Con los años he descubierto que las personas que tienen menos experiencia sobre las relaciones comerciales son las que piensan en ellas en términos más melodramáticos, sean periodistas, guionistas de Hollywood... o artistas. —Esboza una sonrisa de triunfo—. La realidad es solo una gran cantidad de trabajo diligente y respetuoso de la ley.

Portia contempla el cuadro durante un buen rato, entrando de verdad en él, y luego profiere una carcajada grave.

—Así que es esto lo que está causando tanto follón. —Y después de un silencio prosigue—: Me gusta, Jessie, de verdad, pero, para empezar, tienes que ser lista, y eso implica una solución intermedia. Eso se aplica a cualquier transacción, desde los negocios hasta el arte.

Portia tiene una voz adorable. Es suave y melodiosa, pero llena de serena autoridad. Cuando habla, simplemente te dan ganas de escucharla. La imagino en una sala llena de hombres subyugados por ella.

—Hasta los artistas tienen que comprometer su visión o sus ideales de vez en cuando.

—Yo no pienso hacerlo —prorrumpe Jessie—. Si traicionas tus ideales, estás muerto artísticamente.

—¿Paul estaba borracho cuando lo viste esa noche?

Portia se vuelve hacia mí, confundida por el hecho de que aún siga con el mismo tema.

—No, no lo parecía. —Vuelve a ese discurso sobre el negocio dirigido a Jessie—. Todos trabajamos duro. Jessie, te pasas horas trabajando duro en este estudio que supongo que es demasiado frío en invierno y sofocante en verano; Kate mueve demasiados platillos, y se pregunta

cuándo van a caerse; yo me dejo la vida en la oficina. Todos queremos que se nos recompense ese trabajo. La recompensa llega de muchas maneras...

—¿Fuiste tú la que citaste a Paul? —insisto.

—Sí, fui yo la que acordó la cita.

—¿Cómo? ¿Cómo lo hiciste?

—No lo recuerdo exactamente, pero es probable que hablara con él.

—Por eso odio los encargos —gimotea Jessie—. O compras la visión del artista o lo dejas en paz.

—Raiph compra tu visión —la aplaca Portia—, pero el quid de la cuestión es lo que Raiph no quiere. —Señala las palabras en el lienzo—. Raiph quiere cambiarlas.

—¡Raiph no hace concesiones! —digo.

Portia me mira con pesar.

—Cuando llegas a ser tan poderoso como él, no tienes por qué hacerlo.

—Además, ¿qué significa eso al fin y al cabo: «Verde verde hierba»? —pregunto, poniéndome de pie al lado del lienzo.

Ahora Jessie se anima.

—Es de la canción de Tom Jones, sobre un hombre que sueña en la casa de su infancia y su belleza y su inocencia, cuando en realidad es un condenado a muerte y solo volverá a casa en un ataúd.

Me vuelvo hacia Portia e intercambiamos una mirada.

—¿Y qué importa...? —pregunto.

—Estoy haciendo una proclama sobre lo lejos que ha llegado, desde lo que parece un idílico pueblecito irlandés, la inocencia de su juventud ha sido corrompida por la dureza del entorno de los negocios. Está mentalmente condenado a muerte, atrapado detrás de los barrotes de la personalidad que ha construido.

—¿Y te sorprende que no le guste?

Portia interviene.

—Creo que yo podría hablar con Jessie sobre un punto de vista más... complaciente... que hiciera feliz a Raiph.

Jessie se atrinchera.

—Está convirtiendo mi arte en una fruslería sin relevancia de esas que se cuelgan encima de la chimenea. Para el caso podría convertirme en una decoradora de interiores...

—De esas que van colocando almohadones en lugares estratégicos —digo.

—¡Sí, una jodida distribuidora de almohadones!

Portia se ríe.

—Ya veo por qué sois amigas. A mí personalmente me encanta tu trabajo, Jessie, podrías escribir cualquier cosa en mi retrato y lo encajaría bien. Me molesta que Raiph se me adelantase y te lo encargara él primero, para ser sincera. Ahora siento que no puedo pedirte uno; no quiero que me vean como una imitadora de sus ideas. Tienes que ser muy cuidadosa sobre cómo te posicionas en el negocio de los medios de comunicación y en el mercado del arte.

—¡Claro que puedes tener un cuadro!

Ahora es Jessie la que adopta una actitud comercial, al oler otra posible venta. Me estoy aburriendo, Portia ni siquiera comprende la importancia de esta conversación sobre la coartada,

pero para mí es de vida o muerte. Es el momento de sacarla del perímetro de seguridad de manera traumática.

—Han asesinado a Lex.

Ahora consigo que reaccione, ahora soy el centro de atención. Portia pierde la compostura un momento mientras me mira fijamente y creo adivinar el miedo en sus ojos.

—No lo sabía.

—No lo sabe mucha gente. —Se produce un incómodo silencio.

—¿Cómo murió?

—Del mismo modo que Melody.

—¿Un imitador? —Saca el teléfono con mano temblorosa. Está a punto de marcar, pero lo piensa mejor—. ¿Sabes alguna cosa sobre «Sabueso»? Raiph preguntaba por ello.

Me siento despacio en una silla salpicada de pintura para intentar disimular mi conmoción. Quiero que mi voz parezca normal.

—¿Sabueso? —Me encojo de hombros—. No lo sé. ¿Cuándo te lo preguntó?

—Hace unos días. Lex había dicho que era su próxima campanada.

Sacudo la cabeza, la palabra aparece ante mí cada vez más definida mientras me recorre una sensación de euforia. Te pillé, Raiph.

—¿Kate? ¡Oh, Kate!, yo creo que... —Jessie está mirando la calle a través de los grandes ventanales del estudio.

Algo en su voz me incita a ir pitando a echar un vistazo, y de inmediato sé lo que necesito saber. Dos coches patrulla se han detenido fuera, y formas oscuras se dispersan por sus puertas abiertas. Cojo la bolsa y corro hacia la salida.

—¡Kate! —grita Jessie a mis espaldas—. ¡Espera!

No, no puedo esperar, Jessie. No tengo tiempo. No volveré a esa celda a esperar impotente que otros escriban mi historia por mí. Con esta nueva información vital puedo escribir yo misma el final, aún tengo el control. Jessie me ha agarrado y me mete algo en la mano. Me está dando la llave de su bici.

—Ve por la escalera que está al final del pasillo, más allá de los lavabos.

Portia da unos pasos rápidos hacia nosotras, con rostro severo.

—Jessie, podrías estar siendo cómplice de una criminal. Eso es un delito grave.

Mi vieja amiga se vuelve hacia mí mientras unos golpetazos en la puerta con algo pesado resuenan en la escalera. Me coge por los codos, los aprieta fuerte contra mis costados, más con la esperanza de que sea inocente que con pruebas que la respalden.

—Sin transigencia —susurra con sentimiento.

Luego aprieto a correr volviendo la mirada hacia una Portia atónita y bajo los peldaños de cinco en cinco antes de salir por la puerta de incendios y alejarme en la bici por el callejón de atrás lleno de basura; el casco se balancea en la cesta rota de plástico mientras traqueteo por los adoquines desiguales.

Pedaleo con tanto empeño que después de cinco minutos tengo que parar debajo de un puente del ferrocarril, con el corazón amenazándome con salirse del pecho. Ríos de sudor surcan mi espalda y resbalan hasta las rodillas. Un tren de mercancías pesadas empieza a retumbar por la vía que se extiende por encima de mí, y grito una y otra vez ante lo que he descubierto sin querer, ante lo que Portia ha mencionado de manera inocente y que tanto significado tiene para mí. Sabueso. Lex dejó su pista. Para mí. Ahora lo veo, tirado en la cama, con la sangre empapando las sábanas recién lavadas, mientras en sus desesperados últimos segundos pensaba cómo podía tender la trampa, tensando al máximo el músculo creativo para conjurar un modo de resistir. Lex dejó su acto más imaginativo para el final, usó su último aliento para transmitir ese mensaje, con la esperanza de que llegara hasta mí y yo entendiera su significado. Y lo entiendo, Lex, lo entiendo. No te fallaré. Vuelvo a lanzar un alarido de dolor y de sensación de pérdida, por Melody, por Lex y por mí misma. Pronuncio jadeando para mis adentros esa última palabra porque él sabía que yo no la pasaría por alto: Sabueso. Sé el modo, pero no sé el porqué, y grito con la energía y la rabia que necesito para actuar, para descubrir el porqué, para seguir el rastro que Lex me ha revelado y ver adónde conduce.

Vuelvo a montarme en el metal curvo de la vieja Raleigh de Jessie, y muevo el pedal un poco hacia delante. ¿Por qué Raiph? ¿Por qué? O'Shea no está más cerca de la respuesta que yo, ella tiene ordenadores y acceso a bases de datos y bases forenses y la ley de su parte, pero todos los sistemas, procesos y protocolos de nada valen aquí. Aquí interviene la extravagancia y la arrogancia. Raiph silenció a Lex, pero la bufanda acabó en mi casa. El cuchillo acabó en el fondo del canal. Iré a casa y Paul tendrá que contarme lo que sabe, aunque sea lo último que haga en su vida.

Después de treinta y cinco minutos de pedaleo, las cosas aún no están claras. Me detengo cinco casas más allá de la mía junto a unos garajes. No puedo entrar andando a mi casa, la policía me estará esperando allí. He comprobado que mi teléfono esté apagado y me he guardado la tarjeta SIM en el bolsillo de atrás. No tengo acceso al email. He superado las melodramáticas ideas de venganza y he pasado a ser estrictamente práctica: soy una fugitiva y no tengo donde pasar la fría noche. Es estúpido correr el riesgo, pero no puedo evitar sentirme atraída por mi hogar; necesito llenar el vacío que me deja la ausencia de mis hijos. Me caliento las manos con mi propio aliento y pedaleo hasta un puente que cruza el canal a un kilómetro de mi casa, donde

puedo acceder al agua. Arrastro la bici de Jessie por los escalones de una casa vecina, la dejo fuera de la vista de los paseantes, la ato a un árbol joven y me agacho detrás de un seto cuando oigo que se aproxima un coche. Hay un complejo de apartamentos de poca altura en esta esquina y bajo derrapando hasta la orilla, después de una subestación eléctrica, hasta una alta valla metálica que se levanta en la parte trasera de los apartamentos. Merodeo por allí en busca de algo que me ayude a trepar, y encuentro una silla rota junto a los contenedores del ayuntamiento. Puede que esté un metro más alta, pero escalar el resplandeciente metal es más duro de lo que parece. Hago un enorme esfuerzo y no consigo nada, hasta que renace en mí la ira y consigo encaramarme a la valla, arañándome dolorosamente la barriga en el intento. Cuando estoy al otro lado, me queda un largo y tortuoso trecho por la orilla del canal a través de las franjas de jardín de mis vecinos. Me quedo paralizada un largo rato en un punto cuando tropiezo con la temblorosa alarma luminosa de un propietario. Avanzo por la espesa vegetación cortándome las manos con los arbustos espinosos. Después de un buen rato diviso el perfil del *Marie Rose* recortado contra la penumbra. Está muy oscuro para ser Londres y muy tranquilo; un paraje oculto y abandonado, idílico a la luz del sol, pero teñido de tonos amenazadores por la noche. El canal es una balsa de aceite a mi lado. Me quedo en cuclillas sin moverme hasta que se me entumecen las piernas. Me sorprende un zorro vagabundo, que se escabulle más allá de la colmena de un vecino. El agua lame perezosa las tablas de madera de la barcaza, sus ojos de buey indican que no hay nadie a bordo. Max y Marcus no volverán hasta la semana que viene, no les importará que me aloje ahí, y en el bolso tengo la llave que entra en la gruesa cerradura de la puerta que tengo delante: privilegio de casera.

Cuando estoy segura de que no hay nadie en los alrededores, avanzo un milímetro hasta que veo mi casa. Las cortinas del dormitorio de Josh están corridas y la luz apagada. Ahora duerme como un tronco con el edredón de plumas hecho un lío en torno a sus piernas y el pelo enmarañado en la frente. Hay luz en la ventana de delante, desde este ángulo puedo ver los cuadros de la pared de mi dormitorio y una montaña de ropa de Paul sobre un sillón. La cocina está a oscuras. Me pregunto si la policía está vigilando el jardín desde allí.

Me voy detrás del cobertizo y puedo abordar el barco sin que me vean desde la casa. Abro la puerta y entro, tapo con la mano un poco la bombilla de la linterna que llevo en el bolso desde que entré en la oficina de Paul. Los ojos de buey son pequeños pero no me atrevo a encender la luz. En la penumbra compruebo la cocinilla que hay junto a la puerta: una cocina de dos fuegos y una nevera pequeña. Detrás hay una mesa plegable con bancos y, al otro lado de una arcada, dos dormitorios conectados por una cortina que sirve de muro. Al fondo hay una ducha, un espacio de almacenamiento en la popa con una lavadora, y otra puerta que da a la cubierta trasera. El lugar da fe de las habilidades organizativas de los M&Ms, las camas están cubiertas de ropas que no han cabido en sus bolsas de viaje, botellas de cerveza están apiladas en una poblada superficie de la cocina, y unos guantes de esquí nuevos han quedado olvidados accidentalmente encima de la mesa, al lado del ordenador portátil.

Enciendo el fuego eléctrico y de repente caigo en la cuenta de que me muero de hambre; la excursión a la nevera da como resultado un trozo de cheddar seco y medio yogur. Encuentro dos galletas saladas en un armario y me consuelo pensando que he comido peor. Me caliento las manos con una taza de té negro, me siento en la mesa y, sin mucho entusiasmo, aprieto una tecla del ordenador. Para mi sorpresa cobra vida, la luz azul de la pantalla proyecta sombras lúgubres alrededor de la estancia. Max o Marcus no se molestaron en apagarlo, y no hay contraseña. Bueno,

hay cosas que puedo hacer. ¡Cojo el CD-Rom «¡Pies Limpios!» de Melody y lo meto en el ordenador. Cuando empieza, es tan absurdo que me entran ganas de reír. La película está tomada con una pequeña cámara atada a la parte delantera de un pie. Hay una secuencia con alguien caminando por una alfombra marrón de fibras en punta que arañan la lente antes de que la cámara se mueva y pasen haciendo ruido unos zapatos de plataforma. Veo una horquilla, la tapa de un bolígrafo que alguien lanza de un puntapié contra la pata de una mesa. El micrófono funciona muy bien, capta el más mínimo crujido y ruido de la suela de cuero del zapato, pero las voces de la habitación llegan amortiguadas e indistintas. Alguien se ríe y el dedo de una mujer se mueve delante de la lente. De repente la cámara apunta hacia el cielo y cambia cuarenta y cinco grados. El portador se ha sentado y ha cruzado la pierna sobre la rodilla, Astrid saca la lengua a la camarita, detrás de su halo rubio se ven las plantas de las oficinas de Forwood. «Joder, Lex, ¿estás apuntando esa cosa por encima de mi falda?», ríe Astrid a la cámara. Hay un rumor y un arañazo y la escena se vuelve negra. Lex ha apagado la cámara, la grabación a nivel de los pies es una de las muchas ideas que han probado y descartado.

Al cabo de un momento empieza otro vídeo, esta vez su zapato está debajo de una mesa. Ahora está fuera de la oficina, el suelo es de unas baldosas blancas cuarteadas y la acústica devuelve mucho eco y es muy institucional. La cámara oscila fuertemente mientras Lex salta a la pata coja antes de caerse al suelo. Enfrente de él hay un par de manoletinas rojas colocadas en ángulo sobre el suelo.

La dueña de las manoletinas tiene las piernas desnudas y unos tobillos elegantes, alcanzo a ver los huesos, desde el empeine del pie hasta los dedos. Lex se mueve en la silla, podría tratarse de una silla giratoria, y al final de la mesa hay unos caros zapatos de tacón de piel de becerro y unas piernas cruzadas con medias transparentes, y una de ellas da vueltas, meditabunda. Es imposible oír lo que están diciendo, pero la película es bastante fascinante; el lenguaje corporal es muy revelador.

A la izquierda de las manoletinas hay un par de zapatos negros de cordones de hombre, uno de los cuales se extiende frente a la cámara de Lex, y de inmediato sé que se trata del zapato de Paul, por el modo en que restriega el pie por la baldosa rota. Hay cinco minutos más de culo inquieto y sacudidas de pierna mientras la cámara de Lex se queda cautivada por la portadora de los zapatos de tacón, y ella cruza con coquetería las piernas y las inclina hacia un lado. Empiezo a cansarme del flirteo de Lex, cuando parece girar el cuerpo y el pie en redondo, y allí, oculta bajo la mesa, lejos de los ojos escrutadores, un momento secreto que se supone que nadie comparte, la manoletina roja se enrosca alrededor del tobillo de Paul, el más claro signo de pasión oculta. Y mientras la manoletina desaparece por detrás del pantalón de mi marido, sé dónde he visto antes ese par de zapatos: pulcramente colocados debajo del cartel retro de Ferrocarriles Británicos en el dormitorio de Melody, que su madre ordenó y me enseñó.

El cincuenta por ciento de los hombres casados engañan a sus esposas. O el setenta. O todos, al final; en realidad nadie lo sabe. Más imágenes de patas de sillas y rodillas se suceden en la pantalla, pero yo ya no les presto atención. He sido lo bastante arrogante como para suponer que podía desafiar las probabilidades, que yo era especial, que nosotros éramos especiales. Yo me creía afortunada, pero acabo de ver la brutal evidencia, la dura realidad de que soy como las demás, he construido la felicidad de mi vida sobre una ficción. Eloide tenía razón, compartimos un vínculo, nos has engañado a las dos, Paul. ¿Cómo has podido hacerme esto a mí? Tú sabías lo

que estabas haciendo. Y, lo que es más importante, Lex lo sabía. Su película experimental lo ha captado todo sin querer. Cómo debe de haberse regodeado cuando se la dio a Melody, como un regalito envenenado.

Me subleva una rabia ardiente por la complacencia en la que me he hundido, por las oportunidades que nunca he aprovechado, por el modo en que Paul ha antepuesto sus necesidades a las mías, por las perezosas suposiciones en las que me he dejado llevar. Me daría de bofetadas, vuelvo a meter el CD-Rom en el bolso y saco la cámara de Lex.

—Estamos en un mundo mediático, Kate —susurro con sarcasmo para mis adentros—. ¡Sonríe! Porque estás ante la cámara...

Leo las instrucciones de cabo a rabo, con la mente más despierta que en todos estos años, a pesar de mi cansancio. Podría memorizar cada palabra. Coloco la máquina sobre un estante de la cocina para conseguir el ángulo correcto y la enciendo con la función de luz nocturna. Es hora de que cambien las tornas...

Empiezo con nerviosismo, con la voz quebrada y demasiado baja. Me atranco y vuelvo a empezar, esta vez más fuerte.

—Me llamo Kate Forman y huyo de la policía. Me buscan por el asesinato de Melody Graham y Lex Wood. Esta puede ser mi última oportunidad para dejar las cosas claras, para demostraros que soy inocente.

Cuanto más hablo, más confianza voy adquiriendo. Empiezo a contar el modo en que encontré a Paul en la cocina, que la bufanda con la sangre de Melody estaba en mi casa; que yo descubrí el cadáver de Lex. Estoy en mitad del discurso cuando se me corta la voz. Llega un sonido metálico procedente de la puerta de atrás del barco, que se abre y unos pesados pasos descienden por la escalerilla.

40

Solo me da tiempo a hundirme debajo de la mesa de caballete, maldiciendo en silencio por ser tan estúpida como para creer que la policía no iba a entrar aquí. Sombras largas se proyectan en el suelo con la luz que entra por la popa, y oigo cómo abren los armarios y tiran una bolsa al suelo. No parece la policía. Muevo un milímetro las rodillas, asomándome por un rincón al pasillo. Mi ángulo es limitado, pero la puerta del armario de debajo de la escalera está abierta y un brazo masculino extendido tira de algo. Allí hay un viejo archivador verde, herencia de los días en que fue una oficina de Forwood. Alguien hurga en busca de algo, y un odio frío me invade el corazón. Sé que eres tú, Paul, y estás tramando algo. Es noche cerrada, hace tiempo que ha pasado la hora en la que alguien necesita comprobar sus transacciones financieras o sus viejos archivos personales. El brazo saca un fichero, su color blanco azulado parece verde bajo la franja de luz. El pesado cajón se cierra otra vez con un chirrido. El brazo sale de mi campo de visión y la puerta del armario se cierra con un golpetazo. Echo la cabeza hacia atrás, y me agacho junto la mesa mientras unas largas zancadas traen a una alta figura a la habitación, pero no es mi marido infiel, es John.

Mi sorpresa no se refleja en su rostro.

—Así que estás aquí. ¿Te encuentras bien?

—No. ¿Qué estás buscando? —Mueve vagamente la cabeza evitando la pregunta—. ¿Está la policía en casa?

—Pues claro.

—Paul les debe de haber parecido muy persuasivo, dado los resultados del análisis de sangre de la bufanda, pues él es quien está allí con los niños mientras que yo estoy aquí fuera escondida —digo escupiendo veneno.

—Está preocupado por ti. —John contesta después de un buen rato de silencio—. Los niños lloran preguntando por ti. —Se me desgarran el corazón. John lo nota y añade—: Pero ahora están durmiendo.

Deja varios archivos encima de la mesa.

—No tengo mucho tiempo. —Se sienta delante de mí, dentro del alcance de mi cámara, que sigue grabando—. Menudo revuelo has armado...

—Yo no los maté —suelto.

John me mira desde debajo de sus espesas cejas.

—¿Por qué fuiste al apartamento de Lex?

Las noticias vuelan, pienso; tal vez mi llamada al 999 no fue tan anónima al fin y al cabo.

No me cree, de modo que intento convencerlo.

—Pensé que podría haber algo que me ayudara. Lo que encontré fue su cadáver —John aparta la mirada— y ninguna pista. Pero más tarde encontré la pista. Lo que no sabía era que Lex me había dado la respuesta hacía mucho tiempo, pero ni él ni yo nos percatamos... hasta ahora. — John se vuelve de nuevo hacia mí y se queda mirándome tan fijamente en aquella penumbra que involuntariamente digo—: ¿Qué? —como una torpe adolescente.

—Lex te dio la respuesta. —No es una pregunta sino una afirmación, y una arruga surca su frente—. Jonás y la ballena...

Se interrumpe y empieza a hojear uno de los archivos. Está tan perfectamente adaptado a la noche mientras se inclina hacia los fajos de papel, la palidez del ocaso parece haber abandonado su rostro, es como si la feroz lucha por no beber lo consumiera más durante el día. Pero de noche John siempre cobra vida, en cuerpo y alma, radical y extravagante, y siempre es el último en marcharse. Cuando era un adicto, no se marchaba a casa, solo había una transición desde un húmedo y cutre tugurio hasta otro, cada vez con mayor frecuencia. Ahora hay brillo en sus ojos, y una rápida y nerviosa energía pulsa a través de sus hombros. Desde este ángulo, con la frente inclinada hacia mí, se parece mucho a Paul. Tiene las mismas manos. Con considerable esfuerzo conjuro de mi mente la imagen del lugar donde han estado las manos de Paul.

—Jonás y la ballena. ¿Qué significa esa parábola para ti, Kate?

—¿Tenemos tiempo para esto?

Respondo malhumorada alargando el cuello para ver lo que está leyendo, consciente todo el tiempo de que, al otro lado del jardín, esperan fuerzas que podrían detener mi investigación para siempre.

—¿Tienes el móvil apagado?

—Claro.

—El pez grande se come al chico... —Hojea las páginas—. Forwood ha sido absorbido por CPTV, todo está bien en el mundo...

—¿Dime de qué estás hablando!

John cierra el archivo con tanta fuerza que la mesa tiembla. Me mira a los ojos directamente, de manera desafiante.

—Solo si me cuentas lo que sabes.

Lo miro a la cara, sabiendo que voy a tener que correr el riesgo.

—Lex y yo hemos tenido nuestras diferencias, pero los dos queríamos descubrir la verdad. Lex tenía un nombre especial para mí, era un chiste privado que tenían a mis expensas. Creo que le dijo ese nombre a su asesino, a Raiph...

—Jonás va a tragarse a la ballena. —John se lleva con cuidado las manos a la cabeza y respira despacio en un momento de júbilo—. ¡Así que Lex lo sabía!

John se inclina hacia delante en su asiento y abre bien las rodillas, pues es tan alto que no caben debajo de la mesa.

—Hace dos años, cuando CPTV estaba comprando Forwood, Lex bromeaba diciendo que éramos Jonás tragado por la ballena. La semana pasada recibí un mensaje de texto de Lex que decía: «Jonás se va a comer a la ballena». Ese fue el último mensaje que recibí de él. Pero ¿cómo

podemos comernos a la ballena? Somos una minúscula compañía y ellos son grandes. Entonces esta mañana recibí una carta de los abogados de CPTV sobre el pago final de CPTV. Están intentando retrasarlo, están intentando retrasar la fecha del pago. Así que empecé a preguntarme por qué. Uno de los motivos sería que ellos no pudieran pagar. Y si no pueden pagar, podría ser porque están en quiebra; una de las mayores compañías de comunicación de Europa estaría en la bancarrota.

Sacudo la mente, confusa.

—No lo entiendo. Como acabas de decir, son enormes.

—Sí, pero ser grande no significa que tengan un montón de dinero en efectivo. Es una recesión muy profunda, los bancos no prestan dinero. Incluso las grandes compañías tienen problemas para conseguir dinero adicional, en particular las compañías de televisión a la vieja usanza, como CPTV. Y una cosa más: Forwood fue valorado de ese modo hace dos años porque nos subimos al carro de la votación y los mensajes de texto por teléfono, fue muy beneficioso para nosotros. Pero, desde entonces, se han producido ciertos escándalos sobre la votación por televisión, y los ingresos que todos los programas y canales obtienen de eso han descendido un montón. Ya no se hacen los dinerales que se hacían antes de ese modo, otro motivo por el que los bancos no prestan dinero. —John asiente con la cabeza, enardecido por el tema—. Una pequeña compañía como Forwood podría llevar a la bancarrota a una gran compañía y nadie se daría cuenta...

—Salvo Raiph y Lex.

John se pone en pie y yo me pongo delante de él. Ahora lo entendemos todo. «Jonás se habría comido a la ballena».

—Raiph pierde la compañía que ha fundado y construido durante cuarenta años.

Miro fijamente a John mientras repasa los párrafos. Se parece tanto a Paul en este momento, un entusiasmo casi juvenil se refleja en sus brazos y en sus hombros. Sigue estando en buena forma y goza de buena salud, sin michelines ni grasas que cuelguen flácidas de su cintura. Raiph es viejo, está más acostumbrado a las pastitas de la mesa de reuniones y a los cómodos sillones de piel de un club de caballeros. ¿Tendría la fuerza para alcanzar a una chica de veintiséis años que fuera en bicicleta en zapatillas deportivas? Tal vez sí, o tal vez no.

John se inclina por la jerga de abogados.

—Tengo que enseñarle esto a Paul...

—¡No!

A John no le da tiempo de responder porque un ruido de la popa nos sorprende a los dos. La puerta se abre y alguien baja las escaleras. John se vuelve hacia el pasillo, con el rostro alarmado, mientras un hombre como un armario bloquea la puerta.

—¿Está bien señor Forman? —Es Samuels.

—Estaba buscando entre los papeles. —John camina despacio por el pasillo para salir a su encuentro, y oigo el chirrido del archivador.

—Lleva fuera un buen rato, pensé que sería mejor echar un vistazo.

Tiene una voz dura y lo imagino de pie con la cabeza inclinada, preocupado de que el travesaño bajo le causara un doloroso golpe.

—He encontrado algo, estoy intentando trabajar en ello y creo que podría ser importante.

Está ganando tiempo, dándome preciosos segundos que no sé cómo usar. Samuels suelta un gruñido, un ruido que transmite escepticismo, y oigo sus zapatos arañando la madera mientras

inspecciono la habitación en busca de algo, cualquier cosa...

—Este lugar es horroroso.

Samuels recula hacia el pasillo, poco impresionado por el atractivo de la vida bohemia. Lo imagino repasando con disgusto los dormitorios separados por la cortina, oliendo la inevitable humedad, torciendo el gesto ante la ducha goteante.

—Forwood TV usó este lugar cuando la contabilidad se vio desbordada, antes de trasladarnos a las nuevas oficinas. Quitamos los dormitorios y dejamos un único espacio... —John balbucea y el pánico se apodera de mí. Me dejo caer en el suelo, agarrada a nada. Ya casi ha acabado todo... Tengo el dedo enganchado a la manija de la trampilla que da a la sentina—. Les encantaba trabajar aquí, me contaban. Pero era verano, los inviernos son más duros. El frío te cala los huesos. Aquí atrás hay un montón de flora y fauna.

—¿Qué hay allí?

—La cocina y la sala de estar. Cogeré el resto de los archivos y volveré a casa.

No ha funcionado. El sonido de una horda de elefantes se viene sobre mi tumba. Estoy echada como una muerta debajo de las tablas del suelo, con el bolso pegado al pecho, el candado de la puerta principal clavándoseme en las costillas mientras el agua me lame los omoplatos.

—Yo no le veo el encanto por ninguna parte —murmura Samuels dando media vuelta cerca del fregadero—. Tienes que ser un enano para vivir aquí. —John no responde, lo oigo hojear papeles cerca de la mesa—. Estos lugares me dan grima, para ser sincero.

—Pues entonces no sabe lo que es veranear en Norfolk Broads —dice John mientras Samuels da una vuelta por la habitación antes de regresar y quedarse plantado justo encima de mí.

A través de la fina rendija de la plancha puedo ver su brazo estirado en busca de algo, y veo las tiras del casco de Jessie balanceándose en mi estrecho campo de visión.

—¿Adónde cree que ha ido ella, señor Forman?

No puedo respirar con su peso aplastando el entablado contra mí.

—No lo sé, Ben —dice John tranquilamente—. Pero si tiene un motivo para huir, ha de ser un buen motivo. Si cree que tiene razón, es muy obstinada, pero si sabe que tiene razón, dudo mucho que puedan detenerla.

—No estoy seguro de que usted sea la persona más indicada para hablar de límites, señor Forman.

John no responde a la puya de Samuels, lo imagino allí de pie, tragándose impávido el sarcasmo barato del policía.

—Tal vez, pero dudo que se rinda hasta que descubra la verdad. —Samuels hace un ruido de mofa—. Ella no los mató. —Samuels lo interrumpe al dejar el casco de la bici con estruendo—. ¿Por qué está usted tan seguro de que fue ella?

—¡Por todos esos motivos, todas esas pruebas, y la prueba del ADN! ¡Vamos! Mató a Melody en un arranque de celos e intentó que pareciera que había sido Gerry, y mató a Lex porque se puso furiosa como un demonio cuando este se regodeó de la aventura delante de ella y porque pudo haberla matado en ese accidente de coche... ¡Y ahora ha huido! Los inocentes no huyen. Es un caso cerrado.

—Tal vez usted lo crea así, pero a mí no me ha convencido. Resulta que sé que Raiph Spencer irá mañana al Museo de Historia Natural para uno de sus conciertos benéficos. —John hojea los papeles en busca de efecto—. Tengo ciertas preguntas que apagarían ese halo de tranquilidad de

conciencia.

Samuels se queda callado, tal vez esté bostezando.

—En la oficina hemos apostado sobre la hora en que la pillaremos. Yo he apostado que será a las cuatro en punto de esta madrugada.

Sus pasos se alejan y me atrevo a respirar otra vez, pero dejo de respirar cuando apagan la luz y me dejan sumida en la más completa oscuridad. Oigo cómo cierran la puerta. Lo único que evita que grite es el mensaje que John me ha transmitido. Me agarra con fuerza a él como si fuera un clavo al que mi mano se agarra para salvar la vida, mientras el agua helada y asquerosa me lame la nuca.

Cuento mentalmente las imágenes en las que abofeteo a Paul mil veces antes de abrir la puerta y salir jadeando y superando mi creciente claustrofobia. El desorden de Max y Marcus ha supuesto que Samuels no viera la taza de té que he usado ni la cámara, que aún parpadea en silencio en la estantería. En un pequeño arranque triunfal ante la inminencia de mi evasión me giro por completo hacia la cámara.

—Soy Kate Forman despidiendo la conexión por el momento. Son las cuatro de la madrugada y Samuels ha perdido la apuesta.

Apago la cámara y guardo la tarjeta y el ordenador en el bolso. Debo espabilar, no puedo volver a cometer errores como este otra vez. No sé si John le contará a Paul que estoy aquí, así que debo darme mucha prisa. Me quito las ropas empapadas, las meto en la sentina y saqueo el guardarropa de Marcus en busca de alguna prenda que ponerme. Parezco un colegial algo crecido con una camiseta marrón, tejanos, una sudadera y una cazadora de piel gastada. Mis hallazgos más preciados son una gorra de béisbol de los Oakland A, en la que puedo esconder mi cabello, y una navaja suiza. Me llevo el casco de bicicleta de Jessie, que casi me ha delatado, y me lo abrocho.

Escudriño nerviosa por los ojos de buey, sorprendida de que nadie cruce el jardín a la carrera. Quince minutos después de que Samuel y John se alejaran por el jardín, subo a la barca de remos y atravieso el canal en un par de minutos. Prefiero correr por las calles desiertas para volver a la bici que intentar trepar por la valla que se extiende junto al puente, los cortes en las manos me lo pondrían muy difícil. Antes de desaparecer en el callejón, miro hacia atrás, hacia mi casa, el escenario de mis mayores triunfos domésticos, de mis momentos más felices, de mi vida anterior. De repente estoy tan furiosa de tener que bregar a la intemperie, entre el frío y la oscuridad, mientras Paul duerme cómodamente cerca de nuestros hijos, que saco la navaja y empiezo a segar hierbajos de la orilla; los celos y la sensación de traición me hacen enloquecer por un momento. Corto el cabo que sujeta la barca al *Marie Rose*, en un acto final de destrucción irracional, antes de caerme de culo y sentarme bañada en lágrimas. Ahora las cortinas del dormitorio de Paul están corridas y la luz apagada. ¿Duermes profundamente, amor mío? Disfrútalo. Podría ser la última vez que lo hagas.

Pedaleo por las calles desiertas del sur de Londres hasta llegar a una pequeña casa adosada y una farola rota en el exterior. Dejo caer la tarjeta multimedia en el buzón de Livvy y apunto unas palabras en un trozo de papel que saco del bolso: «Usa esto como creas mejor. Kate». Parece una insurrección a pequeña escala contra el ejército que estrecha filas para derrotarme. Me alejo en la bici antes de que alguien decida levantarse pronto. Ahora mi cansancio es aplastante y me desplomo en un garaje abandonado durante un par de horas hasta que el frío y un sueño turbador de una manoletina roja enrollándose en torno a la pierna de Paul me despiertan con un sobresalto. Rompe el alba, enciendo el ordenador y leo los titulares de las noticias. Mi cara compite con la de Lex por encabezar los titulares. Es como si estuviéramos compitiendo en un concurso de belleza; la foto es la que me hizo la policía mientras aún tenía el ojo morado. Parezco una loca celosa y homicida.

El imitador ataca de nuevo. Hago clic en el enlace para leer toda la historia.

El ejecutivo de televisión Lex Wood fue encontrado muerto anoche en su lujoso apartamento de Londres en lo que la policía cree que es el segundo de una serie de asesinatos que emulan...

Me salto algunos párrafos.

La policía está deseando volver a interrogar a Kate Forman, la esposa del socio de Wood, Paul Forman, después de que una llamada anónima al 999, que se cree que fue hecha por la propia Kate Forman, informara del asesinato de Wood. Kate Forman salió en libertad después de ser interrogada sobre el asesinato de Melody Graham, cuya muerte guarda un notable parecido con la de Wood. Graham, de veintiséis años, era una documentalista de *Inside-Out*, un polémico programa de Forwood sobre el asesino Gerry Bonacorsi, que ha sido liberado recientemente de la cárcel después de cumplir cadena perpetua.

La decisión de la detective inspectora Anne-Marie O'Shea de liberar a Kate Forman ahora se está cuestionando, a medida que ha salido a la luz información de que Wood y Forman estuvieron implicados en un accidente de tráfico en el noroeste de Londres el pasado miércoles, en el que Wood conducía. Varios testigos recuerdan haber visto a Forman abofeteando a Wood y, aunque estaba herida, salir corriendo de la escena, negándose a recibir atención médica. Un portavoz de la policía aconseja que nadie se acerque a Forman, que no regresó a casa la pasada noche y fue vista por última vez en el estudio de una artista en Hackney, al este de Londres.

Paul Forman declaró anoche: «Estoy terriblemente preocupado por mi esposa y me gustaría que se pusiera en contacto conmigo...».

«El rey de los crímenes televisivos: Obituario de Lex Wood».

«Cuando la vida imita al arte: El público tiene derecho a plantear duras preguntas a la luz de estas últimas

meteduras de pata en la investigación de un destacado asesinato...»

«El aspecto de Forwood: La pequeña compañía que pelea en una categoría superior a la suya en un nuevo mundo televisivo...»

«Cuando el pasado no te deja en paz: La vida de Gerry Bonacorsi en la tormenta mediática».

Apago el ordenador, en parte porque temo que se me gaste la batería, pero sobre todo porque no puedo mirar nada de nada más.

A las nueve el hambre aprieta y me veo obligada a buscar algo de comida. Salgo del garaje, vuelvo en la bici hacia el río y atajo por una zona industrial donde encuentro una furgoneta que vende comida. Me arriesgo a comprar dos bocatas de beicon y una taza de té gigante a un adolescente flacucho que ni siquiera me mira a los ojos. Me meto dos chokolatinas y una lata de Fanta en los bolsillos para después. Una dosis de azúcar no me vendrá mal. Todos los años que he pasado intentando integrarme en la clase media, esforzándome por ser algo que no soy, se rompen en pedazos. Me detengo en un frío y vacío Battersea Park y me tumbo en un banco solitario, con las puntiagudas ramas de los árboles desnudos moviéndose sobre mi cabeza. Me zampo el segundo bocadillo de beicon y, conjurada por el olor a grasa, se me aparece una imagen de mi madre azuzándonos a Lynda y a mí para que vayamos a clase; mamá da empujoncitos enojados con la espátula de plástico a la carne chispeante como si pensara que incluso el beicon se acababa para frustrar la poca felicidad de la que disfrutaba.

Enciendo el ordenador y me conecto a la web de *Crime Time*. Siento gratitud hacia Livvy: la página principal entera está dedicada a poner de relieve mi vídeo. «La fugitiva Kate Forman sostiene: Raiph Spencer es el asesino imitador. Haz clic aquí para leer las exclusivas y sensacionales revelaciones». Hago clic obedientemente, y el vídeo que filmé en la barcaza se emite en su totalidad, también la teoría de John sobre el móvil financiero y cómo me escondo bajo las tablas del suelo cuando llega Samuels. Intento volver a ver el vídeo, pero no se carga. Luego me fijo en que ha habido veintidós mil visionados del mismo.

Acabo el bocata, me bebo el té y actualizo la página del ordenador. Las noticias de Google me enseñan que dos blogs están cubriendo mis acusaciones sin pruebas, poniendo a todo la coletilla de que «afirma la fugitiva en búsqueda y captura, Kate Forman». Vuelvo a actualizar y leo la corriente mediática dominante en el titular del *Daily Mail*: «Policía chapucero deja escapar a “la estranguladora imitadora”». Leo en diagonal lo siguiente: «Un sensacional vídeo enviado al programa de televisión *Crime Time* y colgado en internet esta mañana muestra a Kate Forman, buscada por la policía en relación con los asesinatos de la documentalista televisiva Melody Graham y el ejecutivo Lex Wood, oculta bajo las tablas del suelo de una barcaza mientras un policía es incapaz de darse cuenta de que está justo bajo sus pies. El vídeo grabado por Forman contiene escabrosas declaraciones de que el jefe de una de las más importantes compañías mediáticas británicas asesinó a Graham y a Wood por motivos financieros. Los abogados del difamado han puesto el grito en el cielo por las ramificaciones de esta acusación, que es ahora del dominio público...».

Vuelvo a hacer clic en *Crime Time*. Las cifras de visionado del vídeo han aumentado a más de treinta mil.

Apago el ordenador, temiendo que se me agote la batería. Me invade la euforia. El viento que durante tanto tiempo ha soplado en mi contra por fin sopla a mi favor. Livvy ha corrido un riesgo increíble al colgar mi vídeo. Los abogados de Raiph podrían cerrar el sitio en cuestión de horas,

pero el mensaje ya está lanzado. Necesito aprovechar este impulso para salvarme. Es hora de enfrentarme a Raiph, y John me dio un mensaje sobre su paradero.

Con renovadas ganas pongo rumbo hacia South Kensington. Voy por carreteras secundarias, pero al cabo de un rato me relajo pues estoy segura de que nadie me reconocerá con estas prendas que me cambian el sexo. En el cuerpo joven, alto y delgado de Marcus, estas ropas se mueven con gracia, creando un atractivo conjunto artístico; en el mío, más regordete, se arrugan y se apeñuscan para dar la impresión de un pobre hombre sudoroso. Y por muy vanguardista y por poco que le interese la moda a Marcus, antes muerto que dejarse ver con este casco; un triunfo de la seguridad sobre el estilo y una insignia de la paranoia burguesa que me vuelve invisible. Así que pedaleo, sin prisa pero sin pausa, hacia el norte sin que nadie se fije en mí, hundiendo los pies con fuerza en los pedales.

Pero mi fe en el favorable giro de la fortuna dura poco. Aparco fuera del Museo de Historia Natural y maldigo para mis adentros. Jamás un acto benéfico a favor de la infancia ha suscitado tanto interés: una muchedumbre de casi cien personas se congrega frente a la entrada principal, prensa y fotógrafos sobre todo, pero también gente ociosa y paseantes que alargan el cuello para ver de qué va todo aquel revuelo. Las cámaras y los presentadores de televisión han acampado en el césped. Como si dentro estuviera la realeza de Hollywood en lugar de un empresario de sesenta y cinco años con un feo secreto que yo he sacado a la luz. Veo las coronillas de dos gorilas que impiden el paso a los que no son bienvenidos. Un coche de policía patrulla por delante y yo me alejo despacio en la bici. Raiph aún está en el interior, pero yo no puedo entrar. Atajo por el este a través de unas calles secundarias y diviso una iglesia en una plaza ajardinada. Necesito ayuda, y las ayudas se me han agotado. Empiezo a desesperarme. Conecto las piezas de mi teléfono y llamo a Eloide. Me sale el sensual mensaje de su contestador automático y cuelgo. Me agacho junto a un árbol y saco el ordenador, encuentro el número de su oficina cerca de Regent Street y marco. La recepcionista responde cantarina que Eloide está reunida. No, no quiero dejar ningún mensaje. Al cabo de diez minutos vuelvo a llamar, sigue ocupada. Mi frustración va en aumento. Este podría ser mi último día de libertad en una buena temporada. Localizo una florista cerca de su oficina y encargo un ramo con un mensaje electrónico que indica que lo tienen que entregar de inmediato. Una mujer que no conoce demasiado el idioma lee mi mensaje: «Necesito tu ayuda. Holy Trinity Brompton, KF».

Abro la pesada puerta de la iglesia y me agacho detrás de una gran columna lateral alejada de la entrada. Tal como esperaba, tengo el lugar para mí sola. Tecleo: «Kate Forman vídeo» en Google y me da diecisiete mil entradas. Lo que empezó hace menos de dos horas como una entrada en una website se ha convertido en un fenómeno de internet. Los principales medios de comunicación han entrado al trapo y todos tenemos nuestros quince minutos de fama.

«Raiph Spencer “horrorizado” por las acusaciones».

«*Crime Time* defiende el vídeo —citan a Livvy hasta la saciedad, con su tono desafiante y fervoroso—: Las afirmaciones que hace en este vídeo nuestra empleada Kate Forman son sencillamente demasiado importantes como para ignorarlas. Esta clase de prueba, un vídeo personal y sincero, es el alma de *Crime Time*. Nosotros decimos que si estas afirmaciones no son ciertas, entonces que la demanden. Y otra cosa. La policía puede lloriquear diciendo que este

vídeo constituye material relevante para la investigación de un asesinato, pero lo hizo nuestra empleada, para nosotros. Así que las manos fuera hasta que no tengáis una orden judicial».

«Las leyes contra la difamación otra vez puestas a prueba: Una serie de acusaciones de asesinato proclamadas en un vídeo casero colgado en una web sobre crímenes han desafiado las leyes inglesas contra la difamación...»

«Las acciones de CPTV bajan en picado mientras cunde el pánico».

«CPTV: Una tragedia personal para Raiph Spencer».

«“La mamá asesina”^[6] se burla de la policía metropolitana de Londres».

Esto es mucho más grande, más feo y tiene más ramificaciones de lo que había imaginado. Tal vez yo haya echado a rodar la bola, pero ahora ni yo ni nadie puede detenerla. Si la policía no ha interrogado ya a Raiph, pronto lo hará. John podría enfrentarse a graves cargos por no haberle dicho a Samuels que yo estaba a un tablón de distancia de él. Pasa media hora, y el abanico de oportunidades para desafiar a Raiph se está cerrando. La puerta de la iglesia se abre y se cierra cuando entran varias personas, pero ninguna de ellas es quien yo quiero ver. Por fin, oigo la puerta que se abre y el taconeo inconfundible de unos tacones de aguja sobre la piedra. Allí está ella. Me asomo por detrás de la columna. Está sola.

—¿Hola? —llama Eloide con cautela y entra de manera vacilante en la iglesia. Está intentando que sus ojos, que provienen del exterior, dominado por la luz del sol, se acostumbren a la penumbra—. ¿Hola?

Esta vez habla más fuerte. No aparece nadie más, de modo que me desplazo desde una fila de bancos al pasillo central. Eloide se da cuenta y viene hacia mí. Al cabo de un momento estamos sentadas una al lado de la otra en la iglesia vacía, mirando al altar.

—En la ciudad no se habla de otra cosa —susurra, en deferencia al lugar donde estamos.

—No es que esté disfrutando precisamente —le respondo también en un susurro.

Eloide se alisa la falda sobre las huesudas rodillas.

—Ese vídeo es impresionante. Has corrido un gran riesgo al ponerte en contacto conmigo. ¿Cómo sabías que no iba a llamar a la policía?

—No lo sabía.

—Te has vengado de Paul, veo.

—¿Qué quieres decir?

—El vídeo. Su infidelidad. Ahora todo el mundo lo sabe.

Me sonrojo avergonzada. Mis hijos se enterarán.

Debería haber pensado en mis hijos. Lo que dije en mitad de la noche en un arranque de resentimiento y rabia quedará colgado para siempre jamás en el ciberespacio para que mis hijos lo descubran cuando sean mayores. Debería haberlo mantenido en privado. No tendría que haber perdido el control. Eloide ladea la cabeza, mirando hacia delante.

—Las declaraciones en público son algo poderoso. Yo me casé en una iglesia.

—Yo también.

—Esos votos delante de todo el mundo, las lágrimas..., yo los hice porque los sentía de verdad. —Hace una pausa y se vuelve hacia mí con una expresión dura—. Dame una buena razón por la que deba ayudarte.

Su voz es fuerte y severa en el espacio que resuena.

—Necesito descubrir la verdad aunque sea lo último que haga en la vida. Por mis hijos, por

Paul, por mí misma... —Mi voz se apaga—. Descubrir si el pasado —si todo esto— fue solo una mentira o un juego horrible a mis expensas.

Nos sentamos en silencio durante un momento, mirando hacia delante, al altar donde una vez ambas pronunciamos los votos de fidelidad, al lado del mismo hombre, para que los oyeran todos nuestros amigos y familiares.

—Eloide, lo siento. Siento haberte causado dolor hace años y siento haber reaccionado de ese modo en tu cocina.

—No, no tienes por qué sentirlo.

—Sí, lo siento. Supongo que estaba celosa...

—¿De mí? ¡No puedes decirlo en serio! Soy una jodida chiflada que se abraza, con sus brazos llenos de cortes, a cinturas famosas para ganarse la vida.

—Hablando de famosos, ¿Raiph está todavía en el museo?

—Sí, la policía no lo ha arrestado aún. Los engranajes de la justicia se mueven despacio. En este momento a la única que quieren es a ti, ¿recuerdas?, lo que hace que cualquiera que tenga cierto renombre esté desesperado por acudir a la actuación benéfica de CPTV, entre ellos yo misma.

—¿Crees que podrías llevarme hasta él?

Se vuelve para mirarme mientras se levanta con una sonrisa deslumbrante en su hermoso rostro.

—Sí. —Saca el teléfono del bolso—. Si yo no puedo entrar ahí, es que nadie puede.

Esperamos de pie en el porche mientras Eloide se pasa los siguientes diez minutos hablando con relaciones públicas y organizadores de eventos, sintiéndose frustrada en varias ocasiones. El tiempo pasa mientras busca una entrada para lo que será, durante la próxima hora más o menos, el acontecimiento más importante de la ciudad.

—No va a salir bien —digo.

—Vamos. —Sale hacia el museo y yo la sigo, empujando la bici de Jessie detrás de sus cabellos ondulantes—. Me he pasado la vida colándome en las discotecas. Siempre hay caos alrededor de una cola. La puerta principal es el mejor lugar para entrar.

Se detiene al llegar al museo. Ahora la multitud no es tan grande como antes.

—Dios, esto es imposible.

—Nada es imposible. Lo intentaremos por la esquina. —Mantengo los ojos fijos en el pavimento mientras nos acercamos a una entrada lateral—. ¡Vamos! —me grita, y desfilamos hasta la gran puerta acristalada, solo para descubrir que está cerrada con llave. Busca un timbre, mira a través del cristal para ver si hay alguien en el otro lado mientras yo dirijo nerviosas miradas a uno y otro lado de la calle. Eloide maldice en voz baja.

—Por detrás.

—¿Por qué eres tan buena conmigo?

—Todo este esfuerzo no va a quedar sin recompensa, te lo garantizo. Si te meto aquí dentro, este será el comentario más obsceno que haya colgado en la red en toda mi vida.

—Te doy permiso para que uses lo que quieras que creas apropiado de todo esto —le digo mientras ato la bicicleta con la cadena a una barandilla.

Eloide me enlaza por el brazo.

—No creí que necesitara tu permiso.

Rodeamos una barrera de tráfico en la parte trasera del museo y cruzamos un pequeño aparcamiento hasta un corrillo de actividad que bulle junto a una gran colección de puertas. Eloide se desabrocha el botón de arriba de la blusa y se recoge el cabello hacia atrás con una horquilla que saca del bolso.

—Hay niños, es horario diurno, ya sabes... —Me mira de arriba abajo—. Me alegro de no tener que colarte en una discoteca.

—Lo siento. —Y me vuelvo cuando veo un coche de policía aparcado cerca de la entrada—. ¿Puedes usar tu pase de prensa?

Eloide se atusa el cabello.

—Eso es exactamente lo que no estará permitido hoy después de lo que se ha hecho público.

Me encasqueto más la gorra de béisbol y sigo a Eloide hacia el corrillo de gente. Se abre camino hacia un gorila que parece tallado en piedra, y empieza a explicarle en voz alta que su hija ha entrado sin su EpiPen^[7]. Saca el teléfono y a una velocidad pasmosa pregunta el nombre del colegio con el que está su hija. Eloide empieza a balbucear algo sobre la alergia a las nueces, y se me cae el alma a los pies. Esto no va a funcionar. Me quedo allí de pie a un lado mientras aparca un minibús y se abren las puertas de atrás. El gorila sigue con la mirada a Eloide y a unos treinta niños de seis años que salen del autobús. Da un largo paso hacia delante y, con los enormes brazos, le hace un gesto a Eloide indicándole que se detenga. Eloide intensifica su monólogo sobre la alergia, con la mano sobre el pecho del gorila. Los gritos de emoción de los niños por la excursión se ven superados por los de una mujer nerviosa con una gorra de béisbol. Otros dos adultos agarran pequeñas manos y tiran de los niños hacia delante mientras el gorila examina una enorme entrada estampada en relieve.

—¡Llegamos tarde! —exclama la profesora, gesticulando con los brazos hacia la puerta.

El gorila asiente en silencio, sin ceder el paso. La voz de Eloide se eleva unas octavas mientras la profesora se queja a alguien y suena un teléfono con un tono de un fuerte rap, y yo alargo el brazo y agarro una manita negra que pasa por delante de mí en dirección hacia las puertas.

—¡Ryan, deja de tirar de las gafas de Thomas! —grita la profesora mientras yo le sonrío a un niño que lleva un sombrero multicolor de bufón, y juntos pasamos por delante del gorila, mientras Eloide prosigue con los sollozos de madre amantísima. Tengo una mano en la puerta de cristal y la otra detrás sosteniendo la manita del niño.

—¡Silencio, niños, por favor, esto es un museo! —grita una mujer mientras doy un paso y otro más y la voz de pánico de Eloide se apaga.

La luz cambia y suelto la mano del niño. Camino despacio hacia el letrero de los lavabos, abro la puerta y oigo cómo se cierra con un ruido sordo detrás de mí. Estoy dentro.

Me lavo la cara y las manos sucias en el lavabo, me peino el pelo hacia atrás con agua e intento arreglarme un poco antes de salir por un pasillo rodeado por todos lados de animales disecados y esqueletos. Solo tardo unos minutos en descubrir dónde es el acto benéfico de CPTV: no podría ser más evidente.

CPTV ha ocupado el enorme vestíbulo central, y unos doscientos niños están siendo guiados hasta sus asientos y preparándose para un discurso. Las paredes del vestíbulo están llenas de tenderetes que destacan la obra benéfica y ofrecen regalos a niños y adultos por igual. Veo una montaña de sombreros de papel de vivos colores y un hombre que los ofrece feliz, mujeres

hermosas con bandejas de insignias y adhesivos se mezclan con la multitud, los camareros pasan con bandejas llenas de copas de champán para los adultos. Raiph, situado en un estrado portátil, destaca por encima de los niños y el personal. Parece flotar, como si fuera Dios, por encima de una alfombra ondulada de cuentas para el cabello y sombreros. Los niños lo ignoran y ríen y lanzan exclamaciones ante el esqueleto de dinosaurio gigante que descuella por encima de todos. Trabajadores jóvenes en camiseta de color azul marino y pantalones de chándal se inclinan y se arrodillan, llevándose los dedos a los labios para exigir silencio. Detrás de ellos y delante de mí hay hombres blancos trajeados, de mediana edad, y mujeres con costosos vestidos caros y grandes anillos que escuchan embelesados el discurso de Raiph. Están buscando signos, intentando interpretar una reacción ante el torbellino que se ha creado en torno a él en el ciberespacio. El discurso está en su línea y hasta el momento no ha revelado nada. Cuando acaba, un relaciones públicas dirige con entusiasmo los aplausos mientras Raiph se agacha y recoge el estrado él mismo, sujetándolo bajo el brazo antes de que una mujer con rastas rubias se lo quite.

Los niños se alejan hacia la zona del dinosaurio mientras Raiph le cuenta un chiste a la mujer de las rastas. Está rodeado de demasiada gente, no puedo acercarme, y cuando un guardia del museo avanza entre la multitud, yo me doy media vuelta por donde he venido. No creí que los últimos metros constituirían un desafío tan difícil. Me quedo en el pasillo detrás de una tibia prehistórica, sopesando si tendré que enfrentarme a él en el servicio de caballeros, cuando me encuentro atrapada en una emboscada.

—Dame una buena razón por la que no deba llamar a la policía ahora mismo. —Es Raiph y no está contento.

—Hay otra cinta —digo, alejándome rápido del grupo debajo de una arcada.

Me sigue, saca el teléfono y marca el 999 con una amarga sonrisa en los labios.

—A menos que Lex salga de la tumba diciendo que yo lo maté, no tienes nada.

—Tus acciones han caído un veinte por ciento en las últimas dos horas. ¿Estás dispuesto a correr ese riesgo?

Los ojos azules de Raiph me miran durante lo que yo imagino que son varios segundos de extraña indecisión, la rabia y la curiosidad combaten entre ellas. Deja caer el teléfono a un costado.

—Eres valiente. Insensata y valiente. Juzgado por los medios de comunicación. Supongo que a eso le llamarías justicia poética.

—Quien a hierro mata...

—A hierro muere. —Deja de caminar—. Cuando acabe el día, te haya detenido o no la policía, me vengaré, en ti personalmente, o en tu marido, o en lo que quede de Forwood, o en esa productora que colgó tu vídeo.

—¿Qué se siente cuando se está a punto de perder la empresa?

—Lo mismo que siempre. ¿Crees que ha sido la única vez? Esta es la octava. Así son los negocios.

Nos quedamos de pie junto a un relieve de piedra encastado en el alicatado de la pared. Una columna vertebral de dinosaurio se curva en un semicírculo que me recuerda el escáner prenatal de un feto humano.

—No suelo afrontar acusaciones de dos asesinatos a la vez. —Raiph se da una palmada en el bolsillo del pecho, saca un inhalador y aspira de manera breve y brusca—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué

quieres de mí?

—Sé lo que es «Sabueso».

No se da por aludido.

—Piensa bien cómo vas a resolver tus últimos momentos ante el ojo público. Un amigo mío de la policía metropolitana me ha contado esta mañana que la autopsia demuestra que Lex fue asesinado hace más de una semana. —El significado es evidente: hace ocho días Lex chocó el coche—. Lo que significa que no tengo coartadas claras para ninguna de las noches de los asesinatos. Eso es un inconveniente, pero si piensas que eso significa que voy a acarrear con la culpa, es que no me conoces en absoluto. En tu desesperación por salvarte has elegido calumniar a la persona equivocada. Puede que sufra el mayor de los escarnios públicos, pero también soy el que puede aplastarte por completo.

Raiph levanta un dedo y me señala con él.

—Tus hijos van a pagar las facturas de los abogados mucho tiempo después de que esto acabe.

El rostro de Raiph está rojo y lleno de manchas por la ira y tiene la voz rasposa. Debe de usar mucho el inhalador.

—¿Nunca le contaste a Portia que Lex mencionó el «Sabueso»?

—Jonás y la ballena. Eso fue muy inteligente. ¿Fue idea de Paul hacer que su hermano te apuntara el guión? Es tan pegadizo, tan adecuado para esta época de frases efectistas. ¡Y el momento! Me presiona de lo lindo justo cuando estoy intentando captar fondos para salvar la compañía. Tu marido juega sucio. —Raiph asiente ligeramente con la cabeza—. Eso casi hace que lo respete más, pero te diré una cosa, voy a luchar para salvar CPTV de personas que no podrían dirigirla tan bien como el actual equipo.

—Portia. —Pronuncio su nombre en voz alta, como si lo hiciera por primera vez.

—Me alegro de que hables de Portia, ella es mi par de manos libres, nunca corre riesgos que no ha de correr.

Observo sus movimientos con mucho, mucho cuidado. Tiene la mandíbula tensa, es fácil ver la ira ante la trampa que le ha tendido, pero no reconoce nada. El inhalador. Las palabras de Raiph. «Ella nunca corre riesgos que no ha de correr».

Un hombre de traje oscuro saluda con la mano, intentando captar la atención de Raiph. Los abogados nos están rodeando. Levanta un dedo, una señal de que me quedan solo unos minutos. ¿Y si Portia tuviera que correr un riesgo? ¿Hasta dónde llegaría Portia para proteger sus intereses? Raiph señala un cartel del Centro Darwin que cuelga en la pared detrás de nuestras cabezas.

—Adaptarse o morir, ese fue el gran descubrimiento de Darwin. —Raiph tose—. Y el mío.

Me zumban los oídos y por un instante me pregunto si voy a desmayarme. La rabia empieza a invadirme.

—No, Raiph, el gran descubrimiento es luchar o morir. —Saco del bolso una de las tarjetas de memoria vacías de Lex. Raiph intenta quitármela pero yo aparto la mano—. ¿Qué conseguiré a cambio?

—No estás en la situación de exigir nada. —Nos miramos fijamente a los ojos y al cabo de un momento algo pasa por su rostro—. De acuerdo. —La rabia abandona sus rasgos—. Te daré una oportunidad limpia, jugaré al juego darwiniano. Tienes cinco minutos antes de que llame a la policía. —Me doy media vuelta para irme, pero me coge del brazo, con una renovada intensidad—. No tan deprisa. ¿Qué es eso de «Sabueso»?

Lo miro, ahí de pie junto a fósiles de millones de años de antigüedad, testamento de su incapacidad para adaptarse a los nuevos tiempos.

—Soy yo.

Recorro el pasillo siguiendo los carteles que indican la salida a paso ligero, pero no tan ligero como para atraer la atención, muy consciente de que los cinco minutos de Raiph podrían ser dos. Para alguien que cree en las estadísticas y en los modelos informáticos, acabo de tomar una decisión de la que Eloide estaría orgullosa: he seguido mi instinto. Portia, ¿están tus intereses aliados con los de Paul? La coartada, la reunión a última hora de la noche... Echo a correr al doblar una esquina y veo una nube de globos de todos los colores rebotando en el pasillo, Eloide está detrás de ellos.

—Resulta que las alergias han sido inútiles. He gastado una fortuna comprándoselos a ese tipo en la entrada del metro. —Entonces se fija en mi expresión—. ¿Qué ha ocurrido?

—Portia... —Mi voz se extingue.

—¿Kate? —Me entra claustrofobia. En este mismo instante, Raiph debe de estar hablando por teléfono con la policía, tengo que alejarme de aquí, irme bien lejos—. ¡Kate!

Corro hacia la puerta, desesperada por irme. Veo la salida y el pequeño corrillo que hay detrás. Me calo la gorra despacio, meto las manos en los bolsillos y me abro paso para salir de allí.

Me mareo cuando desencadeno la bici y enciendo el móvil. Es hora de dirigir mi atención hacia Paul. Donde todo esto ha empezado y donde todo esto terminará.

—¡Cabrón mentiroso! —grito a su contestador automático—. He visto el vídeo de Lex. Sé lo que has hecho. ¡Ponte al teléfono!

No me importa que lo sostenga la mano de un policía, que puedan rastrearne mientras hablo. La necesidad de descargar mi ira contra el hombre con el que decidí casarme, procrear y envejecer supera cualquier acto de cordura. Me agarro a los puños de la bicicleta con tanta fuerza que se me corta la circulación. Oigo el sonido de un mensaje de texto entrante.

«Huevito, por favor, ven a casa. Estoy solo».

Paul Forwood, esto es entre tú, yo y nuestra familia. No importa nada más. Hoy acabaremos con todo esto. Me dirijo hacia Exhibition Road y pedaleo por delante de las fantásticas casas de estuco de los comerciantes que saquearon el mundo y metieron toda esa gloria en los museos vecinos. Tenían ambiciones desenfrenadas, igual que Paul. Veamos cómo te derrumbas, mi glorioso conquistador.

Pedaleo por la carretera que lleva hasta el callejón junto al canal mientras empieza a caer una ligera lluvia. Quiero llegar a casa en el bote de remos, pero me veo obligada a retroceder ante un nuevo cordón policial instalado por detrás desde el canal. Me imagino a Paul en pijama, gesticulando a la policía por la invasión de la privacidad en la parte trasera de la casa, exigiendo que se lleven a los *paparazzis* y los escritorzuelos unos metros más allá, mientras nuestros vecinos lo respaldan. No sé qué ha ocurrido, pero tendré que volver sobre mis pasos desde el puente, por la parte trasera de los jardines. La excursión es mucho más arriesgada en plena luz del día, pero realmente no tengo otra alternativa. La lluvia arrecia mientras me encaramo a la valla desde la destartalada silla y camino entre la vegetación, con la intención de acorralar a Paul. Por fin llego a la barcaza y al cobertizo del jardín y me detengo. Estoy protegida, del callejón hasta el canal en la orilla contraria. Espero que Raiph haya desviado la atención de la policía hacia algún otro punto y que Paul esté solo de verdad. Mientras empiezo a caminar por el jardín hasta la puerta de atrás, caigo en la cuenta de que ya no me importa. No hay ningún otro lugar donde me importe ir.

Giro tentativamente el picaporte y la puerta se abre. La ha dejado abierta para mí, me está esperando. Me impresiona lo cómoda y lujosa que parece mi casa. Es un entorno envidiable. Me digo a mí misma que no debo dejarme engañar. Nadie se abalanza sobre mí, no se oye el sonido estridente de las radios de la policía. Me muevo en silencio por el pasillo. La luz tenue me dice que las cortinas están echadas.

La brecha entre la expectativa y la realidad es elástica: sea de la anchura de un cañón o de un cabello, siempre hay una brecha, pero lo que descubro al dar los dos pasos siguientes es algo tan distinto de lo que mi cerebro estaba imaginando que no puedo procesarlo. Gerry está tumbado en la alfombra de la sala de estar y una mancha de sangre le cubre la mayor parte del chaquetón. Tiene el rostro vuelto hacia mí, paralizado en una última expresión de sorpresa y asombro, como si el mundo y su modo de girar siguiera siendo un misterio para él hasta el final. En la mano sostiene un trozo de cuerda blanca de mago.

No me da tiempo a preguntarme qué hace él en mi casa muerto sobre la alfombra, cuando un golpe seco procedente del piso de arriba me pone los pelos de la nuca de punta. Y suena otro, viene del despacho de arriba. Entro en el pasillo y cojo el bate de críquet del perchero que hay junto a la puerta. En la luz tenue, cualquier umbral familiar es una amenaza, cualquier sombra

confortable es un peligro potencial. Ahora oigo un ruido de arrastrar algo mientras subo los escalones de tres en tres, y giro en el descansillo de la primera planta. La puerta del despacho está entreabierta, hay papeles esparcidos por el suelo y la silla está del revés. Entro en silencio en la habitación y noto que me flaquean las rodillas.

Paul está parcialmente suspendido de algo colgado por encima de la puerta del armario de la ropa, tiene las manos atadas a la espalda y la boca tapada con cinta aislante, da vueltas y más vueltas, con una gruesa cuerda blanca de extremos deshilachados alrededor del cuello. Patalea contra el suelo que apenas alcanza a tocar con los pies. Cuando me ve, empieza a gruñir fuerte, el sonido se eleva a un creciente grito de pánico, y sus ojos hinchados suplican.

Cojo la silla de despacho y la equilibrio precariamente debajo de él, clavo las uñas en el nudo que tiene alrededor del cuello, pero está tan apretado que ni siquiera se mueve. Su cabello huele a asfalto y a sudor. Es el olor del miedo. Echo un vistazo a la habitación, con la intención de encontrar filos letales en objetos cotidianos. Alcanzo una foto enmarcada de los niños y la estrello contra el suelo, recojo los añicos de vidrio con la manga y corto las duras fibras de la cuerda por encima de su cabeza. Tengo la mente absolutamente en blanco y toda mi energía puesta en la liberación de mi marido. Cuando por fin se rompe la cuerda, Paul se desploma sobre la alfombra dejando un reguero de sangre en la puerta. Le arranco la cinta, haciéndolo gritar de dolor, como si miles de preguntas lucharan entre sí por salir antes de mi boca.

—¿Cómo demonios...?

—Desátame, rápido...

Tiene las muñecas hinchadas y amoratadas de los esfuerzos y tirones. Me corto la mano con el cristal intentando cortar los nudos que le atan las manos.

—¿Qué ha pasado?

Tiene problemas para hablar mientras traga aire y se lamenta.

—... golpe en la cabeza...

Paul empieza a hiperventilar al recordar lo que acaba de experimentar. Mientras intento calmarlo, veo un chichón amoratado en su pelo y, sin pensarlo dos veces, le cojo la cabeza en mis brazos y le repito que todo irá bien. Hace dos horas maldecía a mi marido con todas mis fuerzas, ahora que está herido y en peligro, moriría por él.

—¿Quién ha hecho esto? ¿Quién te ha hecho esto?

Levanta la mirada hacia mí, confuso.

—Creí que eras tú...

Estoy tan sorprendida que solo puedo quedarme mirándolo, mientras las preguntas se me agolpan en la mente.

—Gerry está abajo muerto. ¿Por qué está aquí?

—¿Gerry? —Con expresión perdida intenta ponerse en pie pero trastabillea como una vaca con encefalopatía espongiiforme. Parece desorientado por una conmoción cerebral—. No me acuerdo.

—¿Quién más estaba aquí, Paul? ¡Piensa! ¿Qué ha ocurrido? ¿Estaba Portia aquí?

Paul frunce el ceño.

—Creo... ¿ha sido hoy? —No parece estar bien en absoluto.

—Me enviaste un mensaje de texto hace una hora, así que piensa: ¿esta mañana has llevado a los niños al colegio...?

Paul se concentra.

—Estaba preparando a los niños, Portia vino para hablar de Lex y me contó que te había visto; entonces, mientras ella estaba aquí, alguien le llamó por teléfono para contarle lo de tu vídeo. Vinimos directos al despacho para verlo y ella tuvo que apagar algunos fuegos en la compañía. Estaba muy enfadada. Yo tenía que hablar con John... —interrumpe la frase, su mente vuelve a funcionar—. Yo no te envié ningún mensaje de texto.

Hay algo tan malo en todo esto que mi miedo se dispara a cada segundo que pasa.

—Tú eres el cebo.

Y me doy cuenta de que acabo de tragármelo.

Paul frunce el ceño, ahora perfectamente consciente.

—¿Qué está haciendo Gerry ahí abajo?

Paul coge el bate de críquet y sacude la cabeza.

Antes de que pueda explicarle que ahora tendremos que luchar para salvar nuestras vidas, un sonido que parece casi corpóreo me sube por la nuca hasta los oídos. Oigo gritos.

—Paul, dime que los niños no están aquí... —Es Josh que grita—. Paul...

Se me ahoga la voz en la garganta. Es una súplica hacia Paul para que me aleje de ese sonido.

El grito tiene el mismo efecto en Paul que una descarga eléctrica que lo deja perfectamente consciente. Ha salido del despacho y sube los escalones de dos en dos hacia el piso de arriba.

—¡Josh! —Ya está en la curva del piso de arriba antes de que yo haya subido a la mitad—. ¿Josh? —Está abriendo las puertas, absorbo en el segundo piso—. ¡Ava! ¿Dónde está Ava?

—¡Papá! ¡Papá! ¡No puedo salir! —Josh está aporreando una puerta en algún lugar del piso de arriba.

—¡Kate! ¡Ayúdame, Kate!

Josh no está en el dormitorio sino dando golpetazos en la abertura cuadrada que da al desván y se abre en el techo del dormitorio. La polea que abre la puerta y despliega la escalera plegable no está. Paul ruge del esfuerzo de arrastrar la cama de invitados hasta el centro de la habitación.

—¿Está Ava ahí? —le grito a Josh.

—¡Mamá! No, no está.

—¿Dónde está Ava? —le espeto a Paul. Mi desesperación por ver a mi hija no conoce límites.

—¡No lo sé! —dice, esforzándose para tirar de la trampilla de la puerta del desván. Josh asoma la cabeza y Paul tira de él hacia abajo en una desordenada voltereta—. ¿Cómo has llegado hasta ahí?

Josh está llorando y no le salen las palabras.

—Esa mujer que vino...

—¿Portia...?

—... dijo que necesitabas una caja de aquí arriba y me pidió que fuera a buscarla, entonces me encerró dentro... ¿Eso es sangre, papá?

—¿Dónde estaba Ava?

—Aquí. —Josh empieza a sollozar—. ¡No veníais a buscarme!

Abrazo fuerte a mi hijo, intentando borrarle el miedo. Paul y yo nos miramos por encima de la cabeza de Josh. Las cosas se están acelerando y es solo cuestión de segundos, pero esa mirada significa mucho. Volvemos a estar en el mismo bando. Estamos combatiendo en la misma batalla, unidos en la lucha por salvar lo que para nosotros es lo más precioso. Los labios de Paul son una

línea malevolente. Su pecho se hincha y se deshincha en un ciclo cada vez más rápido. Su ira va en aumento. Agarra el bate y se encamina hacia la escalera.

—Jonás se va a comer a la jodida ballena.

—¡Paul, espera! —Pero antes de que pueda decir nada más, Paul lanza un grito mientras se dirige hacia el corto tramo de escalones que bajan desde el piso de arriba.

He oído un portazo y se me ha encogido el corazón; sé qué puerta es. El anterior propietario de nuestra casa alquilaba habitaciones con baño y cocina, sus grandes dimensiones estaban repartidas y reducidas para acomodar las necesidades de higiene y privacidad de muchos adultos que no tenían ninguna relación entre ellos. La mayoría de las puertas interiores chirriaban bajo el peso de las pesadas cerraduras, que quitamos. Pero conservamos la cerradura de la puerta del último piso, de un dormitorio con baño, pensando que nuestros invitados apreciarían un poco de intimidad extra. Esa puerta ahora nos mantiene prisioneros.

—¡Portia! ¡Portia, déjanos salir! —suplica Paul mientras revuelve de arriba abajo el dormitorio en busca de algo lo bastante pesado como para derribar esa puerta.

Ava, Ava, Ava... Mi corazón late desesperado por mi hija. Paul empieza a bajar las escaleras a grandes zancadas, intentando usar sus pies para romper la puerta.

—¿Por qué está haciendo esto? ¡No tiene ningún sentido!

—Sí lo tiene, Paul. ¿Es que no lo ves? Si mataba a Melody, os cargarían el muerto a ti y a Lex. Arruinaría la reputación de los directores de Forwood y la última parte de la venta no se llevaría a cabo. Uno de vosotros o los dos podríais ser considerados «malos socios». ¡Al fin y al cabo, tuviste esa puta aventura con ella! —Me hierva la sangre. Le doy una bofetada—. ¡Lo he visto en el vídeo de Lex!

La manoletina roja se me enreda en las tripas, desgarrándome de celos. Lo abofeteo una y otra vez, soltando incoherencias. Estoy furiosa y celosa, pero sobre todo estoy muerta de miedo. Hay distintas categorías de aventuras: el polvo de una noche en un lugar lejano, una pasión pasajera que puede consumarse o no, y la que crece jodidamente despacio y, una vez se despliega, ya no puedes controlarla. La de Melody era de ese tipo, era una mujer digna de admiración y de respeto y con la que se podía compartir la vida. Las apuestas no podrían estar más altas.

—¿Cómo has podido hacerme esto a mí?! ¡A nosotros!

Paul parece más desesperado que en toda su vida.

—Lo siento, Kate. Lo siento. La noche que no volví a casa, cuando atropellé al perro, lo pensé bien. Yo había cortado la semana anterior y estaba intentando quitármela de la cabeza. Cometí un error, pero no podía contártelo. —Me coge de la mano—. Estaba avergonzado. Te compensaré aunque sea lo último que haga en la vida.

—¿Mamá? —Josh está mirándonos lánguidamente.

De repente, una gran vergüenza por que nuestro hijo haya sido testigo de nuestros escabrosos secretos me envuelve como una manta. Otro día discutiremos de ello, pero primero tenemos que salir vivos de esta.

—Lex está muerto, y su intención es que tú también lo estuvieras. Si Portia consigue hacer creer que ha sido Gerry, su cargo en CPTV no se verá amenazado.

—Pero... ¿la bufanda...?

—¿La llevabas la noche en que atropellaste el perro? ¿No te acuerdas?, haz memoria. Creo que la llevabas, pero tal vez esté equivocada. Cuando te encontraste con ella en el coche, Portia

debió de cogértela sin que te dieras cuenta, porque tú nunca te das cuenta de estas cosas, y ella la usó y la plantó de nuevo aquí. Debió de cruzar el canal desde el camino de sirga y dejar caer el cuchillo en el agua a su paso... Max y Marcus no estaban, ¿te acuerdas? Así que lo único que tuvo que hacer fue abrir la ventana de atrás y tirar la bufanda dentro; fue una suerte para ella que Ava la encontrara por la mañana y la escondiera. Portia lo planeó todo, hace mucho tiempo.

—Pero Lex la desafió con el estado de las finanzas...

—Y tuvo que hacerlo desaparecer, y ahora Portia está intentando atar los cabos sueltos. Mi vídeo reveló una teoría financiera, pero con Gerry aquí abajo bien podría ser la obra de un loco..., el famoso desquiciado se deshace de los que lo han aupado a la fama. —Me callo. Mis sentidos perciben algo que me paraliza. ¡Oh, no, no puede ser!—. ¿Qué es ese olor?

—¿Qué olor? —Paul olisquea pero no huele nada.

—Es gas.

—No.

Vuelvo a olfatear. Allí está, inconfundible, se cuelga sin ser visto por debajo de la puerta y sube la escalera. La casa se está llenando de un cóctel mortal y explosivo. Corro hacia el guardarropa, agarro una vieja pantalla de ordenador que hay dentro y la lanzo con todas mis fuerzas contra el vidrio, fino como el papel, de la ventana victoriana que da al jardín. El vidrio explota con fuerte estruendo y cae al patio tres pisos más abajo, estallando en un millar de añicos y salpicando de metralla las plantas. Observo el *Marie Rose* a través de los árboles desdibujados por la lluvia y deseo con todo mi corazón que Max y Marcus estuvieran allí ahora; el ruido de algo haciéndose añicos haría volver la cabeza a Max desde su ombligo hasta el ojo de buey, andaría despacio por la hierba con los pies descalzos y nos salvaría. Pero el barco se asienta inmóvil sobre las aguas. Maldigo mi destino, mi vida y a mí misma. Y todo el rato mi corazón clama por mi hija.

—Va a volar la casa. —Paul está de pie en lo alto del descansillo preparándose para lanzarse contra la puerta.

Hemos llegado al final del juego. Paul está intentando traspasar esa puerta, está aferrado con desesperación a la idea de que puede hacerlo. La sangre que mana de la herida de la cabeza le ha manchado la camiseta gris. Está luchando por la vida de su familia, por nuestras vidas, poniendo en peligro la suya. Sube otro escalón, calcula lo alto que puede subir antes de lanzarse en un salto que, sin duda, le romperá las piernas.

Se inclina hacia atrás, a punto de saltar cuando grito:

—¡Paul, no lo hagas!

Levanta la mirada hacia mí, en la frente tiene un horrible pegote marrón de sangre seca.

—Lo siento, Kate.

Se abalanza y aterriza contra la puerta con un gemido y un gran golpe, pero la puerta ni se mueve. Se queda hecho un ovillo en el suelo durante un rato. El olor a gas es cada vez más fuerte. El contador está en el armario de debajo de la escalera, las tuberías del gas recorren las paredes. Portia habrá cortado o arrancado una tubería y ahora el gas sale a presión desde el vientre de mi casa.

—Mamá, tengo miedo. —Abrazo a Josh, que hace pucheros en un rincón, y me invade una fría y dura rabia contra la mujer que está al otro lado de la puerta.

Paul jadea del esfuerzo que acaba de hacer. Sube los escalones renqueando, con ojos carentes de luz. Se asoma por la ventana rota y grita, su voz compite con la lluvia que repiquetea en el

tejado de hierro ondulado del cobertizo de los vecinos. Alguien podría oírnos, pero es solo una posibilidad remota y necesitamos estar más seguros. Necesitamos que nos salven. Paul se queda escrutando el exterior durante un buen rato. Cuando se gira, vuelve a haber una chispa de luz en sus ojos.

—Vas a salir por aquí.

Me acerco a él y a la ventana y miro hacia abajo. Los añicos del ordenador destrozado centellean en la lluvia del patio mucho más abajo.

—Te sujetaré y te balancearé para que puedas entrar por la ventana del dormitorio de abajo. —Lo miro con incredulidad. Abre la segunda ventana de guillotina todo lo posible. Yo vuelvo a mirar por la ventana.

—Está demasiado lejos —susurro.

Ahora hay urgencia en la voz de Paul.

—Es nuestro único modo de escapar. Tú no puedes sujetarme, pero yo sí puedo sujetarte a ti. Puedes hacerlo...

—¡No, Paul, no puedo!

—Lo harás. Confía en mí.

Frunzo el ceño. Otra vez me invade la duda, una fuerte y grave duda. Ahora estamos a menos de cinco kilómetros de Hampstead Heath, en esa cálida noche de verano, momentos después de mi caída; cuando Paul no me sujetó, ¿qué fue lo que dijo? «Confía en mí». Fueron esas mismas palabras en nuestro paseo por el túnel de Woolwich las que me hicieron entregarle a la policía y hacer pedazos nuestro mundo.

—Confía en mí, Kate, es nuestra única opción.

Miro a mi marido a los ojos mientras él jadea debido a la adrenalina. ¿Es este el final que has planeado, Paul? Tú nunca harías el menor daño a los niños, de eso no me cabe la menor duda, pero ¿y a mí? ¿Cuánto lucharías por mí? Ese día en el Heath dijiste algo más: «la última parte de la caída es la más emocionante». ¿Con qué fuerza vas a aferrar mi vida, Paul?

Al final, el amor es una cuestión de fe, y la fe es ciega. Optas por entrar o no entrar, eliges A o B. En este momento, elijo la ventana, porque salir me permitirá estar más cerca de Ava, hará que toda esta saga macabra se acerque a su fin. Cojo una mano grande de Paul, la mano que tomé en el altar hace años.

—Confío en ti, Paul.

Me abraza en el más cálido abrazo que he sentido en mi vida.

—Te quiero, Kate. Más de lo que nunca sabrás.

Miro por la ventana y veo que llueve a cántaros. Tendremos las manos más pegajosas y el alfeizar de la ventana estará más resbaladizo. Más abajo, en el patio, se empiezan a formar grandes charcos. Me meto los bajos de los tejanos de Marcus en los calcetines, me subo la cremallera de la chaqueta de piel y me levanto el cuello, haciendo todo lo posible para protegerme del cristal roto. El sudor se pega a mi mano.

—Mamá, ¿qué vas a hacer?

No puedo mirar a Josh, sé que nada puede distraerme de la tarea que me espera, nada debe debilitar mi coraje.

—Quiero que te vayas al otro lado de la habitación y te quedes allí, ¿está claro?

Josh no dice nada.

Arrastramos la cama hasta la ventana y Paul engancha las piernas por debajo para que actúe como freno, con los brazos colgando.

—Huevito, esto va a funcionar.

Sonríó débilmente.

—Siempre fui buena escaladora.

—Tú abre esa puerta. Yo estaré en el otro lado.

Asiento y saco una pierna por fuera de la ventana. No miro abajo. Me inclino otra vez hacia la habitación, miro a Paul y saco la otra pierna. Paul se seca las manos en los pantalones y yo me agarro a una de sus muñecas, lo que le provoca una mueca de dolor pues me cojo a los morados que le ha dejado la cuerda.

—Lo siento —susurro.

Paul sacude la cabeza para demostrarme que no importa. Noto una terrible falta de peso bajo las suelas de mis pies. Suelto el saledizo de la ventana con un grito involuntario y me agarro a su otra muñeca.

—No dejes de mirarme —suplico.

Paul fija en mí sus grandes ojos marrones. Durante años he contemplado esos ojos con placer, dolor o éxtasis. Si me caigo o me suelta, será lo último que vea en mi vida.

Paul me agarra como un vicio.

—Cuando cuente a tres, aléjate de la pared y te balancearé.

Coloco las suelas de las zapatillas deportivas en la pared húmeda

—Uno.

La cama de Josh está debajo de la ventana y debería amortiguar mi caída cuando la traspase.

—Dos.

Me invade el terror, pero antes de que pueda gritar basta y volver a trepar hasta la ventana, Paul chilla:

—¡Tres! —Tengo el estómago en los pies cuando Paul me aparta de la pared, y me mezo en el aire a tres plantas del suelo y un panel de cristal que tercia entre la muerte y yo.

Aprieto las rodillas y Paul me suelta las manos; si hubiera tenido tiempo, habría rezado antes de golpear con los pies la ventana de Josh y atravesarla, pero la euforia se convierte en pánico al comprobar que solo tengo las rodillas en la ventana, y grito mientras mi cuerpo cae hacia atrás, y veo el canal al revés mientras agito las piernas y me cojo a la cara interna de las rodillas, encima de la madera y los restos de cristal. Me acurruco, veo la cabeza borrosa de Paul a través de las lágrimas y me agarro al alféizar, tensando todos los músculos de mi estómago para ponerme de pie. Mi trasero se está resbalando por la ventana, la puerta de Josh se abre y Portia avanza por la habitación. Se mueve rápido, pero yo soy más veloz, el terror descarnado recorre mi columna vertebral hasta que por fin estoy dentro de la habitación con las manos ensangrentadas levantadas en posición de defensa. Portia lleva una pesada estatua de Buda en la mano, del tamaño de una gran piedra.

—¿Con esto mataste a Lex? ¿Tenías pensado dejarlo aquí cuando te fueras?

—Kate. —Ahora su voz es suave—. Tú no lo entiendes, ¿verdad? —Me está tentando mientras avanza despacio hacia mí—. Ahora que todos los actores están reunidos, podemos acabar el espectáculo. Y creo que estarás de acuerdo, Kate, que este va a ser un programa increíble.

Me invade una euforia histérica al darme cuenta de que acabo de sobrevivir al salto. Doy un paso hacia un lado, hacia la mesa de Josh. Sé sin necesidad de mirar que hay un cubo de un juego de construcciones en el rincón, con una pila de canicas en la ranura. Necesito que Portia siga hablando. La camiseta se me pega a la espalda y aparto la idea de que el cristal me haya producido un corte profundo.

—¿Por qué? ¿Por qué has hecho esto?

Paul me grita desde arriba, el olor a gas llega a oleadas.

—¡Oh, vamos, no te hagas la tonta conmigo! No finjas que no puedes ver cuáles son mis motivos. Es duro estar a punto de perder todo por lo que tanto has trabajado, ¿verdad, Kate? Tu vídeo de distracción lo demuestra. El dolor de un matrimonio que se derrumba...

—La policía sabrá que has sido tú.

Portia sonríe.

—Te estás agarrando a un clavo ardiendo. Cuando entren aquí, y al final entrarán, descubrirán que has matado a Gerry en un desesperado e inútil acto de defensa propia.

—¿Cómo lo has traído hasta aquí?

—Yo no lo he traído, has sido tú. Tú le enviaste un mensaje de texto esta mañana y lo tentaste con una oferta que no podía rechazar. —Portia percibe mi confusión—. ¡Oh, Paul no dejaba de hablar de ti! Se le notaba el orgullo en la voz cuando contaba que tú encontraste a Gerry en Cheltenham, que salió en televisión porque le gustabas, que tú y él habíais conectado, ¿recuerdas? Deberías haber vigilado más tu bolso en casa de Jessie, tu teléfono prácticamente salía de él.

Estoy asombrada, pero intento no demostrarlo. Me enfrento a una mujer cuyos engaños y cuya perspicacia superan lo que creía posible. Ni siquiera me había dado cuenta de que había perdido el móvil del trabajo.

—¿Dónde está Ava?

—¡Ay, el tormento de una niña perdida! Debe de ser terrible, sabiendo que no sabes nadar.

Mis ojos miran involuntariamente por la ventana hacia el canal. No habrá..., no habrá podido..., demasiado tarde: me vuelvo cuando el pesado objeto negro atraviesa volando la habitación hacia mi cabeza. Consigo protegerme la cara con el brazo, pero mi codo se lleva un golpe de refilón y me tambaleo hacia la mesa, terriblemente dolorida. En unos segundos Portia está sobre mí, con un cuchillo levantado sobre mi cabeza apuntando hacia mi cuello. Detrás del casquete de su cabello veo la barrera detrás de la cual Paul espera ser liberado. La cerradura está en lo alto de la puerta, la llave aún está en ella.

Nos enzarzamos en una lucha a vida o muerte. Portia es más fuerte de lo que parece, y sospecho que las muchas horas que ha invertido en máquinas y gimnasios caros le están dando resultado. Sujeto la muñeca de Portia, y la aparto a ella y la hoja del cuchillo mientras alejo el cuello y con la otra mano palpo los objetos de la mesa de Josh. Conozco cada uno de ellos: el sable de luz retráctil, el bolígrafo con la mano de esqueleto, una goma de borrar de la Tate Gallery. La yema de mi dedo toca algo rugoso. El cubo. Oigo violentos golpes que proceden de arriba, Paul está redoblando sus esfuerzos para atravesar esa puerta.

Estoy a unos segundos de morir, pero me siento extraordinariamente serena, todos mis esfuerzos se concentran en echar mano a ese cubo. El rostro de Portia se enrojece del esfuerzo por matarme, y a esta distancia tan corta veo los capilares de su nariz. Es la primera vez que descubro puntos débiles en una apariencia perfecta y eso me da nuevas fuerzas. Atraigo el cubo hacia mí

con el índice y oigo que una canica rueda alejándose de la pila de encima de la mesa. Los ojos de Portia se mueven rápido hacia arriba y yo le golpeo en la sien con la bolsa de Londres, una lluvia de canicas cae sobre nosotras.

Con un grito Portia suelta el cuchillo y yo aprovecho para quitármela de encima de un empujón y correr hacia la puerta. Me viene a la cabeza mi incursión nocturna en la oficina de Paul y cómo me derribó hacia atrás una puerta que abrí en sentido equivocado. Entonces estaba combatiendo contra sombras; ahora estas sombras se han vuelto reales y sé quién es el enemigo. No voy a cometer el mismo error dos veces.

Estoy en el pasillo, tengo la mano en la llave cuando el cubo aterriza en mi costado y noto un fuerte dolor en las costillas que me hace tambalearme hacia la pared.

—¡Abre la puerta! —grita Paul.

Tengo la llave en los dedos, pero cada vez que respiro, cada movimiento es un tormento.

—¡Apártate, Kate! —Portia sujeta un encendedor en la mano, balanceándolo.

Avanzo hacia la puerta, con una sensación triunfal.

—No hay ninguna garantía de que este lugar explote, y tú lo sabes.

Noto el aire fresco que el viento arrastra hacia dentro de la casa a través de la ventana rota. Correré el riesgo. Introduzco la llave en la cerradura.

—¿Puedes correr ese riesgo con Ava?

Me detengo en seco mientras ella sostiene el encendedor en alto, tentándome.

—El fuego podría desfigurar a una niña pequeña. Apártate, Kate.

—¡Abre la puerta! —vocifera Paul.

No puedo hacerlo. No podría vivir con eso. No puedo correr el riesgo de que esté diciendo la verdad. Doy media vuelta hacia atrás, hacia el dormitorio.

—Eso está mejor. Cuanto antes te des cuenta de quién manda aquí, más probabilidades hay de que tus hijos puedan vivir sus vidas hasta el final.

—¿Dónde está? —Portia sacude la cabeza—. ¿Dónde está mi hija? ¿Por qué nos haces esto?

—¿Sabes lo que es invertir treinta años en algo? No, no lo sabes. La gente cree que la familia es para siempre, que los hijos son el trabajo de toda una vida. Pero los hijos viven con sus padres, ¿cuánto?, ¿veinte años? Yo llevo trabajando cincuenta años. Mi trabajo es mi familia, Kate. Yo hice esa elección, lo elegí libremente y no me arrepiento. Y no voy a dejar que un contrato mal redactado arruine todo ese esfuerzo. Sencillamente eso no va a pasar.

—Estás loca.

Portia da un paso hacia mí, con el encendedor cerca del rostro.

—Como he dicho, Kate, tú no lo entiendes. Todo depende de la perspectiva desde la que lo mires. Esta es mi vida. Lucharé con todas mis fuerzas por ella igual que tú por la tuya. Eso es inteligencia y valor, no locura.

—¡Yo no te hecho nada!

—Me temo que el mundo está lleno de víctimas. No es nada personal, solo son negocios.

—¿Negocios? ¿Eres capaz de matar por eso?!

—¿Sabes una cosa? —Avanza poco a poco hacia mí—. ¡No soporto la manida tontería de los que dicen: «En mi lecho de muerte desearé no haber trabajado tanto»! Es patético. El trabajo es mi vida, Kate. ¡Me encanta! —Pone un énfasis particular en esa palabra—. Igual que a Paul. Yo vivo para mantener el estatus, el dinero, el respeto, la fama y, sí, el miedo que da el poder. ¿Crees de

verdad que iba a dejar que una minúscula compañía como Forwood, dirigida por personas como Lex, me arrebatara eso? ¿Crees que iba a tolerar que Lex se pavoneara en mi sala de juntas exigiendo llevar la batuta? ¿Que me despidiera en un momento en que mis acciones apenas valen más que cuando las compré? Tú has criado a tus hijos y esperas que te quieran a cambio. Si no te quisieran, te sentirías engañada. Bueno, así es como yo me siento.

Ahora estoy con la espalda en la puerta del dormitorio de Ava, mirando el encendedor. Noto el frío metal de la llave en los dedos.

—Habrías sido el hazmerreír de todos, la primera presidenta de una compañía en bancarota. Por eso no te dan el título de caballero.

Toco algo con la punta del pie. No me atrevo a bajar la mirada, ya cometí ese error una vez y me han castigado por ello.

—Cuando descubrí lo de Melody y Paul, encontré el modo perfecto de desatar el caos. El descrédito de los directores de Forwood habría sido un buen motivo para retrasar la fecha de la venta hasta que las condiciones mejorasen.

Le doy una patada al objeto del suelo, levantándolo por los aires. Un destello rojo y anaranjado cruza la línea de mis ojos y al instante sé que es el robot de Ava. «¡Los enemigos atacan! ¡Los enemigos atacan!» El robot se pone a hacer ruido cuando se mueve, y eso pilla a Portia desprevenida. Se tambalea un poco, lo que me da un segundo vital para quitarle el encendedor de la mano de un golpe y verlo rebotar bajo la escalera. Le doy un codazo en la cara y la aparto de mi camino. Meto la llave en la cerradura mientras ella se cuelga de mí e intenta echarme hacia atrás, pero consigo girar la llave mientras me tira al suelo. Noto un dolor terrible en la espalda, como si me clavasen un millón de clavos, y sé que no me quedan fuerzas para resistir mucho más tiempo.

Portia se sienta a horcajadas sobre mi pecho en una parodia de las luchas de mis hijos, me sujeta los brazos con las rodillas. El dolor me corta la respiración. De alguna parte saca una cuerda, la pasa por mi cabeza y la tensa alrededor de mi cuello. Se me salen los ojos de las órbitas de la presión y mi cabeza está a punto de estallar.

—Eso está mejor. No te resistas. A veces los negocios son desagradables, muy desagradables. —Portia me aparta mechass de cabello de mi enrojecida cara como si estuviera fascinada por el trauma físico que me está infligiendo—. Los que se quedan en el camino son despedidos; los que sirven para algo son ascendidos. —Su melodiosa voz está tranquila, casi burlona—. ¿Crees que Paul está contigo? No... Paul está conmigo.

Ya no me quedan fuerzas. Mis párpados son un telón rojo que me tapan la visión, y siento una terrible decepción. Portia me ha confundido; en los últimos segundos me pregunto si Paul y ella... Oigo el ruido de un pesado guijarro cayendo en un lago al anochecer, pero entonces la horrorosa presión sobre mi pecho y mi garganta acaba, y con gran dificultad levanto los telones rojos tomando aire desesperadamente. Portia se ha desplomado a mi lado y por encima de mí Paul aparece en el umbral, con el bate de críquet colgando flojo de sus dedos. Me mira con una expresión vacía antes de poner los ojos en blanco y caerse al suelo.

Toso y escupo, y eso hace que me duelan horriblemente las costillas, pero me agarro a la barandilla y me pongo en pie. Aparece Josh e intento abrazarlo, pero el dolor me lo impide. Huele mucho a gas, el olor se me pega en el paladar.

—¡Abre todas las ventanas ahora mismo! No uses el teléfono aquí dentro, la casa podría

explotar. Sal a la calle y busca a alguien que nos ayude. —Entra corriendo en mi dormitorio, feliz de tener instrucciones que seguir.

Entro en el vestíbulo tambaleándome, me meto en el armario de debajo de la escalera y aparto la tubería rota. El zumbido del escape de gas es indistinguible del de mi cabeza. Tengo que comprobar si la amenaza de Portia con respecto a Ava es cierta. Si la ha escondido en alguna parte cerca del gas, este es el lugar más obvio. Entro a gatas hasta el fondo del oscuro armario, demasiado asustada para encender la luz.

—¡Ava!

De rodillas intento abrir la vieja puerta que oculta la carbonera en desuso, mi pecho protesta con violencia a cada tirón. Se abre con dificultad y no me queda más remedio que entrar reptando, palpando a ciegas. No está. Mi Ava no está aquí.

Compruebo el resto de la planta, con la espalda cada vez más mojada, y otra vez se me empieza a nublar la vista. Abro la puerta de atrás. No, no se habría arriesgado a llevarla por el jardín, hay demasiados vecinos que podrían haberla visto. El aire fresco vuelve a centrar mi mente confusa. Una niña de cuatro años es tan pequeña, puede haberla envuelto en una alfombra, metido en una caja...

Camino en zigzag por el césped, venciendo las oleadas de náuseas. La casita para niños es el hogar de las hojas marchitas, la cabaña huele a hierba vieja cortada y a productos anticáncer, hace tiempo que no se pisa; las puertas de la barcaza están cerradas. Vuelvo a llamar a gritos a Ava, me arrastro hacia el otro lado del barco y veo que flotando en el canal está mi maleta de plástico azul celeste, que alguien ha cogido del altillo de mi guardarropa. La compré para nuestra luna de miel. Ava cabría en ella. Mi alma cae en un mundo donde existen nuevos niveles de terror. Ava está allí dentro.

No llego a alcanzarla. No sé nadar y la barca de remos está amarrada en el otro lado junto al camino de sirga, donde la dejé anoche y en un arranque sin sentido corté el cabo que podría salvar a mi hija. No puedo tirarme al agua y salvarla, no puedo dejarla para ir a buscar ayuda. Pasará un barco y volcará la maleta. Ava empezará a forcejear y la maleta se inclinará. Llamo a gritos a Paul y a Josh mientras me paraliza un terror brutal. Ava está tan cerca de mí y, sin embargo, tan lejos. Mis gritos acaban en un quejido y lucho por recuperar el control de mí misma. Corro hasta el cobertizo y saco el rastrillo, pero aunque me incline, desde la orilla no alcanzo la maleta. En medio de un torrente de improperios veo el salvavidas de este lado del barco. ¡Claro! No estoy pensando como es debido, mi cerebro está hecho un lío desastroso que el pensamiento lógico no puede penetrar. Me quito la cazadora. Bajo a un lado del *Marie Rose* y miro el agua. Está muy hondo, pero lo único que tengo que hacer es rodar por el costado del barco sujetando el salvavidas. Rezo porque el chapoteo no vuelque la maleta.

El agua está helada. Mi niña tendrá frío, mucho frío allí dentro. Pataleo hacia la maleta y tiro de ella por el mango, mis manos ateridas tienen dificultades para abrir los cierres. La tapa se abre y por la abertura de pocos centímetros veo los ojos oscuros y almendrados de Ava, los ojos de su padre, mirándome fijamente. Echo hacia atrás la tapa de esta perversa cuna y la maleta empieza a hundirse. Ava viene hacia mí en el agua, con las cejas enarcadas como paréntesis dibujados en su frente. Tiene la boca tapada con cinta aislante, como estaba la de Paul, y, no me había dado cuenta, las manos atadas delante de ella. La agarro por la cintura con un brazo mientras ella se debate con el pánico tatuado en el rostro mudo, tengo el codo metido dentro del aro de goma. Mantenerla a

flote es mucho más duro de lo que creía; varias veces se me hunde la cabeza en el agua mientras pataleamos y forcejeamos.

—¡Pon las manos en el flotador! —baluceo, y doy patadas hacia la orilla.

Avanzamos poco a poco, mis movimientos son cada vez más lentos. El dolor atroz de mi pecho se hace menos intenso. El agua está tan fría que soy como un motor agarrotado sin aceite; pronto todo habrá acabado. Ava apenas se mueve, no emite ningún signo de protesta. Corre un grave peligro de morir aquí del frío y la conmoción.

No puedo llegar al barco, los costados son como una montaña. Cambio de dirección e intento patalear hacia la orilla. No tengo energía para gritar. Ava deja de moverse, su cabeza se desploma hacia delante sobre el agua, sus manos atadas empiezan a alejarse del flotador.

—¡No!

Intento darle la vuelta para ponerla boca arriba, la lucha parece no acabar nunca. No estoy segura de poder hacer esto sola, he llegado hasta aquí, estamos tan cerca...

—¡Dámela! —Josh se inclina por la borda del *Marie Rose* extendiendo los largos y fibrosos brazos hacia su hermana.

Con unas últimas patadas me acerco al casco. No tengo fuerza para levantarla. Su cara parece de cera y tiene los ojos cerrados. Josh se asoma más por la borda del barco, más hacia fuera y hacia abajo, consigue agarrar la cuerda que sujeta las manos de Ava y empieza a subirla a bordo. El agua chorrea de mi niña inerte. Sus ojos parpadean cuando Josh la sube y veo que sus pies desaparecen por la amura del barco.

—Se pondrá bien, mamá, están aquí, están aquí. —Hace señas a alguien que está en el jardín—. ¡Necesita entrar en calor, tiene cuatro años! —grita.

Josh parece tan alto desde aquí abajo. Mi bebé ha crecido, está tomando el control. Está de pie con los brazos en jarras mientras noto que el barco se balancea con unas cuantas pisadas fuertes, oigo confusas voces sin dueño. Parece un hombre. Parece su padre.

Al cabo de un segundo un tío fornido con una cámara al cuello y tatuajes en los brazos se inclina hacia mí y me saca del canal.

—¡Hace un poco de frío aquí!

Me pone con cuidado una mano en la nuca y yo me echo hacia atrás. Veo a otros hombres con cámaras tomando fotos, un tío flacucho se acerca corriendo y me pone una de las mantas del sofá sobre mi tembloroso cuerpo. Los de la prensa del otro lado de la calle, que una vez fueron nuestros torturadores, se han convertido en nuestros salvadores.

—Buen trabajo, hijo —dice el hombre fornido a Josh. Y añade dirigiéndose a mí—: Ahora vienen los sanitarios, guapa.

Intento sentarme.

—Ava...

—Respira, necesitamos mantenerla en calor. —El hombre mira algo, antes de volver a mirarme y sonreír—. Está debajo de todos los edredones de plumas que hemos encontrado en tu casa.

—Paul... Paul...

Pero me hace callar.

—Ahora, señora Forman, relájese.

Miro hacia arriba, hacia el cielo blanco, noto que una lágrima o tal vez una avanzadilla de la

próxima lluvia me resbala por la mejilla. Oigo el gritito de mi hija cuando le arrancan la cinta de la boca. Nunca un grito de dolor me ha sonado tan bien. El *paparazzi* me dirige una sonrisa mellada mientras sus cálidas manos me apartan los cabellos empapados de la cara. Me atrevería a decir que otro día llegará para todos nosotros.

Epílogo

El vello de mi brazo ondea en el agua como algas en la marea alta. Mis uñas parecen blancas como la leche contra mis dedos bronceados. Me levanto y me pongo el gorro de natación por encima de los oídos; el gorgoteo de mi propio cuerpo me distrae, y me gusta oír a mis hijos gritar y salpicar el mármol de la piscina. Ava lleva un flotador en forma de cisne; Josh ruge como un león.

Respiro hondo, junto las manos, me inclino hacia delante en el azul intenso sintiendo bajo los pies los surcos que unen las baldosas de mosaico. El otro extremo de la piscina parece muy lejano, pero estoy decidida. Me salpico un poco de agua en la cara y entorno los ojos ante el implacable sol mediterráneo. Una alta y bronceada figura en pantalón corto se bambolea ante mi mirada empañada por el agua. Paul sostiene el recogehojas a su lado, por si acaso.

—Nunca estarás más preparada, Huevito —me convence.

Estoy aprendiendo a nadar. Quizá lo siguiente que haga sea seguir un curso de cocina, pero hoy voy a llegar al final de estos veinticinco metros.

Me senté en el sofá con Marika. Tuve mi momento en el sol de la televisión. Marika se sentó más cerca de mí de lo que nunca se sentó de Colin y me cogió la mano varias veces mientras insistía en que contara mi historia a mi manera. Y lo hice. Los morados en el cuello no se me veían bajo el grueso maquillaje de televisión. Los espectadores no pudieron ver los puntos de los cortes profundos de mi espalda ni las pastillas para el dolor de costillas que guardaba dentro del bolso. Paul no estaba allí. Las pestañas de Marika bajaron con más compasión todavía cuando le expliqué que él aún estaba en el hospital, que estaba necesitando más tiempo del que los médicos esperaban para recuperarse del grave impacto que había sufrido en la cabeza. Al principio no sabían si iba a sobrevivir, pero yo confiaba en que él saldría adelante. Al fin y al cabo, era un luchador.

El agua discurre entre mis pechos debajo del bañador de una pieza. Los años de usar bikini han terminado y lamento un poco que hayan pasado. Jessie entra en la casa envuelta en un precioso pareo y un sombrero de vaquero, sosteniendo en alto un tenedor de barbacoa. Su recién separado Adam la sigue a un paso, con un gran cuenco en el que se sumergen lentamente mariscos del mercado del lugar. La rueda de la vida nunca deja de girar. Es fantástico tenerla aquí, y esta casa es lo bastante grande como para un regimiento. A Paul se le ocurrió que necesitábamos alejarnos de Londres durante un tiempo, recuperarnos, escapar de los malos recuerdos. Tenía razón; la

exposición a los medios de comunicación fue intensa y, al fin y al cabo, podemos permitirnoslo.

Doy una patada desde el fondo y me alejo al estilo perrito del borde. No es muy elegante, pero es efectivo. Un poco como yo, podría decirse. He recibido cartas de admiradores en *Crime Time* precisamente en este sentido. Cuando se las enseñé a Paul, se preocupó por los acosadores, pero yo me reí. «¡Que no nos supere!», dije.

He aprendido a nadar con un exmarine llamado Bobby. Me regalé unas lecciones particulares.

—No querrás pillar los malos hábitos que se ven en las piscinas de todo el país —dijo, tumbándome de espaldas en el agua en el lado hondo y alineando mi cuerpo correctamente—. La clave de todo es la cabeza. La cabeza humana es muy pesada, pesa lo mismo que un melón.

Yo me incorporé hasta ponerme vertical en un ataque de pánico, escupiendo agua. Su comentario me había recordado la imagen de la cabeza de Portia abierta por la mitad por ese bate de críquet... La tenía demasiado viva y era demasiado pronto. Me obligo a borrar la imagen de mi mente, y miro a mis hijos: Josh está llevando una carretilla cerca de unos arbustos de lavanda mientras Ava lo observa, rascándose la espinilla con el pie. Llevamos a los niños a un psicólogo. Eloide nos proporcionó un puñado de recomendaciones de las celebridades. La capacidad de resistencia de los niños nos ha maravillado a todos.

Ahora me interno en aguas más profundas, sabiendo que no toco fondo. Necesito concentrarme, pero sobre todo necesito mantener la calma. Bobby dijo con aire maravillado que yo era una de sus alumnas más difíciles, que era obstinada en mi miedo.

—Todo está en la mente, Kate. Libera tu mente. —Creo que Bobby tiene algo de hippy secreto—. ¡Eso nunca va a suceder!

Por desgracia no me sirvió de consuelo. Sé que puedo y eso hice.

Marika me hizo preguntas difíciles cuando compartimos sofá. Intenté ignorar mis nervios y Livvy me mostraba los pulgares hacia arriba detrás de las cámaras.

—¿Así que durante un tiempo pensaste de verdad que tu marido, con el que llevabas diez años casada y es el padre de tus dos hijos, había asesinado a su amante y a su socio?

—Sí.

Marika suspiró de manera teatral.

—Pero ¿cómo te hizo sentir eso?

Mis nervios se esfumaron mientras miraba los brillantes labios de Marika temblar de emoción ante unas jugosas revelaciones.

—Pues muy decidida a saber la verdad. Eso era lo más importante de todo. Por mis hijos, por mí... y por Paul.

—¡Te han llamado «sabueso», como sabemos, por tu tenacidad y por tu espíritu!

—Echo mucho de menos a Lex. Solíamos discrepar, pero él era muy suyo y lo respetaba mucho. Sin su mensaje nunca habría descubierto la verdad. Creo que tengo un lado muy oscuro, estoy dispuesta a creer las cosas más terribles sobre las personas, y eso incluye a las más próximas.

—¿Ahora estás con tu marido, como pareja, como familia?

—Sí. Somos muy felices, más felices que nunca.

—Cuéntanos, Kate, ¿cómo es posible reconstruir la confianza, volver a amar, después de haber albergado esas ideas, esas terribles sospechas..., sin olvidar que tu marido tuvo una aventura que tú difundiste a toda la nación?

Paul camina por el lado de la piscina vigilándome.

—Ya estás en la mitad, Huevito.

Su vientre liso está muy bronceado. Aún está recuperando el peso que perdió en el hospital. El sol ha dibujado profundas arrugas risueñas alrededor de esos grandes ojos castaños. Jessie ha empezado a llamarlo playboy y no estoy segura de que me guste. Debería decirle que pare. Me sigue el ritmo, en silencio, me conoce demasiado bien como para no darme instrucciones. Estoy empleando el método de Bobby y ningún otro. Ahora estoy en la parte honda y noto el agua más fría que sube desde las profundidades. Nadar agota y la meta parece estar lejos.

No me anduve con miramientos. Le conté a Marika la historia de la aventura de Paul. Le conté que nos lo estábamos trabajando; que sentíamos que estábamos construyendo una relación más sincera y un agradecimiento hacia el otro; que, al haber estado tan cerca de perderlo todo, lo había perdonado por completo. No le conté lo fácil que fue. Ni por un segundo quise dejar a Paul, y todos sus gestos y sus miradas indicaban que él sentía lo mismo. Luchábamos contra un enemigo exterior decidido a destruirnos, y eso nos unió como pocas cosas pueden unir a dos personas. Cuando todo pendía de un hilo, nos dimos cuenta de la intensidad de los lazos que nos unían.

—Bueno, Kate, tú más que la mayoría tienes tus momentos más privados captados por nuestro mundo cada vez más filmado: el vídeo de la barcaza, obviamente, pero la prensa tomó también fotos de Gerry muerto en tu sala de estar, de tu hija mientras la rescataban del canal. ¿Ha llegado esto demasiado lejos?

Me encojo de hombros.

—A Lex le habría encantado. Probablemente habría dicho que era telerrealidad elevada a un nuevo nivel. Estoy tan agradecida de que Portia no lo consiguiera.

Josh persigue a Ava a través de las largas puertas correderas, John se mece en una hamaca bajo un sauce. Sarah y su familia llegan en dos días, incluso los M&Ms dice que podrían pasar por aquí a finales del verano. Todo está en paz con el mundo hasta que por accidente trago agua. Empiezo a toser y pierdo el ritmo. Paul se detiene al lado de la piscina. Me empiezo a hundir en el agua demasiado rápido y libro una lucha mental entre el pánico y la cordura a unos metros del final del horizonte de la piscina. Paul da un paso hacia el borde, moviendo el largo palo del recogehojas hacia arriba, con los sentidos alerta a lo que pueda pasar. Nos miramos a los ojos.

—Ya has hecho lo más difícil. Ya conoces el resto. ¡Vamos!

Al ver aquellos ojos, entornados como dos pequeñas rayitas contra el sol, me olvido por un momento del terror que siento y empiezo a nadar como un perrito hacia la pared.

—¡Ya casi estás! ¡Vamos, Huevito! —Ahora estoy jadeando mientras el ansiado borde de la piscina está más cerca y Paul me guía hacia la seguridad.

—¡Mamá lo ha conseguido! —grita Ava, tapándome el sol con sus rodillitas.

—¡Vamos, Kate! —grita Jessie—. ¡Haces que parezca fácil!

Yo no respondo, estoy demasiado asustada para hablar.

—Tres metros..., dos metros... —Están contando hacia atrás, Ava crispera los puñitos de emoción al acercarse—. Un metro...

Toco el borde rugoso. Estoy rodeada de aplausos como si hubiera cruzado el canal, no una piscina, pero me siento feliz de mi hazaña. Josh salta a mi lado y empieza a salpicar, y con un gran rugido John se lanza en bomba salpicándonos a todos.

Paul me tiende la mano, me saca del agua y me abraza. Sus piernas queman contra mi piel fría.

—Destapemos una botella de champán. ¡Que sea *vintage*!

Forwood TV no llevó a la quiebra a una de las mayores compañías del Reino Unido. Raiph encontró financiación a última hora. La velocidad con que circularon los rumores personales sobre él y el desplome del precio de las acciones pusieron varias ofertas encima de la mesa.

Envié una carta a Raiph disculpándome por lo que había pasado. No supe nada de él durante semanas y entendí, arrepentida, que lo más probable era que nunca hubiera una reconciliación, pero un día llegó un mensajero con un paquete. Dentro de una pesada caja de cartón había un precioso trozo de piedra con una minúscula criatura con muchas patas grabada en ella. No había mensaje.

Paul me acaricia la espalda mientras mi familia retoza a mi alrededor. Me llamo Kate Forman y soy muy afortunada. Hemos hecho una pausa antes de que Paul vuelva a la brecha de la tele. Una larga pausa. Cojo una toalla y me seco la cara mientras un pequeño perro negro merodea alrededor de la barbacoa.

John hace ruidos para espantarlo.

—Apuesto a que es el perro de algún paseante que ha subido desde la carretera al olor de las salchichas. —Paul se vuelve y lo miramos un momento.

Después de la entrevista con Marika, tres periódicos de tirada nacional y dos revistas de supermercado me estuvieron incordiando para que hiciera entrevistas «en casa», sesión de fotografías de maquillaje y peluquería («¡Queremos que parezcas más glamurosa!»). Las rechacé todas. Eso no es para mí. Después de nuestras perezosas y amorosas vacaciones en familia, tengo trabajo que hacer: *Crime Time* ha sido un enorme éxito, se habla de crear un canal por cable que pase vídeos de *Crime Time* sin parar. Livvy está deseosa de que vuelva, tal vez delante de la cámara. Dice que los espectadores respondieron positivamente a mi «sinceridad no exenta de sentido común», y estoy ansiosa por implicarme más. Tengo mucho en que pensar.

El perro pone las patas en la mesa cercana a la barbacoa. Paul se mete los dedos en la boca y suelta un silbido de lobo aullando que me hace dar un brinco. El perro se da por enterado y Paul le acaricia las orejas caídas, haciendo ruidos amistosos. Oigo a lo lejos la cantarina llamada del propietario, y al instante Paul indica a la bola de pelo que se largue. El perro vacila, dividido, pero por segunda vez Paul le ordena que se vaya, y obedientemente se retira por donde ha venido.

—¡Oh, querido! —Paul mira el perro con indulgencia, antes de mirarme a mí—. ¿Te encuentras bien? Pareces estar muy lejos.

Me envuelvo en la toalla. A pesar del calor que hace, tengo frío. Algo de lo que he sido testigo me molesta. El modo experto en el que ha controlado ese perro...

—Paul, ¿cómo atropellaste el perro?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo ocurrió? ¿Se cruzó en tu camino o qué?

Se queda en silencio un instante.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Tú dímelo.

Me mira con una expresión que no acierto a descifrar.

—Estaba lloviendo, de modo que no lo vi bien. Lo atropellé. Tal vez ya estuviera herido. No me saltó encima, si es eso a lo que te refieres. Estaba muy malherido, como puedes imaginarte.

Empieza a jugar con los cordones de los pantalones. Pienso en Portia, en lo que dijo al

final: «Tú crees que Paul está contigo...». Trago saliva.

—¿Sabes una cosa? Estaba convencida de que fuiste tú, de que tú hiciste todo aquello.

—¡Kate! —Parece conmocionado y da un paso hacia mí, acariciándome la mejilla con su adorable mano.

—Vamos, tortolitos, la comida ya casi está —dice Jessie al pasar.

Paul me mira durante un buen rato, la luz del sol juega en esos ojos que me atraen con toda su intensidad. Sonríe con su sonrisa pícaro y me pone la mano en el hombro.

—¿No confías en mí, Kate? —Y entonces me guiña el ojo, despacio, de una manera sexy y tímida.

El sol desaparece tras una nube, aunque yo sé que el cielo está completamente azul. Me alejo un paso, sin que mis ojos abandonen ni por un momento su rostro. Pasa un rato hasta que doy unos pasos hacia delante, atraída por los lazos que nos unen. Y le devuelvo el guiño.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mi agente, Peter Straus, de Rogers Coleridge & White, y a Jenny Hewson; a mi editora, Carolyn Mays, y a mi correctora, Sarah Coward, y al gran equipo de Hodder por su duro trabajo en este libro. Estoy en deuda con los policías de la comisaría de Kilburn que me dedicaron su tiempo para responder a mis preguntas y me mostraron lo que pasa en realidad al otro lado del mostrador; y a las psicólogas Vanessa Pilkington y Julie Read por sus sugerencias. Por su incansable apoyo y fe, no puedo dar las gracias a Stephen lo suficiente.



ALI KNIGHT, escritora inglesa, ha trabajado como editora y periodista en algunos de los diarios más prestigiosos del Reino Unido, como *The Guardian*, *The Observer*, *The Daily Mail* y *The Evening Star*, en estos dos últimos como responsable de las ediciones digitales.

Después de varios años y tres niños pequeños, ella abandonó su profesión para dedicarse en exclusiva a escribir y en 2011 publicó su primera novela *Ya no sé quién eres (Wink Murder)*, un thriller que fue editada en más de 10 países.

Ella creció en Bedford con un padre americano y una madre inglesa y ahora vive en Londres con su familia.

Notas

[1] En el original *Egghead*, «intelectual». (*N. de la T.*) <<

[2] «Don't stand so close to me» es el título de una canción de Police. El grupo, del que Sting era vocalista, ganó un Grammy en 1982 por esta canción. (*N. de la T.*) <<

[3] Emplea el adjetivo *discarded*, tal vez haciendo referencia a la película de 1920 *The discarded woman*. (N. de la T.) <<

[4] Alusión al personaje de Jane Eyre. (*N. de la T.*) <<

[5] Samuels hace un juego de palabras, con el nombre *Melody*, «melodía» y «música». (*N. de la T.*)

<<

[6] Referencia a *Serial Mom, Los asesinatos de mamá*, película de 1994 dirigida por John Waters y protagonizada por Kathleen Turner. (N. de la T.) <<

[7] Autoinyector de epinefrina para tratar las reacciones de alergia aguda y evitar el shock anafiláctico. (*N. de la T.*) <<